

RUTHLESS BILLIONAIRE

REBECCA BAKER

Ruthless Billionaire – Multimillonario Despiadado

Rebecca Baker

Derechos de autor 2024 Rebecca Baker
Todos los derechos reservados

***

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:

https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 1

Nico

Me agaché y me até los cordones mientras el entrenador gritaba órdenes en el campo. Sacudí la cabeza y solté una carcajada por lo bajo ante su actitud de tipo duro. Llevaba suficiente tiempo en el equipo como para saber que sólo era una excusa. Probablemente intentaba demostrar a los jugadores nuevos quién mandaba.

"¿Algo gracioso, Nico?", gritó.

"No, entrenador". Terminé de atarme los cordones y me puse de pie.

"Bien". Me hizo un gesto firme con la cabeza antes de volver a los otros jugadores.

Teníamos algunos jugadores nuevos en el equipo. Los habían reclutado en verano y estuvimos entrenando juntos la mayor parte del año, pero los entrenamientos de primavera estaban a la vuelta de la esquina. Teníamos que acelerar el ritmo, de ahí la fachada de duro del entrenador y los largos entrenamientos.

Mientras echaba un vistazo al campo, veía cómo mis compañeros lanzaban pelotas a tierra y atrapaban pelotas voladoras. Algunos bateaban contra la red. Otros hacían ejercicios de agilidad. Los nuevos eran jóvenes y ágiles. Tenían la vista aguda y los pies rápidos. Eran lo que necesitábamos. La temporada pasada estuvimos muy cerca de llegar al campeonato, pero lo perdimos al final. Para colmo, lo perdimos contra nuestros rivales. Fue un disgusto para toda la ciudad de Boston.

El propietario del equipo, Jonas, que también era mi cuñado, sentía la presión de hacer cambios en el equipo. Cuando una ciudad vivía y respiraba béisbol, era difícil no sentir el calor. Estaban sedientos del campeonato que no habíamos ganado hacía unos cuantos años, y nosotros también. A pesar del duro final de la temporada pasada, todos se sentían más esperanzados después del draft.

"¿Vas a correr o te vas a quedar mirando?",me preguntó mi compañero de equipo, Kenny, mientras pasaba corriendo sin aliento. En ese momento, el entrenador nos hacía correr en plan suicida por el campo. Lo que menos me gustaba.

Puse los ojos en blanco mientras me apretaba los cordones antes de alcanzarlo.

"¿Qué te parece el nuevo lanzador?". pregunté, corriendo a su lado mientras miraba hacia el campo de juego. Nuestro nuevo lanzador, Jared, era el más joven, pero fue uno de los jugadores más codiciados del draft. Fue un milagro que lo pudiéramos conseguir.

"Es bueno. Podríamos tener una oportunidad este año. Es decir, si puedes mantener el ritmo".

Vi como Kenny corría adelante. Malditos jóvenes, pensé. Su resistencia era impresionante. Era una resistencia que yo solía tener, pero a los veintisiete años, la estaba perdiendo a medida que pasaban los años. Nunca pensé que veintisiete años fueran una edad avanzada, pero en las grandes ligas, uno iba camino de la vejez.

Uno a uno, el grupo que corría terminó su carrera. Yo no acabaría el último. Aumenté el ritmo y terminé antes que Chad, otro jugador mayor que estaba en su último sprint. Me reuní con mis compañeros junto al banquillo, cogí mi termo y di un gran trago de agua helada.

"Me alegro de que hayas llegado, Nico", dice el entrenador. "Ya sólo esperamos a Chad".

Kenny se acercó y me dio una palmada en la espalda.

"¿Vienes esta noche? Cleo por fin tiene mañana libre en la panadería. Ella también viene", preguntó.

"Todavía no lo sé. Voy a cenar a casa de mi hermana". Bebí otro sorbo de agua.

Ya iba a ser una tercera cena con Mae y Jonas. Seguir buscando acompañante en los bares no parecía mi plan ideal. Me encantaban Kenny y Cleo, pero empezaba a darme cuenta de lo soltero que estaba. No es que estar soltero fuera malo, había disfrutado de la vida en solitario y había pasado muchas noches divertidas con mujeres guapas. Sin embargo, los que me rodeaban empezaban a sentar la cabeza. ¿Era yo el raro?

"¿Cómo es ser cuñado del dueño de nuestro equipo?", preguntó Kenny.

"Todavía me estoy acostumbrando".

"¿Es siempre tan serio?". Kenny frunció el ceño en un intento de burlarse de Jonas.

Solté una carcajada. "Lo has clavado".

"Por muy serio que sea, es bueno con mi hermana. La trata como si fuera de oro", continué.

"Mae se lo merece", dijo Kenny.

"Se lo merece", dije, volviendo a enroscar la tapa de la botella de mi agua.

Chad trotó hacia nosotros, agachándose y apoyando las manos en las rodillas. Respiró hondo varias veces. El chico del agua le dio su botella, que cogió amablemente. Tenía que reconocerlo. Era el mayor del equipo, pero se dejaba la piel para mantener el ritmo. También mantenía uno de los mejores promedios de bateo de todos nosotros. Probablemente por eso todavía seguía en el equipo.

"Ya que todo el mundo está aquí...", dijo el entrenador, mirando a Chad con expresión molesta, "como sabéis, nuestro primer partido de entrenamiento de primavera es la semana que viene. Sé que no tengo que recordarles que es contra el equipo que nos sacó de los playoffs".

"Sin presión, chicos", reprendió Chad.

El entrenador le ignoró y continuó. "Mañana tenemos el entrenamiento más tarde, debido al mantenimiento del campo, pero os espero aquí puntuales y preparados. Nada de libertinaje nocturno esta noche. ¿Entendido?".

"Pfft", dijo Kenny en voz baja.

"Id a ducharos", ladró el entrenador, lanzando una mirada a Kenny.

El equipo recogió sus cosas y empezó a caminar hacia el túnel de los vestuarios. Me di cuenta de que nuestro nuevo lanzador, Jared, se dirigía al campo de juego, reclutando a uno de los receptores del banquillo para que lo siguiera. Decidí quedarme a observar. Kenny me miró interrogante antes de dirigirse a las duchas con el resto del equipo. Me apoyé en la pared del banquillo y observé cómo Jared se preparaba para lanzar. Tenía un brazo increíble. Observé varios lanzamientos. El lanzamiento más lento que vi fue de 81 MPH. Pude ver al receptor novato hacer muecas de dolor bajo su máscara más de una vez.

Tras quince minutos de lanzamientos continuos, Jared terminó y se reunió conmigo junto al banquillo.

"¿Y bien?", preguntó esperanzado. Buscaba elogios, como la mayoría de los chicos nuevos. Recordaba haber estado en su lugar una vez, al pasar de las ligas menores a las mayores. Era como un mundo completamente nuevo, y yo sólo quería que me aseguraran que pertenecía a ese

mundo.

"Creo que vamos a tener una gran temporada, gracias a ti", dije.

"Gracias, Nico", respondió, con una sonrisa en un lado del labio.

Me alegré de que no fuera engreído. No había nada peor que un novato creyéndose el regalo de Dios. Llegar a las grandes ligas no significaba quedarse allí, ni siquiera jugar. Podías estar en el banquillo toda la temporada, sólo mirando y deseando jugar.

"¿Estás nervioso por el partido de la semana que viene?", pregunté, mirando el diamante rojo del campo.

“Un poco”.

"No te voy a mentir. La media de bateo de todo el equipo es buena. Muy buena".

Se miró los zapatos cohibido, sumido en sus pensamientos.

"Pero aún no han conocido tu bola rápida", continué.

Asintió con la cabeza, la confianza daba color a su rostro. "Gracias, tío. El entrenador me hace dudar de mí mismo a veces", admitió.

"No dejes que te afecte. En realidad es un blandengue, pero no le digas que te lo he dicho".

Me incliné para coger mi agua y me colgué la bolsa del hombro. Hice un gesto con la cabeza en dirección a los vestuarios. Jared caminó a mi lado, estirando los brazos para refrescarse.

"¿Qué te metió en el béisbol?", me preguntó.

"Mis padres. De hecho, trabajaban en este mismo estadio. Prácticamente crecí aquí", dije, mirando alrededor del parque antes de caminar hacia la sombra del túnel que lleva a los vestuarios.

"¿En serio? Es increíble", dijo Jared.

No se equivocaba. Es impresionante. Cuando era pequeño, vivía y respiraba béisbol. Mi madre había sido fisioterapeuta del equipo y mi padre locutor. Enamorarme del juego era inevitable, aunque nunca me presionaron para que jugara. Mi hermana, Mae, incluso trabajó para el equipo durante un tiempo. Decía que así se sentía más unida a mis padres. En ese momento trabajaba

para una de las mayores líneas atléticas del país. Ojalá pudieran vernos.

"Deben de estar orgullosos de ti", dijo Jared, sacándome de mis pensamientos.

"Me gustaría pensar que sí".

Jared me miró con curiosidad.

"En realidad se murieron hace un tiempo", dije, encogiéndome de hombros.

"Mierda, lo siento, tío. No lo sabía".

"No te preocupes". No quise entrar en la historia de la desdicha.

En el vestuario se oía el ruido de las conversaciones entre los chicos y el vapor de las duchas llenaba el ambiente. Metí la bolsa de entrenamiento en la taquilla y saqué la pila doblada de ropa de calle limpia que había en el estante superior. Me dirigí a las duchas y cogí una toalla del estante.

Giré la manivela de la ducha y coloqué la mano bajo el chorro de agua hasta que la piel se calentó. Me quité el sudado uniforme de entrenamiento y lo tiré al suelo antes de meterme en la ducha. Me enjaboné y me enjuagué rápidamente. Cerré el grifo, salí de la ducha y cogí la toalla que colgaba del gancho de la puerta de cristal

Acababa de empezar a secarme cuando el entrenador gritó: "¡Mujer entrando!".

Me envolví rápidamente con la toalla y la puerta de los vestuarios se abrió de golpe. El resto del equipo ya se había puesto los calzoncillos y los pantalones, pero ahí estaba yo. Bueno, no era nada que nadie del personal no hubiera visto antes. Me agarré la toalla a la cintura con una mano y me pasé la otra por el pelo, sacudiéndome el exceso de agua.

Fue entonces cuando la vi. Su piel aceitunada resaltaba sobre la camisa blanca del personal. Llevaba el pelo negro, tan oscuro que casi parecía azul, recogido en una larga trenza que le caía sobre la espalda. Estaba de pie junto a nuestro fisioterapeuta jefe, con las manos entrelazadas delante de ella.

"Amigos, me gustaría presentaros a nuestra nueva interna de fisioterapia. Esta es Mallory. Mallory, este es el equipo", anunció Alan.

Ella saludó con la mano mientras se colocaba en el centro del vestuario. Recorrió la sala, saludando a todo el mundo, pero sin mirar a ninguno de nuestros rostros. Entonces sus ojos se

posaron en mí. Eran verdes. Mejor que verdes. Eran de jade y me miraban a mí, bailando divertidos.

Agarré con fuerza la toalla, de repente muy consciente de lo cerca que estaba de desnudarme. Moví los pies con nerviosismo. El agua seguía cayendo al suelo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Oh, Dios, tenía una buena sonrisa. Aquellos hoyuelos.

No sé qué me pasó, pero le guiñé un ojo. Al instante me sentí mortificado. Ella se mordió el labio, conteniendo una carcajada, y rápidamente volvió a mirar a Alan. Sentí que mi cara se ponía roja y agradecí que volviera a dirigirse al resto de los chicos de la sala. No le quité los ojos de encima. Era menuda y tonificada. Me fijé en las rosas tatuadas que trepaban por su brazo.

Alan siguió hablando, pero no pude concentrarme en sus palabras. Mi mente daba vueltas alrededor de esta chica nueva. Mallory. Distraído, no me di cuenta de que Kenny se acercaba a mí.

"Tranquilo, chico", susurró, dándome un codazo.

"¿Eh?", pregunté, irritado porque alguien me había desconcentrado.

"Creo que acabo de ver como te enamoras", dijo riendo.

"Cállate", dije en voz baja, aunque había una parte de mí que sabía que había hecho precisamente eso.

Capítulo 2

MALLORY

Esperaba que mis nervios no se reflejaran en mi cara, ya que estaban saltando en la boca de mi estómago. Mantuve una sonrisa pegada a mis labios y mis ojos mirando al frente. No me atrevía a desviarlos. Me sentía como un robot, dando vueltas con cuidado por la sala y saludando a cada jugador. Por dentro, me decía a mí misma que mantuviera la calma. Mantén la calma y no mires hacia abajo. Mantén la calma y parece que perteneces a este lugar. Mantén la calma y no dejes que el tipo semidesnudo de las duchas te distraiga.

Me preguntaba por qué mi jefe había pensado que precisamente era el mejor momento para presentarme al equipo. Seguramente, podría haber otro momento para hacer las presentaciones. ¿Quizá era una prueba? A ver cómo se desenvolvía la chica nueva en el vestuario con un montón de atletas sin camiseta. Bueno, no iba a meter la pata.

Este trabajo era demasiado importante. De ninguna manera iba a meter la pata en mi primer día sólo porque estaba rodeada de un mar de paquetes de seis. Si no podía manejar esto, entonces no había manera de manejar una temporada completa con estos chicos. Especialmente, cuando mi trabajo era estudiarlos y básicamente conocer sus cuerpos.

Así que mantuve la mirada al frente y permanecí casi inexpresiva, excepto por la sonrisa tensa de mis labios. Esperaba que nadie viera ese pequeño desliz cuando el tipo de la ducha me guiñó un ojo. ¿Lo decía en serio? Ya no sabía que guiñar un ojo fuera algo normal. Reprimir una carcajada me costó mucho. Juré no volver a mirarle en lo que quedaba de reunión. No me despistaría.

"Mallory trabajará a mis órdenes durante los próximos meses como interna. Espero que le deis la misma bienvenida que a cualquier nuevo miembro del personal", dijo Alan, mirando alrededor de la sala.

"Sí, señor", dijo el equipo al unísono.

"Mallory, ¿hay algo que quieras añadir?". Alan se volvió hacia mí.

No esperaba hablar de mí ni darme a conocer de ninguna manera. No en esta incómoda situación. Me aclaré la garganta.

"Estoy deseando trabajar con usted", dije, con toda la confianza que pude reunir.

"Te dejaremos con ello", dijo Alan, y me sacó de los vestuarios.

Detrás de mí, pude oír cómo el equipo estallaba en un rumor de charla. Esperaba haber causado una impresión buena y profesional. Sabía que era joven y también que el equipo de fisioterapeutas estaba formado en su mayoría por hombres. No estaba aquí para agitar las cosas. Estaba aquí para aprender de los mejores.

"No te preocupes por ellos", dijo Alan, estudiándome de reojo. "No están acostumbrados a que una joven como tú pasee por ahí. Pero lo harás muy bien".

"Gracias, Alan. Sé que ya lo he dicho, pero gracias por esta oportunidad".

"Sí, lo has hecho. Varias veces. Y de nada". Me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Recorrimos el resto de las instalaciones. Era enorme. Un laberinto en el que podría perderme fácilmente. Era exactamente lo que esperaba de un equipo de béisbol de las grandes ligas, loco y bien financiado. Aunque sólo era una becaria, me sentía como una impostora caminando por aquí.

Cuando vi el puesto de becaria en mi búsqueda de empleo, lo solicité inmediatamente. Las prácticas no estaban muy bien pagadas, pero no me importaba. Era un paso adelante. Quería estar cerca de la acción del deporte profesional, porque yo ya no podía estar en ella.

Ser deportista profesional había sido mi sueño de toda la vida. Me enamoré del fútbol cuando era más joven. Mi padre me había apuntado, junto con otros deportes, para ver qué me gustaba. El fútbol era lo mío.

Jugué durante toda la primaria y la secundaria. Mis padres pasaban los fines de semana llevándome a los partidos y las noches entre semana viéndome entrenar. En mi último año de instituto, me concedieron una beca en una universidad estatal. Fue un gran acontecimiento. Mi sueño hecho realidad.

Empecé en el banquillo, lo que supuso un golpe para mi joven ego. Después de algún tiempo, me di cuenta de que las cosas eran así y que tenía que esperar mi oportunidad. Así que eso fue lo que hice. Esperé, y entonces tuve mi primera oportunidad real de sustituir a una jugadora lesionada. Tuve que lanzar el penalti.

Aún recuerdo el momento en que mi pie tocó el balón con un movimiento rápido y fluido. Parecía que todos en el estadio contenían la respiración mientras el balón se dirigía hacia la red a cámara lenta. Pasó por encima de los brazos extendidos del portero y entró por la escuadra derecha de la portería. Entonces se hizo el silencio y mis oídos se encontraron con el dulce sonido de los vítores. Habíamos ganado el partido y había sido gracias a mí. Después de aquello, no volví a estar en el banquillo.

Todo cambió en mi penúltimo año. Era el último partido de la temporada. Todas teníamos algo que demostrar. Estaba en defensa y vi la oportunidad de hacerme con el balón. Me deslicé, equivocándome en el siguiente movimiento de mi oponente. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tendida en la hierba, con aullidos de dolor que escapaban de mi cuerpo y de los paramédicos que me rodeaban.

Me había roto la cadera. Un accidente poco frecuente en el fútbol, y también el peor. Mientras yacía en la hierba, incapaz de moverme, supe que nunca volvería a jugar. Sería la última vez que pisara un campo de fútbol. Lo asimilé todo. La hierba haciéndome cosquillas en los brazos, el cielo azul y mis compañeras de equipo arrodilladas alrededor del campo en señal de solidaridad. Entonces los paramédicos me subieron a una camilla y perdí el conocimiento.

En ese momento miraba a otro campo. Me senté en el banquillo junto a Alan, haciendo una pausa en nuestro recorrido y bebiendo agua. No era un campo de fútbol. El diamante rojo con sus bases blancas me resultaba bastante extraño. No era fútbol, pero era algo. A decir verdad, no estaba segura de poder soportar estar cerca del deporte que una vez amé, sabiendo que nunca volvería a experimentarlo de esa manera.

"¿Un centavo por tus pensamientos?", preguntó Alan, sacándome de mis pensamientos.

"Oh, sólo estoy asimilándolo todo", dije.

"Diferente de lo que estás acostumbrada, me imagino", dijo.

"Sí, pero probablemente sea lo mejor".

"Tu lesión no fue poca cosa. Ese partido se ha estudiado una y otra vez. Lo que te pasó era estadísticamente imposible".

Miré al campo, luchando contra las lágrimas que amenazaban con quemarme los ojos. ¿Por qué decía eso? Ya lo sabía todo. No necesitaba un recordatorio de aquel horrible día que acabó con mi carrera.

"Lo digo porque sé lo fuerte que eres. Es parte de la razón por la que te contraté. Alguien que pasa por eso y quiere volver al deporte debe amar de verdad este mundo. Sé que el béisbol es diferente, pero en el fondo es lo mismo", dijo Alan, mirándome fijamente.

Asentí con la cabeza, temerosa de hablar por sí mis emociones se apoderaban de mí. Se dio una palmada en los muslos y se levantó.

"¿Estás lista para el resto de la gira?", preguntó.

“¿Hay más?”, respondí, sorprendida.

Se rió y empezó a subir las escaleras del banquillo. Después de otra hora, era el momento de volver a casa. La cabeza me daba prácticamente vueltas con todo lo que había recorrido en las instalaciones y todo el personal que me habían presentado. Ni siquiera había conocido a cada uno de los jugadores ni había aprendido sus nombres. Me preguntaba si algún día sería capaz de recordarlo todo.

Alan me acompañó al aparcamiento cuando el sol se estaba poniendo.

"Bueno, tu primer día ya ha pasado a la historia. ¿Cómo te sientes?

"Abrumada", admití. "Pero estoy preparada".

"Bien. Se inclinó hacia mí y se dirigió hacia su coche.

Mientras caminaba hacia mi coche, busqué mi teléfono en el bolso. No lo había mirado en todo el día. Tenía un mensaje de mi padre deseándome suerte y como un millón de mi amigo Mads.

¿Estás ahí?

¿Cómo te va?

¿Cómo está tu jefe?

¿Conociste a los jugadores?

¿Hola?

Dios mío. ¡Me estás matando, Mall!

Me reí mientras leía sus mensajes. Rápidamente le escribí un mensaje.

OMG. Cálmate, Mads. Estoy de camino a casa. Te llamo en veinte minutos.

Había conocido a Mads en el hospital durante mi recuperación. Un día lo conocí mientras me movía en silla de ruedas por el pasillo. Odiaba quedarme en mi habitación, y mucho más en mi planta, así que exploraba todo el hospital. En aquel momento estaba en la planta de oncología. Por suerte, estaba en remisión. Su sentido del humor fue lo que me atrajo. Para ser alguien que luchaba por seguir vivo, tenía la mejor perspectiva de la vida. Su hermano Iván también trabajaba en el hospital. Nos habíamos hecho amigos.

Mads sabía lo mucho que estas prácticas significaban para mí. Había estado conmigo en el hospital casi todos los días durante mi recuperación. Me ayudó a superar la depresión. No sabía qué habría hecho sin él.

Veinte minutos más tarde, entré en el aparcamiento de mi apartamento. Subí los cuatro tramos de escaleras hasta mi casa para demostrar que podía y abrí la puerta. Hogar, dulce hogar. Cogí una cerveza de la nevera y me dejé caer en el sofá. Cogí mi teléfono y llamé a Mads.

"Tía, por fin", contestó.

"Tío, ¿pensabas que podría hablar contigo todo el día cuando estuviera en mi nuevo trabajo? Qué buena impresión daría", dije sarcásticamente.

"Venga ya. Estaba preocupado por ti".

"Lo sé, lo sé".

"Entonces, ¿cómo te fue?".

Sonreí. *"El sitio es increíble. La financiación que debe tener ese equipo. Es irreal"*.

"Espero, como tu mejor amigo, conseguir un tour algún día".

"Trabajaré en ello", dije, tomando un sorbo de cerveza.

"¿Conociste a alguno de los jugadores?", preguntó.

"Sí. A todos".

"Celoso".

"Sí, aunque creo que Alan definitivamente me estaba poniendo a prueba. Me llevó al vestuario cuando estaban todos medio desnudos".

"¿Cómo se siente ser la chica más afortunada de Boston?".

"Oh, Dios mío, Mads. Fue aterrador. Mis ojos no sabían dónde mirar".

Le oí reír en la otra línea.

"Había un tipo...". Dije despreocupadamente.

"¿Quién? ¿El segunda base? Oooh, ¿o el nuevo lanzador? Jared algo...".

"¡Ni siquiera lo sé! Sabes que no conozco el béisbol, y mucho menos a los jugadores".

"Bueno, será mejor que empieces a aprender".

"Lo sé. No conseguí ninguno de sus nombres hoy, pero este tipo del que estoy hablando estaba de pie allí empapado con una toalla. Y me guiñó un ojo. Casi me parto de risa, Mads".

"¿Te guiñó el ojo? ¿Quién hace eso?".

"No lo sé, pero era mono. Realmente guapo. Y su cuerpo, oh, Dios mío. Lo siento, ¿es demasiada charla de chicas?".

"Ya estoy acostumbrado".

"Cierto".

"Sigo diciéndote que tienes que tener una aventura con uno de los jugadores", me recordó.

"Sabes que no voy a hacerlo".

"¿Por qué no?".

"Porque quiero que estas prácticas se conviertan en un trabajo. Tengo que tomármelo en serio. No puedo perder el tiempo con un jugador".

"Fiiiine", dijo.

"Mejor voy a buscar algo para cenar", dije, poniéndome de pie.

"Vale, pero espero que averigües el nombre de ese jugador".

"Adiós, Mads", dije, poniendo los ojos en blanco.

"¡Adiós!".

Colgué y sonreí a mi teléfono. Sabía que sólo quería que encontrara a alguien. Después de todo lo que me había pasado a mí y a mi carrera, las relaciones no me habían interesado ni remotamente. Demonios, la vida tampoco me había interesado. Hoy, sin embargo, en aquel estadio de béisbol, volvía a sentirme ilusionada por algo. No iba a estropearlo.

Capítulo 3

Nico

Llegué temprano al entrenamiento de la tarde, para no hacer enojar al entrenador y también para ver si había alguna posibilidad de cruzarme con la chica nueva, Mallory. Fui el primero en llegar al vestuario, lo cual no me sorprendió. El equipo había salido anoche, incluida la prometida de Kenny, Cleo. Esta mañana vi las fotos de Instagram de Kenny en Murphy's a la una de la madrugada. Me reí mientras hojeaba el teléfono, viendo fotos de coches bomba irlandeses y vídeos de la horrible interpretación de Kenny de "Sweet Caroline". Él y el resto iban a sufrir hoy.

Para decepción de Kenny, me fui a casa tras la última noche con mi hermana. Estaba hecho polvo después del largo día de entrenamiento, y mis resacas empeoraban con la edad. No podía seguir el ritmo de los chicos más jóvenes. Además, quería estar listo para el entrenamiento de hoy. Después de ayudar a Mae a recoger la cena, me dirigí a casa y me dormí.

Mi hermana y Jonas solían invitarme a cenar varias veces por semana en el ático de cinco millones de dólares que poseían. En serio, el lugar hacía que mi apartamento pareciera un armario. No esperaba menos del dueño de nuestro equipo, y mi hermana se estaba haciendo un nombre en el mundo del atletismo. Estaba orgulloso de ella, pero a veces también la echaba de menos, de ahí las cenas semanales.

Habíamos crecido juntos de la noche a la mañana, cuando nuestros padres fallecieron inesperadamente en un accidente de coche allá por el instituto. Mi hermana, al ser mayor, asumió el papel de madre en nuestra familia de dos. Nos apoyabamos en todo y habíamos vivido juntos en casa de nuestros padres hasta hacía dos años. Ya era hora de que nos fuéramos.

Abrí mi taquilla y miré la foto de mis padres que colgaba de la puerta. La miré y sonreí. Siempre estaban conmigo. Miré la hora en el móvil. Faltaba una hora para el entrenamiento. Me pasé con lo de llegar pronto. Con tiempo de sobra, me puse la ropa de gimnasia, cogí los auriculares y subí al gimnasio.

Estaba vacío. Me subí a una cinta de correr y puse rock clásico a todo volumen en los auriculares. Ajusté la configuración y empecé a trotar ligeramente. Esperaba que hoy no hubiera

mucho esfuerzo, pero, por si acaso, no corrí demasiado. Llevaba media hora trotando a toda velocidad. Empezó a sonar una canción que me gustaba, así que la canté y la tamborileaba con las manos en las barandillas de la cinta.

A mitad de la canción, sentí que me miraban. Levanté la vista y vi a Mallory detrás del mostrador de entrenamiento personal observándome divertida. Sentí que mi cara se sonrojaba y apreté el botón rojo, deteniendo la cinta. Tropecé al quitarme los auriculares.

Ella soltó una carcajada. Una carcajada real y genuina que terminó con un bufido. Avergonzada, se tapó la boca, pero no tenía nada de qué avergonzarse. Yo quería escuchar más esa risa y el lindo bufido con el que terminó.

"Lo siento, no sabía que había alguien aquí". Sonreí tímidamente.

"No pasa nada. Me ha gustado el espectáculo", dijo, tamborileando con las yemas de los dedos sobre el portapapeles del escritorio.

"Por cierto, soy Nico. No nos conocimos formalmente ayer", dije mientras me bajaba de la cinta y caminaba hacia ella.

“Mallory”. Salió de detrás del escritorio.

Llevaba una falda de tenis blanca a juego con el polo blanco del personal. Tenía las piernas bronceadas y tonificadas y un tatuaje en el muslo derecho que le llegaba por debajo de la falda. Le tendí la mano y me la estrechó con firmeza, con sus ojos verdes clavados en los míos. Tragué saliva.

"Ah, Mallory. Veo que has conocido a Nico, nuestro campocorto", dijo Alan, mientras cruzaba las puertas del gimnasio.

Mallory soltó mi mano rápidamente y se irguió más, caminando detrás del escritorio.

"Sí, nos conocemos. Sólo estaba organizando mis papeles para hoy", dijo, apilando papeles y golpeándolos contra el escritorio.

"Bien, bien. Tenemos un día ajetreado", dijo Alan.

Comenzaron su reunión matutina y yo me escabullí del gimnasio. Aún podía sentir su mano entre las mías y oler el aroma a lino fresco de su uniforme. De cerca estaba aún mejor. Maldito Alan. ¿Por qué tenía que entrar en ese momento?

En los vestuarios, algunos de los chicos entraban lentamente con las gafas de sol puestas. Me reí para mis adentros mientras me ponía el uniforme de entrenamiento. El entrenador entró, les echó un vistazo y se agarró el puente de la nariz, frustrado. Iba a ser un día largo, pero después de mi encuentro con Mallory en el gimnasio, nada podría deprimirme.

El entrenador hizo trabajar al equipo más duro como castigo por estar de resaca. Se sentía bien ser el que corría en círculos alrededor de estos chicos por una vez. En un momento levanté la vista y vi a Alan y Mallory detrás del banquillo observando el entrenamiento. Empujé aún más fuerte.

"Parece que Nico es el único que ha venido hoy", ladró el entrenador.

Sonreí para mis adentros mientras agarraba una pelota que Kenny me había lanzado.

"¿Intentas impresionar a tu novia?", preguntó Kenny, mirando a las gradas.

Le hice un gesto con el dedo y lancé una bola rápida que rebotó justo fuera de su alcance hacia el campo exterior. Él me devolvió el dedo y corrió tras ella.

Al día siguiente, los chicos del equipo llegaron listos para el entrenamiento. No estaban dispuestos a volver a pasar por un infierno. El entrenamiento se alargó y me decepcionó no volver a ver a Mallory apostada detrás del banquillo.

En los vestuarios, me duché y preparé la bolsa.

"¡Mujer pasando!", gritó el entrenador.

Todos los chicos de los vestuarios se subieron los pantalones cortos o se pusieron las camisetas para ponerse decentes. Un minuto después, entró Mallory. Llevaba un polo blanco y una visera a juego. Llevaba el pelo recogido en su trenza habitual. Parecía profesional. También estaba buenísima.

"¿Cuál de ustedes es Chad? Te he apuntado a PT hoy", dijo, golpeando el portapapeles con el bolígrafo.

Chad se sentó en un banco con el uniforme de entrenamiento puesto. Levantó la mano como un niño en clase y todos nos reímos de él. Ella enarcó una ceja y sonrió divertida.

"Esperaré fuera", dijo, dándose la vuelta y saliendo.

Me di cuenta de que Chad aún no se había duchado, así que vi una oportunidad y la aproveché.

Cogí mi bolsa y me la colgué del hombro. Antes de salir por la puerta, respiré hondo. Mallory estaba apoyada en la pared, repasando sus apuntes. Tenía la nariz arrugada por la concentración.

“¿Cómo van tus primeros días?”, le pregunté, tratando de mantener la calma.

Levantó la vista y me vio. "Hola. Nico, ¿verdad? Muy bien. De hecho, hoy es mi primera sesión individual".

"Tu estreno", dije, en parte deseando estar en necesidad de terapia física para una sesión de cara a cara con ella.

Sí. Miró el portapapeles. Me di cuenta de que su confianza flaqueaba.

"Chad es inofensivo", le dije. "Lo harás muy bien".

"Gracias", respondió, y sus ojos volvieron a encontrarse con los míos. Fue difícil recordar respirar por un segundo.

"Entonces, ¿qué te metió en PT?", pregunté, apoyándome en la pared frente a ella.

"Yo sufrí una lesión y mi fisioterapeuta me ayudó mucho. No sólo en el aspecto físico. Supe que quería hacer lo mismo por los demás".

"Oh, ¿qué...?". Empecé a preguntar.

"Estoy listo para ti", interrumpió Chad mientras salía por la puerta de los vestuarios.

Mallory asintió y me hizo un pequeño gesto con la mano antes de guiar a Chad por el pasillo hacia el gimnasio. Me sentía como si estuviera aprendiendo sobre ella a trozos. Demonios, apenas sabía nada de ella, pero sabía que me gustaba. Lo supe cuando entró en el vestuario el primer día. Era ridículo, pero no me importaba.

Aquella noche se lo comenté a Mae durante la cena. Preparó la famosa lasaña de nuestra madre y llevé una botella de vino.

"Hay una nueva PT en el trabajo", dije, balanceando a mi sobrina, Ella, en mi regazo. Estaba sorbiendo un fideo y estaba hecha un desastre.

Sentí que los ojos de Jonas me miraban. Conocía a Mallory. Supervisaba todas las nuevas contrataciones. Seguro que sabía lo que estaba pensando.

"¿Ah, sí?", preguntó Mae, mientras se acercaba con una servilleta para limpiarle la cara a Ella.

"Sí. Me gusta mucho", dije, pinchando mi lasaña con el tenedor.

"¿En serio?", preguntó entusiasmada.

Mi hermana quería que encontrara a alguien con quien sentar la cabeza. Yo solía ignorarla y decirle que seguía divirtiéndome, pero últimamente estaba empezando a querer lo mismo. Estaba cansado de ser el salvaje, el festero. Quería a alguien con quien volver a casa. Quería lo que tenía mi hermana. Quería lo que tenían mis padres.

"Lleva allí como tres días", dijo Jonas, entrando en la conversación.

Mae levantó una ceja.

"Sí, pero hemos hablado un poco". Me encogí de hombros. Habíamos tenido dos conversaciones interrumpidas, pero ellos no tenían por qué saberlo.

"¿Ah, sí? ¿Qué sabes de ella?", preguntó.

"Es fisioterapeuta".

"Wow. Realmente sumergirse en profundidad". Mae se rió.

La fulminé con la mirada y al final solté una carcajada. Tenía razón. Estaba haciendo el ridículo.

"Permíteme recordarte que tenemos una política sobre salir con miembros del personal", dijo Jonas, mirándome seriamente. Cogió la mano de Mae y la apretó. "Pero esa política se incumple a menudo", dijo, guiñándome un ojo.

Dejé escapar un silencioso suspiro de alivio. Me estaba tomando el pelo. No tenía margen para hablar porque él y mi hermana se habían juntado mientras ella trabajaba para él. Mira cómo les fue. Estaban felizmente casados y tenían una niña preciosa.

Me había costado un tiempo acostumbrarme a que mi jefe fuera mi cuñado. Con el tiempo, esa línea se difuminó y me sentí más cómodo a su lado. Era capaz de bromear y también de dar buenos consejos. Tuve suerte de tenerlo como familia. Tardamos un tiempo en llegar a donde estábamos, pero le estaba agradecido.

Mientras Jonas recogía la mesa, yo ayudaba a mi hermana a fregar los platos en la cocina.

"Entonces, esta chica..." comenzó Mae.

"Mallory", dije.

"Es una situación delicada, Nico", dijo con cautela. "Las citas y el trabajo no siempre se mezclan".

"Lo sé, pero mírate a ti y a Jonas", señalé.

"Somos una anomalía". Se rió.

"Bueno, yo quiero una anomalía de esas", dije.

"¿Sabes siquiera lo que es una anomalía?", bromeó.

Le tiré un trapo y nos echamos a reír.

En el camino a casa, pensé en lo que dijo Mae. Me pregunté si perseguir a Mallory era una buena idea. No quería complicar las cosas en su nuevo trabajo. Por lo que sé, podría tener novio. Traté de disuadirme durante todo el camino a casa, pero luego me imaginé su cara. Sabía que era imposible que me mantuviera alejado.

Capítulo 4

MALLORY

Estaba sentada en las gradas viendo el primer partido de la temporada. Era mi primer partido de béisbol y lo estaba asimilando todo. El aire fresco se mezclaba con el aroma de los perritos calientes y la cerveza, había palomitas por todo el campo, sonaba la música de órgano y los aficionados se mecían al son de la música. Era emocionante, pero intenté mantener la calma sentada junto a Alan.

"Nunca olvidarás tu primer partido", me dijo. Este tipo me leía como un libro.

"Es tan diferente del fútbol, pero en cierto modo es lo mismo", le dije.

Pensé que me sentiría desolada por volver a un gran acontecimiento deportivo, pero me sorprendió lo feliz que estaba. Era un mundo totalmente distinto al que estaba acostumbrada, pero sentía el corazón lleno y en el aire se respiraba una energía enloquecedora. Había tomado la decisión correcta al solicitar este trabajo. Era donde quería estar.

Miré al campo y a todos los jugadores. Vi a Nico entre la segunda y la tercera base. La verdad es que me pasé la mayor parte del partido mirándole. Estaba muy sexy. Había algo en cómo se bajaba la gorra de béisbol cuando estaba concentrado, o en cómo se flexionaban sus músculos cuando ponía la mano en el guante en posición de preparado, o en cómo sus pantalones abrazaban cada centímetro de su cuerpo. No me extraña que Mads me empujara a tener una aventura con un jugador. Son los pantalones.

Pero no podía. Esta beca era demasiado importante para arruinarla por un tipo. Incluso si era alto y fornido, con ojos oscuros y pelo oscuro a juego. Durante las últimas dos semanas, esperaba encontrarme con Nico, sólo para ver su sonrisa. Cuando lo veía, ponía cara de profesional, aunque los nervios me subían a la garganta. Había algo en él que me atraía. Quería estar más cerca de él, pero también necesitaba mantenerme alejada.

Justo entonces, el sonido de un bate chasqueando contra la pelota llenó el aire. El público miraba

con la respiración contenida cómo volaba hacia las gradas del jardín derecho. Si era un j*onrón*, el partido habría terminado. Vi cómo Kenny corría y saltaba. La pelota aterrizó en su guante y se estrelló contra la pared. El público prorrumpió en vítores que pronto se convirtieron en jadeos.

Kenny se había estampado contra la pared con tanta fuerza que uno de los fotógrafos que estaban arriba perdió el control de su cámara, dejándola caer directamente sobre su cabeza. Se desplomó en el suelo.

"Mierda", dijo Alan, levantándose de repente.

Salió corriendo de la fila de asientos y yo le seguí. Bajamos al banquillo y salimos al campo. El equipo estaba rodeando a Kenny, pero manteniéndose a una distancia prudencial para que el personal médico pudiera echarle un vistazo.

Afortunadamente, Kenny estaba sentado y hablaba con coherencia.

"Estoy bien, estoy bien", dijo, apartando a todo el mundo.

"No puedes seguir jugando", dijo Alan con firmeza.

"Y una mierda que no puedo. Estamos a punto de ganar".

Kenny intentó ponerse en pie, pero se tambaleaba.

Me acerqué y le pasé el brazo por debajo, estabilizándole.

"Vamos, Kenny", le dije.

Me miró, dispuesto a discutir, pero asintió derrotado. Alan y yo lo sacamos del campo y lo condujimos al túnel que conducía a los vestuarios.

El equipo acabó aguantando al equipo contrario en la novena entrada y ganando el partido. Oí los gritos de victoria del público mientras esperaba fuera de los vestuarios a que Kenny se duchara. Alan estaba dentro, cerca por si Kenny se quedaba dormido. Definitivamente tenía una conmoción cerebral, y un gran huevo para demostrarlo.

Oí al equipo entrar triunfante en el vestuario mientras Alan acompañaba a Kenny a reunirse conmigo. Lo llevamos al gimnasio y a una de las salas de terapia. Se tumbó en una de las mesas y Alan comenzó su evaluación mientras yo observaba.

Oí que la puerta se abría en silencio y me giré para ver a Nico allí de pie. Seguía con el uniforme

puesto, sudoroso y cubierto de tierra roja. Sus ojos se cruzaron con los míos y di gracias por estar sentada, porque estaba segura de que las rodillas me habrían fallado si hubiera estado de pie. Luego miró a Kenny. Me pregunté si debería estar allí, pero Alan me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza.

Nico se acercó y se apoyó en la mesa, mirando a su amigo como si intentara contener una carcajada.

"Saca a este gilipollas de aquí", dijo Kenny, poniendo los ojos en blanco hacia su amigo.

"Oye, sólo estoy comprobando cómo estás", dijo Nico inocentemente. Levantó las manos en señal de defensa.

Kenny resopló cuando Alan le apuntó a los ojos con una linterna.

"No todos los días te noquea una cámara. Dios, espero que lo hayan grabado. Probablemente haya varios ángulos. Podría hacer un montaje". Nico extendió las manos y las agitó en el aire como si estuviera viendo algo.

"¿Quieres callarte?". Kenny trató de incorporarse, pero Alan tiró de él hacia la mesa.

Me mordí el labio, intentando reprimir una carcajada. Aquellos dos eran ridículos.

"¿Se nota que estos dos idiotas son buenos amigos?", preguntó Alan, sacudiendo la cabeza mientras continuaba su evaluación.

"Lo estoy viendo", dije, mirando a Nico.

Me estaba sonriendo.

"Bueno, definitivamente tienes una conmoción cerebral", dijo Alan, apagando su linterna.

Kenny gimió. "¿Qué significa eso?".

"Reposo. Mucho reposo en los próximos días".

"Pero, ¿y el próximo partido?".

"No jugarás", dijo Alan con firmeza.

"¡Vamos! Estoy bien!", dijo Kenny, alzando la voz.

"Puedes volver al campo la semana que viene". Alan se levantó antes de volverse hacia mí. "Mallory, voy a llevarle este informe al entrenador. ¿Puedes encargarte de que lleven a Kenny a casa?".

"Claro. No hay problema, Alan".

Salió por la puerta y dejó un Kenny muy llorón y un Nico muy caliente.

"Es sólo un partido", dijo Nico, ayudando a Kenny a levantarse de la mesa.

"Pero si acabamos de empezar la temporada", refunfuñó Kenny, encontrando el equilibrio.

Me acerqué a él y le sujeté el lado derecho. Nico le sujetó el izquierdo.

"Menos mal que os quedan 160 partidos", le dije.

Nico se rió y me miró. Sus ojos oscuros eran de un marrón chocolate, y prácticamente me derretí en ellos.

"Entonces, ¿cómo vamos a llevar a este tipo a casa?", le pregunté.

"Yo lo llevaré a casa. No hay problema", dijo Nico.

"Probablemente deberíamos conseguirle una silla de ruedas", dije con un guiño. ¿ era yo la que guiñaba?

"Buena idea", dijo Nico con una sonrisa en los labios.

"Claro que no", argumentó Kenny.

"Órdenes de PT", dije con firmeza.

Realmente no había forma de que pudiéramos pasearlo por las instalaciones y por todo el aparcamiento. El tipo se balanceaba, intentando mantener el equilibrio. Además, sabía que dañaría su gran ego y era algo gracioso.

Sentamos a Kenny en una silla de ruedas y lo empujamos por las instalaciones. Estaba sentado con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Se comportaba como un niño grande y era difícil no

reírse.

"¿Siempre es así?", le susurré a Nico mientras caminábamos.

"A veces peor", me contestó.

Me reí e intenté contener un bufido, pero se me escapó. Sentí que me ardían las mejillas.

Nico me dio un codazo. "Es mono", me tranquilizó.

Reprimí una sonrisa.

"¿Estáis hablando de mí?", preguntó Kenny, girando la cabeza. Me di cuenta de que el rápido movimiento le había dolido. Se le puso la cara blanca.

"El mundo no gira a tu alrededor, Kenny". Nico puso los ojos en blanco.

"Haz movimientos lentos, ¿vale?". Dije, poniendo mi mano en su hombro.

En el aparcamiento, lo llevamos al coche de Nico. No me sorprendió, era un coche deportivo de lujo. Nico abrió la puerta y ajustó el asiento del copiloto. Ayudamos a Kenny a entrar en el coche y Nico cerró la puerta.

"Voy a llevarlo a mi casa", dijo.

"Bien. ¿Tienes todas las instrucciones de Alan?". pregunté.

"Sí, las tengo. Cuidaré de él", me aseguró.

Se notaba que era un buen amigo. Eso lo hacía aún más atractivo. Noté una mancha de suciedad roja bajo su ojo izquierdo. Tuve el impulso de acercarme y limpiarla, pero me contuve.

"Bueno, hasta luego", dije, retrocediendo y arrastrando la silla de ruedas conmigo.

"Gracias, Mallory", dijo.

Me aparté de él y empecé a caminar hacia el estadio. Sentía sus ojos clavados en mí, pero no me atrevía a mirar atrás. Pronto oí que su coche se ponía en marcha y se alejaba.

Llevé la silla de ruedas a la sala de terapia, donde Alan estaba sentado escribiendo en el

ordenador.

"Bueno, vaya manera de empezar la temporada", dijo sacudiendo la cabeza. "¿Salieron bien?".

"Mhmm. Nico lo va a vigilar esta noche".

"Es un buen tipo, ese Nico", dijo Alan.

Asentí en silencio, mientras Alan repasaba su evaluación y cómo la introducía en el ordenador. Intenté prestar atención, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Nico. Todo lo que había visto de él me gustaba. Todo lo que decían de él, me gustaba. Sabía que no era inteligente, pero ¿cómo iba a reprimir esos sentimientos cambiantes si lo veía casi todos los días?

"¿Has entendido lo último?", preguntó Alan, mirándome y señalando el ordenador.

"Lo siento, sí. ¿Simplemente introducir los datos en esta casilla de aquí?". pregunté señalando la pantalla.

"Eso es", respondió Alan, satisfecho. "Llegarás a descubrir que las lesiones que se producen dentro y fuera del campo se deben a la estupidez y no al juego en sí", dijo, poniendo los ojos en blanco.

"Ya lo veo". Me reí.

Este trabajo estaba resultando aún más interesante de lo que pensaba. Estaba tratando con un grupo de hombres que básicamente eran niños grandes. Los acontecimientos lo confirmaron. Me moría de ganas de llamar a Mads y ponerlo al corriente. Estaba segura de que había visto el partido.

Cuando llegué a casa una hora más tarde, eran casi las diez de la noche. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta ese momento. Cogí el teléfono y llamé a Mads.

"Dios mío. ¡Por fin!", contestó.

"¿Has visto el partido?". Le pregunté.

"Obviamente. ¿Está bien ese tipo? Cayó como un saco de patatas".

Me reí. *"Lo sé, ¿verdad? Está bien. Conmoción cerebral leve. Estará fuera el próximo partido"*.

"*No puedo creer que lo noqueara una cámara"*.

"En serio".

"Bueno, debe haber sido un día emocionante para ti".

"Fue agitado", bromeé.

"¿Hablaste con Nico?".

"No", mentí. *"Fue una locura"*.

No quería decirle lo que pensaba o sentía. No importaba porque no podía actuar en consecuencia. Lo que fuera entre nosotros no iba a ir a ninguna parte. Este trabajo importaba demasiado. Estar en ese estadio hoy sólo confirmaba que estaba donde debía estar. Un tipo al que apenas conocía no iba a quitarme este nuevo sueño.

Capítulo 5

Nico

Conduje hasta mi casa golpeando suavemente a Kenny en la cara porque amenazaba con quedarse dormido. Alan dijo que lo mantuviera despierto al menos durante las próximas horas. Como Cleo iba a pasar la semana fuera, en una exposición de repostería, me tocaba cuidarlo. Me pasé por mi pizzería favorita para comprar la cena, pero dejé a Kenny en el coche con la música puesta, con la esperanza de que lo mantuviera despierto durante los pocos minutos que estuve dentro.

Ray's estaba bastante vacío para esta hora de la noche. Ya había pasado la hora de cenar, pero era demasiado pronto para que los borrachos se pasaran a tomar un tentempié nocturno.

"¡Nico! Vaya partido el de esta noche", dijo el dueño cuando entré por la puerta.

"Gracias, Ray. Sólo estoy recogiendo para irme a casa".

"Salchichón extra grande con pepperoncinis. Está saliendo del horno".

Asentí mientras sacaba mi cartera. Busqué algo de dinero para la pizza y añadí veinte al bote de las propinas.

"Eres demasiado bueno conmigo", dijo Ray.

"Es lo menos que puedo hacer por la mejor pizza de la ciudad".

"¿Cómo está tu amigo?", preguntó Ray, mientras se apoyaba en el mostrador.

"Kenny está fuera, en el coche. Soy su cuidador por esta noche". Me eché a reír.

"Menudo golpe en la cabeza". Sacudió la cabeza y miró por la ventana hacia mi coche.

No había visto las imágenes del partido, pero me imaginaba que la repetición de la cámara cayendo sobre la cabeza de Kenny circulaba por todas las cadenas deportivas y por Internet. El pobre no lo iba a olvidar nunca.

"Hola, um, ¿Nico? Quiero decir, Sr. Klein. ¿Me firma un autógrafo?", dijo suavemente una voz de mujer.

Me di la vuelta y vi a un grupo de gente esperando expectante. A veces olvidaba quién era en una ciudad que amaba el béisbol tanto como ellos. Siempre estaba deseando hacer felices a los aficionados. Era parte del trabajo, y era un trabajo que me encantaba.

"¡Claro! Ray, ¿tienes un bolígrafo?".

Me pasó uno por encima del mostrador y me dedicó una amplia sonrisa. Le encantaba que viniera porque era bueno para el negocio. Estaba encantado de ayudar. Firmé algunas cajas de pizza y camisetas, y me hice unos cuantos selfies.

"Su pizza está lista", dijo Ray, deslizándola por el mostrador.

Me despedí y cogí la caja antes de salir por la puerta. Había tardado un poco más de lo que esperaba. Caminé deprisa hasta el coche y miré por la ventanilla. Afortunadamente, Kenny estaba despierto en el asiento del copiloto, tamborileando con las manos en el salpicadero.

"¡Ya era hora!", dijo. "Me muero de hambre".

"¿Cómo te encuentras?", pregunté, entregándole la caja antes de deslizarme en el asiento del conductor.

“Me muero de hambre”.

Puse los ojos en blanco y salí del aparcamiento. Diez minutos después, estábamos en mi casa, comiendo pizza directamente de la caja y disfrutando de una cerveza. La cerveza probablemente no era la mejor idea para alguien que estaba conmocionado, pero había sido un día largo.

Encendí el televisor de pantalla grande y vi que ESPN estaba repitiendo la captura de Kenny y la debacle que siguió. Los comentaristas deportivos se reían mientras lo veían de nuevo a cámara lenta. Me eché a reír. Era todo tan ridículo.

Kenny gimió a mi lado antes de beber un largo sorbo de cerveza.

"Gilipollas. Todos ellos. Ni siquiera apreciaron esa atrapada que prácticamente nos hizo ganar el

partido", murmuró.

"Piensa que tienes este vídeo para recordarlo siempre". Le sonreí.

"Y un chichón". Hizo una mueca de dolor mientras se frotaba el chichón de la parte superior de la cabeza.

Cuando terminamos la pizza y la cerveza, preparé la habitación de invitados para Kenny. Le di un poco de Advil y un vaso grande de agua, que dejé sobre la mesilla de noche. Hice unas cuantas evaluaciones sencillas con una linterna que me había dado Alan y luego le di un poco de intimidad para que llamara a Cleo. Parecía en buen estado y me pareció bien que se durmiera a medianoche.

En aquel momento todavía llevaba puesto el uniforme. No tuve ocasión de ir al vestuario después de la lesión de Kenny. Me di una muy necesaria ducha caliente y me preparé para ir a la cama. Allí tumbado, pensé en la locura del día. Tuvimos nuestra primera victoria de la temporada, Kenny sufrió una conmoción cerebral, pero lo que más se me quedó grabado en la cabeza fue el tiempo que había pasado con Mallory. Era muy divertida. Lo de poner a Kenny en la silla de ruedas fue divertidísimo. Sonreí al recordar su risa y el bufido que intentaba ocultar desesperadamente. Cerré los ojos y deseé verla mañana.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y me preparé un buen café. Fui a ver cómo estaba Kenny, que empezaba a despertarse. Había sobrevivido a la noche. Unos minutos más tarde, se reunió conmigo en la cocina mientras preparaba unos huevos con bacon.

"Estás vivo", le dije, sirviendo una taza de café.

"Apenas", murmuró con un bostezo.

“¿Cómo tienes la cabeza?”.

"Me duele". Me la tocó suavemente con la punta de los dedos. Podía ver el huevo rojo que sobresalía de su cabellera.

"¿Quieres hielo?", le ofrecí, abriendo el congelador.

Asintió y le di una bolsa de hielo.

"Tengo que ir a entrenar pronto. ¿Quieres que te deje en tu casa?".

"Sí, claro. Gracias, tío. Te lo agradezco todo".

Le hice un gesto con la mano para que se fuera. "Tú harías lo mismo por mí. Es decir, si me pasara algo tan estúpido como a ti".

Me hizo un gesto con el dedo mientras tomaba un sorbo de café.

Después de desayunar, me puse el uniforme de entrenamiento. Nos dirigimos al aparcamiento para coger mi coche. Me miró mientras metía la bolsa de entrenamiento en el asiento trasero. Sabía lo que estaba pensando.

Con el ceño fruncido, me dijo: "No puedo creer que el entrenador me obligue a no jugar el próximo partido. Me encuentro bien".

"Tío, ayer te cayó una cámara deportiva profesional en la cabeza y te dejó inconsciente. Creo que está tomando la decisión correcta".

Se cruzó de brazos y resopló mientras miraba por la ventana. Estaba hecho un crío. Reprimí una carcajada al salir del aparcamiento.

Después de dejarlo en su casa, me puse en camino hacia el estadio. Llegué con unos minutos de retraso, con la esperanza de que el entrenador no fuera tan duro conmigo porque estaba cuidando de Kenny. Me reuní con el equipo en el vestuario mientras nuestro entrenador repasaba el partido de anoche. Vi a Alan y a Mallory en un rincón de la habitación repasando papeles en silencio. Intenté llamar su atención, pero estaba demasiado absorta.

"Qué bien que te unas a nosotros, Nico", dijo el entrenador en voz alta, llamando mi atención.

"Lo siento, entrenador. Tuve que llevar a Kenny a casa esta mañana", dije.

Eso pareció apaciguarlo antes de que continuara hablando sobre qué estrategias llevar al próximo partido, y quién iba a reemplazar a Kenny. Cuando terminamos nuestra reunión matutina, el equipo empezó a dirigirse al campo. Alan salió hacia el pasillo del gimnasio, pero Mallory se quedó estudiando su portapapeles. La miré mientras me sentaba en el banco y me volvía a atar las zapatillas. Quería quedarme atrás para hablar con ella un momento.

Al cabo de un minuto, se dio cuenta de que seguía allí.

"¿Cómo está Kenny?", preguntó, viniendo a sentarse a mi lado.

"Está bien. Le duele no poder jugar, pero por lo demás está bien".

"Bien. Gracias por cuidarlo anoche".

"Sí, no fue ningún problema", respondí mientras terminaba de atarme los cordones de los zapatos. Me volví hacia ella, dándome cuenta de que probablemente era lo más cerca que habíamos estado nunca. Me di cuenta de que tenía una pequeña salpicadura de pecas en el puente de la nariz y de que sus ojos tenían motas de ámbar bajo las largas pestañas oscuras. Me sostuvo la mirada durante un segundo antes de parpadear y apartar la vista.

"Bueno, será mejor que salgas", dijo.

"Vale. Hasta luego".

Se levantó y salió por la puerta por la que había entrado Alan. La miré antes de salir trotando hacia el túnel y el campo. No quería enfadar más al entrenador. Para mi decepción, no volví a ver a Mallory durante el resto del día.

Esa noche, para distraerme, compré comida tailandesa y la llevé a casa de Kenny. Pensé que le vendría bien la compañía, ya que estaba tan desanimado por su comienzo de temporada. Cuando abrió la puerta, tenía en la mano dos botellas de cerveza. Me di cuenta de ESPN jugando en el fondo. Su cara estaba en la pantalla.

"Tío, ¿por qué te estás torturando?", le pregunté, dejando la bolsa de comida para llevar sobre la encimera. Cogí el mando a distancia y apagué la televisión.

"Gracias", murmuró, cogiendo la bolsa de comida de la encimera y dirigiéndose a la gran puerta corredera que daba al patio. El cielo se estaba tiñendo de un naranja rosado mientras cenábamos con vistas a la ciudad.

"¿Qué tal el entrenamiento?", preguntó Kenny.

"Bien. No te perdiste mucho".

"¿A quién van a poner en mi lugar el próximo partido?", preguntó, levantando una ceja.

"Probablemente a Mitch".

"Oh, vamos, ¿Mitch?". Levantó la voz molesto.

"Es sólo un partido, Kenny".

"Cambiemos de tema", dijo, tomando un sorbo de cerveza.

Sabía lo mucho que significaba el partido para Kenny. Probablemente yo estaría tan cabreado y

me sentiría tan impotente como él si me hubiera pasado a mí. Jugar un partido y luego tener que quedarte fuera era una tomadura de pelo. Además, que entrara un jugador del banquillo siempre te ponía de los nervios porque no querías que te dejara en evidencia.

Nos sentamos en un cómodo silencio durante un minuto hasta que decidí hablar de Mallory. No podía dejar de pensar en ella. Quería saber qué pensaba.

"Entonces, ¿qué piensas de la chica nueva?", pregunté despreocupadamente.

"¿Quién? ¿Mallory?".

"Sí". Me encogí de hombros.

Me miró con curiosidad antes de que una sonrisa cómplice cruzara sus labios. "Oh, mierda", dijo.

“¿Qué?”.

"Estás loco por ella".

"¿De qué coño estás hablando?".

"Quiero decir, lo entiendo. Es muy sexy. También es como recién salida de la universidad. También es personal". Entrecerró los ojos.

Suspiré y eché la cabeza hacia atrás. El cielo estaba púrpura, sin una nube en el cielo.

"Puedo leerte como a un libro, tío". Kenny sonrió, abriendo otra cerveza.

"No puedo evitarlo", gemí. "Ella es tan jodidamente caliente. También es divertida, ¿lo sabías?".

"Sí". Frunció el ceño. "No creas que no sabía que la silla de ruedas era innecesaria".

Dejé escapar una carcajada.

"Mira, si vas en serio con ella. Yo te apoyaré. El entrenador no lo hará. Alan no lo hará. Jonas probablemente no. Pero yo lo haré", dijo.

Sabía que tenía razón. Salir con el personal estaba fuera de los límites, a pesar de que Jonas prácticamente decía que las reglas se saltaban de vez en cuando. No quería decirle eso a Kenny. No quería que nadie del equipo pensara que tenía privilegios especiales porque nuestro jefe era

mi cuñado.

"No sé si le gusta la idea. Apenas hemos hablado. Es sólo esta sensación que tengo cuando estoy cerca de ella".

"Creo que muchos de los chicos del equipo conocen esa sensación cuando ella está cerca". Kenny rió entre dientes.

Le lancé una mirada.

"Mira, tal vez pueda hablar con mi hermano. Él y Jonas son íntimos. Quizá Nate pueda convencerle de que lo deje pasar", ofreció Kenny.

“No”. Negué con la cabeza. "Probablemente sea una mala idea de todos modos".

Cuando terminamos de cenar, decidí dar un paseo. Salí de casa de Kenny y me dirigí a un parque cercano. Necesitaba estar a solas con mis pensamientos.

Capítulo 6

MALLORY

Llegó el viernes y era noche de juegos. Pensaba que el primer partido fue una locura, pero esa noche era un auténtico manicomio. Debía de ser porque empezaba el fin de semana. Todo el mundo estaba listo para divertirse después de una semana de trabajo. Para ser honesta, yo también lo estaba.

La semana pasada, con la lesión de Kenny, el personal de fisioterapia se puso las pilas, y Alan aprovechó la oportunidad para enseñarme todo lo que ocurre entre bastidores en una lesión craneal. Yo estaba feliz por la oportunidad de aprender, pero mi cabeza estaba flotando.

Además, no podía sacarme a Nico de la cabeza, y no ayudaba el hecho de verlo prácticamente todos los días. El momento de ayer en el vestuario, sentada tan cerca de él en ese pequeño rato de silencio, estuvo demasiado cerca de ser algo. ¿O me lo había imaginado? Tal vez estaba viviendo en un mundo de fantasía. Culpé a Mads. No paraba de meterme ideas en la cabeza.

Fue mi culpa por ponerme en esa situación con alguien tan encantador como Nico. Yo me había quedado atrás mirando papeleo imaginario en mi portapapeles, para quizás tener la oportunidad de volver a hablar con él. Después de repetir una y otra vez que estaba fuera de mis límites y que antepusiera mi trabajo a todo lo demás, no pude mantenerme alejada.

Incluso, cuando anunciaron su nombre por los altavoces del estadio y salió a batear, me quedé paralizada. Aplaudí con el público, quizá un poco más fuerte que a los demás jugadores.

La primera bola llegó rápido.

"¡Strike!", gritó el árbitro.

El público abucheó con fuerza.

La segunda bola llegó alta.

"¡Bola!".

La tercera bola llegó muy baja.

"¡Strike!".

La multitud abucheó de verdad.

La cuarta bola se deslizó rápidamente por el centro del home. Nico estaba preparado. Sus manos se tensaron alrededor del bate, sus bíceps se flexionaron, y se balanceó, siguiendo todo su cuerpo en un movimiento fluido.

Crack.

Fue un bateo de línea por el centro del campo.

Nico corrió a la primera y llegó a la segunda, deslizándose en el último segundo.

"¡Safe!", gritó el árbitro.

El público enloqueció. Alan y yo nos pusimos en pie para animarles. El fantástico bateo de Nico había llevado a Mitch, el sustituto de Kenny, a casa, anotándonos un punto y poniéndonos por delante en la octava entrada.

El béisbol me estaba gustando cada vez más.

Acabamos ganando el partido en la novena entrada. Las palomitas y la cerveza volaban por las gradas mientras el público se mecía y entonaba los cánticos familiares. Alan y yo nos abrimos paso hasta el banquillo, donde el equipo lo estaba celebrando.

Choqué las manos y palmeé espaldas con entusiasmo. En el aire se respiraba una emoción. Lo había echado tanto de menos. Vi a Nico sonriendo entre sus compañeros y luego me vio al otro lado del banquillo. Caminó hacia mí emocionado, como un niño en la mañana de Navidad. Fui a chocar los cinco con él. Nuestras manos se encontraron por un momento y luego me abrazó. Parecía imprevisto y terminó demasiado rápido, pero disfruté de los segundos que pasé entre sus fuertes brazos. Me soltó de repente y se aclaró la garganta. Miré a mi alrededor para ver si alguien me había visto, pero todos, incluido Alan, estaban demasiado ocupados felicitándose unos a otros.

Me acomodé el pelo detrás de la oreja, nerviosa. "Gran partido", dije.

“Gracias”. Apretó los labios y se ajustó la gorra.

Tal vez no me lo había imaginado, después de todo.

Al día siguiente, necesitaba despejarme. Fui a ver a mis padres a las afueras de Boston. Todavía vivían en la casa en la que me había criado. Cuando entré en el camino de grava, vi a mi padre trabajando en el jardín. Levantó la vista al oír mi coche y me saludó con la mano. Le devolví la sonrisa mientras apagaba el coche.

De pequeña, mi padre era mi mejor amigo. Era una niña de papá hasta la médula. Quería a mi madre, por supuesto, pero había algo entre mi padre y yo. Era mi principal apoyo en todo lo que hacía. Me enseñó a ser fuerte, a no aguantar una mierda, pero también a no perder nunca el amor por la vida. Ni por el fútbol.

Cuando vio lo mucho que me gustaba este deporte a una edad temprana, me apuntó a todos los partidos de Boston. Le adoraba por ello. Nunca me sentí presionada, sólo apoyada. En cada entrenamiento, partido, patada, penalti, lesión. Incluso en la más dura de todas.

Me acerqué al jardín, observando las canas que asomaban por su sombrero de jardinero y las nuevas arrugas alrededor de sus ojos. Se me hinchó el corazón. Se levantó y se quitó los guantes de jardinería. Me envolvió en un fuerte abrazo de oso.

"Mall, me alegro de que estés en casa", me dijo.

"Es bueno estar en casa". Lo apreté aún más fuerte.

"¡Hola, cariño!", me llamó mi madre desde el porche.

Levanté la vista y la vi con una bandeja de vasos y una jarra de limonada. Me acerqué y le di un beso, la relevé de la bandeja y la puse sobre la mesa. Sirvió dos vasos y me los dio.

"Te echamos de menos, cariño", me dijo.

"Yo también os echo de menos, mamá.

"¿Te quedas a cenar?".

"¡Me encantaría!".

"Ya mismo voy a la tienda".

"Mamá, no lo hagas por mí".

"Oh. Voy a hacer tu plato favorito esta noche".

Se me hizo agua la boca sólo de pensar en el famoso pollo a la parmesana de mi madre. Hacía tiempo que no comía una buena comida casera.

"Gracias, mamá", dije, sabiendo que no tenía sentido discutir.

Llevé un vaso de limonada a mi padre mientras mi madre volvía a entrar. Mi padre se secó las gotas de sudor de la frente y tomó el refresco agradecido.

"Por tu nuevo trabajo", dijo mi padre levantando el vaso.

"Prácticas", le corregí y choqué mi vaso con el suyo.

"En cualquier caso, estoy orgulloso de ti".

Bebimos sorbos de la bebida ácida pero dulce. Mi madre siempre la preparaba en su punto.

"¿Puedo ayudar?". Le pregunté.

Me dio un par de guantes de jardín. "Te toca desbrozar".

Trabajamos codo con codo en el jardín en un cómodo silencio. Me gustaba estar en el jardín con él. Había algo agradable en meter las manos en la tierra y dejar sitio para que creciera algo nuevo. Un rato después oí a mamá en la cocina tarareando una canción a través de la ventana abierta mientras guardaba la compra que acababa de traer a casa. Estaba bien estar en casa y alejado del mundo del deporte durante un rato.

Al cabo de una hora, noté que empezaba a dolerme la cadera. Reajusté las rodillas en el suelo y me estremecí ante el dolor punzante que me subía por la pierna. Mi padre se dio cuenta.

"Estoy hecho polvo", dijo, quitándose los guantes de jardinería. "Vamos a dejarlo".

“¿Estás seguro?”. Pregunté.

"Sí, me apetece una cerveza".

Asentí, siguiéndole hacia la casa. Sabía que se había detenido por mí y por el dolor que veía en

mi cara, pero le agradecí que no le diera importancia. Él sabía lo enfadada que solía ponerme cuando perdí el amado juego del fútbol, y el movimiento normal y cotidiano. Había caído en una profunda depresión en la que me enfadaba con el mundo. Eso había preocupado a mis padres. Y mucho. Mi padre hizo todo lo posible por no mostrar su preocupación. Sabía que no quería que me trataran como si fuera un trozo de cristal. Su apoyo silencioso me ayudó a salir adelante, junto con las bromas de Mads y su optimismo ante la vida.

En la cocina el olor era delicioso. Olas de tomates triturados y ajo hirviendo a fuego lento en la sartén me llegaban a la nariz mientras sacaba dos cervezas de la nevera.

"Huele delicioso, mamá", dije.

"Estará listo en diez minutos", me dijo mientras removía la olla.

Me encontré con papá en el salón. Estaba sentado en su sitio favorito. Un sillón verde oliva desgastado. Lo tenía desde que yo era niña. Sonreí al recordarlo mientras le entregaba su cerveza. Tomé asiento en el sofá junto a él.

"¿Qué tal la cadera?", preguntó, mirándome con cautela.

"Bien. A veces me da problemas, pero intento mantenerme activa. Mantente fuerte".

"Estoy orgulloso de ti, cariño".

"Gracias, papá".

"¡La cena está lista!", llamó mi madre desde la cocina.

Nos sentamos fuera, en el patio. El aire era fresco y había una pizca de nubes en el cielo púrpura. Mi madre había puesto una fuente de pollo a la parmesana, un cuenco de pasta, otro de ensalada y un plato grande de pan de ajo. Lo miré todo con hambre mientras me sentaba.

"¿Qué tal el nuevo trabajo, cariño?", preguntó mi madre sirviendo un plato a mi padre.

"Bien. La verdad es que me gusta mucho". Le di un mordisco a la ensalada.

"Anoche vi el partido", dijo mi padre. "El equipo tiene buena pinta esta temporada".

"El béisbol es otro mundo", comenté.

"¿Cómo está ese tipo? ¿El que se lesionó con una cámara?", preguntó papá, sacudiendo la

cabeza.

"Le va mejor". Me reí.

"¿Te gusta tu jefe?", preguntó mi madre.

"Sí. Alan, mi jefe, es genial. Lleva allí desde siempre. Me ha enseñado mucho hasta este momento".

"¿Y los chicos del equipo?".

"Son muy majos. Son como un grupo de chavales". Me encogí de hombros.

"Un puñado de hombres-niños adultos", dijo mi padre.

"Exacto". Me reí. "Aunque hay uno que es bastante gracioso".

Me arrepentí de haber mencionado a Nico en cuanto lo dije. Mi padre levantó la vista de su cena y me miró con curiosidad. Tomé un sorbo de cerveza y evité su mirada.

"Mall...".

"¿Qué?", pregunté con indiferencia.

"Ya sabes cómo son estos tíos".

"¿Estos tíos?". Cuestioné.

"Atletas".

"Oh, papá, no pasa nada".

"Cariño, estoy segura de que Mallory puede manejarlo", dijo mi madre suavemente, colocando su mano en su brazo y dándole un apretón. Me sonrió emocionada.

Tenía esperanzas de que yo encontrara a alguien. No importaba quién. Ella sólo quería que encontrara el amor. Pero yo sabía lo que mi padre pensaba de los deportistas. Pensaba que todos eran jugadores, incapaces de estar atados. Yo tendía a estar de acuerdo con él. Lo había visto en el atletismo universitario. Chicos que se creían grandes, que se liaban con todas las chicas que podían, mientras tenían a alguien en casa esperándolos. Estoy segura de que los profesionales no

eran diferentes, si no peor.

"No hay nada que controlar, mamá", la tranquilicé.

"No bajes la guardia, ¿vale?", dijo mi padre. "Esos tipos pueden hablar muy bien".

"Dame un poco más de crédito, papá", le dije.

Una parte de mí se sentía culpable porque había bajado un poco la guardia con Nico. A pesar de lo fuerte y testaruda que podía llegar a ser, de alguna manera él había derribado un poco mis muros.

"Y no olvides que yo estaba en camino de ser uno de esos atletas de alto nivel", añadí. "Podría comerme a estos chicos para desayunar".

Mi padre soltó una carcajada. Levantó su cerveza. "¡Esa es mi chica!".

Después de cenar, me reuní con mi padre en el salón para ver la ESPN. Siempre lo hacía después de cenar, antes de quedarse dormido en su sillón. Empezó a sonar la repetición de la línea de Nico en el partido de anoche. Me mordí una sonrisa cuando lo vi en la pantalla. Me alegré de que mi padre ya se hubiera dormido y no lo viera.

De vuelta a la ciudad, pensé en lo que me había dicho papá sobre mantener la guardia alta. Además de su advertencia, había tantas cosas que me gritaban silenciosamente que Nico era una mala idea, así que ¿por qué me costaba tanto escuchar?

Capítulo 7

Nico

"¿Cómo te sientes?" le pregunté a Kenny, entregándole una caja de comida para llevar llena de tacos. Había vuelto a recoger la cena y se la había llevado a su casa el sábado por la noche. Se había convertido en mi nueva rutina. Entrenar, jugar y llevarle comida a Kenny. Definitivamente se estaba echando a perder después de su lesión en la cabeza.

"La cabeza está bien. El orgullo está herido", murmuró, abriendo la caja de tacos.

"Oh, vamos. Anoche ganamos el partido".

"Sí, pero con Mitch de suplente". Dio un mordisco a un taco.

"Sólo fue un partido. Puedes volver a entrenar el lunes".

"Sí, ¿pero oíste a los comentaristas deportivos? Hablaban de la suplencia de Kenny. Es una mierda".

Sabía lo que decían en ESPN, pero no era tan malo como Kenny lo hacía parecer. Había habido mucha atención mediática en torno a su improbable lesión en la cabeza, pero eso era de esperar. Esa fue una manera infernal de empezar la temporada.

Los comentaristas deportivos estaban dando crédito a quien lo merecía. Mitch había jugado un gran partido, siendo el primero que salía del banquillo. Eso no significaba que fuera a reemplazar a Kenny.

"Somos un equipo, hombre. Deja que el joven saboree su victoria. Tú habrías matado por tener la misma oportunidad cuando empezaste".

Kenny puso los ojos en blanco. Empezaba a molestarme su postura de "yo soy el infortunio". No

era como si estuviera fuera del juego para siempre. Podría ser mucho peor. Estaba deseando que llegara el lunes para que se reincorporara al equipo y dejara de quejarse. También estaba deseando que Cleo volviera a la ciudad, para que pudiera hacerse cargo de mis tareas.

"¿Cuándo vuelve Cleo?" le pregunté.

"Mañana", contestó.

Gracias a Dios, pensé.

"¿Qué tal la exposición?", pregunté, con la esperanza de que hablar de su prometida le levantara el ánimo.

"Parece que fue bien. Habló en una conferencia con los mejores panaderos de la costa este".

"Eso es impresionante, hombre. Se lo merece".

Kenny asintió, dando otro bocado a su cena. Todavía me sorprendía lo rápido que Kenny había sentado la cabeza después de conocer a Cleo. Supuse que cuando se sabía, se sabía. Recordaba cuando aún trabajaba en Murphy 's como camarera. En ese momento, era dueña de una de las panaderías más populares de Boston.

"¿Viste a tu novia ayer?", preguntó Kenny, poniéndome ojitos.

Cogí una servilleta y la hice una bola antes de tirársela.

"Sabía que no debía haber dicho nada", murmuré.

"Venga ya. Sólo preguntaba".

"Sí, estaba allí viendo el partido con Alan. Podría haber...". Hice una pausa, recordando el abrazo que compartimos.

No sabía en qué estaba pensando. Estaba emocionado por la victoria y fue casi instintivo acercarla a mí. No podía sacarme el abrazo de la cabeza. Se sentía bien entre mis brazos. El ajuste perfecto. Pequeña, pero fuerte. Ese perfume familiar a lino permaneció en mí. Cuando nos separamos, nadie pareció darse cuenta. Probablemente era algo bueno.

"¿Podrías haber qué?", preguntó Kenny, levantando una ceja, esperando a que terminara mi pensamiento.

"Siento haberla abrazado".

"Oh, vaya. ¿En serio? ¿En qué estabas pensando? ¿Que la abrazaste? Estás fuera del equipo". Estaba siendo sarcástico.

Cogí otra servilleta y se la tiré.

"Entonces, ¿por qué estás flipando?", preguntó.

"No lo estoy. No lo sé. Simplemente pasó. Delante de todos".

"Bueno, ¿le gustaba?".

"No, no le gustaba. No lo creo. No lo sé, no lo sé. Tal vez me estoy volviendo loco".

"Sí, puedo verlo". Me sonrió con satisfacción.

Normalmente, me sentía seguro con las mujeres. No me tropezaba con mis palabras y los nervios nunca se apoderaban de mí. Era fácil ser un jugador de béisbol. Las mujeres se te echaban encima, lo cual era divertido. Daba lugar a buenas historias y noches divertidas. Pero nunca se convirtió en algo serio. Pensé que estaba bien con eso. Pensaba que esa iba a ser mi vida. Últimamente, algo había cambiado.

Después de cenar en casa de Kenny, me subí al coche para volver a casa. Justo entonces, recibí un mensaje de Chad invitándome a salir con algunos de los chicos del equipo. Estaban en nuestro lugar habitual, Murphy 's, tomando unas copas y continuando su celebración del partido de anoche. Decidí pasarme un rato, ya que me había saltado la salida de anoche.

Murphy 's estaba bastante lleno, lo que no era raro cuando había béisbol, aunque no jugara nuestro equipo. Era el tipo de local en el que pedías una cerveza y gritabas a la tele con tus colegas de copas. Vi a Bridget paseándose detrás de la barra, sirviendo bebidas y sujetándose la barriga. Me reí para mis adentros porque tenía un aspecto ridículo.

"Hola, Bridg", dije, acercándome a la barra.

"Nico. Gran partido el de ayer", dijo con una sonrisa.

“Gracias. ¿Cómo estás?”. Le pregunté, mirando su vientre.

"Oh, ya sabes. Creciendo un bebé y todavía haciendo las mejores bebidas de la ciudad. ¿Qué te pongo?", preguntó.

“Una cerveza, por favor”.

Un minuto después, me tendió un vaso escarchado de cerveza artesanal.

“Gracias”. Le di un billete de veinte y me dirigí a reunirme con Chad y el resto de los chicos en nuestro reservado de la esquina.

"Nico", dijo Chad en voz alta, levantando un vaso.

Me hicieron sitio y hablamos animadamente del partido. Hablamos de cómo podría ser el resto de la temporada y nos mostramos esperanzados con otra oportunidad de ganar el campeonato.

Pronto, los chicos invitaron a unas cuantas mujeres a sentarse con nosotros. Eran atractivas y bastante simpáticas. Se reían demasiado con los chistes cursis de Chad. Cualquier otra noche, me llevaría a una de ellas a casa. Esta noche, sin embargo, terminé mi cerveza y me fui a casa. La verdad era que no podía sacarme a Mallory de la cabeza.

El resto del fin de semana se alargó, mientras esperaba ansiosamente el lunes para volver a verla. No había estado así. Nunca. Me parecía ridículo estar tan involucrado con una mujer que apenas conocía.

Hice lo que pude para distraerme. Fui a correr al parque, hice la compra para la semana, preparé la comida, llamé a Mae y me puse al día por teléfono, y envié un mensaje a Kenny para ver cómo estaba. Por suerte, Cleo había llegado a casa esa mañana y parecía estar de mejor humor.

El lunes por la mañana me levanté antes de la hora del despertador y llegué temprano al estadio. Pensé que podría estirar un poco en el gimnasio antes de que empezara el entrenamiento. También me pareció una oportunidad para encontrarme con Mallory, ya que las salas de terapia y las consultas de fisioterapia estaban en el gimnasio. Miré a mi alrededor, pero no había rastro de nadie. Dejé mi bolsa de deporte en el suelo y extendí una esterilla. Empecé a estirar las piernas cuando se abrió la puerta del despacho de Alan.

"¡Nico! Justo el hombre que quería ver. ¿Tienes tiempo para un chequeo?", me preguntó al verme a mitad de los estiramientos.

"Claro, pero ya...". Dejé de hablar cuando vi a Mallory asomar la cabeza detrás de Alan. Acababa de hacerme un chequeo el mes pasado y no tenía que hacérmelo hasta dentro de un año. Supuse que Alan me estaba utilizando para que se entrenara. Era una oportunidad para estar con ella.

"Ya voy", dije levantándome de la colchoneta.

Me reuní con ellos en una de las salas de terapia. Mallory llevaba un vestido de tenis blanco y una gorra blanca a juego con el logotipo del equipo. Llevaba el pelo recogido en dos largas trenzas que le colgaban de los hombros. Era difícil no mirarla.

"Voy a pedirle a Mallory que tome las riendas, si no te importa", dijo Alan, entregándole un portapapeles.

“En absoluto”. Le sonreí.

Ella negó con la cabeza y contuvo una sonrisa.

“Siéntese, por favor”. Señaló la silla con la mano.

Alan repasó el examen físico, explicando a Mallory el orden de cada cosa y traduciendo las diferentes abreviaturas de los papeles. Ella escuchó atentamente y siguió sus instrucciones. Evitó mirarme mientras me ponía la mano en la espalda y me presionaba suavemente el pecho con el estetoscopio.

"Inspire", me dijo.

Inspiré.

"Espire".

Espiré.

Esperaba que no oyera el temblor de mi respiración ni el ritmo acelerado de mi corazón.

Continuó moviéndose con pericia, comprobando mi tensión arterial, probando mis reflejos y registrando mi altura y mi peso. Cuando terminó, Alan asintió con la cabeza.

"Buen trabajo, Mallory", dijo. "Gracias, Nico. Eso es todo".

Me senté en la mesa un momento más, esperando que Alan se fuera y nos diera la oportunidad de estar solos. Sin embargo, siguió revisando el papeleo con Mallory. Me levanté de la mesa decepcionado y me dirigí a la puerta. Miré brevemente hacia atrás y vi sus ojos clavados en mí sólo un instante antes de que volviera a mirar el portapapeles que sostenía. Eso fue suficiente para mí.

Cogí mi bolsa de deporte y corrí hacia los vestuarios, donde empezaba a llegar el equipo. La victoria de aquel fin de semana me había llenado de energía y estaba deseando salir al campo. El

entrenador también estaba de buen humor.

Kenny entró con la bolsa de deporte en la mano, parecía un poco inseguro. Al verle, el equipo prorrumpió en cánticos, le dio palmaditas en la espalda y le sacudió los hombros con entusiasmo. Nos alegramos de tenerte de vuelta.

"Tranquilos, chicos", dijo el entrenador. "Es bueno tenerte de vuelta, Kenny".

Kenny sonrió, la confianza volvía a crecer poco a poco. Metió la bolsa de deporte en su taquilla y se acercó a Mitch.

"Eh, tío. Fue un gran partido el del viernes. Gracias por sustituirme", le dijo, poniéndole la mano en el hombro.

La cara de Mitch brilló de orgullo.

"Por supuesto, tío. Me alegro de tenerte de vuelta", dijo Mitch.

Me alegré de que Kenny hubiera superado su fase de lástima y se comportara como un jugador de equipo.

"Vaya", dije cuando se sentó en el banco a mi lado para atarse los cordones.

"Cállate", murmuró mientras contenía una sonrisa.

El resto de la mañana lo pasamos entrenando en el campo. El entrenador no nos obligó a hacer ningún tipo de carrera, para mi satisfacción. En lugar de eso, nos limitamos a jugar. Era uno de esos entrenamientos que te recuerdan lo mucho que te gusta jugar, simplemente lanzando el balón y riéndote con tus compañeros.

Miré con esperanza a las gradas unas cuantas veces para ver si Mallory estaba allí, pero no la vi durante el resto del día. A pesar de estar decepcionado por no haber tenido un momento para nosotros a solas, el entrenamiento me levantó el ánimo. Me alegré de haberla visto. Siempre habría otra oportunidad, y había decidido aprovechar cualquier ocasión que tuviera para conocerla más.

Estar en el bar el sábado por la noche, estar rodeado de mujeres hermosas y no tener el más mínimo interés en ellas me lo había dejado claro. Mallory era para mí. Sólo necesitaba que ella lo viera. Quería romper las reglas por ella. Esperaba que ella quisiera hacer lo mismo por mí.

Capítulo 8

MALLORY

Pasé mi hora de almuerzo pensando en Nico. No esperaba pasar por un examen físico con él esta mañana, pero Alan quería que lo hiciera por motivos de entrenamiento. Por supuesto, tenía que ser Nico. Era la primera vez que lo veía desde que compartimos aquel abrazo tras la gran victoria de la semana pasada. El abrazo en el que no podía dejar de pensar.

Pasé por el reconocimiento médico, fingiendo confianza y esperando que mis manos algo temblorosas no me estuvieran delatando. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? Era lo único que me preguntaba durante el examen. No llevaba su habitual gorra de béisbol, y su pelo oscuro resaltaba sobre su piel morena y sus profundos ojos castaños. Notaba cómo se le tensaban los músculos de la espalda cuando inspiraba profundamente y luego volvía a espirar. El olor de su colonia se me quedó grabado después de que saliera de la habitación, lo que me impedía concentrarme en lo que decía Alan.

A la hora de comer, Alan me había invitado a almorzar con él y el resto del equipo de fisioterapeutas. Me negué educadamente, diciendo que quería repasar mis notas. Parecía impresionado con mi decisión, pero la verdad era que aún no me había recuperado de la mañana con Nico.

Decidí pedir una ensalada a domicilio y comer sola en mi despacho, para poder enviar mensajes de texto a Mads e Iván. Eran mis amigos y mis cajas de resonancia para todo. Estaba agradecida de que nuestra amistad hubiera trascendido el tiempo que pasamos juntos en el hospital y hubiera durado mucho más allá de mi estancia y la de Mads. Abrí el chat de grupo y envié un mensaje:

SOS.

Ivan: Uh-Oh.

Mads: ¿Qué pasa?

Yo: Esta mañana he tenido que hacerle un reconocimiento físico al campocorto buenorro.

Mads: Oooooh. Nico, ¿verdad?

Yo: Sí. Chicos, tengo problemas.

Iván: ¿Intentó abrazarte otra vez? Jaja.

Yo: ¡NO! Mi jefe estaba allí. Además, probablemente fue algo de una sola vez. Algo así como "¡Woohoo! ¡ Hemos ganado!". ¿Verdad?

Mads: Oh, vamos. Le gustas, Mall.

Iván: Definitivamente.

Yo: Ugh.

Mads: ¿Cuál es el problema?

Yo: Este es mi trabajo, chicos. No puedo liarme con un jugador, por muy bueno que esté.

Mads: ¿Por qué no?

Iván: Mall tiene razón, hermano. El trabajo y las relaciones no se mezclan.

Mads: No tiene que ser una relación. Ella se merece divertirse un poco.

Yo: No, Iván tiene razón. Gracias por ser la voz de la razón.

Mads: Booooring.

Di un último mordisco a la ensalada y tiré el recipiente a la papelera que había junto a mi mesa. Me levanté y me estiré. Quedaban unos minutos antes de que tuviera que volver al trabajo. Decidí ir a tomar un café a la sala de descanso. Salí de mi despacho y caminé por el gimnasio vacío hasta el pasillo.

Mi teléfono zumbó en mi mano.

Mads: Entonces, ¿tuvo que toser mientras sostenías su... ya sabes qué?

OH DIOS MIO. No fue ese tipo de contacto físico, pervertido.

Iván: Jajajajaja.

Yo: ¡Eres tan asqueroso!

Sentí que mi cara se ponía roja mientras doblaba la esquina hacia la sala de descanso. Tenía los ojos fijos en el móvil cuando me di contra lo que parecía una pared. Tropecé hacia atrás y se me cayó el teléfono al suelo. Me di cuenta de que no había chocado contra una pared, sino contra Kenny. Y Nico estaba a su lado.

"Dios mío, lo siento mucho", dije llevándome las manos a la cara.

"¿Estás intentando provocarme otra conmoción cerebral?", preguntó Kenny seriamente.

"No te había visto. Lo siento mucho. ¿Estás bien?".

"Sólo te estoy tomando el pelo, Mallory". Una sonrisa se dibujó en su cara. Me había pillado.

Me reí con una mezcla de vergüenza y alivio. Entonces vi a Nico mirar mi teléfono en el suelo. Empezó a agacharse para cogerlo. Los mensajes. Estaban abiertos en la pantalla de mi teléfono.

"Yo lo cojo", prácticamente grité, lanzándome hacia delante.

Me adelanté y cogí el teléfono, cerrándolo y sujetándolo con fuerza. Recé para que no viera nada de aquella conversación. Nunca lo olvidaría.

Me miró con una sonrisa divertida.

"Entonces, ¿cómo te sientes, Kenny?", pregunté, girándome hacia él.

"Bien, bien. Feliz de estar de vuelta y entrenando de nuevo", respondió.

"Me alegro de oírlo".

Sentí los ojos de Nico clavados en mí y se me erizó el vello de la nuca. ¿Cómo podía tener ese efecto sobre mí? Respiré hondo e intenté esquivar su mirada penetrante.

"Nico fue mi enfermero durante el fin de semana. Deberías verlo de uniforme". Kenny rodeó el cuello de Nico con el brazo y lo acercó en una pose de luchador.

"Cállate". Nico se rió mientras empujaba a Kenny lejos de él. "Me alegro de que Cleo haya vuelto a la ciudad, así no tengo que aguantar tu culo".

Me reí de los dos. Eran ridículos. Niños hombres. Eso es lo que eran.

"Oye, hablando de Cleo... Vosotras dos deberíais quedar. Tener una noche de chicas o algo así", dijo Kenny pensativo.

Los miré con curiosidad. No tenía ni idea de quién estaban hablando.

"Cleo es mi prometida", explicó Kenny.

"Ah". Asentí, comprendiendo. "Claro, podría ser divertido".

Me sorprendió que Kenny se fuera a casar. Mi impresión de los jugadores de béisbol era que no sentaban la cabeza. Sería interesante indagar en su cerebro. También sería bueno tener más amigas. O ninguna. Me encantaban Iván y Mads, pero estaría bien tener otra chica con la que hablar. Nuestro reciente chat de grupo fue prueba de ello. Perversos.

"Voy a organizarlo", dijo Kenny.

Asentí y miré a Nico, que parecía contento con la sugerencia. ¿Nos estábamos haciendo amigos? No pude evitar emocionarme ante la idea. Podría significar más tiempo con Nico fuera del trabajo, aunque acababa de decirles a mis mejores amigos que era una mala idea. Me estaba dando latigazos con el ir y venir de mis sentimientos.

Nico me sostuvo la mirada un momento y esta vez no me separé, sino que me derretí internamente en un charco. Mantenerme alejada de lo que fuera sería difícil.

"Bueno, será mejor que nos vayamos", dijo Kenny.

Empujó a Nico y se tambaleó hacia adelante.

"Reunión de equipo", me dijo encogiéndose de hombros.

Empezaron a caminar por el pasillo. Se volvió y me saludó con la mano. Levanté la mano y sonreí antes de entrar en la sala de descanso. Podría acostumbrarme a estos encuentros fortuitos.

Me serví una taza de café de la gran cafetera de la sala de descanso, abrí de nuevo el chat de grupo y escribí un mensaje:

¿Os apetece quedar para cenar esta noche?

Iván: Esta noche trabajo. Lo siento.

Mads: Yo estoy libre. 5:30

Yo: Suena bien. ¿Chino?

Mads: Claro que sí. ¿En el sitio de siempre?

Nos vemos.

Cerré el teléfono y cogí mi café. Volví al gimnasio para reunirme con Alan para la segunda parte de nuestra jornada laboral.

"¿Qué tal la pausa para comer?", me preguntó Alan cuando me reuní con él detrás de la mesa de PT del gimnasio.

"Bien, gracias. Vi que Kenny ha vuelto".

"Sí. Tendremos que vigilarlo. Esperemos no tener más accidentes esta temporada".

Asentí mientras tomaba un sorbo de café.

"¿Estás lista para volver?".

"Claro que sí".

El resto del día, Alan me enseñó el procedimiento para los baños de hielo y los estiramientos necesarios a seguir. Todavía estaba asombrada de las instalaciones y de todo lo que los jugadores tenían a su alcance. No podía evitar imaginarme cómo habría sido mi vida de diferente si no hubiera sufrido mi lesión. Al menos tenía estas prácticas y podía ayudar a los demás como mis fisioterapeutas me habían ayudado a mí.

Al final de la jornada laboral, sentí un gran orgullo cuando Alan y yo salimos hacia el aparcamiento.

"Gracias por todo, Alan".

"¿Qué quieres decir?", preguntó, curioso.

"Sólo estoy agradecida. Me ha encantado trabajar aquí. Ya me has enseñado mucho".

"Me alegro. Sabes que haré todo lo que pueda para enseñarte y asegurarme de que estés preparada para cualquier trabajo que venga después de éste. Demonios, puede que incluso sea aquí con nosotros".

Sonreí al pensarlo. Me sentía muy agradecida por tener su experiencia para aprender y su apoyo para sobresalir en cualquier cosa que eligiera hacer. No sabía cómo me habían caído las prácticas, pero me alegraba de haberme arriesgado. Y de que ellos se arriesgaran conmigo. Alan y el equipo me habían recibido con los brazos abiertos. Era tan agradable saber que querían que tuviera éxito.

"Hasta mañana", dijo Alan mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo. Me dijo adiós con la mano mientras abría el coche y entraba. Me despedí con la mano y me dirigí a mi coche. Conduje quince minutos hasta mi restaurante chino favorito para reunirme con Mads. Era un sitio pequeño, pero la comida estaba deliciosa y el dueño era muy amable.

Vi a Mads en una mesa y me acerqué.

"Hola, Mall", me dijo cuando me senté frente a él.

"¿Hace mucho que estás aquí?", pregunté, mirando mi teléfono para ver la hora. Llegué justo a tiempo.

"No, estás bien. Espero que no te importe, pero ya he pedido", dijo.

"Ya sabes lo que me gusta". Aparté mi menú. Habíamos comido aquí o pedido comida para llevar suficientes veces como para conocer los platos favoritos de cada uno.

El dueño nos trajo la comida y nos abrazó. Hablamos brevemente antes de servirnos los platos al estilo familiar humeantes en la mesa frente a nosotros. Mi estómago gruñó ante el delicioso olor del pollo a la naranja, la ternera mongola, el arroz frito con gambas y los rollitos de primavera. Mads y yo nos sentamos en silencio a disfrutar de la comida durante unos minutos.

"Lástima que Iván no haya podido venir esta noche", dije, cogiendo otro rollito de primavera y poniéndolo en mi plato.

"Ya sabes cómo es el hospital. Con poco personal y muy ocupado".

Asentí con la cabeza mientras tomaba una cucharada de arroz.

"Hablando de trabajos...", dijo Mads, con una sonrisa dibujándose en su rostro.

Le miré expectante.

"He empezado la búsqueda de trabajo", dijo triunfante.

"¡Oh, Mads! Es increíble".

"Ya era hora, ¿sabes? Llevo un tiempo en remisión. Hablé con mi médico y le parece bien mi decisión".

"Eso es realmente increíble". Cogí su mano y se la apreté.

Sabía lo mucho que significaba para él. Mads había estado luchando contra el cáncer durante años. No tenía nada remotamente parecido a una vida normal, ya que entraba y salía del hospital. Cuando estaba en el hospital, estaba constantemente conectado a máquinas. Cuando salía del hospital, no paraba de tomar precauciones para proteger su sistema inmunitario. Hasta ese momento, no podía buscar trabajo.

A pesar de todo lo que había pasado, Mads siempre se mostraba optimista ante la vida cuando tenía motivos para no serlo. Me inspiró durante mi propia recuperación. Aunque lo que estaba pasando era duro y me cambiaba la vida, mi vida no corría peligro. Me abrió los ojos y fue una de las cosas que me ayudó a salir de la depresión.

"Es como empezar de cero", me dijo. Pude ver cómo se le llenaban sus ojos de lágrimas.

"Es tu momento, Mads. Te lo mereces".

Parpadeó y se aclaró la garganta. "No es momento de llorar. Es el momento de celebrarlo. Con rollitos de primavera".

Cogió uno y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo. Me reí mientras golpeaba el mío contra el suyo.

"Por los nuevos comienzos", dije.

"Por los nuevos comienzos", repitió.

Capítulo 9

Nico

El vapor de la ducha seguía pegado al espejo mientras entrecerraba los ojos para ver mi reflejo. Normalmente, me preparaba a ciegas. No me importaba mucho el aspecto físico. Mi ropa habitual era un uniforme y nunca tenía necesidad de peinarme, ya que siempre estaba bajo una gorra de béisbol. Pero esa noche era nuestro primer acto de prensa de la temporada. Había que esforzarse y vestir de traje.

Con la mano, limpié el espejo con un movimiento circular, dejando al descubierto un gran círculo en el centro para tener una visión clara. Abrí el botiquín y busqué algún tipo de gomina. Encontré un bote y me pasé el pegajoso producto por el pelo. El pelo se rebeló. Me encogí de hombros al mirarme en el espejo. Eso era lo mejor que me iba a pasar.

En el perchero más pequeño del armario, pasé las perchas por la barra y eché un vistazo a mi escasa colección de trajes. Me decidí por un traje negro y una camisa blanca. Mae lo había comprado a algún diseñador y aún tenía las etiquetas puestas. Tiré de las etiquetas hasta que se rompieron. Me lo puse y me miré en el espejo de cuerpo entero. Parecía un pingüino. Qué bien.

Mi teléfono sonó en la estantería del armario.

"¿Diga?" Contesté.*"Sr. Klein. Soy su chófer para esta noche. Acabo de llegar"."Gracias. Enseguida bajo"*. Colgué y metí el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. Me calcé unos zapatos de vestir y me puse el reloj de mi padre. Me miré por última vez en el espejo y me vi devolviéndome la mirada. El parecido era asombroso. Respiré hondo y salí.

Durante el trayecto en ascensor hasta el vestíbulo, me acordé de Mallory. La última vez que la vi fue cuando nos tropezamos con ella, literalmente, en el pasillo. Kenny había sido más que molesto. Me pregunté si alguna vez tendría la oportunidad de estar con ella a solas. Había muy pocas posibilidades de que estuviera en el evento de esta noche. Estos eventos de prensa eran para los jugadores. El personal nunca iba. Aun así, una pequeña parte de mí esperaba que estuviera allí.

Cuando llegué, la fiesta de prensa estaba en pleno apogeo. Se celebró en la azotea de un hotel del centro. Las vistas de 360 grados de la ciudad eran inmaculadas contra el cielo nocturno. Un DJ ponía a todo volumen hip-hop de los noventa. Las copas de champán se balanceaban sobre bandejas servidas por camareras vestidas con una versión mucho más pequeña de nuestros uniformes.

Antes de poder disfrutar de la fiesta, tuve que caminar por la alfombra roja. Sonreí para hacerme fotos con la revista como telón de fondo. La revista sacaba su edición anual de los "Atletas más sexys del año". Difícilmente me consideraría en esa lista, pero aquí estaba, junto con la mayoría de mis compañeros de equipo.

Después de que me cegaran varios flashes, me dirigí hacia los entrevistadores, que estaban listos para lanzarme preguntas. Necesitaba beber algo. Mientras esperaba a que mis compañeros se abrieran paso a través de su propia e incómoda entrevista, miré a mi alrededor en busca de una camarera. Divisé a una rubia menuda que llevaba el número 27 en su uniforme apenas ceñido. La saludé para llamar su atención.

"¿Puedo ayudarle?", me preguntó.

"Champán, por favor", le dije, señalando la bandeja que llevaba en la mano.

Me dio una copa y me la bebí rápidamente. Enarcó las cejas.

"No se me dan bien estas cosas de la prensa". Señalé con la cabeza a los entrevistadores.

"¿Estás en el equipo?", preguntó ella, cuya curiosidad empezaba a nacer.

“Soy defensa”.

"Bueno, entonces probablemente necesites otra de estas". Me dio otra copa de champán.

"Gracias...".

"Hannah", dijo con una sonrisa que se dibujó en sus labios. "Ven a buscarme más tarde".

Se dio la vuelta y se alejó, con las caderas contoneándose de un lado a otro en unos minúsculos shorts rojos. Por lo general, ese contoneo habría funcionado conmigo, y la encontraría más tarde para ver adónde nos llevaba la noche. Estas fiestas de prensa siempre eran un buen lugar para conocer mujeres. Empezábamos aquí, nos íbamos a un club hasta altas horas de la madrugada y nos encontrábamos en mi apartamento. Por alguna razón, esta noche me sentía diferente.

Vi a mi compañero de equipo, Chad, terminar su entrevista, y luego me tocó a mí batear. Terminé mi segunda copa de champán, con las burbujas flotando en mi cabeza. Dejé la copa en una mesa cercana y me alise el traje antes de ponerme bajo las luces de la entrevista.

"Nico Klein. Tinsley Erin", me tendió la mano la entrevistadora. La estreché con firmeza. Era llamativa, pelirroja y de piel pálida y lechosa. La conocía de la radio deportiva, pero aún no la había saludado.

"Encantado", le dije.

“¿Qué se siente al estar en la lista de este año?”.

"Me siento halagado... y confuso".

Tinsley se rió. "Es humilde, señoras", dijo mirando a las cámaras, antes de volver a dirigirse a mí.

"¿Cómo te sientes sobre el comienzo de la temporada?", preguntó.

"Bien. Tengo confianza en nuestro equipo".

"¿Crees que podéis llegar hasta el final?".

"Creo que hay muchas posibilidades de que lleguemos a los campeonatos este año. Nuestro equipo es sólido".

"Basta de béisbol. El tema de los atletas más sexys es menos sobre el deporte, y más sobre el jugador. Así que, ¿las damas quieren saber cuál es tu cita ideal?".

Lo pensé por un momento. No había tenido una cita en mucho tiempo. Conocer a una mujer en un bar o en un club apenas contaba como una cita.

"Cocinar la cena en casa y ver películas en el sofá", dije.

"Ahh, qué dulce. ¿Y qué estás cocinando?", preguntó.

"Piccata de pollo".

"Es un chef, señoritas", dijo Tinsley, mirando de nuevo hacia la cámara.

Difícilmente, pensé. Me lo había inventado.

"¿Qué película estás poniendo?", preguntó.

"Una especie de comedia".

"¿El postre?".

"Mi cita es el postre". Mierda. El champán estaba hablando. Oh bueno, este era el tipo de cosas que esta revista quería.

Las mejillas de Tinsley se sonrojaron un segundo antes de serenarse.

"¿Y tienes una dama especial en tu vida?".

Pensé en Mallory.

"De momento no", dije. Era cierto, aunque deseaba que no lo fuera.

"Gracias por tu tiempo y por una entrevista tan colorida, Nico". Tinsley me estrechó la mano y nos hicimos una foto juntos, otros cien flashes disparando.

Salí a ciegas de la alfombra y me uní al resto de la fiesta. Vi a Kenny en la barra y me acerqué.

"Hola, tío", me dijo cuando llegué y me puse a su lado.

"Hola. ¿Qué tal la entrevista?", pregunté, mientras levantaba la mano para llamar la atención del camarero.

"Muy bien. Ya que estoy prácticamente casado, me consideran aburrido". Se encogió de hombros.

"¿Qué le sirvo?", preguntó el camarero.

"Whisky con hielo", dije.

"Que sean dos", dijo Kenny.

Un momento después, con los vasos en la mano, nos apoyamos en la barra y miramos hacia la fiesta. Vi a Mae y a Jonas haciendo la ronda, estrechándose la mano y charlando. Vi a Hannah, la

número 27, haciendo su ronda. Me saludó con la mano cuando me vio y siguió recorriendo la sala.

"¿Quién es?", preguntó Kenny.

"La acabo de conocer". Me encogí de hombros, dando un sorbo a mi bebida.

"No pareces muy interesado".

"No sé, tío. Se hace pesado después de un tiempo".

"¿El qué?", preguntó Mae, que se acercaba a la barra.

"Hola, hermanita", le dije, rodeándola con el brazo y dándole un apretón.

"A tu hermano se le acabó la vida de soltero", dijo Kenny.

"¿Ah, sí?", preguntó Mae, mirándome con curiosidad por encima de su copa de vino blanco.

"Siempre me dices que es hora de madurar", dije.

"¿Es por esa chica? ¿La nueva PT?", preguntó.

"Ohhhh, así que te ha hablado de Mallory", dijo Kenny con una expresión divertida en la cara.

"Cállate". Le di un empujón y un poco de su whisky cayó al suelo.

"¿Lo dices en serio? Ya conoces la política de la empresa...", dijo Mae, entrecerrando la mirada.

"No lo sé. Apenas la conozco. Quizá sólo quiero sentar la cabeza".

"Bueno, eso está bien, Nico. Estoy orgullosa de ti". Mae me dio un apretón en el hombro.

Jonas estaba al otro lado de la habitación y le hizo un gesto para que se uniera a él.

"Será mejor que vaya a terminar de hacer mis rondas. Te juro que este hombre estaría perdido sin mí", dijo riendo.

Kenny y yo nos despedimos de ella con un abrazo.

"¿Quieres salir de aquí?", preguntó Kenny, terminando su bebida.

"Claro".

Llevaba una hora en la fiesta. No era propio de mí irme tan pronto, cuando normalmente me quedaba hasta el final y luego buscaba una fiesta posterior.

"Cleo está haciendo una prueba de horneado...". Kenny movió las cejas.

"No hace falta que me lo digas dos veces". Terminé mi bebida y la dejé sobre la barra.

"¿Seguro que no quieres quedarte? La número 27 podría estar sola esta noche".

"No". Le hice un gesto con la mano para que se fuera y le acompañé por la escalera trasera.

Hice que mi chófer nos llevara a casa de Kenny y Cleo. Cuando entramos en su ático, nos recibieron olores de canela, vainilla y chocolate. Se me hizo la boca agua al instante.

“¿Hola?”. Cleo llamó desde la cocina.

"Soy yo, cariño. Nico también está aquí".

Asomó la cabeza por la cocina y nos miró confusa. "Son las nueve de la noche. ¿Qué pasa con la fiesta?", preguntó.

"Fiesta, terminada", dijo Kenny mientras caminaba hacia ella. La estrechó entre sus brazos y le dio un beso en los labios.

Cleo nos condujo a la cocina y nos sentamos alrededor de la gran isla de mármol del centro. Se movía con pericia por la cocina, removiendo, tamizando y deslizando bandejas en el horno. Era una maestra en su oficio. Yo siempre estaba dispuesto a probar sus nuevas recetas.

"¿Queréis vino?", me preguntó.

"Claro", dije.

Se acercó al gran botellero y examinó la impresionante colección antes de sacar una botella de tinto. Cogió tres copas y sirvió generosas raciones. Me dio una y de inmediato me llegó un aroma a chocolate y cereza.

“¿Qué es esto?”, pregunté antes de dar un sorbo.

"Vino de chocolate", respondió.

“¿Qué es eso?”.

"Pruébalo antes de rechazarlo".

Tomé un sorbo. Guau. Estaba bueno. Tenía que echarle un vistazo a la etiqueta y hacerme con una botella para mi casa.

"Va a maridar muy bien con la tarta de ganache de chocolate", dijo Cleo.

La hora siguiente terminamos la botella de vino y probamos tres de las nuevas recetas de magdalenas de Cleo. Snickerdoodle. Vainilla y lavanda. Chocolate negro con avellanas. Todas estaban deliciosas. Fue difícil elegir una favorita. Acabó por decidirse a añadir el de vainilla y lavanda a la carta de la pastelería.

"Tengo una cosa más para que probéis", dijo, volviéndose hacia el mostrador del fondo y presentándonos un enorme pastel sobre un soporte.

"¿Intentas matarnos, mujer?", preguntó Kenny, dándose palmaditas en el estómago, incómodo.

"Muerte por chocolate". Sonrió con satisfacción.

Nos dio un trozo a cada uno. Era una tarta doble de chocolate con relleno de chocolate. Me acabé todo el plato, estaba buenísimo.

"Debería irme a casa antes de que me desmaye aquí mismo, en tu cocina", dije, soltando un profundo suspiro.

"Espera, deja que te prepare la mitad de este pastel para casa", dijo Cleo.

No me opuse, aunque no estaba precisamente en mi plan de comidas. Le cogí la caja con gratitud y me despedí de ella y de Kenny con un abrazo.

Capítulo 10

MALLORY

¡Ay!", murmuré, cuando una colchoneta de gimnasia enrollada me cayó en la cabeza.

Me la quité de encima y me froté la cabeza con fastidio. Seguí rebuscando en el cubo de las bandas de resistencia. Empecé a clasificarlas por colores y a organizarlas en cubos más pequeños. No era exactamente así como quería pasar la mañana del sábado, pero Alan se empeñó en hacer inventario de nuestro equipo. Pensé que yo también podría organizarlo. El almacén del equipo era un desastre. Alan quería tenerlo todo listo antes de salir de viaje con el equipo la semana que viene.

Cuando mencionó lo de viajar con el equipo me sorprendió. No creía que parte del trabajo consistiera en ir a partidos fuera de casa, así que fue una revelación emocionante. No había viajado mucho desde mi lesión. Podría ser divertido volver a viajar. Siempre me habían gustado los partidos fuera de casa cuando jugaba en la universidad.

Cuando le hablé a Mads de la oportunidad de unirme al equipo en sus partidos fuera de casa, prácticamente se murió de celos. También me recordó que con todos los viajes, tendría más tiempo con Nico. Mentiría si no se me hubiera pasado por la cabeza.

Pensaba que me lo encontraría más a menudo, pero la verdad es que el centro era tan grande y yo estaba tan ocupada con mis sesiones de terapia que apenas lo veía. Me levantaba cada mañana con la esperanza de hacerlo. Me sentía como si estuviera otra vez en el instituto enamorada.

Había pasado la mayor parte de la noche viendo YouTube y desplazándome por Instagram para ver cómo había sido la fiesta de anoche. Parecía un evento ostentoso con alfombra roja. El dueño del equipo estaba allí con su hermosa esposa, y por supuesto la mayoría del equipo también estaba. Cualquiera que fuera alguien había ido, incluidos unos cuantos futbolistas profesionales con los que me llevaba bien. No era por eso por lo que había decidido pasar la noche en el sofá con comida para llevar y la cara pegada al teléfono.

Había estado viendo la retransmisión en directo de las entrevistas, con la esperanza de ver la cara familiar de Nico. Había sido tan extraño ver al equipo vestido de traje. Casi como si fueran niños pequeños jugando a disfrazarse, pero todos se arreglaron muy bien. Especialmente Nico. Cuando lo vi entrar en la pantalla de mi teléfono, casi se me desencaja la mandíbula.

Llevaba un impecable traje negro y una camisa blanca brillante que debía de estar hecha a medida, porque le quedaba perfecta. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y sus ojos castaños bailaban mientras hablaba con Tinsley Erin. No pude evitar sentirme un poco celosa de que ella pudiera verlo así, de cerca, en persona.

Había seguido su entrevista atentamente, pendiente de cada una de sus palabras a algunas de las preguntas más básicas. Como no sabía casi nada de él, todo era intrigante. Podría besar a Tinsley Erin por preguntarle si estaba saliendo con alguien. No salía con nadie. ¿Y la respuesta sobre el postre? Sentí cómo se me sonrojaba la cara cuando contestó. Era difícil no imaginar cómo sería su cita perfecta si fuera conmigo, en su cama.

Anoche me costó dormir. Me preguntaba si había conocido a alguien en la fiesta. Estaba segura de que sí. Había mujeres hermosas con vestidos de cóctel caros. Por no hablar de las camareras con uniformes que dejaban poco a la imaginación. Imaginaba los peores escenarios en mi cabeza.

Después de todo, era un jugador de béisbol. Un profesional. Y muy guapo. Había sido nominado como uno de los deportistas más sexys de Estados Unidos. Tuvo que haberse llevado a alguien a casa anoche. Tal vez fue la misma Tinsley Erin. Vi sus ojos en él durante esa entrevista. ¿Podría culparla? Estaba segura de que el resto del mundo también estaba babeando.

Me sentí tonta por pensar si había conocido a alguien o no, o si se había llevado a alguien a casa. Este ineludible sentimiento de celos se apoderó de mí. No tenía derecho a estar celosa. Estábamos tan lejos de todo que daba risa.

Justo entonces, oí el pomo de la puerta del almacén del equipo moverse. Por fin había llegado Alan para ayudarme con esta montaña de inventario. Seguí clasificando las bandas mientras oía la puerta abrirse y cerrarse detrás de mí.

"Hola, Alan. Sólo estoy organizando las cajas. He pensado que podríamos meter un juego completo de bandas en una de nuestras bolsas de viaje para la semana que viene", le dije mientras me arrodillaba en el suelo.

No hubo respuesta. Oí que alguien se aclaraba la garganta.

Me di la vuelta y, para mi sorpresa, vi a Nico en la puerta. Iba vestido con vaqueros y una camisa blanca que abrazaba intencionadamente sus músculos bronceados. Llevaba una gorra de béisbol que le cubría los ojos marrones. Llevaba las manos a la espalda y se me aceleró el pulso. ¿Qué hacía aquí? Era sábado. No había entrenamiento. No había partido.

Me levanté despacio y me limpié las rodillas antes de mirarle desde el otro lado del almacén. El almacén del equipo era un vestidor grande, más bien una habitación pequeña, pero tenía la sensación de que las paredes se cerraban sobre nosotros. Esperaba pasar otro momento a solas, pero esto me parecía demasiado. Me costaba acordarme de respirar.

Nos miramos fijamente durante un minuto, casi como si nos retáramos a apartar la mirada. Tragué saliva antes de acordarme de una cosa llamada modales y de que estaba en mi lugar de trabajo.

"Um, hola", tartamudeé suavemente antes de encontrar mi equilíbrio. “¿Qué necesitas?”.

Me volví hacia la estantería de al lado y fingí que estaba ocupada moviendo cubos y pesas. Sin decir nada, dio un paso hacia mí y se sacó de la espalda una caja de pan. La empujó hacia mí. La miré, confusa, antes de cogérsela. Abrí la caja y vi la mitad de un enorme y dulce pastel.

"Es tarta", dijo.

"Ya lo veo".

"Es de doble chocolate con relleno de ganache. La hizo Cleo. Ya sabes, la prometida de Kenny".

"Oh, wow. Suena delicioso".

Todavía estaba confundida de por qué estaba aquí en su día libre, y mucho menos con un pastel gigante para mí.

"Lo es. Kenny y yo fuimos sus conejillos de indias para algunas recetas nuevas anoche".

"Oh, ¿pero pensé que estabas en la fiesta?".

Me arrepentí de haberlo dicho en cuanto salió de mi boca. Fuera de los entrenamientos y los partidos, no entraba en mis funciones estar al tanto de lo que hacían fuera del trabajo. Me mordí el interior de la mejilla, intentando combatir la vergüenza que me subía al pecho.

"Lo estaba". Me miró, divertido.

Joder. Me había pillado acosándole cibernéticamente.

"Acabo de ver algo en Instagram. Y Alan había mencionado alguna fiesta o algo así".

"Cierto", dijo, poco convencido.

"Entonces, ¿cómo fue?".

"¿La fiesta?".

"Sí". Me encogí de hombros como si no pudiera importarme menos.

"Estuvo bien. Kenny y yo nos fuimos temprano".

"Ah". No pude evitar sentirme satisfecha con su respuesta.

"Sí, nunca dejo pasar la repostería de Cleo".

"Así de buena, ¿eh?".

"La mejor que probarás nunca".

Miré el pastel que tenía entre las manos. Levanté un dedo y lo mojé en el glaseado antes de llevármelo a la boca. El sabor dulce y rico del chocolate bailó por mi lengua. Sabía a gloria.

"Guau", dije.

"¿Verdad?". Asintió. "No puedo acabarlo entero. El entrenador me mataría. Así que pensé en traerte un poco".

"¿Por qué yo?", pregunté, cerrando de mala gana la tapa de la caja y dejándola con cuidado en el estante del armario.

Nico dio un paso lento hacia mí, acortando la ya pequeña distancia que nos separaba.

"La verdad es que no puedo dejar de pensar en ti", murmuró.

Tragué saliva mientras mis ojos se cruzaban con los suyos.

"Me gustas", dijo.

Sentí el calor de sus palabras en mis oídos y procesé lo que me estaba diciendo. No podía creer lo que estaba oyendo. Era imposible que yo le gustara a este guapo, rico y talentoso jugador de béisbol. Yo no era nadie. Y él era, bueno, él. Sin embargo, la forma en que me miraba casi me hizo creerle.

"¿Te gusto? Ni siquiera me conoces", dije, más cortante de lo que pretendía.

Era todo lo que quería oír, pero me asustó. Recordé lo que dijo mi padre sobre mantener siempre la guardia alta. También recordé el riesgo que correría en este nuevo trabajo. Un trabajo que había llegado a amar. Me dije que no dejaría que nada ni nadie me lo estropeara. Aquí estaba, deseando que estuviera apretado contra mí. No, me dije mientras sacudía la cabeza y daba un paso atrás.

Se quitó la gorra de la cabeza y se pasó la mano por el pelo oscuro.

"Sé que parece una locura", dijo frunciendo el ceño mientras miraba la gorra entre sus manos. Se pasó la gorra entre las manos un momento antes de mirarme.

"Pero me gusta lo que veo. Cada vez que te veo, quiero ver más. Es como si no tuviera suficiente".

Sabía exactamente cómo se sentía. Era surrealista que él me dijera lo que yo sentía. Levanté la mano y jugué nerviosamente con el pelo que colgaba trenzado sobre mi hombro.

Dio otro paso lento hacia mí. Podía sentir su aliento. Oler su colonia. Mi cuerpo se debilitó al estar tan cerca de él. Intenté dar un paso atrás, pero me encontré con las estanterías del armario. No había donde ir, y no quería que lo hubiera.

"¿Esto está bien?", susurró Nico.

Asentí rápidamente.

"Sólo quiero conocerte", dijo, mirándome, sus ojos marrones estudiándome como si todavía no estuviera seguro de si yo quería esto. Lo quería. Quería que lo supiera.

Mis ojos se encontraron con los suyos a regañadientes. Sabía que cuando lo hicieran todo habría terminado. Y así fue. Le miré fijamente y me apreté el labio inferior entre los dientes. Una costumbre nerviosa. Sus ojos se posaron en mis labios y se oscurecieron de deseo. Levantó la mano y me pasó suavemente el pulgar por la barbilla antes de separarme el labio de los dientes. Su contacto me dejó sin aliento.

Se inclinó hacia mí y se me cerraron los ojos. Esto iba a cambiarme. Esto iba a cambiarlo todo. No me importaba.

De repente, sus suaves labios estaban contra los míos. Cuando los apretó ligeramente contra mí, sentí un calor intenso en el pecho mientras me inclinaba hacia el beso. Todavía podía saborear la dulzura del chocolate en mi lengua, haciendo que el beso fuera aún más dulce. Me pregunté a

qué sabría, pero pronto el beso terminó. Me quedé con ganas de más cuando se separó de mí. Por un momento pareció quedarse sin aliento.

Me quedé allí intentando recuperar el aliento mientras él se daba la vuelta y se dirigía a la puerta. Me decepcionó saber que ya se iba. Su mano alcanzó el pomo y empujó la puerta. Volvió a mirarme.

"Piénsalo", me dijo. "Estaré pensando en ti".

Y luego se fue, pero aún podía sentir sus labios contra los míos. Mi decepción se desvaneció.

Capítulo 11

Nico

Metí mi equipaje de mano en el compartimento superior del avión antes de tomar asiento junto a Kenny. Nos dirigiamos a California para el primero de muchos partidos fuera de casa. El equipo iba a toda pastilla en clase preferente. Cuando me abroché el cinturón, vi a Mallory y Alan subir al avión y empezar a caminar por el pasillo hacia sus asientos. Sentí como si mi respiración se hubiera detenido al verla. No fue hasta que pasó a mi lado que por fin tomé aire.

Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no mirar atrás y ver dónde estaba su asiento. Había pasado a mi lado sin decir una palabra. Sin una mirada. Tal vez aquel beso no había significado nada, pero para mí seguía ardiendo en mis labios. Hacía apenas dos días que habíamos compartido aquel momento en el almacén del equipo. No entré allí esperando que sucediera. Estaba todo nervioso, de ahí la tarta para romper el hielo. Pero había electricidad en ese almacén. Pensé que ella también la sentía, pero no estaba tan seguro.

El vuelo de Boston a Los Ángeles fue largo. Vi algunas películas durante el vuelo y disfruté de un par de cervezas, para desaprobación del entrenador. Me levanté varias veces para ir al baño o simplemente para estirar las piernas. Las miradas que echaba a Mallory eran breves. O estaba en una conversación importante con Alan o tenía los auriculares puestos. Estaba muy guapa con un conjunto de salón beige informal y unas zapatillas blancas muy chulas.

Quería volver y hablar con ella, pero eso habría planteado demasiadas preguntas a Alan, al equipo, a Jonas y a todos los peces gordos que nos acompañaban en el viaje. No le había contado a nadie lo del beso que nos dimos. Aún no sabía si significaba algo y no quería poner en peligro su trabajo. Confiaba en Kenny, pero no había encontrado el momento de sacar el tema.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos trasladaron al hotel varias lanzaderas grandes que nos esperaban en la acera. El trayecto fue rápido, unos veinte minutos. Me decepcionó ver a Mallory y Alan subir al transbordador detrás del mío. Todavía no me podía creer que nos acompañara a los partidos fuera de casa. Normalmente era sólo Alan, pero supuse que él lo veía como un momento de enseñanza. No me quejaba en absoluto.

Kenny y yo nos registramos en la habitación del hotel y le dimos las gracias al recepcionista mientras deslizaba las llaves por el mostrador. Podía oír al entrenador ladrando órdenes, aunque nadie estaba escuchando.

"Apagad las luces a las 9 de la noche. Prohibido beber. Nada de mujeres. Os espero puntuales y listos para el partido de mañana".

Kenny puso los ojos en blanco mientras pasábamos junto al entrenador y nos dirigíamos a los ascensores. Miré hacia atrás y vi a Mallory llevando su maleta hasta la recepción. Al ser la única mujer que nos acompañaba, tenía su propia habitación. Quise entretenerme para ver si estaba en mi misma planta, pero los ascensores sonaron y las puertas se abrieron. Kenny y yo entramos con nuestras maletas y subimos a nuestra planta.

Lo primero que hicimos al llegar a nuestra habitación fue pedir una ronda de cervezas al servicio de habitaciones. Sabíamos que el entrenador vería nuestras fichas de habitación, pero no nos importó. Ladraba mucho, pero no mordía. Sabía cómo éramos. Nos gustaba la fiesta, pero seguíamos haciendo nuestro trabajo.

"Dios, qué bien sienta volver a la actividad", dijo Kenny, dando un sorbo a su cerveza mientras estábamos sentados en el balcón de nuestra habitación de hotel.

“Estoy de acuerdo”.

"No sabía que tu novia nos acompañaría en esta primera etapa".

"Yo tampoco".

"¿Qué os pasa a vosotros dos?".

"No lo sé", me encogí de hombros.

Pensé contarle lo del beso, pero casi sentía que iba a explotar si no lo hacia. También lo haría más real, aunque Mallory fingiera que no había sucedido.

"La besé", dije con indiferencia.

"¿Qué? ¿Cuándo?". Kenny se sentó más erguido.

"El sábado. En el almacén del equipo".

"Qué romántico". Kenny se rió.

"Cállate. No sé qué me pasó. Ella es tan...".

"Caliente".

"Es más que eso. No lo sé".

"Bueno, ¿cómo fue?".

"Bien, muy bien. Pero actúa como si nada hubiera pasado".

"Amigo, la viste como dos veces hoy. Veamos cómo va el resto del viaje".

"Sí, tienes razón". Tomé un sorbo de mi cerveza y recosté la cabeza contra la tumbona, recordando los labios de Mallory sobre los míos.

Nuestros primeros partidos en Los Ángeles fueron sólidos. Ganamos los dos primeros. El entrenador estaba contento. La prensa parecía entusiasmada en nuestras ruedas de prensa. El rumor era que estaríamos en la carrera por el campeonato sólo sobre la base de nuestros primeros partidos de la temporada. Parecía que todo el mundo se había olvidado del ridículo fiasco con Kenny y la cámara, lo que le tenía de buen humor. Nos sentíamos bien mientras viajábamos hacia nuestro próximo destino.

En el autobús a San Diego, la mayoría del equipo dormía la resaca de la noche anterior. Estaba seguro de que el entrenador también. Estaba sentado en el asiento delantero con las gafas de sol puestas y la gorra calada.

A mitad del trayecto, me levanté para estirarme y coger agua del compartimento superior. Vi a Mallory unos asientos más atrás con un libro en la mano. Levantó la vista en ese momento y la miré. Levanté la mano y sonreí. Ella sonrió y asintió con la cabeza antes de volver a la lectura. ¿Ya está? pensé mientras bebía un sorbo de agua y volvía a sentarme.

Tal vez me había equivocado. Tal vez yo era el asqueroso que la había acorralado en el almacén con una tarta de chocolate. Pensé que me había dado la señal de que estaba bien. Respiré hondo y miré por la ventanilla del autobús, intentando mantener a raya mis pensamientos en espiral.

Al día siguiente, nuestro partido en San Diego duró diez entradas, pero acabamos ganándolo en nuestro último turno al bate. Chad bateó un jonrón, dándonos la ventaja por la que habíamos estado luchando desesperadamente durante todo el partido. En el vestuario, el entrenador no parecía muy impresionado por lo mucho que tuvimos que luchar para ganar. La rueda de prensa que siguió fue un hervidero de nuestro veterano, Chad. Sabía que esa noche iba a querer fiesta.

Cuando volvimos de la cena del equipo, el entrenador nos dio las mismas órdenes sobre el toque

de queda, nada de beber y nada de mujeres. A pesar de no tener partido al día siguiente, quería que nos comportáramos lo mejor posible. Todos sonreímos y asentimos mientras se dirigía a los ascensores y subía a su habitación.

"Muy bien, chicos. Al bar", dijo Chad en voz alta, aplaudiendo.

Todos rodeamos el bar en forma de U del vestíbulo y Chad nos pidió una ronda de chupitos. Chocamos los vasos y gritamos el himno de nuestro equipo antes de tragarnos el tequila.

"Quiero que os pongáis el bañador y continuemos la fiesta en la piscina", ordenó Chad.

"¿Pero qué pasa con el entrenador?", preguntó Mitch, claramente el novato del equipo.

"Lo que no sepa no le hará daño", dijo Kenny. "¡Vamos!".

Veinte minutos después, estábamos en el bar, mirando el océano iluminado por la luna llena. Las olas rompían a lo lejos y la arena estaba a unos pasos. Esto era lo que me gustaba de los partidos fuera de casa, sobre todo en la costa oeste.

Pedimos otra ronda de chupitos de tequila y nos sentamos a hablar del partido de ese día. Unas cuantas chicas aparecieron en la zona de la piscina. Parecía una despedida de soltera. La novia llevaba un bikini blanco, y el resto de las chicas llevaban bikinis negros que dejaban poco a la imaginación.

"Señoritas, ¿queréis uniros a nosotros?", dijo Chad, levantando su copa.

Ellas soltaron una risita y se acercaron. Eran cuatro y ya parecían borrachas. Se metieron en la piscina y se acercaron al bar donde estábamos sentados. Me levanté de mi asiento y dejé que una de ellas se sentara.

"Qué caballero", dijo. Me sonrió mientras se sentaba. Tenía el pelo castaño claro y los ojos azules. No pude evitar fijarme en el escote de la parte superior de su bikini.

"¿Cómo te llamas?", me preguntó.

"Nico".

"Nico. Me gusta. Yo soy Emma".

"Encantada de conocerte".

"¿Vas a pedirme una bebida?". Se inclinó hacia delante y me miró a través de sus oscuras pestañas.

"Uh, claro. ¿Qué te apetece?".

“Un margarita, por favor”.

Hice una señal al camarero y pedí. Eché un vistazo a la barra y vi a Chad flirteando con la futura novia. Vi a Mitch al final de la barra con cara de espanto, manteniendo la mirada para evitar el poco pudor que mostraban las chicas.

"Eh, Mitch. ¿Qué miras ahí arriba?", dijo Kenny en voz alta.

Una rubia se subió a su regazo y le agarró la barbilla, tirando de su cara hacia la suya. "Estoy aquí abajo, cariño".

Nos echamos a reír. Cinco minutos después estaba besándose con ella, lo que nos hizo vitorear al novato.

"¿A qué te dedicas, Nico?", preguntó Emma, mientras el camarero nos servía margaritas a ella y a mí.

"Juego al béisbol. Este es mi equipo. Estamos viajando desde Boston".

"Impresionante", asintió Emma, inclinándose más hacia mí.

Asentí, dando un sorbo a mi bebida.

"Tengo una idea", anunció Emma en voz alta.

Sus amigas la miraron interrogantes.

"¡Tragos en el cuerpo!", gritó. "Este es mío".

Me rodeó el cuello con el brazo y apoyó la cabeza en mi hombro. Las chicas chillaron y asintieron al unísono.

"¡Camarero! Cuatro chupitos, por favor", dijo Chad en voz alta.

Las chicas se subieron a la gran barra y se tumbaron. Aquello se estaba convirtiendo en una

noche interesante. El camarero sacó la bandeja de chupitos y me dio uno.

"¿Estás lista?" Le pregunté a Emma.

"¿Estás listo?", me desafió.

Vertí el tequila lentamente sobre su tonificado estómago y me cerní sobre ella. Se mordió el labio mientras me miraba de arriba abajo. Acerqué mis labios lentamente a su piel y chupé el tequila de su piel morena. Soltó una risita y se incorporó, levantando los brazos con un grito de júbilo. Las otras chicas vitorearon a su lado.

Acto seguido, me empujó hacia mi asiento y se deslizó desde la barra hasta mí. Se sentó a horcajadas sobre mí con la espalda apoyada en la barra.

"¡Camarero! ¿Puedes subir la música?".

Puso mis manos en sus caderas y empezó a bailar al ritmo de la música, echando libremente la cabeza hacia atrás. La agarré con fuerza para que no se cayera. Miré al resto de los chicos que se lo estaban pasando bien con nuestras nuevas amigas. Chad bailaba en la barra con la novia. Mitch seguía intercambiando saliva con una de las chicas. Kenny estaba sentado torpemente en la barra, prácticamente gritando que estaba prometido. Reprimí una carcajada.

De repente, Emma me rodeó el cuello con los brazos y sus ojos se posaron en mi boca. Sabía lo que venía a continuación, y en cualquier otro momento la habría besado. Demonios, la habría llevado a mi habitación y habría echado a Kenny. Pero estaba pensando en Mallory y en cómo ese beso significaba algo.

Emma se inclinó hacia mí, pero me eché hacia atrás para no besarla. Me miró confundida.

"Lo siento, no puedo", le dije.

"¿Hablas en serio?", preguntó bruscamente.

"Tenemos toque de queda", respondí como excusa.

Me la quité de encima y salí del agua.

"Voy contigo", dijo Kenny, mientras nadaba a mi lado.

"¡Cobardes!", gritó Chad tras nosotros.

No me importaba lo que pensaran. Sólo quería irme a la cama. De vuelta en mi habitación, me preguntaba qué estaría haciendo Mallory.

Capítulo 12

MALLORY

Caminé por la playa en silencio. Había salido para pasar un rato tranquilo y despejarme. Después de la gran victoria en el estadio, había vuelto sola al hotel. Pedí al servicio de habitaciones que me subieran comida a la habitación y tenía pensado dormirme pronto. Los pensamientos sobre Nico me mantenían despierta.

Todo el viaje había sido consumido por mis pensamientos sobre él y el beso que compartimos. Las palabras que dijo se repetían una y otra vez en mi cabeza.

"Cada vez que te veo, sólo quiero ver más...".

"Sólo quiero conocerte...".

"Piensa en ello. Estaré pensando en ti...".

Y eso fue todo lo que hice. Pensar en él. Había sido todo lo que quería oír, pero me asustó igual. Pensé que en este viaje me aclararía sobre qué hacer, pero estaba demasiado asustada para hablar con él. Estábamos rodeados por el equipo, y Alan, además del dueño del equipo. Mi jefe y el jefe mayor. Probablemente levantaría algunas cejas si nos vieran hablando, y mucho menos compartiendo otro beso. Parecía un juego peligroso, así que mantuve la cabeza baja.

Este viaje a la costa oeste estaba llegando a su fin. Caminaba sola por la playa, cuando deseaba más que nada que él estuviera a mi lado. Sentía que había perdido mi oportunidad.

Pateé la arena fresca bajo mis pies y miré la luna que proyectaba un resplandor plateado sobre la playa. Oí música a todo volumen en la piscina del hotel. Los hombres hablaban en voz alta y los chillidos estridentes de las mujeres llenaban el ambiente. Alguien estaba de fiesta esa noche.

Llegué a las afueras de la piscina del hotel y vi que el bar estaba abarrotado. Me di cuenta de que me había topado con parte del equipo que estaba de fiesta en la piscina. Estaba claro que no les

importaba lo que había dicho el entrenador.

Cuando yo jugaba en la universidad, nos habrían crucificado si hubiéramos salido después del toque de queda. Ninguna de nosotras se arriesgó nunca porque el partido era demasiado importante y odiabamos que nos dejaran en el banquillo por mal comportamiento. Estaba claro que eso no les importaba a esos chicos. Hacían lo que querían, aparentemente sin consecuencias.

Incluso si su entrenador se enteraba, sólo les daría un tirón de orejas. Lo que había llegado a saber de él era que hablaba mal, pero al final no tenía ningún control sobre sus jugadores fuera del estadio. Incluso le había pillado en el bar del hotel de Los Ángeles bebiendo vodka solo. Estaba celebrando las victorias del equipo en solitario, pero no sabía si alguien lo había presenciado. No era de extrañar que se sintiera tan miserable en el viaje en autobús hasta San Diego.

Me reí de lo ridículos que parecían los chicos con sus horribles pasos de baile y sus descuidadas sesiones de besos. Miré por un momento más antes de empezar a hacer mi camino más arriba en la playa, pero entonces vi a Nico. Me detuve en seco. Estaba sentado en el extremo de la barra más cercano a mí con una preciosa morena tumbada en la barra delante de él. Vi cómo sus labios rozaban su abdomen.

De repente, se me hizo un nudo en el estómago. Quise apartar la mirada, pero mis ojos me traicionaron. Seguí observando cómo ella se levantaba de la barra y bajaba sobre él, con los dedos de él clavados en su piel. Bailó contra él, con sus cuerpos pegados.

Se detuvo y se inclinó hacia él. Cerré los ojos. No podía seguir mirando. Me di la vuelta rápidamente y seguí caminando por la playa, mientras el sonido de la música se desvanecía detrás de mí. Encontré el camino de piedra que llevaba al hotel y luché contra las lágrimas al entrar en el vestíbulo. Apreté rápidamente el botón del ascensor, queriendo estar lejos de lo que acababa de ver, aunque lo tenía grabado en el cerebro.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré. Empezaron a cerrarse, pero una mano las detuvo. Era Alan. Mierda. No quería que me viera así. Rápidamente me limpié los ojos. Él entró y me vio de pie en la esquina del ascensor con los brazos enroscados a mi alrededor.

"Mallory", dijo, sorprendido.

"Hola, Alan", dije con una sonrisa forzada y la voz aguda.

Comprobó los botones del ascensor y vio que su planta ya estaba encendida, antes de volverse hacia mí.

"¿Qué haces fuera después del toque de queda?", preguntó con un guiño.

"Sólo quería dar un paseo por la playa. Hace una noche preciosa".

"Lo es. A veces me dan ganas de mudarme aquí".

"No te culpo. Es la primera vez que vengo y ya quiero volver".

"¿Qué tal el paseo?".

"Bien, bien".

No pareció darse cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Omití la parte en la que acababa de presenciar cómo algunos compañeros de equipo iban directamente en contra de las órdenes del entrenador. Habían salido después del toque de queda. Bebiendo. Con mujeres. Los tres no-nos. No quería ser una soplona. Quería estar en el lado bueno del equipo porque haría mi trabajo más fácil.

"¿Cómo estuvo tu noche?". Le pregunté.

"Bien. Comí algo ligero en el puerto. Ya me voy a la cama. Estos partidos fuera de casa me exigen mucho".

Asentí. Exactamente lo que pensaba. Las puertas del ascensor se abrieron en nuestra planta y salimos. Rebusqué en mi bolso la llave del hotel, intentando evitar más conversaciones.

"Buenas noches, Alan", caminé en dirección a mi habitación.

Una vez dentro, tiré el bolso en una silla y me dejé caer de bruces en la cama. Dejé caer las lágrimas. Podía oír la música de la piscina chocando contra la puerta. Me quejé.

Me sentía como una tonta por pensar que le gustaba a Nico. Que era diferente. Pero mi padre tenía razón. Todos esos atletas eran exactamente iguales. No tenían ningún interés en sentar la cabeza. Sólo querían jugar en el campo, literal y figuradamente. Fui estúpida al pensar que yo era una excepción a esa regla. No quería conocerme. Había caído en sus palabras que eran mentiras disfrazadas de dulces naderías.

Nuestro beso se coló en mi cabeza, pero de repente se vio empañado por su cuerpo apretado contra el de otra chica. Acababa de compartir otro beso, ni siquiera una semana después, con una desconocida en bikini. Me daba asco pensarlo, pero no podía quitarme la imagen de la cabeza.

La música seguía sonando en mis oídos. La piscina estaba justo debajo de mi habitación. Me levanté rápidamente, cogí las cortinas y las cerré. Pero fue inútil. Saber que estaba ahí abajo

bebiendo y poniendo su boca en la de otra persona me entristecía y me enfadaba a la vez. ¿Y si la llevaba a su habitación? No podía ni pensar en ello.

Me preguntaba si tenía derecho a estar enfadada. No estábamos saliendo. Apenas éramos amigos. Pero él me había perseguido. Había puesto ideas en mi cabeza sobre lo que podría ser. Me había besado.

Cogí el teléfono y llamé al servicio de habitaciones.

Contestaron al segundo timbrazo. "Hola, Sra. Greengrass. ¿Qué se le ofrece?".

"Una botella de cabernet, por favor".

"La subiremos enseguida".

Yo no estaba en el equipo. No tenía un entrenador que me dijera lo que tenía que hacer, no es que importara. Planeé beber unos cuantos vasos de vino para ahogar mis sentimientos y desmayarme.

A la mañana siguiente, me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Me puse boca abajo y miré el reloj. Eran las seis de la mañana. Teníamos que estar en el vestíbulo en treinta minutos para ir al aeropuerto y volver a casa. Me quejé. Vi la botella de vino vacía en la mesilla de noche. Me lo merecía.

Me levanté de la cama y busqué en la maleta mi bolsa de medicamentos. Me tomé unos cuantos Advil y una botella de agua. Me metí en la ducha y me tomé una cerveza fría para intentar despertarme. Después, preparé rápidamente la maleta, me dirigí a los ascensores y bajé al vestíbulo.

Me registré y dejé mi llave en recepción, justo cuando algunos miembros del equipo salían de los ascensores. Tenían peor aspecto que yo. Los evité y saqué la maleta fuera para esperar a las lanzaderas. Subí al primero que llegó y me senté delante, apoyando la cabeza en la ventanilla y cerrando los ojos.

Me desperté cuando Alan me dio un codazo. "Ya hemos llegado, Mallory. Estamos en el aeropuerto".

Asentí con la cabeza mientras me frotaba los ojos. Hasta ese momento había evitado a Nico.

A ver si podía evitar un encontronazo hasta Boston.

En el aeropuerto, me dirigí al Starbucks más cercano y pedí un agua grande y un café solo. En la puerta de embarque, elegí un asiento cerca del dueño del equipo, Jonas. Así me sentía más segura. Cuando oí a Nico acercarse mientras hablaba con sus compañeros, mantuve la nariz hundida en un libro fingiendo leer. Mentiría si dijera que no estaba escuchando a escondidas, pero no dijeron nada sobre lo de anoche. Probablemente no querían meterse en problemas por salir de fiesta.

Cuando subí al avión, evité mirarle al pasar por delante de su asiento. Una vez en mi asiento, me puse los auriculares y dormí todo el vuelo de vuelta a Boston.

Cuando llegamos a Boston, era de noche. Hasta entonces había conseguido evitar a Nico. Ayudé a Alan a subir las maletas a las salas de terapia.

"Yo me encargo a partir de aquí. Vete a casa. No tienes buen aspecto". Alan me hizo señas hacia la puerta.

"Creo que puede ser el mareo del avión", mentí.

"Ve a descansar".

“Gracias, Alan”.

Rodé con la maleta por el pasillo hacia el ascensor que llevaba al aparcamiento.

"Mallory", oí gritar a alguien.

Me di la vuelta y vi a Nico caminando hacia mí por el pasillo.

"Mierda", susurré.

Me giré y pulsé el botón del ascensor frenéticamente.

"Mallory, hola", dijo.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré rápidamente. Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a descender. Respiré aliviada.

Pasé por una hamburguesería de camino a casa. Pensé que una comida grasienta me aliviaría el malestar estomacal. No estaba segura de si era la resaca o Nico lo que me hacía sentir mal. Probablemente era una mezcla de ambos.

Comí en mi mesa de café con ESPN jugando. Mordisqueé una patata frita mientras veía las repeticiones del último partido. Estaba la jugada de Nico en la tercera entrada. Cogí el mando a distancia y lo apagué. ESPN había sido una mala elección. Me senté en el sofá y me puse la mano sobre el estómago.

No podía evitarlo para siempre. Trabajábamos en el mismo sitio. Por eso nunca debí dejarme llevar por mis sentimientos. Nunca debí haberme involucrado. No sabía cómo iba a enfrentarme a él de nuevo sin llorar o querer darle un puñetazo en su bonita cara.

Capítulo 13

Nico

Aceleré el paso para alcanzar a Mallory, pero las puertas del ascensor ya se estaban cerrando. Se había ido. Tuvo que oírme llamarla por su nombre. Me miró directamente, pero prefirió alejarse y entrar en el ascensor para marcharse. Me quedé allí rascándome la cabeza y preguntándome si me había perdido algo.

Esa fue mi única oportunidad en toda la semana de hablar con ella a solas, al final de nuestro viaje, por supuesto. Perdí mi oportunidad, y sentía como si hubiera vuelto a la cruda realidad.

Entonces se abrieron las puertas del segundo ascensor. Esperaba que fuera ella, pero mi otra mitad sabía que no era así. Mae salió y me vio.

"¡Nico!", sonrió. Se acercó y me abrazó.

"Hola, hermanita", le dije, dándole un apretón.

"¿Qué tal el viaje? Lo seguí desde casa con Ella. Estuvo animando mucho. Te enseñaré vídeos". Se apartó y me miró.

"El viaje estuvo bien". Me encogí de hombros.

"¿Sólo bien?". Me miró a la cara. "Ganaste todos los partidos. Pudiste ir a la soleada Costa Oeste con algunos de tus mejores amigos".

"Lo sé. Todo eso fue genial. Lo fue".

"Pero...".

"No sé". Suspiré.

"Es esa chica, ¿no? Acabo de verla salir de los ascensores en el vestíbulo".

"¿La viste?". Pregunté con ansiedad.

"Sí, parecía como si estuviera en su propia cabeza. Enfadada o triste. No lo sé. No se fijó en mí, o si lo hizo, no se detuvo a charlar. Aún no la conozco oficialmente".

Arrugué las cejas, pensando en Mallory enfadada por algo. No podía ser yo, ¿verdad?

"Mira, Nico. Te dije que esto podría no ser una buena idea. Las citas y el trabajo no se llevan bien".

Le lancé una mirada. Ella trabajó bajo Jonas durante años, y estaba casada con él. No tenía margen para hablar. Se dio cuenta de mi mirada acusadora y levantó las manos para defenderse.

"Mira, Jonas y yo somos...".

"¿Diferentes?".

"Fuimos el raro caso que funcionó, e incluso entonces no fue un camino de rosas al principio. Fue muy duro. Ya lo sabes".

Asentí. Tuvieron un comienzo difícil. Jonas y yo nos odiamos durante un tiempo. No pensé que estarían donde están en este momento.

"Obviamente, estoy feliz de cómo salieron las cosas. Estamos felizmente casados con nuestra niña", continuó.

"Entonces, ¿por qué yo no puedo tener eso?", pregunté más a la defensiva de lo que pretendía.

"Puedes, Nico".

Mae suspiró y miró hacia el aparcamiento a través de los grandes ventanales. Había caído la noche y casi todo el mundo se había ido ya a casa.

"Sólo quiero que seas feliz. Mamá y papá querrían eso. Si crees que esta chica es para ti, te apoyo. Ya lo sabes. Llevo tiempo diciéndote que estaría bien que sentases la cabeza".

"Suena como algo que diría mamá si aún estuviera aquí", dije en voz baja.

“Lo sé”.

"Gracias, hermanita".

"Entonces, ¿eres tú la razón por la que salió de ese ascensor con angustia mental?", indagó.

"No lo sé. Creo que no".

"¿Angustia mental?", preguntó Jonas mientras caminaba hacia nosotros en el pasillo, rodando su maleta detrás de él.

"¡Cariño!", gritó prácticamente mi hermana y corrió hacia él.

Se lanzó sobre él, casi derribándolo. Él se estabilizó y la levantó en brazos, besándola una y otra vez.

"Debería irme más a menudo", se rió Jonás.

Desvié la mirada. Debería estar acostumbrado a que mi hermana estuviera enamorada y todo eso, pero seguía siendo mi hermana.

"Cariño, creo que estamos haciendo que tu hermano se sienta incómodo", dijo Jonas divertido cuando me llamó la atención.

Mae puso los pies en el suelo y me miró.

"Así que no has respondido a mi pregunta. ¿Quién tiene problemas mentales?", preguntó Jonas, mirándonos a los dos. "Oh, sólo la novia de Nico". Mae puso comillas al aire.

Jona levantó una ceja.

"No es mi novia. Ni mucho menos".

"No os he visto hablar ni una sola vez en este viaje", dijo Jonas.

"Ese es el problema", murmuré.

"¿Por qué no lo tanteas mañana?". ofreció Mae. "Es tarde. Deberíamos volver todos a casa. Consúltalo con la almohada".

Asentí. Ella tenía razón. Era inútil quedarse allí e intentar encontrar respuestas de la nada. Estaba agotado después del viaje y del tequila de anoche. Podría hablar con Mallory mañana.

Bajamos en ascensor hasta el aparcamiento. Me despedí de Mae y Jonas con un abrazo y subí al coche para volver a casa. En el camino, pensé en lo que había dicho mi hermana. Al crecer con Mae como hermana mayor, aprendí mucho sobre las mujeres. A menudo utilizaba esos conocimientos para conseguir lo que quería.

Tendría que seguir su consejo y armarme de valor para hablar con Mallory mañana. Diablos, tuve el arrojo para besarla el fin de semana pasado. Podría hablar con ella. Ya que sabía que tenía el apoyo de mi hermana, me sentía mejor.

Al día siguiente, llegué temprano a las instalaciones. Supuse que así tendría más posibilidades de tener un momento a solas con Mallory. Cuando llegué al gimnasio, me sorprendió ver a algunos de mis compañeros de equipo allí tan temprano.

Vi a Chad estirándose en una colchoneta junto a las ventanas. Mallory estaba con él, haciéndole algunos estiramientos.

Levantó la vista y me vio. "¡Nico!", gritó.

"Hola, tío".

"No volveré a beber tequila", dijo riendo, mientras se inclinaba para estirar los isquiotibiales.

Mallory levantó la vista de su portapapeles y me miró como si me hubiera clavado un puñal. Fue sólo un instante, pero fue suficiente para dejarme sin aliento.

"Bien, Chad. Probemos con la otra pierna", dijo, volviendo a mirar el portapapeles.

Agarré la bolsa de deporte y me acerqué a las pesas, preguntándome qué demonios era aquello. Dejé la bolsa junto al soporte de pesas y me puse los auriculares. Puse música a todo volumen con la esperanza de que ahogara aquel incómodo momento. Pasé la siguiente media hora levantando pesas antes de que mi entrenador personal se reuniera conmigo para llevarme a hacer sprints. Cuando miré a mi alrededor, Mallory se había ido.

Al día siguiente, el entrenador nos mandó al campo a jugar un partido de entrenamiento. El tiempo era ligeramente ventoso y sólo había unas pocas nubes en el cielo. Era el día perfecto para jugar a la pelota. Estaba listo para empezar a jugar y cambiar mis pensamientos. Eso fue hasta que vi a Alan y Mallory en el banquillo.

A la hora siguiente, me puse al bate contra el nuevo lanzador. Fallé tiros fáciles. Mis

lanzamientos se salían, fallando mis objetivos.

"¡Nico!". Ladró el entrenador. "¡Mete tu cabeza en el juego!".

"¡Sí, entrenador!".

Mis mejillas se enrojecieron. Yo no era así. Era vergonzoso. Miré hacia el banquillo. Mallory miraba con mirada gélida mientras Alan le hablaba. ¿Cuál era su problema?

Después de la práctica, Kenny trotó a mi lado mientras el equipo se dirigía a los vestuarios.

"¿Estás bien, tío?", me preguntó, secándose el sudor de la frente.

"Sí. Sólo un mal día", murmuré.

“¿Problemas de chicas?”. Miró hacia el banquillo, donde Alan y Mallory hablaban con Chad.

"No puedo entenderla", respondí, frustrado.

"No te envidio. Recuerdo aquellos días con Cleo. Todo depende de si crees que ella vale la pena".

"Eso pensaba...".

"¡Nico!". Ladró el entrenador.

"Hasta luego, tío", dijo Kenny, alejándose a trote y dejándome lidiar con la ira del entrenador.

Después de una buena bronca fuera de los vestuarios, afortunadamente lejos de Mallory, me di una larga ducha caliente. Cuando salí, el resto del equipo ya habían recogido sus cosas para irse a casa o se habían marchado. Me sequé y cogí la ropa de calle de la bolsa del gimnasio. Me vestí rápidamente. No quería quedarme más tiempo. Después del entrenamiento de mierda de hoy y del frente frío de Mallory, sólo quería irme a casa y tomarme una cerveza.

Cuando abrí la puerta del pasillo para salir, vi pasar a Alan y Mallory. Estaban conversando, así que no quise interrumpirlos. En lugar de eso, me contuve y me escabullí detrás de la puerta. Se detuvieron al final del pasillo.

"Espero poder contarte esto en confianza", oí decir a Mallory en voz baja.

"¿De qué se trata?", preguntó Alan.

"Estaba debatiendo si sacar el tema porque no quiero caerle mal a nadie...".

"Lo que me cuentes será estrictamente confidencial. Espero que lo sepas".

"Es sobre nuestro reciente viaje a las ciudades de la Costa Oeste".

"¿De qué se trata?".

Mallory pareció respirar hondo. "Bueno, nuestra última noche en San Diego cuando di mi paseo por la playa. Vi al equipo fuera después del toque de queda ".

"Hmm, bueno, son conocidos por hacer eso. A esos chicos les gusta romper las reglas".

"Supongo que es diferente de lo que conocí en la universidad. Lo que dijo el entrenador fue que se fuesen a descansar".

"¿Qué estaban haciendo?".

"Estaban de fiesta en la piscina. Parecía que bebían mucho. También había chicas".

"Parece que rompieron las únicas tres reglas que tenían".

"No quiero ser conocida como una soplona...".

"No, no. Me alegro de que me lo hayas contado. Puedo planteárselo al entrenador sin dar nombres. Si estaban a la vista de todo el mundo en su libertinaje, entonces podría ser cualquiera a quien les llamara la atención".

Mallory asintió. "Algunos parecían muy atrevidos", continuó. Oí un matiz de fastidio en su voz.

Joder.

¿Me había visto con una de las solteras? Ni siquiera recordaba el nombre de aquella chica. No significaba nada claramente. Lo paré antes de que fuera demasiado lejos, pero supongo que Mallory vio lo suficiente para su gusto. Por eso me había ignorado en los ascensores y por eso me lanzaba miradas gélidas. Tenía sentido. Estaba enfadada conmigo.

Entonces se me ocurrió otra cosa: No estaba enfadada conmigo por ir en contra de las órdenes

del entrenador. Estaba celosa.

Seguí escuchando desde detrás de la puerta.

"Ya veo", dijo Alan. "Conozco a este grupo de chicos. Son un buen grupo. La temporada pasada no podía responder por ellos porque teníamos una manzana podrida en el grupo. Lo despidieron por agresión sexual".

"Dios mío", dijo Mallory sorprendida.

"Sí, no se presentaron cargos, así que no salió en las noticias. Pero Jonas y el equipo no toleran nada de eso. Le echaron del equipo y se corrió la voz por toda la federación. Nunca volverá a jugar".

"Yo no vi nada de eso", dijo Mallory rápidamente. "No quiero que nadie se meta en problemas por eso. Sólo se estaban divirtiendo".

"No te preocupes. No van a despedir a nadie", dijo Alan, poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarla.

"Vale, gracias, Alan".

Terminaron su conversación y siguieron doblando la esquina. Abrí la puerta y me dirigí a los ascensores en dirección contraria. Mientras esperaba el ascensor, una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. A ella sí le importaba. Todo este tiempo pensé que había malinterpretado las cosas, pero lo veía todo claro.

No le gustaba ni pensar ni verme con otra persona. Podía usar esto a mi favor. Sólo tenía que tenerla a solas.

Capítulo 14

Mallory

Kenny se bajó de la camilla cuando terminé de tomar notas en el portapapeles. Era mi último paciente del día. Alan me había dejado tomar las riendas de su última sesión de seguimiento de la conmoción cerebral que había sufrido. No sabía si era porque confiaba en mí o porque era el cumpleaños de su mujer. En cualquier caso, me entusiasmaba asumir más responsabilidades.

"¿Cómo estoy?", preguntó Kenny.

"Todo parece normal".

"Lo sabía. Nada puede derribarme".

Me reí, pensando en la cámara que con toda seguridad lo había derribado.

"Bueno, creo que ya hemos terminado por hoy".

Miré el reloj. Eran casi las 5 p.m. Hora de ir a casa.

"Gracias, Mallory". Kenny me saludó antes de salir por la puerta.

Empecé a ordenar la sala de terapia y cogí mis papeles antes de dirigirme al despacho de Alan. Como sólo era una interna, no tenía un lugar propio, así que él me dejó compartir su despacho. Entré y abrí el gran archivador negro que había detrás de su mesa. Miré los archivos del cajón y busqué el nombre de Kenny. Cuando lo encontré, apilé ordenadamente sus papeles y los deslicé en la mitad posterior de la carpeta. Cerré el armario con mi juego de llaves.

Oí mi teléfono sonar desde lo alto del armario. Era Iván: *"Hola, quería comentarte algunas ideas para el cumpleaños de Mads".*

Me senté en la silla de Alan.

Yo: *¿En qué estabas pensando?*

Iván: *No estoy seguro de si debería ser el anfitrión. Es un poco difícil porque vivimos juntos, ¿sabes? Entonces pensé en invitar a la gente a su bar favorito.*

Yo: *Estaría encantada de ser la anfitriona si mi apartamento fuera más grande. Creo que el bar es una buena idea. Creo que conozco a alguien para su tarta.*

Iván: *¡Eso sería genial, Mall!*

Observé cómo los tres puntos rebotaban en mi pantalla. Estaba escribiendo.

Iván: *Así que... ¿crees que te llevarás al campocorto?*

Yo: *Lo dudo mucho.*

Iván: *¿Sigues enfadada?*

Yo: *Sí.*

Les había contado a Iván y a Mads lo que había pasado en nuestra última noche en San Diego. Intentaron defender a Nico diciendo que no teníamos una relación, lo que me cabreó un poco. Tal vez tenían razón, sin embargo. Era interesante conocer la perspectiva de un hombre. Pero no por eso estoy menos enfadado con Nico.

Iván: *Ah. Tengo que hacer la ronda.*

Yo: *Que pases buena noche en el trabajo.*

Cerré el teléfono y lo dejé sobre la mesa, luego me recosté en la silla y cerré los ojos. Mi cerebro estaba lleno de pensamientos sobre Nico, nuestro beso, sus manos en otra persona. No lo había visto, y los últimos días mantuve las distancias con él. Probablemente era lo mejor.

En ese momento, oí cerrarse la puerta. Pensé que era la única que seguía aquí. Levanté la vista esperando ver a Kenny. A lo mejor se le había olvidado algo. Pero vi a Nico con la mano en la manivela cerrando la puerta. Tragué saliva. ¿Qué demonios hacía él aquí?

"¿Puedo ayudarte? pregunté enarcando una ceja.

Se me aceleró el corazón, pero me esforcé por ser la zorra fría como el hielo que había sido los últimos días.

"Sólo quiero hablar". Dio un paso adelante.

Llevaba un chándal gris y una camiseta blanca. Las dos prendas más sencillas, y él las hacía parecer sexy a más no poder. Tuve que apartar la mirada.

"De hecho, ya me iba". Me levanté rápidamente, cogí mi teléfono del escritorio y empecé a caminar hacia la puerta. Pasé junto a él, pero me agarró suavemente del brazo.

Le miré y aparté el brazo. "No", dije bruscamente.

Me soltó. "Por favor, Mallory. ¿Puedes darme un minuto?".

Sus ojos marrones eran suplicantes, y suspiré cediendo ante ellos.

Asentí con la cabeza.

"Mira, ayer os oí hablar a Alan y a ti después del entrenamiento", empezó.

“¿Qué? ¿Me estabas espiando?”. pregunté, lanzándole una mirada mordaz.

Por dentro, el estómago me dio un vuelco de preocupación. Pensé en mi conversación con Alan. Debía de haberme oído delatar al equipo. Mierda.

"No... Bueno, más o menos. Sólo quería saber qué te pasaba".

"No me pasa nada. Sólo hago mi trabajo". Me encogí de hombros.

"¿Puedes dejar que te explique? Lo que viste...".

"No necesito que me lo expliques, Nico". Intenté mantener la voz firme, pero me temblaba ligeramente por la emoción. Miré hacia mis pies.

Él dio un paso hacia mí. Estábamos a escasos centímetros. Podía sentir su aliento constante contra mi cara mientras sentía sus ojos mirándome atentamente. sabía muy bien que era una mala idea, me obligué a mirarle a los ojos. Y él dio otro paso adelante. Mi espalda se pegó a la pared. Se acercó a mí y sus manos subieron por mis brazos mientras me estremecía ante su leve contacto.

Sus manos se encontraron con mi cara y acercó sus labios a los míos, haciendo que mis ojos se cerraran. Esta vez su beso fue diferente. No era suave, era más fuerte. Parecía desesperado, como si tuviera miedo de que no se repitiera. Me quedé prendada.

Su respiración se volvió agitada mientras apretaba su cuerpo contra el mío. Lo sentí sólido contra mí y dejé que mis manos rodearan su espalda, acercándolo. Gimió suavemente. Sentí su lengua deslizarse por mis labios y los separé para dejarle entrar. Deseaba desesperadamente saborearlo. También quería odiarlo desesperadamente.

Mientras su lengua masajeaba la mía, sus dedos se movieron hacia mi pelo y se enredaron en las hebras. Solté un gemido ahogado en su boca y sentí que me hinchaba de excitación. Podría haberme quedado allí para siempre, pero entonces mi memoria arruinó el momento. Me acordé de él en el bar con aquella chica. Eché la cabeza hacia atrás y le aparté.

"¿Quieres dejar de hacer eso?", dije, recuperando el aliento.

Me miró escrutadoramente mientras yo observaba cómo su pecho subía y bajaba rápidamente.

“¿Qué?”.

"Besarme".

"Pero yo pensaba...".

"Lo que pensabas se lo llevó la playa de San Diego".

Nico dejó escapar un suspiro frustrado. Se apartó de mí y se dirigió a uno de los sillones frente al escritorio de Alan. Se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo con frustración. Miró la silla de al lado.

“Siéntate”.

"No". Puse los ojos en blanco.

"Por favor".

Miré a la puerta y de nuevo a la silla. Sabía que debería haberme ido, pero toda yo quería estar cerca de él.

Me senté en el sillón de felpa frente a él y me crucé de brazos, mirando la alfombra. Cuanto menos lo mirara, mejor.

"No sé lo que viste en el bar aquella noche...", empezó.

"Vi más que suficiente".

"No pasó nada".

"Ja", dije más alto de lo que pretendía. "Tus labios estaban prácticamente sobre ella...".

"Fue sólo una bebida en su cuerpo. No significó nada".

"Vale, ¿y qué pasa con el beso?". Levanté entonces la vista hacia él.

"¿Beso?", preguntó mientras echaba la cabeza hacia atrás sorprendido.

Buscó una pista en mi cara. Sinceramente, parecía perdido. Era muy convincente, lo reconozco.

"Sí, estabas a punto de besarla. La señorita del bikini negro".

Odiaba lo celoso que sonaba.

"Entonces, ¿en realidad no me viste besarla?", preguntó, sentándose de nuevo en su silla y levantando una ceja.

"Bueno, no", balbuceé, "supongo que no. Pero parecía bastante evidente lo que estaba a punto de pasar".

"No la besé, Mallory".

"¿No la besaste?". Me quedé sorprendida.

"No, la detuve antes de que fuera demasiado lejos".

Permanecí en silencio mientras reproducía las imágenes que había intentado borrar desesperadamente desde que salimos de la Costa Oeste. Ella le rodeaba y se inclinaba hacia él con los ojos cerrados. Me sacudí el recuerdo. Tenía tantas ganas de creerle. Una parte de mí quería, pero la otra tenía miedo.

"Pregúntale a Kenny", continuó. "Él te lo dirá. Pregúntale a cualquiera de los chicos. Me echaron la bronca por subir pronto a mi habitación. Kenny subió conmigo. Está prácticamente casado. No puede hacer esas cosas. No quiere hacerlo".

Volví a pensar en el bar. Kenny estaba solo, bebiendo un margarita. Tal vez Nico estaba diciendo la verdad.

"Ni siquiera debería estar enfadada...". Dije en voz baja, sintiendo que mi cara se calentaba de vergüenza.

No tenía derecho a decirle lo que podía o no podía hacer. Mads e Iván tenían razón. No teníamos una relación. Apenas nos conocíamos. No me debía nada. Podía hacer lo que quisiera con quien quisiera. Fue sólo que el primer beso había plantado algo en mi cerebro, y en mi corazón. El segundo beso de hoy sólo lo solidificó para mí. Él tenía un control sobre mí.

"Sí, lo tienes. Metí la pata. Lo siento mucho, Mallory".

Lo miré mientras mi mente trataba de decidir si debía creerle o no.

Bajó la mirada a sus manos mientras continuaba.

"Mira, yo solía ser salvaje. He tenido diversión. Pero ya no soy ese tipo. Veo a mi hermana. Veo a Kenny. Son tan felices en sus relaciones. Yo quiero eso. Quiero sentar cabeza".

Esto era completamente opuesto a todo lo que mi padre había dicho y todo lo que yo había pensado sobre los atletas, especialmente los profesionales.

"Tan pronto como te vi en el vestuario ese día, supe que eras para mí", dijo.

"Eso es ridículo". Negué con la cabeza.

"Es verdad. Me miró fijamente con sus ojos marrones que hoy parecían caramelo líquido.

"Como he dicho, ni siquiera me conoces, Nico", dije en voz baja.

"Bueno, vamos a conocernos".

Se inclinó hacia delante y me cogió la mano. Se la dejé. Su pulgar rozó suavemente mis nudillos. Sentí que me recorría una lenta corriente eléctrica.

“No sé…”. Murmuré con incertidumbre.

Pensé en mi trabajo y en los riesgos que conllevaba involucrarme con él. Demonios, hace unos minutos estábamos en el despacho de mi jefe besándonos. Era un terreno traicionero sobre el que andábamos de puntillas. Podía perderlo todo. Había trabajado tan duro para llegar aquí después

de mi lesión. Pensé que mi vida había terminado. En parte lo estaba, pero encontré esto, algo que amaba de nuevo. ¿Valía la pena el riesgo?

"Ya sabemos que hay algo aquí. Ese beso casi me mata". Se rió ligeramente.

Yo también me reí.

"Dame la oportunidad de conocerte. Tú puedes conocerme a mí. Podemos ver si hay sentimientos más allá de este enamoramiento tácito. Tú también lo sientes, ¿verdad?". Me miró a la cara, expectante.

Permanecí en silencio un momento.

"Sí", dije en voz baja.

“Entonces, ¿lo harás?”.

“¿Qué cosa?”.

"Dejar que te conozca".

Respiré hondo. Estaba a punto de tomar una decisión que lo cambiaría todo. Podría decir que no y dejaría esto atrás. Tal vez. Lo dudaba. O tal vez viviría en una tortura constante estando cerca de él todo el tiempo, deseando algo que no podía tener. Recordé sus manos sobre esa chica en la piscina. No soportaría volver a ver eso, e inevitablemente lo haría. Seguiría adelante. Pero lo quería para mí.

"De acuerdo", dije, dejando salir el aliento que contenía cautelosamente en mi pecho.

Capítulo 15

Nico

"Vale", dije mientras le sonreía.

Estuve conteniendo la respiración sin querer mientras esperaba su respuesta sobre dar el siguiente paso. Vi que su mente trabajaba mientras se debatía sobre qué hacer. La comprendía. De verdad.

Sabía lo mucho que este trabajo significaba para ella. Veía cuánto le gustaba venir cada día. No quería complicarle las cosas, pero tampoco podía perderla. Quería decirle que podíamos hacer que funcionara y que prácticamente tenía la luz verde de Jonas. Pero no quería enfadarla. Probablemente no quería que hablara de nuestros asuntos personales con nuestro jefe.

Al menos era un comienzo. Nuestra conversación fue mejor de lo que esperaba, y no tenía muchas esperanzas de encontrarla hoy. Sabía que Kenny tenía una sesión más tarde con ella, así que me quedé después del entrenamiento para intentar tener un momento a solas. Tuve suerte porque Alan se fue a casa temprano. Le vi salir antes. Dijo que se iba a casa a cenar con su mujer.

Le había contado el plan a Kenny y él estaba de acuerdo. No le había contado todos los detalles de por qué ella me había estado dejando de lado. No quería que se sintiera mal por su conversación con Alan. Le conté que había visto algunas de mis travesuras de borracho en San Diego y que no estaba muy contenta.

Cuando terminó su sesión, se reunió conmigo en el vestuario.

"Es toda tuya", me dijo. “Buena suerte”.

Me dio una palmada en la espalda mientras me dirigía a los ascensores.

Después de haber recibido sus gélidas miradas los últimos días, no sabía cómo me iba a ir. La

busqué con cautela por el gimnasio y las salas de terapia. Cuando la encontré en el despacho de Alan, esperaba arrastrarme, disculparme y explicarme. Y lo hice. Pero el beso no estaba planeado. Fue un intento desesperado para demostrarle que sentía algo por ella. También fue porque no podía dejar de pensar en volver a hacerlo.

Si Alan supiera que compartimos un beso caliente en su oficina. No le gustaría, pero lo volvería a hacer una y otra vez. Algo se despertó dentro de mí cuando la besé.Fue un deseo que nunca antes había sentido. Era más íntimo, más primitivo que nuestro primer beso. No pude evitar imaginar cómo sería el sexo con ella, si ocurriera algun dia. Me separé de aquel beso sintiéndome mareado. Creía que no sobreviviría enredado en su piel húmeda y aceitunada.

"Realmente, pensé que no me darías otra oportunidad", dije, reclinándome en la silla.

Las pocas veces que podía estar tan cerca de ella, me daba cuenta de lo hermosa que era. Sus ojos siempre cambiaban de un verde bosque intenso a un verde oliva o jade. Apenas llevaba maquillaje. No lo necesitaba. Su pelo era tan negro que casi parecía azul marino, y siempre lo llevaba recogido en una especie de trenza. Hoy llevaba esa falda de tenis blanca que me encantaba. Estaba encaprichado.

"Créeme. No quería".

"¿Qué te hizo cambiar de opinión?".

"Puedes ser muy convincente", dijo. "Es molesto".

"Lo intento". Le guiñé un ojo.

Ella gimió.

“¿Qué?”. Le pregunté.

"El guiño. ¿Otra vez? Es tan...".

"¿Sexy?". Le guiñé el ojo otra vez.

Ella pateó ligeramente mi pierna, pero no apartó su pie después. Se apoyó suavemente contra mi espinilla. Fue casi lo único que pude notar.

"Lo hiciste en el vestuario en mi primer día".

"No, no lo hice".

Realmente no lo recordaba.

"Sí, lo hiciste".

"Ni siquiera lo sabía".

"Oh, Dios. Así que lo cursi está en tu sangre".

"Supongo que sí". Me encogí de hombros.

Me gustaba su sentido del humor. Era sarcástica y no tenía miedo de burlarse de mí. Era bueno ser humilde a veces. Demonios, su cara me humillaba.

También me gustaba cómo se defendía. No fue fácil volver a caerle en gracia después de los últimos días. Me lo merecía, sobre todo después de contarle mis sentimientos. No debería haberme puesto a celebrar con una chica que ni siquiera le hacía sombra. Si ella supiera que estaba en mi mente todo el tiempo.

También me gustaba su sabor.

"¿Y ahora qué?", preguntó.

"Me gustaría invitarte a salir".

"¿En serio?".

"Sí".

"A cenar. Cuando volvamos de los próximos partidos fuera de casa".

"De acuerdo".

"¿Vendrás con nosotros de viaje otra vez?".

Crucé mentalmente los dedos para que dijera que sí.

"Mhmm. Alan me envió antes por correo electrónico mi itinerario y las tarjetas de embarque".

La idea de que nos acompañara en otra etapa de partidos fuera de casa me entusiasmó. Sabía que había algo entre nosotros, y ella lo sabía, esta vez no sería tan incómodo. Sabía que apenas

pasaríamos tiempo juntos, pero al menos yo no estaría tan ensimismado. Además, seguiría viéndola los días de viaje, en los entrenamientos o en alguna que otra cena del equipo.

No podía evitar pensar en escabullirme por los pasillos oscuros o encontrar su habitación después del toque de queda. La idea me excitaba, pero también quería tomármelo con calma. Seguir su ejemplo. Quería que las cosas fueran diferentes esta vez. Realmente quería sentar la cabeza y hacer esto de la manera correcta.

"Bien. Tal vez no me ignores esta vez", dije juguetonamente.

"No estaba... Vale, sí. Te estaba ignorando totalmente". Se rió.

“¿Por qué?”.

"No lo sé. No estaba segura de ti".

"¿Y en este momento?".

"El jurado sigue deliberando".

"Me parece justo".

Todavía tenía que trabajar en esto. Menos mal que me gustaban los retos.

"Probablemente deberíamos irnos", dijo mientras miraba por la ventana.

Estaba oscuro. El sol debía de haberse puesto hacía rato. No me di cuenta. No controlaba el tiempo que había pasado.

Los dos nos levantamos y nos miramos. Se hizo un silencio incómodo, como si ambos no quisiéramos que la noche terminara.

"¿Crees que puedo conseguir tu número?", le pregunté.

Me miró un momento, pensándolo. Era realmente testaruda. Luego me tendió la mano. "Teléfono", me dijo.

Lo saqué del bolsillo e introduje la contraseña antes de dárselo. Ella tecleó su número y se añadió como nuevo contacto. Me lo devolvió. Miré el nombre de su contacto. Había puesto un emoji de un balón de fútbol junto a su nombre. Tendría que preguntárselo en nuestra primera cita.

"Te mandaré un mensaje cuando pueda".

"Y yo intentaré responderte".

Me estaba tomando el pelo. Me gustaba.

Cerró el despacho de Alan y caminamos en silencio hasta los ascensores. Bajamos en lados opuestos del estrecho espacio. Había mucha tensión palpable en el aire. Sabía que ella también la sentía. Lo veía en la forma en que sus ojos captaban los míos con una mirada de reojo, o en la forma en que sonreía para sí misma pensando que yo no la veía.

Los de seguridad nos vieron salir y cerraron las puertas. Fuera del estadio, el aire era fresco. La oscuridad se había instalado en el aparcamiento y las farolas se habían encendido. Además de los vigilantes que empezaban su turno de noche, éramos los únicos que estábamos allí.

“¿Puedo acompañarte a tu coche?”, le pregunté.

"Claro".

"Por razones de seguridad, claro". Hice un guiño exagerado.

"Dios mío".

Me dio un empujón juguetón y caminamos hacia su coche. Rebuscó las llaves en su bolso y abrió las puertas.

"Bueno, gracias por tu servicio", dijo.

“Cuando quieras”.

Esperé a que subiera al coche, pero se quedó jugueteando con las llaves en la mano. Me miró, sus ojos verdes reflejaban la luz de una farola cercana y parecían ámbar. Como si se hubieran incendiado. Metió un lado del labio inferior bajo los dientes, lo que hacía cuando estaba nerviosa. Lo que para mí era innegable.

Di un paso adelante y apoyé la mano en el techo de su coche mientras me inclinaba hacia ella. Sus ojos se cerraron. Rocé con mis dientes la carne de su labio inferior, que aún era visible, y tiré suavemente hasta que se soltó. La sentí respirar hondo y fue entonces cuando acerqué mi boca a la suya.

Sus labios eran suaves y blandos contra los míos. Levantó las manos y me rodeó el cuello. Mis

manos se movieron hacia su cintura, agarrándola suavemente mientras la atraía hacia mí. Dejó caer la boca y sentí su lengua desesperada por encontrarse con la mía. Yo la encontré con la misma desesperación.

No había suavidad. Había una firme determinación mientras nuestras bocas se movían la una contra la otra. Me estaba perdiendo en ella. Me separé lentamente, sin aliento. Los dos juntos éramos como un incendio forestal que no se podía detener.

Me miró con complicidad.

Dejé caer mi frente, apretándola contra la suya. Mis manos encontraron las suyas y nuestros dedos se entrelazaron mientras recuperábamos el aliento. Al cabo de un minuto, acerqué mis labios a su frente y le di un suave beso antes de soltarle las manos de mala gana.

"Te veré pronto", le dije.

"De acuerdo. Ella asintió antes de abrir la puerta de su coche y deslizarse en el asiento del conductor. Me dirigí a mi coche y la vi alejarse.

De vuelta en mi casa, me metí en la cama completamente agotado. No estaba seguro de si había sido el entrenamiento de hoy o aquel beso lo que me había hecho caer de culo. Saqué el móvil y su pantalla iluminó la oscuridad de mi habitación. Decidí mandarle un mensaje, pero no quería ser demasiado duro. Lo que compartimos en el aparcamiento me bastó para aguantar hasta que volviera a verla. Dejé el teléfono en la mesilla de noche y me dormí profundamente.

Al día siguiente, en el entrenamiento, me alegré de verla sentada en el banquillo con Alan. Ya no era la reina de hielo. Era todo lo contrario. Podía sentir sus ojos sobre mí. Había un calor en su mirada que derretía el hielo. Me hizo querer esforzarme en cada ejercicio, lanzamiento, recepción y golpe.

"¡Nico! Me alegro de tenerte de vuelta", gritó el entrenador después de que yo atrapara un rápido batazo por el centro del diamante. Me picaba la mano en el guante, pero me sentía bien.

Cuando me aseguré de que nadie me miraba, le guiñé un ojo.

Me reí para mis adentros mientras ella ponía los ojos en blanco.

Los días siguientes fueron muy ajetreados para los dos. Apenas la veía. Mis sesiones de entrenamiento con el equipo eran más largas y ella estaba en las salas de terapia. A veces quería fingir que tenía un pellizco en la espalda sólo para estar con ella, pero conociendo mi suerte, probablemente acabaría con Alan. Además, no quería arriesgarme a perder tiempo de juego por una lesión falsa.

Estaba ansioso por salir a la carretera porque significaba que estaríamos más cerca el uno del otro, aunque en realidad no pudiéramos actuar en consecuencia. Al menos no delante de todos. Tenía que admitir que mantener en secreto lo que tuviéramos lo hacía mucho más divertido. Las miradas fugaces que intercambiamos eran nuestras y sólo nuestras.

Capítulo 16

Mallory

Miré mi maleta y vi un mar de blanco. Estaba llena de polos de trabajo y pantalones a juego. Metí un conjunto de calle y un vestido para llevar a una de las cenas del equipo, pero estaban doblados al final de la pila. Como llevaba poco equipaje, pude cerrar la maleta con facilidad. Cerré la cremallera y la saqué de la cama, rodando hacia la puerta de mi dormitorio.

Estaba deseando que llegara mañana para volver a salir con el equipo, sobre todo ya que Nico y yo estábamos de acuerdo. Aunque no estaba segura de en qué fase estábamos, era un enamoramiento mutuo e íbamos a ver adónde nos llevaba. Yo seguía con la guardia alta, pero poco a poco él la iba bajando. Conocía el riesgo de mezclar el trabajo con las relaciones, pero aún no habíamos llegado a ese punto. Nos quedaba camino por recorrer.

Mientras tanto, disfrutaba besándole. Todavía podía sentir sus labios en los míos como si dejaran una quemadura que nunca se curaría. No habíamos tenido un momento a solas desde aquella noche en el aparcamiento, pero podía sentir sus ojos clavados en mí cuando estábamos en la misma habitación. Podían estar desnudándome con la intensidad de su mirada. Otras veces era un guiño juguetón, que había llegado a encantarme, aunque nunca lo admitiría.

Mi teléfono sonó, estaba en la cama. Lo cogí rápidamente mientras saltaba sobre la cama. Era Iván.

Aunque Nico tenía mi número, aún no me había enviado ningún mensaje. Pero no me decepcionó. Había estado muy ocupada con Alan preparando el viaje y poniendo todas mis cosas en orden. Estaba segura de que él estaba haciendo lo mismo.

Iván: *¿Dónde estás?*

Miré la hora en el móvil. Mierda. Llegaba tarde.

Yo: *Omg. Perdona. Ya me voy.*

Iván: *No te preocupes. Acabo de hacer un pedido de pizza. ¿Puedes recogerla?*

Yo: *Claro. ¿En Ray's?*

Iván: *Duh.*

Yo: *Estoy en ello.*

Mi estómago gruñó mientras cogía mi vieja sudadera de fútbol de la silla de mi escritorio. Me la pasé por la cabeza y me miré en el espejo. Me quedaba holgada, pero no tenía que impresionar a nadie. Solo estaban Mads e Iván. Por fin nos habíamos reunido para vegetar y ponernos al día antes de que yo saliera a la carretera. Al salir por la puerta de mi apartamento, me recogí el pelo en un moño desordenado y bajé corriendo las escaleras hasta mi coche.

Ray's estaba lleno, lo cual no me sorprendió. Tenían la mejor pizza de la ciudad. Me puse en la cola para recogerla. El olor a salsa de tomate y masa fresca flotaba en el aire y se me hizo la boca agua.

"¿Recoges?", preguntó la chica del mostrador.

"Sí. Para Iván. Apellido Pushkin".

"Acaba de salir del horno. Ya mismo la empaqueto".

Un momento después, sacó una pila de tres cajas de pizzas extragrandes.

"¿Pidió todo esto?". Le pregunté.

Todos éramos muy buenos comedores, pero aún así. Sólo íbamos a ser tres.

"Aparentemente". Se encogió de hombros.

"¿Puedes añadir un pack de 12 cervezas?", pregunté, mirando la nevera de bebidas frías.

“Claro”.

Me acercó el paquete de cervezas a la barra. Le cogí la pizza y la balanceé sobre una mano mientras rebuscaba en mi bolso en busca de la cartera. Pagué y le di las gracias antes de dirigirme a la puerta. Tenía las manos ocupadas y apenas podía ver por encima de las cajas de pizza. Oí sonar el timbre de la puerta.

"Deja que te abra la puerta", dijo alguien.

Salí y me asomé por la caja para dar las gracias, y allí estaba él.

"Nico", dije, sorprendida.

"Mallory". Sonrió.

Sus ojos se posaron en la pizza y la cerveza. "Deja que te ayude a subir al coche".

Cogió las cajas de pizza con facilidad y me siguió hasta el coche. De repente me sentí cohibida por mi atuendo de saco de patatas. Claro que hoy no esperaba verlo. Abrí la puerta del coche, él la abrió y deslizó la pizza en el asiento delantero. Mientras lo hacía, intenté arreglar mi nido de ratas.

"Es mucha comida", dijo volviéndose hacia mí.

"Sí". Me reí. "A Iván le gusta comer, por lo visto".

"¿Iván?", enarcó una ceja.

¿Detecté un poco de celos?

"Oh, es mi amigo. Él y su hermano, Mads. Los conozco desde hace años".

"Quizá los conozca algún día". Se apoyó en mi coche despreocupadamente.

"Tal vez".

Era un pensamiento excitante, pero no quería adelantarme demasiado.

Mi teléfono sonó. Probablemente era Iván otra vez. Estaba hambriento.

"En realidad se me hace un poco tarde".

Nico asintió. Miró a su alrededor un segundo antes de inclinarse y darme un beso rápido en la mejilla. "¿Nos vemos mañana?", preguntó.

"Mhmm". Me mordí la enorme sonrisa que amenazaba con dejar al descubierto las mariposas de mi estómago.

Se dirigió hacia la puerta de Ray's y la abrió de un tirón. Se volvió y me miró de arriba abajo.

"Por cierto, me gustan las sudaderas". Me guiñó un ojo antes de entrar.

Caminé hacia el lado del conductor y entré, dejando que la sonrisa se apoderara de mí.

Di tres patadas a la puerta del apartamento porque tenía las manos ocupadas. Mads abrió unos instantes después y me cogió las pizzas. Miró el paquete de cerveza que tenía en la otra mano.

"Buena idea, Mall. Hola, Iván. Ha traído cerveza".

"Más le vale por hacernos esperar".

Puse los ojos en blanco y entré. Iván estaba poniendo los platos en la encimera. Puse las cervezas en la nevera y cogí tres botellas. Utilicé el borde de la encimera para quitar las chapas y les di una a cada uno. Chocamos y bebimos sorbos generosos.

"Salud por tener por fin una noche de chicos", dijo Iván.

"Eres como un tío honorario", dijo Mads, dándome un codazo.

Me eché a reír.

Cada uno cogió un plato y se lo llenaron antes de dirigirse al salón. Abrí la caja de pizza y saqué una porción de pepperoni jalapeño. Le di un buen mordisco antes de ponerla en el plato. Qué rico. Ray's lo había vuelto a hacer. Cogí otro trozo y me dejé caer entre mis amigos en el sofá.

Los vi devorar sus porciones de pizza sin ningún tipo de modales. Iván soltó un gran eructo. Mads hizo lo mismo e intentó superarle.

"Qué asco", dije, haciendo una mueca exagerada.

"Como si no hubieras hecho cosas peores", dijo Mads.

"Cierto".

Todos nos reímos. Me sentó bien pasar tiempo con ellos, los tres. Hacía tiempo que no pasábamos una noche así. Iván trabajaba casi todas las noches, y las que tenía libres yo estaba en un partido o él estaba recuperando el sueño. Veía más a Mads que a su hermano mayor.

Sin embargo, eran dos de mis personas favoritas. Eran el tipo de amigos que querías para los momentos más altos y para los más bajos, porque podían con ambos. No les asustaba la mierda difícil que a veces te lanzaba la vida. Habían pasado por lo suficiente como para soportarlo todo.

A Mads le habían diagnosticado cáncer muy joven. Estuvo luchando contra él la mayor parte de su vida con Iván a su lado. Esa fue la razón por la que Iván se hizo enfermero. Quería ayudar a los demás. Sabía lo importante que era. También sabía que la sanidad se pagaba, y cuando las facturas del hospital de Mads se acumulaban, intervino para ayudar a sus padres, ahogados por las deudas.

Aun así, a veces no era suficiente. Iván hizo todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que Mads recibiera el mejor tratamiento. A veces eso significaba hacer algunas cosas sospechosas. Sabía que haría cualquier cosa para asegurarse de que Mads estuviera sano. No le culpaba. No le juzgué. Lo entendía. Lo eran todo el uno para el otro.

Cuando Mads entró en remisión hace un año, por fin pudieron empezar a llevar una vida algo normal. Iván pudo pagar las facturas, legal e ilegalmente. Se fueron de casa de sus padres y se mudaron juntos a un apartamento. Me alegré mucho por los dos.

Terminamos nuestras cervezas y cogí tres más de la nevera.

"Vaya. No sabía que la fiesta de Mall iba a ser esta noche", se burló Mads.

Sí que me apetecía celebrar la vida con mis dos amigos. Después de unas cuantas cervezas más, me sentía bien. También sentí que había perdido el control de mi boca por lo que solté.

"Besé al campocorto. Besé a Nico", dije de repente.

Mads casi se atraganta con su cerveza. Iván me miró con los ojos muy abiertos.

"Tres veces", añadí. Levanté tres dedos.

"¡Mallory!", dijo Mads en voz alta.

Me cubrí la cara con las manos. "Lo sé", gemí.

"¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?", preguntó Iván.

"La primera vez fue hace como dos semanas. Y luego otra vez... y otra vez hace unos días. No sé. Simplemente ocurrió. Bueno, en realidad no. Un día me acorraló en el almacén del equipo...".

“¿Qué?”. preguntó Iván, con un destello de preocupación en los ojos.

"No fue así. Me trajo tarta. Y luego me besó. Yo lo quería".

Iván parecía aliviado.

"¿Te trajo tarta?", preguntó Mads, confuso.

"Sí. Fue raro, pero también bonito. Luego lo vi con otra chica en San Diego, y me puse totalmente celosa".

"En realidad no lo estás pintando como un buen tipo". Iván se frotó la nuca y me miró escéptico.

Me di cuenta de que estaba vomitando palabras y nada me salía bien.

"No ha pasado nada. Lo hemos hablado".

Iván y Mads intercambiaron una mirada.

"Creo que podría gustarme, chicos".

"Bueno, si nos consigue abonos de temporada", bromeó Mads.

Iván le dio un codazo en las costillas.

"¿Estás segura de esto, Mallory?", preguntó Iván.

"No estoy seguro de nada, la verdad, pero al menos quiero ver a dónde nos lleva".

"Tal vez debería hablar con él", dijo Iván.

Siempre estaba interviniendo para hacer de hermano mayor.

"Eh, no. Por favor, no lo hagas". Me reí mientras negaba con la cabeza.

Podía ser tan protector.

"Puedo cuidarme sola. Ya lo sabes", le tranquilicé.

Sé que probablemente no hice que Nico sonara como el príncipe azul para ellos, pero sentí que lo conocía. Al menos me gustaba lo que veía hasta ese momento. Además, como que me gustaba que me agarrara y me besara. Era agradable estar con alguien que tenía tanto control y confianza.

"Bueno, queremos que seas feliz, obviamente", dijo Mads. "Diviértete, pero mantén la guardia alta también".

"Por supuesto", dije. "No es que nos vayamos a casar. Sé cómo son los deportistas. Sé en lo que me estoy metiendo".

"De acuerdo...", dijo Iván vacilante.

"Deja de preocuparte". Le di un codazo.

"Sabes que estás hablando con Iván, ¿verdad?", bromeó Mads.

Sonreí con complicidad.

Le di el último sorbo a mi cerveza y miré la hora. Era tarde. Normalmente, me quedaba aquí en el sofá, pero tenía que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana.

"Tengo que irme", dije con pesar.

"Te pediré un Uber", dijo Iván.

"Podemos dejarte el coche mañana".

"De acuerdo".

De todas formas no necesitaba mi coche. Ya tenía un Uber programado para llevarme al aeropuerto.

Me levanté del sofá y les di un abrazo a los dos. "Gracias por esta noche, chicos".

"Siempre", dijo Mads.

"Manténnos informados sobre tu nuevo novio", dijo Iván con una sonrisa burlona.

Puse los ojos en blanco y abrí la puerta. "Os mandaré un mensaje", les tranquilicé.

Capítulo 17

Nico

Repartí los últimos trozos de pizza entre Kenny, Cleo y yo. En el botellero encontré una botella de cabernet y la descorché con el abridor. Ya llevábamos una botella, pero hacía tan buen tiempo que pensé que nos vendría bien una más. Me metí la botella con cuidado bajo el brazo y equilibré los platos de pizza en la mano contraria mientras la sacaba al balcón donde estaban sentados.

“¿Alguien quiere más?”.

Cleo levantó la mano y extendió su copa de vino. Le llené la copa y le serví un plato de pizza. Hice lo mismo con Kenny antes de sentarme. Comimos y bebimos en silencio durante un minuto antes de que Kenny me mirara con curiosidad.

“¿Qué?”, pregunté a media voz.

"¿Cómo fue?", preguntó.

"¿El qué?", intervino Cleo.

"Nico se encontró con su enamorada en casa de Ray".

Cleo aplaudió emocionada.

No pude evitar reírme. Le había mandado un mensaje a Kenny después de encontrarme con Mallory en la pizzeria. Fue una sorpresa inesperada verla asomarse detrás de todas esas cajas de pizza. Estaba monísima, con el pelo recogido y una sudadera gris holgada. Genial sin esfuerzo.

"Estuvo bien. Iba con prisas, así que no hablamos mucho", dije.

"¿Alguna novedad entre vosotros?", preguntó Cleo, antes de tomar un sorbo de vino.

"Nos besamos otra vez".

Chilló Cleo.

"Nena, cálmate", dijo Kenny, poniendo los ojos en blanco juguetonamente.

No era la forma de hablar de los hombres a la que estaba acostumbrada, pero supuse que podría utilizarla a mi favor teniendo la perspectiva de una mujer.

"Sí, también tengo su número".

"¿Y bien?", preguntó.

Kenny me miró. "¿De qué habláis?".

"Um, bueno. Todavía no le he mandado ningún mensaje", admití.

"¿Qué? ¿Por qué no?".

Me encogí de hombros. "No sé. No quería parecer demasiado ansioso".

"Kenny, sé que estás acostumbrado a jugar, pero si realmente te gusta esta chica, todo eso lo vas a tirar por la ventana".

Pensé un momento en lo que había dicho Cleo. Quería que las cosas fueran diferentes. Quizá tenía razón. De todos modos, todas las tácticas normales de hacer esperar a una chica o hacerse el difícil eran una mierda. Todo había sido una excusa para no ir nunca en serio porque nunca nadie me había interesado seriamente. Con Mallory, era diferente.

"¿De qué otra forma se supone que vas a conocerla?". Cleo continuó.

"Tienen una cita después de que volvamos", dijo Kenny.

"Bueno, mientras tanto deja de ser un hombre-niño y envíale un mensaje de texto", dijo Cleo.

"Brindo por eso". Kenny levantó la copa.

Cuando me fui a la cama esa noche, busqué el nombre de Mallory en mis contactos. Pensé enviar

un mensaje de texto durante varios minutos, pero decidí no hacerlo. No quería robarle tiempo cuando estaba con sus amigos. Cuando me dijo que iba a salir con dos chicos esta noche, me pilló un poco desprevenido. Sentí una pizca de celos, pero luego me explicó quiénes eran. Sentí curiosidad por ellos, pero pensé que teníamos todo el tiempo del mundo para conocernos y conocer a las personas de nuestras vidas.

Dejé el móvil en la mesilla y me di la vuelta, tapándome con las sábanas. La vería por la mañana. Me emocionaba sólo de pensarlo.

A la mañana siguiente, en el aeropuerto, hice cola en Starbucks para tomar el café que tanto necesitaba. Nuestros días de viaje siempre empezaban muy temprano, sobre todo cuando nos dirigíamos a la costa oeste. Tocábamos en Colorado y luego pasábamos a Arizona.

"¿Puedo ayudarle?", me preguntó el camarero cuando fui el siguiente en la cola.

"¿Me trae dos cafés con leche grandes y calientes?".

"Claro. ¿Nombre?".

“Nico”.

Pagué y esperé mi bebida junto al mostrador. Miré hacia la puerta de embarque, donde estaba la mayoría del equipo. Vi a Mallory rodando su maleta antes de tomar asiento junto a Alan. Llevaba el pelo recogido en su trenza habitual y llevaba unos leggings negros y una camiseta del equipo. Me gustaba verla sin uniforme. Era como un pequeño vistazo a su vida fuera del trabajo.

"Nico. Tus cafés con leche". Un camarero me acercó los cafés al mostrador.

"Gracias", respondí, tomando las bebidas calientes en mis manos.

Me reuní con Kenny en la puerta y le entregué el suyo antes de sentarme a su lado.

"Gracias, tío", me dijo.

"Estás hecho una mierda", comenté.

"Después de que Cleo y yo volviéramos a casa, abrimos otra botella de vino y nos quedamos despiertos... hasta tarde". Me miró enarcando las cejas.

Negué con la cabeza y bebí un sorbo de café. Miré a través de las filas de asientos y vi a Mallory leyendo un libro. Intenté descifrar el nombre del libro, pero no pude. Tenía la mano tapando el

título. Debió de sentir mis ojos clavados en ella porque levantó la vista en ese momento. Me vio y sonrió.

"Hola", me dijo.

La saludé con la mano. Esto ya era diferente a nuestros últimos partidos fuera de casa.

Alan le hizo una pregunta y ella interrumpió nuestra mirada para hablar con él.

Pronto nos indicaron que subiéramos al avión. Me colgué la bolsa de mano al hombro y seguí a todos por la rampa hacia el avión, como ganado.

Una vez en el avión, no pasó mucho tiempo antes de que empezara a moverse por la pista, se despegara del pavimento y ascendiera hacia las nubes. Nos esperaban cinco horas de vuelo. Conecté mi teléfono a la red Wi-Fi y volví a mirarla brevemente. Se estaba poniendo los auriculares. Me pregunté qué tipo de música escucharía. Me di la vuelta y tamborileé con los dedos en la pantalla del móvil.

"Hazlo de una vez", dijo Kenny con un deje de fastidio en la voz.

“¿Qué?”.

Lo miré, tenía la cabeza apoyada en el asiento y una máscara en los ojos para bloquear la luz de la mañana. Tenía un aspecto ridículo.

"Mándale un mensaje. No estamos en secundaria".

"¿Cómo...?".

No podía ver nada.

"Puedo sentir tu ansiedad".

"Pfft".

Pronto estaba roncando suavemente a mi lado.

Desbloqueé mi teléfono y me desplacé hasta el nombre de Mallory. Abrí el cuadro de texto y escribí algo sencillo: *Hola.*

Entonces me di cuenta de que no tenía mi número. Sólo tenía el suyo cuando ella lo escribió en mi teléfono.

Yo: *Soy Nico.*

Mallory: *Hola* ☺

Yo: *¿Qué estás haciendo?*

Mallory: *Voy a volar a Colorado. ¿Y tú?*

Yo: *¿En serio? Qué extraño. Yo también.*

Mallory: *Jaja.*

Yo: *¿Quieres jugar a un juego?*

Mallory: *Claro. ¿Qué tienes pensado?*

Yo: *Veinte preguntas.*

Mallory: *Bien. Tú primero.*

Yo: *¿De dónde eres?*

Mallory: *Boston. Nací y crecí allí. Mis padres aún viven en la casa de mi infancia. ¿Y tú?*

Yo*: Lo mismo.*

Mallory: *¿Cuál es tu comida favorita?*

Yo: *Pizza. ¿La tuya?*

Mallory: *Sushi.*

Yo: *¿Lugar favorito al que has viajado?*

Mallory: *Italia. ¿Y tú?*

Yo: *Hawai.*

Nos pasamos el resto del vuelo enviándonos preguntas o vídeos divertidos. Tenía mucho sentido del humor. Cada meme o vídeo viral que me enviaba me hacía estallar en carcajadas, para enfado de Kenny. No paraba de darme codazos en las costillas para que me callara. Estaba aprendiendo mucho sobre ella. Me alegré de haber seguido el consejo de Cleo.

Cuando aterrizamos en Colorado, me dirigí a la recogida de equipajes como todo el mundo. Todos cargaron sus maletas en carritos y las llevaron hasta la acera, donde nos esperaban las lanzaderas. Esta vez, me propuse estar en la misma lanzadera que Mallory. Podría haber empujado a Chad fuera del camino para que esto suceda.

Me coloqué en la fila contigua a la suya, haciendo que Kenny ocupara el asiento de la ventanilla para poder estar junto a ella en el pasillo. Alan estaba sentado a su lado, así que no podíamos seguir con nuestras preguntas para conocernos. Aun así, me sentí bien estando tan cerca.

"Hola, Mallory", dije casualmente.

“Nico”. Ella asintió, conteniendo una sonrisa.

“¿Qué tal el vuelo?”.

"Bien. ¿Y tú?", preguntó.

"Muy bien".

Resultaba gracioso hacer preguntas tan superficiales cuando habíamos pasado todo el vuelo hablando de cualquier cosa. Hubo algunas preguntas que pasamos por alto. Cuando me preguntó por mi adolescencia, fui breve y le conté la parte feliz de la historia. No estaba preparado para hablar de mis padres y de su muerte, y menos por SMS. Y me di cuenta de que no quería hablar mucho de la universidad. Me pregunté cuál sería la historia, pero no la presioné.

Cuando llegamos al hotel, nos registramos todos y Kenny y yo nos dirigimos a nuestra habitación. Siempre era mi compañero de habitación. En realidad, sólo tuvimos tiempo de dejar el equipaje y ponernos algo más bonito para una rueda de prensa en uno de los salones de baile. Pero así fue. Los partidos fuera de casa y todo lo que conlleva nos mantienen ocupados.

Abajo, en la rueda de prensa, el entrenador respondió a preguntas sobre el partido de mañana contra Colorado. Eran un equipo joven. Recién llegados a las grandes ligas y ansiosos por demostrar su valía. Sabía que, en el fondo, todos estábamos un poco ansiosos por el partido.

Esa noche cenamos temprano en un comedor privado del restaurante del hotel con todo el equipo

y el personal, incluido Jonas. Kenny y yo llegamos pronto y pedimos bebidas en el bar. Pronto empezó a llegar el resto del equipo. Fue entonces cuando vi a Mallory bajando las escaleras del vestíbulo.

Llevaba un vestido azul claro de tirantes que le caía justo por encima de las rodillas y sandalias que le rodeaban los tobillos. Su pelo no estaba en su trenza habitual. Le caía en ondas por la espalda. Me sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago de la mejor manera posible.

Me vio en la barra y me dedicó una pequeña sonrisa antes de dirigirse al comedor privado. Inmediatamente cogí el móvil y le envié un mensaje: *Wow.*

Mallory: *Wow ¿qué?*

Yo: *Tú. Vaya.*

Me asomé por la puerta del comedor y la vi mordiéndose el labio inferior mientras leía el mensaje en su teléfono. La había hecho sonrojar.

Me pasé la primera mitad de la cena intentando por todos los medios no mirarla desde el otro lado de la mesa. Era prácticamente imposible. De cerca, era aún mejor. El azul de su vestido resaltaba el bronceado de su piel. Las ondas de su pelo eran suaves y del color de la noche cuando no hay luna en el cielo. Sus ojos eran de jade esta noche y se movieron por la sala escuchando a todo el mundo hablar del partido antes de posarse en mí.

Fue sólo un segundo, pero me hizo desearla. Era una tortura no poder acercarme y besarla. Así que hice lo único que podía hacer. Le envié un mensaje.

Yo: *¿Lugar favorito en Boston?*

Vi cómo cogía el teléfono que tenía sobre la mesa. Sonrió.

Mallory: *El Common Frog Pond. En los inviernos. Solía patinar allí con mi padre cuando era pequeña. ¿Y tú?*

Yo: *El parque de bolas.*

Mallory: *Imagínate.*

Yo: *Jaja.*

Seguimos haciéndonos preguntas por debajo de la mesa. En cierto modo, parecía que estábamos en una primera cita. Estábamos sentados al otro lado de la mesa en una agradable cena conociéndonos. Estilo texto.

De repente oí: "Tierra a Nico".

Levanté la vista y vi al entrenador mirándome expectante. Mallory me miró nerviosa.

"Lo siento, ¿qué?". Pregunté.

"La rueda de prensa de mañana. Te quiero en la mesa conmigo".

"Oh, sí. Claro, entrenador".

Oí a mis compañeros reírse. Llevaban todo el día echándome la bronca por tener la nariz metida en el teléfono. Pero no me importaba. Ella lo valía.

Capítulo 18

MALLORY

Podía sentir mi cara ardiendo mientras fingía ser ajena al entrenador y sus compañeros de equipo llamándolo en la mesa de la cena. Rápidamente bloqueé mi teléfono y lo deslicé de nuevo en mi bolso. De todos modos, nadie sabía a quién estaba enviando mensajes, pero aun así parecía que estaban a punto de pillarnos. Me sentí aliviada cuando todos volvieron a hablar del partido de mañana.

Bebí un sorbo de agua y miré a Nico, que me guiñó un ojo antes de seguir hablando con Kenny. Puse los ojos en blanco y seguí cenando, pero seguía sintiendo sus ojos clavados en mí. Me gustaba. Lo deseaba. No era como si me hubiera puesto este vestido por nada. Incluso Alan se sorprendió cuando me vio en el vestíbulo.

"Creo que nunca te había visto sin uniforme o sin chándal", se rió.

Yo me limité a sonreír mientras nos dirigíamos a cenar. Alan se había convertido en una especie de segundo padre para mí. Llevaba años en el equipo y conocía todos los entresijos del trabajo, además de datos curiosos sobre los jugadores que habían pasado por allí. Me había tomado muy en serio. Todavía no me podía creer que Nico y yo nos hubiéramos besado en su despacho. Era como volver al instituto.

Después de la cena, el entrenador dio a todos las mismas órdenes:

Nada de alcohol. A pesar de que la mayoría del equipo estaba en su segunda copa en la cena.

No salir después del toque de queda.

Nada de mujeres.

Entonces todos empezaron a irse a sus habitaciones. Vi a algunos compañeros escabullirse por la puerta principal cuando el entrenador ya se había ido a dormir. Sacudí la cabeza. Supuse que eso

era lo que hacían.

Me detuve y me puse en la corta cola de la recepción para pedir que me despertaran temprano por la mañana. También quería preguntar dónde estaba el gimnasio para la mañana siguiente. Después del largo vuelo, necesitaba mover un poco la cadera. La sentía rígida. Pensé que podría hacer un poco de ejercicio antes de reunirme con todos para desayunar antes del partido de mañana.

Cuando terminé de hablar con el conserje, me dirigí a los ascensores. Pulsé el botón de subida y esperé unos instantes. Oí el tintineo familiar y las puertas se abrieron. Entré y pulsé el número de mi planta. Al hacerlo, oí que alguien entraba en el ascensor. Levanté la vista y vi a Nico.

"¿Puedo subir contigo?", me preguntó.

"Mhmm".

Se acercó y pulsó el botón de la última planta.

Qué raro, pensé. Hubiera jurado que estábamos en la misma planta. Le miré interrogante mientras se cerraban las puertas del ascensor.

"Nos da más tiempo".

Se inclinó hacia mí y apoyó la frente en la mía mientras me acariciaba el pelo. Sentí que el corazón se me aceleraba.

"Llevo toda la noche deseando hacer esto", susurró.

“Yo también”.

Cerré los ojos y sus labios estaban sobre los míos, reclamándolos. Abrí la boca con impaciencia y al instante me encontré con su sabor familiar. Dejé escapar un pequeño gemido mientras su lengua exploraba. Mis manos subieron por su espalda como lianas y tiraron de él hacia mí hasta que quedamos pegados a la pared del ascensor.

Sentí que el ascensor se detenía. Nos separamos. Era nuestra planta. No había nadie. Mi corazón se aceleraba aún más ante la idea de que me atraparan, pero eso lo hacía aún más estimulante. Vimos cómo se cerraban las puertas y su cuerpo volvió a quedar pegado al mío. Subimos a la planta superior con nuestros cuerpos entrelazados y nuestras bocas hambrientas de más.

Al bajar, se apartó de mala gana. Colocó sus manos a ambos lados de mí, en la pared del

ascensor. Vi cómo su respiración subía y bajaba con fuerza en su pecho. Busqué sus ojos fijos en los míos. Casi parecían doloridos.

"¿Qué me estás haciendo?", susurró.

Me mordí el labio inferior mientras me preguntaba lo mismo de él.

El ascensor se detuvo y se abrió en nuestra planta. Me arregle rápidamente el pelo y me alise el vestido mientras Nico salía primero. Le seguí.

"Buenas noches", le dije despreocupadamente, buscando la llave de mi habitación.

"Tú también", dijo mientras caminaba en dirección opuesta a mi habitación.

Una parte de mí quería detenerlo. Invitarle a entrar. Pero era demasiado arriesgado. Había demasiados ojos y oídos en esta planta. Además, me intimidaba demasiado lo que podría pasar si lo hacía. La idea de sus manos sobre mí, explorando un terreno que había estado intacto durante años. Podría caer completamente en el olvido. En lugar de eso, me fui a la cama pensando en lo que acababa de ocurrir en el recinto cerrado del ascensor del hotel.

Después del entrenamiento de la mañana siguiente, el resto del día fue un torbellino. El desayuno fue más bien para llevar antes de subir al autobús que me llevaría al estadio. Al entrenador siempre le gustaba llegar antes de lo necesario para conocer el terreno y dejar que los chicos caminaran por el campo. Me di cuenta por el silencio en el autobús que los chicos estaban pensando en el partido que les esperaba.

"¿Qué les pasa a todos?", le pregunté a Alan, que estaba sentado a mi lado repasando las condiciones y mejoras de los jugadores.

"El equipo contra el que jugamos hoy tuvo una reestructuración completa. Es prácticamente un equipo de novatos".

“Eso es bueno, ¿no?”, preguntándome cuál era el problema.

"Lo que quizás les falta de inexperiencia lo compensan con su juventud, fuerza y rapidez. Hoy quieren demostrar su valía".

Asentí y miré a Nico, que tenía los auriculares puestos y los ojos cerrados. Estaba en modo de juego, y me pareció increíblemente sexy. También me resultaba familiar. Recuerdo los viajes a los partidos y los rituales sagrados de cada uno para prepararse mentalmente. El mío también se relajaba con música. Me preguntaba qué estaría escuchando.

El partido fue brutal. Alan tenía razón sobre el empuje del joven equipo. Su afán por ganar y demostrar su valía en esta división era evidente en el campo. Era difícil ver cómo nuestros chicos intentaban mantener el ritmo. Lucharon duro, pero al final perdieron en la novena entrada. Fue duro ver la derrota en las caras de todos. Fue aún más duro ver la rueda de prensa desde mi habitación de hotel. Al pobre Nico le bombardearon a preguntas sobre el partido.

Quise enviarle un mensaje de texto, pero lo pensé mejor. Conocía la sensación de perder. A veces había que revolcarse en ella.

Esa noche no hubo cena. Todos optaron por acostarse temprano y pedir al servicio de habitaciones. A la mañana siguiente, debíamos embarcar en un vuelo a Arizona para el siguiente partido, que yo esperaba más que nada que ganaran.

Al día siguiente, todos parecían estar de mejor humor, incluido Nico. Me alegré cuando me envió un mensaje de texto en el avión. Fue un vuelo rápido, y pasamos todo el tiempo enviándonos memes y haciéndonos preguntas. Como ya habíamos repasado muchas cosas básicas para conocernos, empezamos a hacer preguntas ridículas.

Mi teléfono volvió a sonar y solté una risita al leer el texto en la pantalla.

"¿Crees que puedes poner el móvil en silencio?", preguntó Alan, mirándome.

"Oh, rayos. Sí. Perdona, claro".

Sonrió con complicidad. "No pasa nada. ¿Quién es el afortunado?".

"Oh, es sólo mi amigo de casa", mentí.

Asintió y volvió a mirar por la ventana. Uf. Estuvo cerca. Rápidamente puse el teléfono en modo silencio. Sin embargo, me costó contener la risa.

Cuando aterrizamos en Arizona, nos llevaron al hotel, donde todos nos registramos y dejamos las maletas antes de ir al estadio a pasar el resto del día. No tuve tiempo de escribirle a Nico. Los dos estábamos ocupados. Estos partidos fuera de casa siempre son un torbellino, pero me encanta el caos. También me encantaba poder verle.

Aquella noche animé con fuerza desde las gradas. Intenté que mis octavas fueran iguales para cada jugador, pero ver a Nico con el uniforme me hizo algo. Acabaron ganando el partido. Ni siquiera fue una victoria, sino una masacre. Era justo lo que el equipo necesitaba para levantar la moral.

El vuelo de vuelta a casa de la mañana siguiente, todo el mundo estaba de buen humor en el

avión. Le envié algunos mensajes a Nico, pero me dediqué sobre todo a ver películas durante el vuelo. No quería levantar sospechas de Alan. Sería muy fácil para él echar un vistazo y ver que era a Nico a quien estaba enviando mensajes y no a un amigo de casa.

"Realmente estás sobresaliendo en estas prácticas, Mallory", dijo Alan, volviéndose hacia mí mientras me desplazaba por la lista de películas.

“¿En serio?”, pregunté mirándole.

"Veo un verdadero futuro para ti aquí. No sólo sabes lo que haces, sino que además encajas perfectamente en el equipo. No siempre es fácil ser la única mujer con un grupo de hombres-niños".

Me reí en voz alta. "Lo disfruto mucho, Alan. Has sido un gran profesor".

Me recosté en el asiento y sonreí para mis adentros. Había olvidado lo bien que me sentaban los elogios. Puede que no viniera de un entrenador, pero de mi jefe era igual de bueno.

En el aeropuerto, todos se despidieron como si no fueran a verse al día siguiente. Saludé a Nico con la mano antes de llevar mi maleta a la acera para encontrarme con mi Uber. Mientras atravesábamos la ciudad, miré los altos edificios y las aceras concurridas. Por muy divertido que fuera viajar, no había lugar como el hogar.

De vuelta a mi apartamento, el cansancio se apoderó de mí. Empujé la maleta hasta un rincón de mi dormitorio. Empezaría a deshacer las maletas y a lavar la ropa más tarde. Por mucho que quisiera tirarme boca abajo en la cama y echarme una siesta, sabía que tenía que ducharme. Necesitaba quitarme de encima el viaje en avión y el aeropuerto.

Bostece, entre en el cuarto de baño y me quite la ropa. Abrí el grifo y esperé impaciente a que se calentara. En cuanto vi que salía vapor por encima de la cortina, entré y sentí el agua caliente en la piel.

Mientras respiraba el vapor y el agua goteaba por mi cuello y por mi cuerpo, mis pensamientos se volvieron hacia Nico. El ascensor. El beso. Sus manos parecían reclamarme. Aunque sólo habían estado enredadas en mi pelo, las imaginaba en otra parte.

Cerré los ojos mientras deslizaba las manos hacia arriba y pasaba ligeramente las yemas de los dedos por los pechos. Sentí cómo se me hinchaban los pezones al rodearlos. Mi mano se deslizó fácilmente por mi vientre hasta que mis dedos se encontraron con mi critoris.

Imaginé su cuerpo apretado contra el mío en los confines cerrados del ascensor, su mano explorando por debajo del azul de mi vestido. Lo imaginé frotándose contra mis bragas, que se

humedecían de deseo.

Al pensar en su aliento cerca de mi cuello y sus brazos abrazándome, empecé a mover lentamente los dedos en movimientos circulares. Mis labios se separaron ligeramente por el placer y dejé que el agua goteara en mi boca. Imaginé su boca sobre la mía, la humedad de su lengua. Empecé a moverme más deprisa, arremolinándome contra mi clítoris. Gemí al sentir cómo me palpitaban las entrañas antes de llegar a un final explosivo.

Capítulo 19

Nico

"Entonces, ¿cómo fue?". Mae le preguntó a Jonas, mientras se alejaba con cuidado de la acera del aeropuerto.

Nos había recogido a Jonas y a mí en el aeropuerto después de nuestro largo vuelo desde Phoenix. Después de sufrir otra vergonzosa sesión de besos entre los dos, nuestro equipaje estaba por fin en el maletero y nosotros en el coche rumbo a la ciudad.

"Estuvo bien. Aunque te he echado de menos".

Mae le cogió la mano y se la apretó. "Yo también te eché de menos. Ella también".

"Es bueno estar en casa".

"¿Y tú?", preguntó Mae, mirándome por el retrovisor.

"Fue un viaje corto y agradable. Aparte del partido contra Colorado, fue divertido", respondí.

"Fue un partido duro de ver", dijo Mae con un solemne movimiento de cabeza.

"Les ganaremos la próxima vez", dije, aunque no estaba convencido. El orgullo del equipo también había sufrido una derrota aquel día.

"Bueno, los dos lo hicisteis muy bien en las ruedas de prensa", comentó.

"Nunca dejes que te vean sudar", dijo definitivamente Jonas.

"Así es, nena".

Los ojos de Mae volvieron a verme por el retrovisor. Esta vez eran más curiosos.

"Entonces, ¿pasó algo con esa chica?", preguntó.

"Mallory. Y... no. Demasiado ocupada. Ya sabes cómo son los partidos fuera de casa", mentí.

Recordé nuestro beso en el ascensor. Su pelo en mis manos, el aroma de su champú de coco contra mi cara. Si no hubiéramos estado en un ascensor, me preguntaba si las cosas habrían ido más lejos. Lo más difícil fue alejarme de ella cuando lo único que quería era invitarla a mi habitación. A mi cama. Había sido el mejor beso de mi vida, sólo seguido por los otros que habíamos compartido en las últimas semanas.

"Qué lástima", dijo Mae.

"Seguro que estabas mucho con el móvil". Jonas se volvió hacia mí con una sonrisa cómplice.

"Ah, sí. Estaba mirando las redes sociales. Ya sabes...".

"Claro. Me pregunto si Mallory también estaba en Instagram", dijo sarcásticamente antes de darse la vuelta en su asiento.

Mae miró entre los dos interrogantes."¿Qué es lo que no me estáis contando?", se quejó.

"Nada, hermanita". me reí.

Mae resopló en el asiento delantero antes de cambiar de tema.

Me resultaba extraño no compartir lo que realmente estaba pasando. Normalmente se lo contaba todo a mi hermana. No quería compartir la verdad. Al menos no delante de Jonas. Confiaba en él, pero quería respetar a Mallory.

Tampoco sabía realmente lo que éramos todavía. No quería gafar nada.

"Bueno, de todos modos. Ella está tan cerca de caminar", dijo Mae.

"¿Qué? ¿Me he perdido sus primeros pasos?", preguntó Jonas asustado.

"No, no. Creo que los está guardando para ti", le tranquilizó.

"Esa es mi niña".

Sonreí en el asiento trasero. Todavía no me podía creer que mi hermana hubiera tenido un bebé y estuviera casada. Me alegré por ella.

"Vendrás a verla pronto, ¿verdad, Nico?", preguntó Mae al entrar en el aparcamiento de mi edificio.

"Sí, claro. Iré a cenar esta semana".

Cuando aparcó delante, salí y cogí las maletas del maletero. Se acercó a la parte de atrás y me dio un fuerte abrazo. Jonas me dio su abrazo habitual con una palmada en la espalda.

"Gracias por traerme, hermanita".

Me dirigí al vestíbulo de mi edificio de apartamentos, saludando al portero mientras me dirigía hacia los ascensores. Mientras subía, me pregunté si volvería a ver los ascensores de la misma manera. Habíamos sido bastante imprudentes. Podrían habernos pillado fácilmente. Mirando hacia atrás, probablemente fue una idea estúpida, pero también probablemente fue mi mejor idea hasta el momento.

Una vez dentro de mi apartamento, pronto sentí que la soledad me invadía. Hacía al menos un año que vivía solo. Antes había vivido con mi hermana en casa de nuestros padres. Seguro que a algunos les parecía extraño que dos hermanos de veintitantos años siguieran viviendo juntos, pero estábamos unidos por el trauma de la muerte de nuestros padres. No mucha gente ha experimentado lo que eso puede hacerte.

Cuando mi hermana y yo decidimos vender la casa de nuestros padres, me fui a vivir con uno de mis compañeros durante un tiempo antes de tener mi propia casa.

Al principio, me encantaba tener mi propia casa. Podía ir y venir a mi antojo. Hasta hace poco no había notado un persistente sentimiento de soledad. No tenía a nadie serio a quien llamar y con quien hablar en mis ratos libres o a quien invitar a pasar la noche. Por suerte, tenía grandes amigos como Kenny, pero eso no llenaba el vacío. Tampoco ayudaba que mi apartamento fuera el ático y pudiera albergar a dos familias.

Eché un vistazo al silencioso apartamento y decidí distraerme. Empecé a deshacer las maletas. Yo soy una de esas personas que no puede relajarse después de un viaje hasta que mi maleta está vacía. Llevé mi equipaje al lavadero. Separé la ropa clara de la oscura y metí una carga en la lavadora. Organicé mi neceser para los próximos partidos fuera de casa y coloqué la maleta en la estantería de mi armario.

Después de deshacer las maletas y sentirme más cómodo, me dirigí al baño para darme una larga ducha caliente. Cuando terminé, salí y me invadió una oleada de cansancio. Había olvidado lo agotadores que pueden ser los partidos fuera de casa y los días de viaje. Me sequé y me puse mis

pantalones cortos de gimnasia favoritos.

Me metí en mi cama, que parecía una nube comparada con las camas de hotel. Nunca había dormido tan bien al terminar un viaje. Después de tantos años, todavía me costaba dormir o ponerme cómodo. Nada comparado con estar en casa, en mi propia habitación. Busqué el mando a distancia en la mesilla de noche. Apreté el botón y vi cómo las persianas automáticas bajaban lentamente, bloqueando toda la luz. Era elegante, pero no me importaba.

Me dormí una larga siesta sin molestarme en poner el despertador.

Dos horas más tarde, me desperté grogui y miré la hora en el móvil. Eran las cinco de la tarde. Me incorporé y me estiré. Esperaba no quedarme sin dormir esa noche. Pero bueno. Necesitaba descansar.

Mi estómago gruñó con fuerza. Me di cuenta de que no había comido nada desde el desayuno de esta mañana en el hotel. Me levanté de la cama y me dirigí a la cocina, donde rebusqué en la nevera, pero no había gran cosa. Miré la pila de menús de comida para llevar que tenía en la encimera y decidí pedir comida china para que me la trajeran.

Treinta minutos después, estaba en el sofá comiendo carne mongola y arroz frito. Encendí la televisión en ESPN para ver lo más destacado del partido. Colorado había demolido a otro equipo. Había muchas posibilidades de que fueran a los campeonatos. Eso pensaba yo, y también los locutores deportivos. No quería oír hablar de ello. Cambié el canal a una vieja película de acción que ya había visto.

Aburrido, cogí el móvil y me puse a mirar las redes sociales. Entonces abrí mi hilo de texto con Mallory y me desplacé. Sonreí a mi teléfono. Era divertida. Tenía un ingenio agudo que me mantenía alerta. Eso me gustaba de ella.

Quería enviarle un mensaje. Después de pasar varios días hablando constantemente a través de nuestros teléfonos, se me hacía raro no hacerlo. La echaba de menos. Mi pulgar se detuvo en el teclado por un momento, pero cerré el teléfono y lo tiré en el sofá a mi lado. Suspiré, me recosté en el sofá y me pasé los dedos por el pelo mientras pensaba.

Por mucho que me gustara, sabía que nuestra situación era complicada. El hecho de que tuviéramos que enviarnos mensajes de texto en secreto o quedar en el ascensor del hotel para que no nos vieran no era precisamente el mejor comienzo para una relación. Si a eso nos dirigíamos. Una gran parte de mí lo deseaba.

Cuanto más la conocía, más me gustaba. No sólo era divertida, y obviamente hermosa, sino que era amable. Tuvo una buena infancia, estaba unida a su familia. Su carrera la impulsaba. Me di cuenta de lo mucho que amaba su trabajo, cada día. Me gustaba tanto que no quería arruinarlo.

Incluso si tuviera la bendición de Jonas, que parecía que tenía, sabía lo que parecería. Parecería que tenía privilegios especiales por ser el hermano de Mae. Sabía que Mallory tampoco querría eso. Quería que la conocieran por su trabajo, no como alguien que conseguía un empleo por salir con alguien.

Sin embargo, a pesar de todo eso, todo en mí estaba siendo atraído hacia ella.

Pensé en la cita que le había propuesto para después de que volviéramos de los partidos fuera de casa. Eso haría las cosas públicas. Alguien podría vernos salir o un aficionado podría sacarnos una foto y colgarla en las redes sociales para que todo el mundo la viera. Era un riesgo que no estaba seguro de que ninguno de los dos estuviera dispuesto a correr.

Anteriormente a mi no me habría importado. No habría tenido ningún problema en romper las reglas y salir con ella. Seguiría adelante, sin importarme las consecuencias. Pero yo había cambiado. Me importaba. Ella me importaba.

Tal vez sería mejor esperar hasta que terminaran sus prácticas de tres meses. Entonces conseguiría otras prácticas o un trabajo en otro sitio, y ya no sería un problema. Yo podía esperar tanto. Esperaba que ella también pudiera.

Entonces se me pasó una idea por la cabeza. ¿Y si la contrataban como personal fijo? Gruñí mientras tiraba los palillos sobre la mesita.

A la mierda.

Cogí el móvil y le envié un mensaje: *Hola.*

Mallory: *Hola.*

Yo: *¿Qué tal tu primera noche de vuelta?*

Mallory: *Bien. Me acabo de despertar de una siesta. Estaba colocada.*

Yo: *Jaja. Yo también.*

Observé cómo los tres puntos de la pantalla rebotaban mientras ella tecleaba. Pasaron varios minutos y luego dejaron de hacerlo. Quizá se había vuelto a dormir. Miré el teléfono con decepción antes de bloquear la pantalla y volver a tirarlo en el sofá.

Empecé a recoger la mesita y entonces oí que el teléfono volvía a sonar.

Mallory: *¿Cuándo te volveré a ver?*

Dejé caer el cartón vacío de comida china sobre la mesita y estudié su mensaje. Cinco palabras sencillas, pero las más atrevidas que había dicho nunca. Obviamente, lo más probable era que la viera mañana en el trabajo. Ella lo sabía. Yo también lo sabía. ¿Quería salir conmigo? Tantos pensamientos se agolpaban en mi cabeza mientras debatía conmigo mismo.

Yo: *¿Pronto?* Respuesta estúpida. Aún más estúpida con el signo de interrogación.

Esperé ansioso a que me contestara.

Mallory: *Ahora.*

Ni siquiera era una pregunta.

En ese momento, a petición de ella, mi mente estaba decidida. Al diablo las reglas. Rápidamente escribí una respuesta.

Yo: *¿Cuál es tu dirección?*

Todas las razones que me retenían se habían desvanecido rápidamente. En pocos minutos, me puse una camiseta y cogí las llaves de la encimera de la cocina. Rápidamente tecleé su dirección en la aplicación de mapas de mi teléfono. Podría estar allí en quince minutos. No me importaba si parecía demasiado ansioso.

Capítulo 20

MALLORY

En cuanto le di a enviar, contuve la respiración. También me pregunté qué demonios estaba haciendo.

En serio.

¿En serio? ¿Podría estar más desesperada?

Después de pensar en él en la ducha, tratando de mantener mis impulsos a raya, tuve un repentino impulso de energía después del día de viaje. Tampoco estaba del todo satisfecha. Necesitaba algo de verdad.

Cada duda que tenía. Cada preocupación. Todo lo que sabía que no debía hacer. Todo se fue por la borda. Había avivado un fuego dentro de mí y estaba ardiendo. No había forma de detenerlo.

No habían pasado ni treinta segundos cuando respondió preguntando por mi dirección.

Esto estaba pasando.

Me cago en la puta.

Tecleé mi dirección rápidamente y la envié antes de que pudiera cambiar de opinión.

Ya estaba hecho. Me miré en el espejo que estaba en la pared de mi habitación mientras me sentaba en la cama. Sacudí la cabeza, deseando poder culpar a la chica del espejo, en lugar de aceptar que éramos la misma persona. También me di cuenta de que parecía una rata ahogada aún envuelta en una toalla.

Me levanté rápidamente de la cama y abrí de golpe las puertas del armario. Mis manos se

movieron con rapidez, deslizando las perchas por la barra. No. No. No. Nada quedaba bonito sin esforzarse demasiado.

Apresuradamente, me acerqué a la cómoda y rebusqué en los cajones. Encontré unos pantalones cortos rosas con cordón y una sudadera a juego. Suficiente. Me puse unos pantalones cortos de chico. Era lo más "sexy" que tenía. Luego me puse el conjunto rosa a juego antes de mirarme al espejo. Mejor, pero no lo bastante.

Me pregunté cuánto tiempo me quedaba. Me di cuenta de que no sabía dónde vivía. Podía estar al final de la calle o al otro lado de la ciudad. Esperaba que fuera lo segundo.

Me dirigí rápidamente al baño y me eché agua en la cara, que sentía como si me ardiera por la ansiedad. Me pasé un cepillo por el pelo. Lo tenía húmedo y liso en la espalda. Levanté la mano y me la llevé a la boca. Exhalé y aspiré. No estaba mal, pero podría estar mejor. Me lavé los dientes y la lengua. Menos mal que me había rasurado en la ducha. Abrí los armarios y encontré una loción con aroma de vainilla. Me la froté por el cuerpo hasta que parecí un donut glaseado y luego me puse un poco de Chapstick.

Por fin había terminado de arreglarme. En serio, tanto estrés y prisas sólo para parecer que no me había esforzado. Así era yo, Mallory en casa una noche cualquiera. Al menos, eso era lo que quería que pensara. Me miré en el espejo del baño, asentí con confianza y salí del baño.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había terminado, pero mi apartamento no. Volví a comprobar nuestros mensajes. Hacía apenas siete minutos que había enviado mi dirección. Puede que aún tuviera tiempo.

Corrí a mi dormitorio, recogí la ropa que había tirado de la cómoda y la volví a meter descuidadamente en los cajones. Todo lo que estaba en el suelo lo metí en el armario, incluida la maleta que esperaba a ser deshecha. Hice la cama con la esperanza de que él estuviera en ella más tarde. Apagué todas las luces excepto la lámpara de la cómoda. Pensé que sería una buena luz de ambiente.

¿Cuándo fue la última vez que pensé en la iluminación ambiental?

Esto era ridículo. Yo era ridícula. Estaba tan nerviosa que pensé que iba a vomitar. No había tenido sexo en años. ¿Y si no era buena? Ese pensamiento me hizo arrepentirme de haber enviado ese mensaje. Ya era demasiado tarde.

Cerré los ojos y estiré los dedos, intentando centrarme. Sólo va a venir. No significa que vaya a pasar nada. Podríamos ver la tele, jugar a un juego de mesa o hablar. Mentiras. Todo mentiras que me decía a mí misma.

Miré la hora y me dirigí al salón a esperar. Mientras lo hacía, mullí algunos cojines del sofá y

ordené la bandeja y los libros de la mesita. Saqué el Scrabble y lo coloqué sobre la mesa. Por si acaso.

Empecé a dar vueltas y luego pensé en las bebidas.

Las bebidas ayudarían.

Fui a la cocina y abrí el armario de los licores. Saqué una botella de whisky, la puse sobre la encimera y cogí dos vasos. Los llené de hielo y serví una generosa ración de whisky, seguida de un chorrito de Coca-Cola. No era un barman, pero era suficiente. Antes de volver a guardar la botella en el armario, le di un trago. Quemaba, pero esperaba que me diera algo de valor. Demasiado para lavarme los dientes, pensé mientras volvía a colocar la botella en el estante.

En ese momento, oí un suave golpe en la puerta. Era él. Había llegado. El tío más bueno que había conocido nunca estaba a punto de estar en mi apartamento conmigo. Sola.

Me acerqué a la puerta y respiré hondo antes de abrirla. Nico estaba de pie en la puerta. Tenía el pelo revuelto, probablemente por la siesta que se había echado. Llevaba pantalones cortos de gimnasia, chanclas y una camiseta de tirantes raída. Estaba claro que había salido con prisas, pero nunca había visto nada mejor.

"Hola", le dije, apoyándome en el marco de la puerta, asimilándolo rápidamente.

"Hola", dijo él, mirándome de arriba abajo.

Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios perfectos.

“Entra”. Di un paso atrás y le dejé entrar.

Pasó junto a mí y entró en mi salón. Cerré la puerta y apoyé la espalda en ella mientras él miraba a su alrededor. Sus ojos se posaron en la caja de Scrabble que había sobre la mesa.

"¿Scrabble?", preguntó divertido.

"Sí, no sabía... um, quizás querías jugar".

Dio un paso hacia mí.

Tragué saliva.

"He preparado unas copas. Están por aquí", dije mientras empezaba a caminar hacia la cocina.

"No sabía lo que te gustaba. Creo que dijiste que te gustaba el whisky...".

Oh, Dios. Estaba parloteando.

Dio otro paso hacia mí, bloqueando la cocina.

"No quiero una copa", dijo.

Le miré nerviosa. Con un movimiento brusco, me levantó como si no pesara nada y rodeé su cintura con mis piernas.

Solté un gritito.

"¿Dónde está el dormitorio?", preguntó mirando a su alrededor.

"Al final del pasillo, a la derecha". Apenas pude pronunciar las palabras.

Me llevó por el pasillo y cruzó la puerta de mi habitación. Se sentó al borde de la cama y yo seguía a horcajadas sobre él. Nuestras caras estaban a escasos centímetros y podía sentir su respiración. Era tranquila y constante, como si no estuviera nervioso en absoluto. Sus ojos se posaron en mis labios y se inclinó hacia mí. Sus labios rozaron los míos, suaves al principio y luego más firmes, como si tuviera hambre de probarme. Sus dientes mordieron suavemente mi labio inferior y tiraron de él, haciéndome soltar un suspiro de placer. Aprovechó la oportunidad para explorar mi boca con la lengua. Su sabor familiar se sentía como un caramelo en mi lengua.

Nico me acercó más a él y pude notar cómo se ponía duro a través del fino material de sus pantalones de gimnasia. Me acomodé para sentirlo contra mí en el punto exacto. Eso fue suficiente para estremecerme. Sus fuertes manos se acercaron a mis caderas y me agarraron con fuerza. Rodeé su cuello con los brazos y me estabilicé mientras empezaba a moverme rítmicamente contra él. Dejó escapar un gemido que me llenó la boca y vibró hasta lo más profundo de mi ser. Podía sentir cómo se despertaba mi parte más dormida mientras se humedecían mis bragas.

Sus manos se dirigieron al dobladillo de mi sudadera y tiraron de ella hacia arriba, por encima de mi cabeza. Mis pechos desnudos se abrieron ante él y sus ojos se posaron en ellos. Me cogió el pelo largo con una mano, tiró de mi cabeza hacia atrás y acercó mis pechos a su boca. Me miró mientras se llevaba los pechos a la boca y su calor me envolvía. Sin dejar de mirarme, empezó a rodear mi pezón con la lengua. Joder, qué sexy era.

Pasó al otro pecho, besándome y provocándome. No pudiendo soportarlo más, me solté de su agarre de mi pelo. Se apartó de mala gana y yo le agarré la camiseta y se la saqué bruscamente por la cabeza. Mis manos se encontraron con su pecho desnudo y mis ojos devoraron su cuerpo

tonificado.

Nico me levantó las caderas y me puso boca arriba, de modo que quedó suspendido sobre mí. Me quitó los pantalones y los tiró a un lado. Tenía la cara a escasos centímetros de la mía, observándome atentamente mientras pasaba los dedos por el dobladillo de mi ropa interior antes de apartarla. Metió un dedo dentro de mí con facilidad. Dejé escapar un suspiro tembloroso cuando deslizó otro dedo en mi interior. Su pulgar se movió en círculos contra mí. Se movía con determinación mientras yo me estremecía bajo él.

Era un placer ajeno a mí y, de algún modo, quería más.

"Necesito probarte", susurré con voz áspera.

Esas cinco palabras desataron algo en su interior. Deslizó los dedos fuera de mí y agarró la cintura de los calzoncillos, tirando de ellos con rapidez. Me incorporé para ver cómo se levantaba de la cama y se bajaba los calzoncillos. Mis ojos se posaron en su pene, hambrienta de él.

Mis manos se encontraron con sus caderas y tiré de él hacia mí. Toqué su base con la lengua y subí lentamente hacia la punta. Vi cómo se le cerraban los ojos. Me hacía sentir bien tener ese poder sobre él. Seguí lamiendo y provocando antes de meterlo completamente en mi boca y cerrarla alrededor de la punta. Lentamente, centímetro a centímetro, lo introduje antes de encontrar un ritmo constante que lo hizo estremecerse dentro de mí.

Sentí sus manos en mi cara, apartándose suavemente. Me lamí los labios mientras lo miraba, sabiendo lo que venía a continuación. Me eché hacia atrás en la cama y él se colocó sobre mí, con su pene a escasos centímetros de penetrarme. Se me puso la carne de gallina en los brazos desnudos. Pasó la mano por mi cuello, bajó entre mis pechos y recorrió mi vientre hasta llegar a su polla.

La agarró con fuerza y me abrió burlonamente con la punta. Sentí que me hinchaba con su contacto. Me incliné hacia él y lo besé mientras seguía recorriendo mis pliegues con su polla, sin penetrarme. Me mojé cada vez más contra él mientras me provocaba. Mis manos se aferraron frenéticamente a sus caderas, pidiendo más.

Su boca se separó de la mía y sus ojos marrones me miraron. En una intensa mirada, lo sentí contra mí. Me observó mientras me penetraba lentamente, llenándome centímetro a centímetro. Solté un gemido al ver que el mismo placer que yo sentía se reflejaba en su rostro. Me sacó lentamente antes de volver a sumergirse en mí. Me mordí el labio mientras lo miraba moverse, absorbiendo la pura felicidad que sentía dentro de mí.

Sus ojos se posaron en mi boca mientras me pasaba el pulgar por los labios.

"¿Sabes lo que me provoca?", susurró con voz cruda.

De repente, me agarró de las caderas y tiró de mí hacia él. Me estremecí, pensando que me dolería su áspero agarre, pero sólo sentí placer cuando me penetró de golpe. Siguió empujándome mientras mis dedos se clavaban en la parte superior de su espalda. Mi respiración se entrecortaba al sentirme más apretada contra él. Nico me estaba llevando al límite.

Él también lo sabía. Empezó a moverse más rápido dentro y fuera de mí, sin dejar de mirarnos. Grité al sentir que explotaba a su alrededor.

"Joder", gritó mientras palpitaba dentro de mí, liberándolo todo.

Capítulo 29

Nico

Me desperté con unos cálidos rayos de luz que me daban en la cara. Parpadeé lentamente y vi el sol asomándose entre las cortinas blancas. El aire fresco del ventilador de techo las agitó ligeramente. El sonido de la ciudad despertándose lentamente llegó a mis oídos. Ésta no era mi habitación. Cuando mis ojos se ajustaron, recordé dónde estaba.

En casa de Mallory. No tenía intención de pasar la noche aquí, pero no pude dejar esta cama después de lo que habíamos hecho. Estaba agotado.

Algo casi instintivo se apoderó de mí anoche cuando salí de mi apartamento. Ni siquiera recordaba el camino. Sólo sabía que quería llegar a ella y estar con ella de la forma que había imaginado durante semanas. No sabía si eso era lo que ella tenía en mente cuando me pidió que viniera. Bueno, no me lo pidió. Me lo dijo. Era una confianza que me excitaba.

Me envolvía, con sus rodillas desnudas entre mis piernas. Estaba atrapado debajo de ella, pero no me importaba. Hacía mucho tiempo que no me despertaba con alguien. Era un cambio agradable. Abrí la boca para soltar un bostezo silencioso. Su larga melena me cayó en la boca. Luché contra el cabello con la lengua y me lo aparté de la cara, intentando no reírme. Estábamos hechos un lío.

Giré la cabeza para mirarla. Aún no podía creer lo hermosa que era, incluso dormida. Su piel morena contrastaba con las sábanas blancas que nos envolvían. Tenía el pelo revuelto, esparcido por la almohada y por mí. Sus largas pestañas se abrían en abanico, tocando la parte superior de sus pómulos. Sus cejas se fruncieron como si estuviera soñando. Acerqué la mano y le pasé suavemente el pulgar por la mejilla. Ella gimió ligeramente en sueños.

Aún era temprano. Cerré los ojos e intenté volver a dormirme con el sonido de su respiración.

Justo entonces, la alarma de su teléfono sonó con un pitido agresivo desde su mesilla de noche. Abrí los ojos. Se despertó de golpe y cogió el teléfono de la mesilla. Su rodilla me golpeó la ingle con fuerza. Dejé escapar un gemido mientras el aire abandonaba mis pulmones. Me hice un

ovillo y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Vaya, qué vergüenza.

"Mierda. Lo siento", dijo frenéticamente. Creo que también se había olvidado de que yo estaba aquí.

Le hice un gesto con la mano para que se fuera mientras intentaba recuperar el aliento. Se estiró un poco más para coger el teléfono. Finalmente pulsó el botón para detener la alarma, pero al hacerlo, las sábanas que se aferraban a ella cedieron. Cayó al suelo con un fuerte golpe.

Un golpe fuerte y desnudo.

"Ay", murmuró entre dientes.

Me di la vuelta y la miré, secándome las lágrimas. Parecía tan derrotada con los ojos entrecerrados por la luz de la mañana. Era graciosamente mona. No pude evitarlo, pero me eché a reír. Toda la mañana había sido poco romántica, desde que me atraganté con su pelo hasta que me dio un rodillazo en las pelotas y se caía de la cama.

Me fulminó con la mirada, intentando cubrirse con las manos. Podía verlo casi todo. Ella miró hacia abajo en su intento fallido y comenzó a reír también.

"Dios, soy un desastre", dijo sacudiendo la cabeza.

Le tendí la mano y la cogió. La levanté y la volví a tumbar en la cama y le pasé las manos por los brazos.

"¿Estás bien?". ¿Tienes algún hueso roto?

Puso los ojos en blanco antes de mirarme. "¿Estás bien?", preguntó.

"Puede que no sea capaz de hacer bebés, pero sí. Estoy bien".

Se rió.

Su teléfono volvió a sonar con los pitidos familiares de antes. La temida alarma de repetición. Hice una mueca.

"Lo siento", dijo avergonzada. "Es el único sonido que me saca de la cama".

Lo apagó y miró la hora.

“¿Qué hora es?”, pregunté.

“Las cinco y cincuenta de la mañana”.

"¿Por qué?". Gemí, dejándome caer de espaldas contra las almohadas. Sólo me despertaba tan temprano los días de viaje, y viendo que estábamos en casa, me parecía una tortura.

"Supongo que soy madrugadora". Se rió.

"No sé si esto va a funcionar", bromeé.

Me dio un empujón juguetón antes de levantarse de la cama. Me dio la espalda mientras buscaba en el suelo su ropa de anoche. Me apoyé en los codos y la admiré un momento. Mis ojos recorrieron hambrientos cada centímetro de ella. Su cuerpo se curvaba y se hundía en los lugares adecuados. Deseaba más que nada volver a meterla en la cama conmigo. El tercer asalto. ¿O era el cuarto? Habíamos estado despiertos casi toda la noche. La idea de levantarme me resultaba ardua.

Se puso el chándal y se lo deslizó por las caderas. Fue entonces cuando volví a fijarme en sus cicatrices. Le subían por el muslo hasta la cadera. Las vi anoche. Había sentido sus ojos clavados en mí, como si se preguntaran qué estaba pensando. Me di cuenta de que la cohibía. Quería hacer todo lo posible para tranquilizarla. Mis manos habían recorrido sus largas líneas arrugadas. Mis labios habían rozado su color rosado.

Me parecieron preciosas. Tenían una historia, una que aún no conocía. Quería conocerla, pero no quería preguntar. No quería arruinar el momento ni hacerla sentir menos hermosa. Me pregunté si tendrían algo que ver con su época universitaria. Era un tema que parecía prohibido en nuestro juego de las veinte preguntas. O era imprecisa al respecto, o se lo saltaba por completo.

Ambos teníamos cicatrices de las que no habíamos hablado. Me preguntaba si algún día lo haríamos. Tenía esperanzas.

Se agachó y recogió su camiseta de gran tamaño. Se la deslizó por la cabeza, pero no antes de que viera un atisbo del perfil de sus pechos turgentes. Me sorprendió mirando e hizo esa cosa que me volvía loco. Se mordió el labio y sus ojos se encontraron con los míos. Sentí una necesidad imperiosa de atraerla hacia mí, de volver a acariciarla con la boca, de sentir cómo se hinchaba a mi alrededor. Pero entonces apartó la mirada.

"Deberías irte", dijo, interrumpiendo nuestra mirada.

"Oh, claro", dije.

"Es que tengo que prepararme para ir a trabajar".

“Por supuesto”.

Me miró a mí y a la cama y luego se dirigió a la puerta de su dormitorio.

Me pregunté si estaría pensando en volver a entrar, pero pareció pensárselo mejor. Sacudió la cabeza como si rompiera un hechizo. La vi desaparecer por el pasillo y luego oí el fregadero abierto y el sonido de ella lavándose los dientes en el baño.

Me estiré y me levanté de la cama lentamente. Localicé mis pantalones cortos de gimnasia y me los puse rápidamente, seguidos de mi camiseta. No encontraba la gorra, pero pensé que si me la dejaba sería una excusa para pedírsela en otro momento.

Como estaba solo en su habitación, aproveché para echar un vistazo. Me acerqué a su cómoda, donde había un grupo de fotos enmarcadas. Había una foto suya de pequeña con una camiseta de fútbol amarilla y verde. Llevaba el pelo recogido en dos pequeñas trenzas. Sonreí. Supongo que hay cosas que no cambian.

Cogí otro marco y la vi de pie en medio de dos chicos, abrazados. Tenían una sonrisa de oreja a oreja. Estaban rodeados de globos azules y serpentinas. Me pregunté si serían los amigos de los que me había hablado.

"¿Nico?". La oí gritar.

"Sí, ya voy. Ya voy".

Dejé el marco y salí de su habitación. La encontré saliendo del baño mientras se pasaba un cepillo por el pelo.

"¿Todo listo?", preguntó apresuradamente.

"Sí. Todo listo".

Asintió con la cabeza mientras me acompañaba a la puerta, trenzando el pelo como una experta. Se recogió el pelo y me abrió la puerta. Salí y me giré para besarla, o al menos despedirme. Me saludó con la mano y cerró la puerta con un chasquido silencioso. Me quedé mirando la puerta un momento, preguntándome qué demonios acababa de pasar.

¿Por qué tenía tantas ganas de que me fuera? Sabía que ella trabajaba antes que yo, pero apenas eran las seis de la mañana. Esperaba que no se arrepintiera de nada de lo ocurrido. No lo lamentaba.

Perplejo, me rasqué la cabeza mientras caminaba por el pasillo hacia la escalera. Encontré mis llaves en el bolsillo y bajé corriendo las escaleras hasta el aparcamiento. Subí al coche y miré hacia el complejo de apartamentos antes de marcharme. Una parte de mí se preguntaba si sería la última vez.

De vuelta en casa, veinte minutos más tarde, intenté volver a dormirme. No tenía que entrenar hasta las nueve. Me tumbé en la cama con las persianas bajadas, bloqueando la luz de la mañana. Todavía podía oler su olor. Una mezcla de coco, vainilla y sudor salado. Cerré los ojos. La cabeza me daba vueltas. No dejaba de tener recuerdos de nuestra noche juntos y de nuestra abrupta despedida de esta mañana.

Suspiré. No había forma de conciliar el sueño. Me quité las sábanas de encima y subí las persianas antes de dirigirme a la cocina para preparar una cafetera. Encendí el televisor y vi la sección de deportes de primera hora de la mañana como ruido de fondo. Me serví una taza de café en una de las viejas tazas favoritas de mi padre. El vapor se elevó en el aire y tamborileé con los dedos sobre la encimera mientras bebía un sorbo.

A veces deseaba tener a mi padre aquí para hablar de estas cosas. Lo había perdido a los catorce años. Él y mi madre murieron en un accidente de coche. Mae había asumido el papel de mi madre en lugar de mi hermana. Hizo un gran trabajo para tener sólo diecinueve años.

Aun así, durante mi adolescencia, eché de menos tener un padre que me acompañara en todo. A veces hablaba con él, y aunque no estaba aquí físicamente, aún podía sentir que me escuchaba. No era suficiente, pero ayudaba.

"Papá", susurré. "¿Qué hago aquí?".

Me encontré con el silencio esperado. Decidí salir a correr para despejarme. Me calcé las zapatillas, me puse los auriculares y bajé al vestíbulo. El portero parecía sorprendido de verme levantado tan temprano.

"Buenos días, Nico", me dijo mirándome dos veces.

"Buenos días, Rico", le contesté mientras cruzaba la puerta que me había abierto.

Corrí hasta un parque cercano y di una vuelta por el sendero. El aire llegaba fresco a mis pulmones. Intenté desconectar de todo. La música me ayudaba. Pero ella seguía en mi cabeza. Su imagen se arremolinaba como el humo.

Nunca me había sentido así. Yo no era así. Nunca me preocupaba nada a menos que se tratara del juego de béisbol. Terminé mi trote alrededor del parque y me dirigí a casa, sintiéndome derrotado porque mi plan no había funcionado para aclarar mis pensamientos. Lo único que me hacía sentir remotamente mejor era que la vería dentro de unas horas en el trabajo.

Capítulo 22

MALLORY

En cuanto prácticamente empujé a Nico. Me di la vuelta y apreté la espalda contra la puerta, como si él pudiera volver y cerrar no fuera suficiente. Sentía que necesitaba fuerzas extraordinarias para mantenerlo alejado. Apoyé la cabeza en la puerta y cerré los ojos. ¿Qué estaba haciendo? Me golpeé la cabeza contra el respaldo de la puerta, frustrada.

No había querido ser tan brusca al sacarlo de mi apartamento. Pude ver la confusión en su cara cuando le dije que se fuera. Estaba completamente agotada por lo que había sucedido la noche anterior. Fue increíble, el mejor sexo que he tenido nunca. Pero la culpa me corroía por mi trabajo.

Me lo había hecho a mí misma. Fui yo quien se adelantó y le pedí que viniera anoche. No, ni siquiera se lo había pedido. Se lo había dicho.

Gemí, recordando lo atrevido de mi texto.

Busqué formas de justificar lo sucedido. Al final me quedé con esto: quizá que por fin habíamos llegado a la gran final, podíamos seguir caminos separados en lugar de preguntarnos cómo sería. Tal vez esto fue algo bueno por cómo sucedió.

Era una mentira muy tonta que me estaba diciendo a mí misma.

Me aparté de la puerta y rebusqué en la cocina una dosis de café. La introduje en la cafetera y escuché el familiar sonido del café preparándose, con su olor aromático llenando la cocina. Cerré los ojos e intenté centrarme. Era algo que Mads me había enseñado. En aquel entonces, era una forma de sobrellevar mi lesión. Él con su diagnóstico. Intentaba centrarme mientras mis pensamientos revoltosos ahondaban en la noche anterior.

Su lengua recorriéndome. Sus fuertes manos levantándome con facilidad sobre la cama. Sus ojos en los míos, en todo, como si me bebiera como un jarabe dulce. Me había perdido

completamente en él. Una y otra vez. Y otra vez.

Bostezo. No me extrañaba estar tan cansada. Anoche hubo más sexo que sueño.

No había estado con nadie desde antes de la operación. Mis cicatrices no sólo eran un feo recordatorio del futuro que perdí, sino que también me parecían sencillamente feas. No me había sentido cómoda intimando con nadie a causa de ellas. Por alguna razón, con Nico era diferente.

Sabía que las había visto, pero sus ojos las habían pasado por alto sin pensarlo. Me hizo sentir sexy, y hacía tiempo que no me sentía así. Sólo me estremecí una vez cuando sus manos se deslizaron por mi cadera. No porque me doliera, sino porque nadie me había tocado allí. Todavía podía sentir sus manos sobre mí, como si hubieran dejado sus propias cicatrices permanentes.

Tomé un sorbo de café y miré el móvil. Tenía que ponerme en marcha. Tenía que estar en el trabajo dentro de treinta minutos. Alan había convocado una jornada laboral temprana porque necesitaba salir antes. Probablemente no era la opción más sensata estar despierta toda la noche con uno de los jugadores. Por más de una razón.

Me serví café en una taza para llevar y busqué en mi armario la ropa de trabajo de hoy. Me había llevado casi todos los uniformes al viaje, aún no había deshecho la maleta. Ya lo haría más tarde. Encontré un polo blanco sin mangas y una falda de tenis blanca. Me los puse rápidamente, cogí un poco de lápiz de labios y salí por la puerta.

Por suerte, no había mucho tráfico esta mañana. Conduje deprisa y llegué al centro en un tiempo récord. De hecho, llegué antes que Alan. Era casi como si estuviera haciendo la pelota internamente por lo que había pasado con Nico. Utilicé mi tarjeta de acceso y caminé por los pasillos vacíos. Subí las escaleras y me senté pacientemente en el despacho de Alan.

"¿Mallory?", exclamó Alan con sorpresa cuando entró en su despacho unos minutos después.

"¡Hola Alan!". Mi voz saltó una octava.

Me miró con curiosidad. Mantén la calma, Mall.

"Espero que no hayas esperado mucho".

"No. Acabo de llegar".

Asintió y se sentó en su escritorio. Me repasó la jornada laboral y las sesiones que teníamos programadas. Escuché atentamente mientras tomaba notas en mi teléfono.

"Creo que hoy puedes encargarte tú sola de Chad", dijo.

"Claro, claro".

"Si te sientes preparada para ello, me gustaría que asistieras a mi sesión con Mitch".

"De acuerdo".

Sonó como una completa aduladora. Alan debe haberlo notado también.

Me miró por encima de su portátil. "¿Estás bien, Mallory?".

"¿Yo? Sí, estoy bien. Probablemente un poco cansada por el viaje".

O de las tres rondas de sexo que tuve anoche.

"Ah, te acostumbrarás".

Empezamos a preparar las salas de terapia para nuestras primeras sesiones. Mientras sacaba las bandas de resistencia y varios juegos de pesas, no dejaba de mirar a Alan por encima del hombro. Sabía que era una locura, pero seguía esperando que viniera y me reprendiera por lo de Nico. Estaba claro que la culpa me corroía. Alan había sido tan bueno conmigo y yo había infringido una de las normas que me había explicado en mi primer día. Nada de relaciones entre oficinas. Eso incluía al equipo. Apenas llevaba un mes y ya había infringido una norma.

Nunca había sido de las que se saltan las normas o van en contra de las órdenes de nadie. Era una persona recta que siempre intentaba hacer lo que se esperaba de mí. No sabía qué tenía Nico, pero me hizo olvidar todo eso. No podía alejarme.

Pasé la mayor parte de la mañana completamente estresada por haber perdido mis prácticas. Me preguntaba si Nico le habría contado a alguien lo que había pasado. No parecía el tipo de persona que lo haría, pero cada vez que veía a un jugador entrar en el gimnasio, no podía evitar pensar que me miraban de otra manera. Era estúpido, pero mi mente me jugaba malas pasadas.

Por suerte, pude trabajar sin perder el ritmo. Necesitaba toda mi energía mental para concentrarme en el trabajo. Aunque, cuando Nico entró a entrenar con su entrenador personal, sentí que me flaqueaban las rodillas. Me escondí en una sala de terapia antes de que pudiera verme. Esperé unos minutos, después salí no podía quedarme allí para siempre.

"¿Mallory?", llamó Alan.

Mierda.

"Aquí",conteste.

"¿Qué estás haciendo?", preguntó con curiosidad.

"Estaba organizando un poco".

"Vale, bueno, tengo mi sesión con Mitch en unos minutos. ¿Puedes reunirte conmigo en la habitación de al lado?".

"Claro. Ya mismo voy".

"Ah, y coge los dieces del estante de pesas, por favor".

"Ya voy".

Alan salió de la habitación y yo me volví hacia el estante de pesas que estaba pegado a la gran pared de espejos en el lado opuesto del gimnasio. Por supuesto, estaba justo donde Nico entrenaba. Tragué saliva y me acerqué lo más despreocupadamente que pude. Bajé la mirada y me mantuve concentrada. Podía sentir sus ojos clavados en mí mientras hacía press de hombros en el banco. Cogí rápidamente las pesas y me di la vuelta para marcharme.

"Hola", dijo con indiferencia.

Respiré hondo. "Hola", le dije. “¿Cómo va todo?”.

“Bien. ¿Y a ti?”. Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios.

“Muy bien, gracias”.

Lo miré a él y a su entrenador, esperando que no se nos notara. Estaba demasiado ocupado con su teléfono como para darse cuenta. Miré a Nico, que estaba levantando las pesas por encima de su cabeza con facilidad. No pude evitar fijarme en sus músculos, tensos y apretados contra la camiseta. Aparté la mirada y me volví hacia las salas de terapia. Le oí soltar una carcajada mientras me alejaba.

Dios mío. ¿Por qué tenía que tener tan buen aspecto? ¿Cómo iba a mantenerme alejada?

Casi parecía imposible, pero después de la mañana que había pasado completamente estresada, sabía que lo mejor para nosotros era seguir adelante. Tuvimos nuestra diversión, pero no podía ir

a ninguna parte. Este trabajo era demasiado importante para mí y no podía estropearlo distrayéndome. A partir de este momento, me mantendría alejada de él.

Cuando terminamos nuestras sesiones del día, Alan y yo ordenamos las salas de terapia y archivamos nuestras notas.

"Gracias por venir hoy temprano, Mallory", dijo mientras cerraba el archivador con llave.

"De nada".

"Lo has hecho muy bien hoy. Ve a descansar".

"Lo haré. Gracias, Alan".

Salimos de su despacho y atravesamos el gimnasio vacío. Nos dirigimos a los ascensores y bajamos hasta el aparcamiento.

"Mallory", oí que alguien gritaba justo cuando llegábamos a las puertas.

Me giré y vi a Kenny saludándome con la mano y a Nico detrás de él. Dios mío. ¿Qué querrán?

"Nos vemos mañana", dijo Alan al cruzar la puerta.

No pareció darle importancia, para mi alivio. Me alegré de que fuera Kenny quien me llamara. Miré a Alan irse con cierto pánico, dándome cuenta de que la persona de la que intentaba alejarme estaba justo delante de mí. Otra vez.

"¿Sí?". Pregunté, girándome y mirando sólo a Kenny.

"¿Qué vas a hacer esta noche?", preguntó.

"Uhhh...".

"Sal con nosotros", dijo Nico.

"Oh chicos, no puedo", dije.

"¿Por qué? Sales temprano. Podemos ir a tomar la hora feliz a Murphy's", ofreció Kenny.

"¿Murphy 's?". Pregunté.

"Sí, es nuestro sitio", añadió Nico.

"Es un gran pub irlandés. Siempre ha existido. Cleo trabajaba allí. Allí nos conocimos", dijo Kenny con una amplia sonrisa.

Cambié el peso de un pie a otro mientras me lo pensaba.

"Vamos", dijo Kenny. "Quiero que conozcas a Cleo. Recuerda que dijiste que podía ser divertido".

Para haber sufrido una conmoción cerebral no hacía mucho, tenía muy buena memoria. Además, parecía entusiasmado con la idea de que su prometida y yo nos hiciéramos amigas. No quería decepcionarlo.

Aun así, sabía que no era una buena idea. Me había dicho a mí misma que me mantuviera alejada de él. Ya que él estaba aquí delante de mí, hacía que mi buena idea pareciera aburrida.

"Además, es su cumpleaños", añadió Kenny.

La guinda del pastel.

"Vale", dije encogiéndome de hombros.

"¿De acuerdo?", preguntó Nico.

"Vale", dijo Kenny, dando una palmada. "Iré a recoger a Cleo y nos vemos allí".

Kenny empujó las puertas y empezó a silbar mientras se dirigía al aparcamiento, dejándonos solos a Nico y a mí. Miré a mi alrededor con cautela para ver si había alguien.

Él se dio cuenta, pero no dijo nada al respecto.

"Entonces, ¿quieres que vayamos juntos?", preguntó Nico. Parecía nervioso.

"Eh, no. Está bien".

"Oh, ¿estás seguro?".

"Sí, puedo conducir. Sólo mándame un mensaje con la dirección. Nos vemos allí".

Vi un destello de decepción en su cara antes de que me dedicara una sonrisa tensa. Empujó la puerta y esperó a que la cruzara. Era lo más cerca que habíamos estado en todo el día. No pude evitar aspirar su aroma familiar al pasar. Le saludé con la mano antes de dirigirme al coche.

Me senté en silencio un momento antes de encenderlo. ¿Por qué siempre sentía que tenía que recuperar el aliento cuando él estaba cerca?

En ese momento, mi teléfono sonó en el bolso. Lo saqué. Nico me había enviado la dirección del bar. Aranque el coche y me fui, pensando en lo débil que era. Maldita sea.

Capítulo 23

Nico

Vi cómo Mallory se alejaba en su pequeño utilitario negro, mientras yo me apoyaba en el reposacabezas de mi coche pensando sin parar, me dolia la cabeza. Podía ver su lucha por aceptar la invitación de Kenny esta noche. Ni siquiera se lo había propuesto, pero probablemente lo parecía. Parecíamos cohortes acorralandola después del trabajo.

Me gustó la idea cuando Kenny me la planteó durante el entrenamiento de hoy. Pensó que Mallory y Cleo congeniarían. También quería tener la oportunidad de estar cerca de ella para ver si podía entenderla. Llevaba todo el maldito día pensando el desastre al despertarme esta mañana y la forma en que prácticamente me echó de su apartamento. También pensaba en otras cosas, como lo de la noche anterior.

Ella actuaba como si no hubiera pasado nada. Lo peor era que parecía evitarme. Pensé que si venía al bar rompería la incómoda capa de hielo que la cubría. Me dolió. No mi orgullo, sino mis sentimientos.

No era una posición a la que estuviera acostumbrado. Normalmente yo estaba en el otro extremo. Cuando tenía rollos de una noche, no digo que Mallory lo fuera, rompía bruscamente de la forma más suave posible. Nunca consideré cómo se sentiría la chica, pero en ese momento lo sabía. Y se sentía como una mierda.

¿Había pensado en mí como un ligue de una noche? ¿Una oportunidad de divertirse con un jugador? No parecía de ese tipo. Además, habíamos estado hablando todos los días, todo el día, hasta ese momento. No tenía sentido.

Miré el reloj de mi salpicadero. Llevaba diez minutos aquí sentado dándole vueltas a todo. Será mejor que me ponga en marcha. Puse el coche en marcha y salí a toda velocidad del aparcamiento vacío.

Durante el trayecto, me recordé a mí mismo que la noche giraba en torno a Cleo. Era su

cumpleaños. No sabía por qué quería pasar su cumpleaños en una cita doble, pero si eso me permitía pasar tiempo con Mallory, lo celebraría como ella quisiera. Esperaba que Mallory se relajara con una copa y disfrutara de nuestra pequeña fiesta de cuatro.

Sabía que le gustaría Cleo. A todo el mundo le gustaba. Era como una magdalena pequeña. Arco iris y chispitas con la cantidad justa de sarcasmo. Era buena para Kenny. Él todavía parecía estar asombrado de ella todos los días. Siempre presumía de su pastelería, y con razón. Nunca lo había visto así.

Cuando llegué a Murphy 's, tardé un rato en encontrar aparcamiento. Era la hora feliz, así que no me sorprendió. Llevaba veinticinco minutos de retraso después de haberme sentado en el coche. Por fin alguien sale y yo me abalanzo sobre él y me quedo con el sitio. Me quité la gorra, me pasé la mano por el pelo y miré por el retrovisor. Vaya. La gorra tenía que seguir puesta.

Entré en el bar y me detuve justo dentro, esperando a que mis ojos se adaptaran a la tenue luz. Pensé que me habría acostumbrado después de tantos años, pero no. Miré hacia nuestro habitual reservado de la esquina y vi a Kenny sorbiendo una pinta de cerveza y siendo completamente ignorado por Cleo, que estaba sumida en una conversación con Mallory. Kenny lo llamó. Ya eran uña y carne.

Me acerqué a la barra sin ser visto.

"Hola, Nico", dijo Bridget.

Hizo todo lo posible para apoyarse en la barra, pero su vientre redondo lo hizo casi imposible. Parecía que estaba embarazada desde siempre. Su embarazo fue una gran sorpresa para todos. Murphy 's era su vida. Era la camarera favorita de todo el mundo, dulce, pero no se andaba con chiquitas. Era la mentalidad que necesitaba el dueño de un bar.

Fue una gran sorpresa para todos cuando descubrimos que el padre era Justin, uno de los buenos amigos de Kenny. Eran el epítome de "los opuestos se atraen". Pero les funcionó. Tal vez estaban unidos por un trauma después de lo que pasaron con un criminal de mierda el año pasado. Había estado en todas las noticias.

Camarera local secuestrada por notorio usurero de Boston

Kenny me había informado de todos los detalles y había ayudado a rescatarla. Al parecer, la hermana de Bridget había pedido dinero prestado y luego desapareció, por lo que este tipo fue tras ella. Esa era la versión resumida.

La miraba y me parecía casi imposible que hubiera pasado por todo eso.

"Hola, Bridg. ¿Todavía cocinando, ya veo?".

"Este bebé no quiere salir". Ella suspiró, acariciando suavemente su vientre.

"Es un niño, ¿verdad?".

"Mhmm".

"¿Ya tiene nombre?".

"Nos gusta el nombre de Kellen".

"Es un nombre bueno y fuerte".

"Gracias. Entonces, ¿qué puedo ofrecerte esta noche?".

Tamborileé con los dedos sobre la barra mientras deliberaba.

"Una pinta de cerveza, por favor".

"De acuerdo. Por cierto, ¿quién es la chica nueva?". Ella asintió hacia Mallory en la cabina.

"Oh, ella es la nueva fisioterapeuta del equipo", dije casualmente.

"Bueno, ella ha estado mirando hacia la puerta durante los últimos veinte minutos como un reloj. Parecía que esperaba a alguien". Bridget me guiñó un ojo.

Sonreí mientras negaba con la cabeza. A ella sí le importaba.

Bridget sirvió mi cerveza en un vaso alto y esmerilado y lo deslizó por el mostrador.

“¿Lo dejas abierto?”.

"Sí. Gracias, Bridg".

Envolví la mano en la jarra helada y me acerqué al reservado donde Mallory y Cleo hablaban animadamente.

"Espero no interrumpir", dije, levantando una comisura de los labios con una sonrisa.

"¡Nico!", Cleo dio una palmada.

Empujó juguetonamente a Kenny desde la cabina y se levantó para darme un fuerte abrazo.

"Feliz cumpleaños, Cleo", le dije, dándole un apretón.

"¿Dónde has estado escondiendo a esta chica?", bromeó, volviendo a sentarse en el reservado, y Kenny la siguió.

Miré a Mallory, que se rió nerviosamente y evitó mi mirada. Me senté en el sitio vacío a su derecha.

"Hola", dije en voz baja.

"Hola", respondió ella, mirándome rápidamente antes de volverse hacia Cleo.

"¿Cómo se llama tu pastelería?", preguntó Mallory.

"Cleo 's", rió Cleo. "Qué poco original, lo sé".

"Me gusta", contestó Mallory. "Tendré que ir alguna vez".

"¡Por favor, hazlo! Kenny está allí casi todas las mañanas antes de entrenar, tomando café y un queso danés".

"Shh, nena", dijo Kenny juguetonamente.

"¿Qué diría el entrenador de ese queso danés?", pregunté bromeando.

"Lo que no sabe no le hace daño. Además, ¿has visto lo que come ese tío? Creo que una vez le vi comerse una caja entera de donuts", dijo Kenny, sacudiendo la cabeza.

"Y por eso es el entrenador...". Mallory sonrió.

Todos nos reímos de eso.

Era graciosa. Me alegré de que mis amigos también lo pensaran.

Cleo y Mallory siguieron hablando como si se conocieran desde hacía años. Parecía que Kenny y yo éramos los terceros, pero a él no parecía importarle. Estaba sentado con el brazo alrededor de

Cleo, escuchando su conversación y dando sorbos a su cerveza. Me miró varias veces con gesto de aprobación.

No le había contado lo que pasó anoche entre Mallory y yo. Sabía que nos habíamos besado una vez y que nos mandábamos muchos mensajes, pero no le había dado muchos más detalles que eso. Quería que lo de anoche quedara entre nosotros. Sabía que Mallory querría mantenerlo en privado, y la respetaba. Después de cómo se comportó hoy, parecía que no volvería a suceder de todos modos.

Me sentí incómodo sentado en la cabina siendo completamente ignorado por ella. Deseaba desesperadamente acercarme y poner la mano en su pierna. ¿Por qué tenía que ponerse la falda blanca de tenis precisamente hoy? Era como una invitación a una fiesta a la que quería asistir desesperadamente. Pensé en rodearla con el brazo, pero nunca parecía ser el momento adecuado. En lugar de eso, me senté rígidamente con las manos sobre mi vaso de cerveza, sonriendo y asintiendo como un idiota.

"¿Me disculpas?", preguntó Mallory, interrumpiendo la conversación con su nueva amiga. "Tengo que ir al baño".

Finalmente me miró, pero sólo como señal para que la dejara salir de la cabina.

"Oh, um. Claro", dije torpemente.

Me deslicé fuera de la cabina, pero se me enganchó el pie y salí dando tumbos.

"¿Caminas mucho?", preguntó Kenny riendo.

"Gracias", dijo Mallory mientras pasaba a mi lado.

Me dio vergüenza. Al menos esperaba que sonriera o se riera, pero su expresión ilegible fue peor.

Volví a sentarme en el reservado y suspiré, cogiendo mi cerveza y terminándomela.

"¿Estás bien, Nico?", preguntó Kenny, levantando una ceja.

"Sí. No. No lo sé. Está actuando diferente. Creía que estábamos bien, pero no lo sé. Me ha estado dando la espalda todo el día".

"Cleo. ¿Tienes algún consejo?", preguntó Kenny, dándole un codazo a su prometida.

"Realmente no la conozco a ella ni a tu situación".

"¿Situación?". Pregunté.

"Sí. Es como algo tácito que aún no se ha convertido en una relación en toda regla".

Asentí.

"Oye, nosotros tuvimos una de esas", dijo Kenny, besándola en el hombro.

Puse los ojos en blanco. No estaba de humor para PDA.

"Diré que me gusta. Me gusta mucho. Es muy dulce y tiene un gran sentido del humor", dijo Cleo.

"Lo sé, ¿verdad?".

"Bueno, ¿por qué no intentas hablar con ella?", preguntó.

"Es difícil hablar con vosotras dos, nena", bromeó Kenny.

"Oh. Uy. Lo siento, Nico", dijo Cleo tímidamente.

Yo me reí. "No pasa nada, Cleo. Me alegro de que hayáis congeniado tan bien. Habla bien de mí, ¿quieres?".

"Intenta tener un momento a solas con ella, pero que no se note. Llévala al bar o algo y pídele una copa", me ofreció Cleo.

Asentí con la cabeza. Podría intentarlo.

Un momento después, Mallory se acercó a nuestra mesa.

"Hola, ¿qué tal?", pregunté nervioso mientras me levantaba.

Qué pregunta más estúpida.

"¿El baño?", preguntó, mirándome extrañada.

"Eh, sí".

"Era un baño".

"Claro. ¿Quieres ir al bar a tomar algo?".

"Todavía me queda media cerveza". Señaló su vaso sobre la mesa.

"Ah, vale. Quizá cuando termines", le ofrecí.

"Tal vez".

Los dos nos quedamos de pie, incómodos. Se aclaró la garganta y se balanceó sobre los talones, esperando. Me di cuenta de que estaba bloqueando su asiento en la cabina.

"Lo siento, pasa". Me aparté y ella se deslizó en el reservado.

Kenny soltó una risita desde el otro lado de la mesa. Le lancé una mirada mientras volvía a sentarme.

Era la noche más incómoda de mi vida y probablemente la peor primera cita que había tenido. Ni siquiera sabía si debía llamarla primera cita. Parecía que ya la habíamos superado. Ya habíamos respondido a todas las preguntas para conocernos. Ya nos habíamos besado varias veces. Ya nos habíamos acostado. Todo parecía ir hacia atrás.

Era duro estar tan cerca de ella y no sentirme capaz de tocarla, especialmente cuando mis manos habían tocado las partes más íntimas de ella no hacía ni veinticuatro horas. Sentía como si los pelos de mis brazos fueran terminaciones nerviosas que me producían escalofríos cada vez que ella se movía o reía a mi lado. Era tan consciente de cada uno de sus movimientos, pero ninguno de ellos me incluía.

Me bebí la cerveza frustrado y levanté un dedo en el aire, haciéndole una señal a Bridget. Ella me vio señalar el vaso vacío y asintió con la cabeza. Si quería superar esta noche, necesitaba otra copa.

Capítulo 24

MALLORY

Sorbí mi cerveza lentamente, el líquido ámbar recorriendo mi garganta y calmando mis nervios mientras el vidrio esmerilado se derretía en mi mano. Intentaba concentrarme en cualquier cosa menos en Nico, que estaba a mi lado en aquel pequeño reservado. Sentía sus ojos clavados en mí y deseaba poder, por una vez, ser impenetrable para él, pero me hacía revolotear el estómago. Había hecho un buen trabajo ignorando los sentimientos que habían brotado en mi interior desde nuestra noche juntos. Demonios, desde que lo conocí en los vestuarios y me guiñó un ojo únicamente con una toalla blanca y mullida.

Toda mi táctica de evitarle era nula. Inexistente. Una broma.

Por mucho que deseara que me tocara, sabía que eso me desharía de nuevo. Aunque sólo fuera su brazo alrededor de mi hombro o su mano en mi rodilla. Necesitaba tiempo para entenderlo todo, así que actuaba como si fuéramos amigos. Amigos que se habían follado mutuamente la noche anterior. Me quité ese pensamiento de la cabeza.

Me incliné aún más hacia Cleo, creando una mayor distancia entre él y yo. Menos mal que Cleo me caía bien, porque si no tendría que ser otro juego de fingir. Fingir que él no me gustaba y fingir que ella sí me gustaba. No se me daba muy bien.

Citas. Las relaciones. El amor. Nada de eso.

Estaba recién salida de la práctica de los últimos años, aunque no recuerdo que fuera tan complicado.

Supe que me gustaba Cleo de inmediato. Era todo lo que Kenny había dicho que era. También era diferente de como me la había imaginado. Era atractiva. No sabía por qué, pero siempre me imaginaba a estos jugadores con mujeres más plásticas que puras. Pero no, era guapa.

También era ambiciosa. Cuando me contó que había abierto su propia panadería y las pruebas

que había tenido que pasar, me quedé impresionada. Estaba segura de que Kenny ya había oído la historia muchas veces, pero estaba pendiente de cada palabra. Era dulce, casi un poco patético. Ella lo tenía envuelto alrededor de su dedo. Nunca lo hubiera creído.

"¿Así que os conocisteis aquí?". Le pregunté a Cleo, señalando de ella a Kenny.

"Mhmm". Sonrió antes de tomar un sorbo de cerveza.

"Ella trabajaba aquí. La camarera más mona de por aquí. Ella era para mí. Lo supe en cuanto la vi", dijo Kenny.

"¡Ja!", Cleo se rió.

Le buscó la cara, con el ceño fruncido.

"Te creías la hostia. Y lo eras, nena. Lo eras", dijo Cleo, dándole unas palmaditas tranquilizadoras en la mano. "Pero apenas me hablabas. Si alguien me hacía ojitos, era Chad".

"Qué sorpresa", dije con una sonrisa.

Todos se rieron. Podía sentir a Nico sonriendo a mi lado, como si acabara de ganar algún tipo de premio por hacer reír a sus amigos.

La verdad es que me sentí bien. No tenía muchos amigos aparte de Iván y Mads. Había excluido a mucha gente después de mi lesión. Era muy difícil mantener la amistad con mis compañeras de equipo cuando no podía estar en el campo con ellas. Las había odiado durante un tiempo porque podían hacer lo que yo no podía. No estaba bien, pero eso era lo que te hacía la depresión. Te hace ver el mundo de otra manera, como si no hubiera nada bueno en él.

Las echaba de menos. De vez en cuando, sentía una punzada de tristeza por lo que una vez fue. Todo. El juego. La familia que éramos. La sensación de correr sin que nada encajara.

No sólo habíamos sido compañeras de equipo, habíamos sido amigas dentro y fuera del campo. Cada una de ellas vino a verme al hospital. Durante mi recuperación, me enviaban mensajes de texto, pero empecé a ignorarlos. Sus mensajes se convirtieron en un lento goteo hasta que dejaron de llegar.

Pensé en ponerme en contacto con ellas, pero me echaba atrás cada vez. Habían pasado años. Probablemente se habían olvidado de mí. Y si no lo habían hecho, probablemente me recordaban como la zorra que dejaba fuera a todo el mundo.

"Sabes que sólo estaba siendo tímido, nena", dijo Kenny entonces.

"Lo eras, pero luego hiciste que Nico me contratara para esa fiesta".

"Sí, el bueno de Nico fue como nuestro casamentero".

Me volví hacia Nico, sorprendida. Era la primera vez que lo miraba. Craso error. Sus ojos marrones se encontraron con los míos bajo su gorra de béisbol. Eran una tormenta de sentimientos que no podía diseccionar para descifrar, pero podía ver una cosa. Dolor. Aparté la mirada de repente.

"Lo intenté". Nico se encogió de hombros.

"¿En qué consistía la fiesta?", pregunté.

"La gran fiesta de cumpleaños de su hermana Mae. Era lo más "bougie" que había visto nunca. Nunca me había sentido más intimidada en mi vida", dijo Cleo, recordando.

"Sí, luego pasó lo de Kevin", dijo Kenny.

Podía notar cómo se agitaba en su interior un hervidero de ira.

"¿Quién es Kevin?". pregunté, mirando alrededor de la mesa.

"Agredió a Cleo en la fiesta de mi hermana", dijo Nico en voz baja.

"Dios mío". Me llevé las manos a la boca horrorizada.

No podía imaginarme que eso sucediera, especialmente a alguien tan dulce como Cleo. Se me revolvía el estómago al pensar en lo que los hombres creen que pueden hacer y salirse con la suya. Sabía que le habría dado una patada en los huevos.

"Por suerte, tenía una sartén cerca. Lo noqueé antes de que fuera demasiado lejos", dijo Cleo afirmativamente.

"Joder, chica. Eres la hostia", dije, alzando mi vaso hacia el suyo.

“Gracias”. Ella chocó su vaso con el mío.

"¿Qué pasó con el tipo?". Le pregunté.

"Jonas lo echó del equipo. Se lo contó a todos los propietarios de la liga, y no ha vuelto a jugar ni volverá a hacerlo", dijo Kenny con un movimiento afirmativo de cabeza.

Recordé lo que había dicho Alan sobre una manzana podrida del equipo a la que habían echado por agresión sexual. Ese debía de ser el tipo del que hablaban. No tenía ni idea de que la mujer a la que había agredido era la prometida de Kenny. Qué asqueroso.

"Sí, estos chicos me defendieron cuando yo no podía hacerlo por mí misma", dijo Cleo, mirando a Kenny y Nico con cariño en los ojos.

Tragué saliva. Eran hombres-niños, de eso no había duda, pero eran buenos. Sentí que el corazón se me partía aún más por el chico que se sentaba a mi lado.

Estos chicos. Este equipo. Eran una familia. Lo que yo solía tener. Estaba feliz de ser una pequeña parte de ello. También tenía miedo de perderlo todo, que era por lo que estaba tan preocupada por los sentimientos hacia Nico.

"Entonces, ¿cuál es la historia de este lugar?". Pregunté, mirando alrededor de la barra.

En realidad era más bien un pub, con accesorios de madera de cerezo y ladrillo visto. Había escudos irlandeses colgados sobre la barra y vidrieras sobre algunos de los reservados más grandes. Me fijé en las filas de fotos enmarcadas a lo largo de una de las paredes. Todas llenas de fotos de jugadores de béisbol. Algunas con firmas. Algunas fotos del equipo. Otras más cándidas.

"Murphy 's existe desde siempre", dijo Kenny, agitando las manos en un gran gesto que intentaba encapsular el lugar.

"Llevamos años viniendo aquí. Los equipos anteriores a nosotros también", dijo Nico.

"Los jugadores vienen a celebrar las victorias o a regodearse en las derrotas", dice Cleo.

"El dueño era amigo de todos los que pasaban por aquí. Todos los grandes. El propio dueño es una leyenda", señaló Kenny.

"Le pasó el bar a su hija, Bridget". Nico señaló el bar con la cabeza.

No era difícil reconocerla, con su pelo rojo fuego y una barriga muy redonda. Yo estaba impresionado de cómo estaba de pie, por no hablar de la gestión del lugar.

"Que va a tener un bebé con mi buen amigo, Justin", dijo Kenny.

"Otra exitosa historia de amor nacida en Murphy 's". Cleo sonrió.

"Parece que tiene mucha historia", comenté mientras miraba a mi alrededor.

Escuché mientras intercambiaban historias sobre todos los recuerdos de este pub. Por mucho que supiera ya de Nico, estaba aprendiendo más y más sobre él a través de los ojos de sus amigos. Sus historias eran divertidísimas, pero también me di cuenta de que había mucho amor entre ellos. Cuanto más escuchaba, más me acercaba a él.

Tenía que salir de aquí.

Saqué el móvil del bolso y miré la hora. Aún era temprano. Pero si me quedaba más tiempo, toda mi determinación desaparecería.

"Oh, mierda", dije, echando un vistazo a mi teléfono de nuevo.

"¿Qué pasa?", preguntó Nico.

"Se me olvidó. Me tengo que ir".

Seguí siendo lo más vaga posible porque no tenía la menor idea de qué excusa podía darles.

"Pero sólo son las seis", dijo Kenny, echando un vistazo a su reloj. "Ni siquiera has probado el fish and chips".

"La próxima vez", prometí mientras empezaba a rebuscar en mi bolso en busca de la cartera.

"Yo pago la bebida", me ofreció Nico, poniéndome la mano en el brazo.

"No, puedo pagar yo".

"Déjame a mí". Podía oír la molestia en su voz.

Resoplé y abandoné la búsqueda de mi cartera.

"Vale, gracias", murmuré en voz baja.

Esto era muy incómodo.

Nico se apartó de la cabina para dejarme salir. Kenny y Cleo también se levantaron.

"Fue un placer conocerte, Mallory. Tenemos que repetirlo alguna vez", dijo Cleo, envolviéndome en un fuerte abrazo.

"Sin duda". Le devolví el abrazo, sabiendo que acababa de mentirle a esta alma dulce.

Una parte de mí quería hacerlo. Me gustaba estar con ellos. Me gustaba estar con Nico. ¿Pero a qué precio? Esa pregunta me detuvo.

"Me alegro de verte, Mallory", dijo Kenny, abrazándome.

"Igualmente".

Nico puso su mano en mi espalda, y juré que una pequeña parte de mi determinación se derrumbó. Traté de reconstruirla rápidamente.

"Te acompaño", dijo.

"No tienes por qué hacerlo". Le hice un gesto.

"Quiero hacerlo".

Había un tono en su voz que me decía que no había forma de disuadirle.

Tragué saliva y asentí con la cabeza mientras nos dirigíamos a la puerta. Caminamos en silencio por la acera hasta mi coche. Sentí como si un millón de palabras no dichas rebotaran entre nosotros como en un partido de ping-pong. La energía silenciosa era casi imposible de ignorar.

Antes de llegar al coche, encontré las llaves en el bolso. No quería pausas incómodas ni oportunidades para que me besara, aunque había pensado en ello al menos cien veces esta noche. Abrí la puerta del coche, dejé el bolso dentro y me senté en el asiento del conductor.

"Buenas noches", dije mientras me abrochaba el cinturón.

De ninguna manera iba a besarle. Me había contenido físicamente.

Se limitó a mirarme con expresión pensativa. Una que no había visto antes. Aparté la mirada y me acerqué a la puerta para cerrarla.

Él la detuvo con la mano de repente.

"Esta conversación tácita no ha terminado, ¿sabes?", dijo.

"¿Qué quieres decir?", pregunté inocentemente.

"No hemos terminado de hablar".

Con eso, cerró suavemente la puerta y se alejó.

Dejé salir la respiración profunda que estaba conteniendo, y todos los nervios que estaban retenidos junto con ella. Me golpeé la cabeza contra el reposacabezas antes de poner las llaves en el contacto y marcharme. No miré atrás.

Capítulo 25

Nico

Mientras caminaba de regreso a Murphy 's, vi cómo Mallory pasaba sin siquiera mirar en mi dirección. El dolor que sentía antes estaba empezando a transformarse lentamente en ira.

Lo único positivo de una noche incómoda fue que había hecho buenas migas con mis amigos. A Cleo le había caído muy bien. A Kenny también, empezaba a conocerla fuera del trabajo. Ellos veían todo lo que yo veía en ella. Diablos, estaba celoso de la atención que recibían de ella mientras yo me sentaba a un lado como si fuera el hombre invisible.

Parecía como si estuviéramos en una cita a ciegas que no estaba yendo bien para los dos que realmente estaban en la cita. Y ya habíamos pasado la primera cita. Quiero decir, mucho más.

Empujé la puerta del pub y volví a entrar. Vi a Kenny y Cleo besándose en el reservado y gemí. No quería pasarme el resto de la noche viendo a esos dos actuar como colegiales cachondos. En lugar de eso, me dirigí a la barra para pedir la cuenta.

Me senté en un taburete malhumorado mientras esperaba a que Bridget volviera de servir bebidas en una mesa cercana.

"¿Qué te pasa, Nico?", preguntó Bridget, acercándose.

"Ahh, nada".

"¿La cita no fue buena?".

"Me temo que no. Voy a salir y dejar que los tortolitos se diviertan", dije, señalando con la cabeza a Kenny y Cleo, que aún no habían salido a tomar el aire.

Bridget se rió y sacudió la cabeza. "Nunca pensé que esos dos acabarían juntos. Pero me gusta".

"Sí", murmuré.

A mí también me gustaba, pero no estaba de humor para celebrar el estado sentimental de nadie en ese momento.

"Oye, ellos tampoco tuvieron el comienzo más perfecto. Demonios, yo tampoco. Justin y yo fuimos un desastre absoluto. Mírame en este momento". Se acarició la barriguita con orgullo.

Parecía la misma historia que me habían contado todos. ¿No pueden ser las cosas fáciles desde el principio?

"Gracias, Bridget".

Me pasó la cuenta y volvió a preparar las bebidas. Dejé un billete de veinte y fui a despedirme de mis amigos.

Al día siguiente, no me molesté en aparecer temprano para tener la oportunidad de ver a Mallory. No iba a seguir exponiéndome para no recibir nada a cambio. Si ella quería actuar como si nada hubiera pasado y yo no existiera, que así fuera. Podríamos atribuirlo a una noche que no debería haber pasado y seguir adelante.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Llevé mis emociones al campo durante el entrenamiento. Corrí rápido durante el acondicionamiento, justo detrás del joven lanzador. En la jaula de bateo, golpeaba el bate con tanta fuerza que el crujido resonaba en todo el estadio. Atrapaba bambinazos con facilidad y me lanzaba en línea, rascándome los brazos como si no sintiera nada. Lo dejaba todo en el campo.

"Nico, ¿tratas de ponernos en evidencia hoy?", gritó Chad desde el otro lado del campo.

"No es difícil", bromeé.

"Eres un gilipollas", dijo a través de las manos ahuecadas.

Negué con la cabeza y me reí mientras esperaba el siguiente balón.

Después de limpiarme en los vestuarios, el entrenador me llamó a su despacho.

“¿Qué pasa, entrenador?”, pregunté, cerrando la puerta.

"¿Qué te pasa hoy?", preguntó mirándome con desconfianza.

"No sé a qué te refieres".

"Voy a salir y preguntar. ¿Tomas esteroides?".

"Tienes que estar de broma". Me reí.

Esto era ridículo. Me conocía mejor que eso.

Me miró a la cara un momento y soltó una carcajada. "Te estoy tomando el pelo. Algo así. Es que hacía tiempo que no te veía jugar tan bien".

"Gracias", dije.

"Trae eso al campo el próximo partido, ¿vale?".

"Lo intentaré, entrenador".

Señaló la puerta con la cabeza.

Cuando llegué a los vestuarios, ya no había nadie. Todo el mundo se había ido a casa. Todavía quedaba vapor en el aire de las duchas. Cogí mi bolsa de la taquilla y salí al pasillo. Alan y Mallory salían de los ascensores y se dirigían hacia mí.

"Hola, Nico. ¿Está el entrenador?", preguntó Alan. "Tenemos una reunión".

"Sí, está en su despacho", respondí.

"Gracias. Que tengas un buen día", dijo.

Esperé un momento, esperando algo de Mallory. Cualquier cosa. Pero pasó a mi lado sin decir palabra. Sin mirarme.

Bien, pensé.

Los dos días siguientes fueron más de lo mismo. Incluso las raras veces que la pillé cuando estaba sola, fingió no fijarse en mí. O estaba hablando por teléfono o mirando en otra dirección. Ni siquiera me molesté en intentar hablar con ella. Parecía que acabábamos de volver de San Diego por la forma en que me evitaba. Excepto que esta vez, la única mujer con la que había estado era ella.

La noche del partido contra Kansas City, hice lo que dijo el entrenador. Lo traje. Todo lo que había estado burbujeando dentro de mí estaba en cada swing, atrapada, carrera y lanzamiento. Ella se sentó en el banquillo con Alan mirando. No la miré ni una sola vez. Debía de ser una tortura para ella oír mi nombre coreado por el público. Sonreí al pensar en ello cuando salí a batear en la última entrada.

Ya habíamos ganado. Era imposible que este equipo nos alcanzara en su último turno al bate. Aun así, quería que la victoria me doliera. Oí el silbido familiar de la pelota que venía hacia mí justo a la derecha de la base y bateé rápido. Se oyó un fuerte crujido. Mi bate se había partido por la mitad. Empecé a correr hacia primera, sin perder de vista la pelota mientras volaba. El público guardó silencio mientras la veía acercarse al jardín izquierdo. La pelota aterrizó justo fuera del campo. Home run. El estadio estalló en vítores ensordecedores. Intentad ignorarme, pensé mientras corría por las bases, tomándome mi tiempo.

El banquillo era una locura. Mis compañeros saltaban, me lanzaban botellas de agua y me daban palmadas en la espalda. Todos me animaban, menos ella. Intenté que no me afectara.

Cuando el equipo salió a celebrar nuestra victoria, opté por irme a casa. Hicieron sus habituales gimoteos y me hicieron pasar un mal rato, pero yo solo quería estar solo. En mi apartamento, llamé a mi hermana para pedirle consejo.

"¡Nico!", contestó emocionada.

"Hola, hermanita".

"Ha sido un partidazo. Ese golpe será repetido en ESPN toda la semana. Me sorprende que no pudieras oírme animar desde mi salón".

Sonreí. Siempre había sido mi animadora número uno.

"Gracias", dije.

"No pareces muy entusiasmado. ¿Qué pasa?".

Suspiré.

"Es esa chica, ¿no?", preguntó.

"Me ha estado ignorando".

"Y conociéndote, tú también la has ignorado".

Deja que mi hermana me conozca como la palma de su mano.

"Sí".

"Nico, puedes ser muy terco".

Cierto otra vez.

"Bueno, ella también lo es", respondí a la defensiva.

"Ha habido algo más entre vosotros dos, ¿eh?", preguntó.

"Sí, desde hace un tiempo. No intentaba ocultarlo. Simplemente no quería decir nada delante de Jonas. Por respeto a ella. Pero necesitaba alguien con quien hablar".

"Bueno, sabes que no diré nada, Nico. Si ella significa tanto para ti, habla con ella. Y pronto. No dejes que tu terquedad se interponga. ¿De acuerdo?".

Asentí, como si ella pudiera verme.

"De acuerdo. Gracias, Mae", dije. *"Dale un abrazo a mi sobrina de mi parte".*

"Lo haré.

Colgué el teléfono y lo puse en silencio. Sabía que mis amigos me enviarían mensajes y fotos de su noche salvaje. Yo sólo quería dormir.

Al día siguiente, en las instalaciones, tuvimos una reunión de equipo, seguida de un entrenamiento más corto. El entrenador no quería exigirnos demasiado después de la victoria de la noche anterior. Me alegré de haber terminado temprano por hoy porque podría encontrar a Mallory y llegar al fondo de esto.

La vi salir de la sala de descanso. Cuando me vio, miró hacia abajo y caminó más rápido. No iba a ser tan fácil. Asegurándome de que no había nadie cerca, la agarré suavemente por el codo.

"Hola. ¿Qué estás...?". Me miró interrogante.

La conduje a una oficina vacía cercana. Se dio la vuelta rápidamente y me miró.

"¿Qué crees que estás haciendo, Nico?", me preguntó entre dientes.

"Dije que esto no había terminado. Tenemos que hablar".

Se cruzó de brazos y resopló. Me gustó ver que aún podía llegar a ella. Todavía podía irritarla. Le importaba. Sabía que le importaba.

"¿Por qué me has estado ignorando?". Le pregunté.

"No lo he hecho".

"Oh, vamos. Ni siquiera puedes mirarme cuando estoy en la misma habitación".

Se encogió de hombros, evitando mi mirada.

Di un paso hacia ella. "¿Qué ha pasado desde aquella noche en tu casa? ¿Qué ha cambiado? Tienes algo que decirme".

"Es complicado", dijo en voz baja.

"¿Qué tiene de complicado?".

"Es mi trabajo...".

"Son unas prácticas", la corregí.

Me lanzó una mirada entre dolida y enfadada. "Bueno, significa algo para mí. ¿No lo entiendes? No puedo dejarlo por un tipo que cree que soy el ligue de la semana. Sé cómo son ustedes".

Ouch.

"¿Y Kenny?".

"Kenny es una anomalía".

"Bueno, tal vez yo también".

"Lo dudo".

"Te dije que he cambiado. Te dije lo que quiero. Quiero sentar la cabeza y empezar una vida con alguien".

Me di cuenta de que mis palabras le llegaban, pero seguía en guardia. Seguí, tratando de derribarlas.

"También te dije que quería conocerte", continué. "Quiero que esa persona seas tú".

"Ja. Un juego de veinte preguntas por mensajes de texto no significa que me conozcas, Nico", dijo.

"Entonces, ¿para qué es todo esto? ¿Por qué me invitaste esa noche?", le pregunté.

"No... no lo sé. No estaba pensando", balbuceó.

"Sí que pensabas. Sabías exactamente lo que querías. Yo también lo quería. Fue una de las mejores noches de mi vida".

Se quedó callada, pero yo seguí.

"Si no quieres esto, dilo. Dímelo a la cara. No puedes dejarme después de acostarnos". Levanté la voz. Estaba luchando por ella.

"¿Qué demonios está pasando aquí?". La voz de Alan retumbó de repente.

Mallory soltó un suspiro cuando me di la vuelta y lo vi de pie en la puerta, con la cara roja. Nos miró a los dos con rabia.

Joder.

"Alan, deja que te explique", dijo Mallory suplicante mientras me empujaba hacia la puerta.

"Hablaremos de esto por la mañana", dijo Alan con severidad antes de darse la vuelta para marcharse.

"Alan, espera. Por favor", suplicó Mallory.

Vi cómo Alan levantaba la mano y salía por la puerta. Mallory se quedó unos instantes mirando la puerta, casi deseando que volviera.

Se dio la vuelta para mirarme. "Mira lo que has hecho", gimoteó con voz temblorosa.

Pude ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Le temblaban las manos. Quise extender la

mano y abrazarla, pero me quedé donde estaba. No quería empeorar las cosas.

"Mallory... estoy tan...".

"Si pierdo esta práctica, nunca volveré a hablarte".

Se dio vuelta y salió por la puerta, dejándome solo.

Acabo de arruinarlo todo.

Capítulo 26

MALLORY

Mientras salía a trompicones al pasillo preguntándome qué acababa de pasar, sentía que se me saltaban las lágrimas. No quería que nadie me viera así. Ni Alan. Y menos Nico. Corrí hasta el baño más cercano, entré y cerré la puerta. Me acerqué al espejo y vi mi estúpido reflejo.

Mi cara no tenía color, excepto el rojo de mis ojos. Sacudí la cabeza y se me saltaron las lágrimas. Agarré el mostrador con las manos hasta que los nudillos se me pusieron blancos y sollocé en silencio.

No había llorado así desde mi lesión, estaba perdiendo de nuevo algo que me importaba. Para ser sincera, sentía que estaba perdiendo dos cosas importantes.

Después de haber sido tan mala con Nico los últimos días y en ese momento este lío con Alan, dudaba que él quisiera tener algo que ver conmigo después de hoy. Le había hecho daño. Pude verlo en su cara cuando me llevó a la oficina para hablar. Detrás de su ira, había un montón de otras emociones. Allí estaba él, desahogando sus sentimientos, y yo simplemente lo aparté.

"Estúpida, estúpida, estúpida", susurré mientras me apartaba del mostrador y apoyaba la espalda en él. Ya no podía ni mirarme.

Y Alan lo había oído todo. Bueno, no podía estar segura de cuándo había entrado, pero había oído lo suficiente. Deseaba desesperadamente encontrarle, intentar explicárselo, pero ¿qué habría que explicarle?

Me dijiste las reglas.

Rompí las reglas.

Me enamoré de un tipo por el que prometí que nunca me enamoraría.

Y lo he perdido también.

Me guardaría esa última parte para mí.

Estaba demasiado emocionada para encontrarlo y hablar con él. Además, estaba bastante segura de que no quería tener nada que ver conmigo en este momento. Nunca le había visto así. Su sorpresa se convirtió en enfado y luego en decepción. Esa mirada de decepción fue lo que más me dolió antes de que se diera la vuelta y se marchara.

Había dedicado tanto tiempo y esfuerzo a enseñarme todo, y aún le quedaba mucho por hacer. Sentí como si estuviera defraudando a mi propio padre. La idea me revolvía el estómago.

Ya no podía hacer nada, tendría que esperar a mañana. Supuse que la jornada laboral había terminado para mí. Al menos esta noche podría pensar qué decir, aunque la situación no parecía salvable.

Me enjuagué los ojos y respiré entrecortadamente antes de abrir la puerta del baño. Me asomé al pasillo y, por suerte, no vi a nadie. Entré en silencio en la zona del gimnasio. Aún tenía que coger mi bolso. Había algunos jugadores entrenando. Por suerte, no estaba Nico. Ninguno pareció fijarse en mí.

Miré rápidamente a mi alrededor, pero no vi a Alan. Mi bolso estaba en su despacho. Realmente esperaba que no estuviera allí.

"¿Buscas a Alan?", preguntó uno de los entrenadores.

"No. Bueno, sí", dije.

"Fue a la tienda de deportes. ¿Quieres que le diga que le estás buscando?".

Sentí alivio.

"No, no. No pasa nada. Pero gracias".

Entré en su despacho, cogí mi bolso de la mesa y salí de allí lo más rápido que pude.

Esa noche, apenas pude comer. Me preparé una ensalada de pollo para cenar y me limité a pinchar con el tenedor sentada en la encimera de la cocina. No dejaba de pensar en mañana. Era más que probable que perdiera las prácticas y el respeto de mi jefe, al que tanto admiraba.

Por fin había encontrado algo que me hacía sentir viva de nuevo. Nunca pensé que eso sería

posible cuando el fútbol me fue arrebatado rápidamente. El béisbol era completamente diferente y en realidad no jugaba, pero había encontrado algo que me encantaba.

Quería ayudar a la gente a encontrar su camino después de una lesión. Tuve los fisioterapeutas más increíbles, que me ayudaron cuando no podía ni ponerme en pie, ni quería hacerlo. Se aseguraron de que no me rindiera. Obviamente, no eran magos capaces de hacerme volver al campo, pero me ayudaron a aprender a andar de nuevo. Me ayudaron a volver a tener ilusión por vivir. Sentía como si ese sueño se me estuviera escapando en una corriente descendente que no podía abarcar con los dedos. Para empezar, conseguir estas prácticas era una posibilidad remota. Alan dijo que había visto algo en mí. Una lucha. Una pasión. No tenía nada que ver con mi experiencia o falta de ella. Probablemente no volvería a tener este tipo de oportunidad.

Maldito seas, Nico.

No. Maldita seas, Mallory.

Sabía que no todo era culpa suya, aunque en parte sí, con esa sonrisa. Y sus ojos marrones que en un momento parecían fríos y al siguiente caramelo derretido. Y la forma en que me hacía reír. Y la forma en que sus labios me besaban.. todo.

Me había enviado un mensaje de texto después de irme.

Lo siento.

No respondí. No podía. Ya tenía bastante con lo que lidiar.

Renuncié a comer y envolví la ensaladera en plástico, colocándola en la nevera. Me dirigí al salón, sin molestarme en encender ninguna luz, y me senté en la oscuridad. Me senté en el sofá, con el resplandor de la cocina y el de la ciudad como únicas luces.

Me entraron ganas de llorar, pero no estaba segura de que hubieran más lágrimas. De todas formas, no servía de nada. Lo que necesitaba era averiguar cómo arreglarlo todo. Me pregunté si habría alguna forma de que Alan me perdonara y me diera otra oportunidad. Parecía dudoso. ¿Quedarse con la becaria o quedarse con el jugador estrella? Hmm. Era tan obvio que resultaba estúpido.

Y si me daba otra oportunidad en el país de los sueños en el que vivía, eso significaría que no habría más Nico. La idea me oprimió el corazón, quebrándolo ligeramente bajo su presión. Se acabaron las miradas secretas, los mensajes de texto y los besos en el ascensor. No es que hubiera habido nada de eso desde hacía tiempo. Aun así, todo terminaría. Sería una tortura verlo la mayoría de los días, pero tendría que hacerlo. Podía hacerlo, lo había hecho. En ese momento, parecía imposible, sabiendo que tendría que alejarme para siempre, pero mis opciones eran escasas.

Necesitaba hablar con alguien.

No con alguien, sino con mi padre.

Cogí el teléfono y marqué.

"¿Diga?", preguntó cansado.

Esperaba no haberle despertado. Después de todo, sólo eran las siete de la tarde.

"Hola, papá", le dije. *"¿Te desperté?"*.

Estaba totalmente dormido. Podía imaginarlo en su sillón, dormitando con las noticias de la noche. Mamá vendría a por una manta y lo taparía en cualquier momento. Se me hinchó el corazón, deseando estar en casa con ellos.

"Estoy bien. Sólo quería saludar". Podía oír cómo me temblaba la voz.

"¿Va todo bien?".

"Oh, sí. Todo bien por aquí. ¿Cómo está el jardín?". Pregunté, esperando que el cambio de tema fuera lo suficientemente convincente.

Y lo fue. Me habló de las semillas que había comprado ese día en la tienda y de cómo mamá quería que empezara a cultivar más verduras para poder cocinar al estilo "de la granja a la mesa". El mero hecho de escucharle hablar me hizo sentir más tranquila.

Eso era todo lo que quería. No iba a contarle cómo lo había fastidiado todo por un tío. Y no sólo un tipo, sino un deportista profesional. Los que él siempre me había dicho que mantuviera en guardia. No podía soportar decepcionar a otra persona hoy.

Cuando colgamos, mi estrés había disminuido ligeramente. Aunque era temprano, me lavé para ir a la cama y me metí bajo las sábanas. El sueño parecía la única vía de escape por un rato, aunque me costó conseguirlo. Pasé la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama e imaginando diferentes situaciones. Ninguna tenía un final feliz.

Entonces, demasiado deprisa, llegó la mañana. Gemí al ver el sol asomarse por la ventana. Había dormido una o dos horas. Me levanté de la cama y me duché para intentar despertarme de la noche en vela. Me envolví en una toalla y volví a mi dormitorio para vestirme. Al cruzar la puerta, vi algo debajo de la cama. Curioso, me arrodillé y lo saqué.

Era una gorra de béisbol. Era de Nico. Debía de haberla dejado aquí aquella mañana. La aferré entre mis manos y cerré los ojos, luchando contra las lágrimas desesperadas por caer. La sostuve contra mi pecho durante un momento. Luego sacudí la cabeza y me recompuse. Había llegado el momento de soltarlo. Me levanté y coloqué la gorra en un estante de mi armario. Ya se la llevaría otro día. Tal vez. Sabía que existía la posibilidad de que no volviera a verlo, aparte de en la pantalla de mi televisor.

Me puse un polo blanco y unos pantalones negros antes de hacerme una trenza francesa. Respiré hondo y me miré en el espejo de pie apoyada en la pared de mi dormitorio.

"Ya está", me dije.

Llegué al centro diez minutos antes de que empezara mi turno. No quería arriesgarme a llegar tarde y enfadar aún más a Alan. Cuando entré en el aparcamiento, me fijé en el coche de Nico. Era difícil pasar por alto que era un coche deportivo negro. También era difícil no verlo porque estaba apoyado en él con las manos en los bolsillos. Parecía aburrido, como si hubiera estado esperando un rato. ¿Qué demonios hacía aquí?

Aparqué unas filas más allá y salí del coche. Lo cerré con llave y empecé a caminar hacia las instalaciones. Me crucé con Nico sin decir palabra. Le oí trotar para alcanzarme antes de ponerse a mi lado. Fingí que no me había dado cuenta. Incluso en silencio, su presencia me envolvía como un cálido aliento contra mi piel. No tengo tiempo para esto. Además, ¿y si alguien lo veía?

Caminé rápidamente delante de él hacia el interior de las instalaciones y atravesé el pasillo hasta los ascensores. Subió conmigo. La última vez que habíamos estado juntos fue una historia completamente diferente. Me pareció que había pasado toda una vida. Las puertas se abrieron y me dirigí hacia el gimnasio, con los nervios burbujeando en la garganta. Nico no estaba ayudando. No debería estar aquí.

Cuando llegamos a las puertas del gimnasio, me volví hacia él.

“¿Qué estás haciendo?”. Pregunté bruscamente.

"Los dos cometimos un error. Los dos nos metimos en problemas", dijo afirmativamente.

Un error. Sus palabras vibraron en mi cerebro hasta que aterrizaron en mi corazón, haciendo que se resquebrajara aún más. Cree que fue un error. ¿Por qué estaba bien que yo dijera que fue un error, pero cuando él lo hizo, me dolió muchísimo? Me tragué el dolor como si fuera una pastilla sin agua.

"Entonces, ¿crees que lo nuestro fue un error?".

Podía oír la tristeza en su voz, traicionando su actuación de tipo duro.

"No, pero tú sí".

Se dio la vuelta y caminó por el gimnasio hacia la puerta de Alan. Le seguí. Dudé en la puerta. Esto no estaba en ninguno de los escenarios que había representado en mi cabeza la noche anterior. Nico me tranquilizó con un gesto de la cabeza.

Llamé suavemente.

"Adelante", dijo Alan a través de la puerta.

Inspiré mientras giraba el picaporte y empujaba la puerta. Alan estaba sentado en su escritorio con las manos juntas. Me sorprendió ver que no estaba solo.

Capítulo 27

Nico

Podía sentir los nervios de Mallory. Aunque estuviera de vuelta en mi apartamento, seguiría siendo capaz de sentirlos a kilómetros de distancia. No tenía idea de en qué nos estábamos metiendo, pero sabía que ella tenía más razones para estar asustada que yo. Esa era la cruda realidad.

Mientras la seguía al despacho, vi que Mae y Jonas estaban sentados en las dos sillas frente a la mesa de Alan. Se dieron la vuelta cuando entramos y se levantaron de sus asientos. Mi hermana me dedicó una leve sonrisa. Jonas asintió con la cabeza. Sentí una enorme gratitud porque habían venido esta mañana.

Ayer, después de todo lo que había pasado con Mallory, me sentía mal del estómago. No debería haber sido tan descuidado de hablar con Mallory de nuestros asuntos personales en el trabajo, cuando ni siquiera se nos permitía tener asuntos personales. Fue que había llegado a un punto de ruptura, y necesitaba respuestas. No lo pense. Sabía que había estropeado las cosas para ella de una manera enorme, y necesitaba ayuda para buscar soluciones.

Cuando me fui ayer, estaba desesperado. No podía dejar que Mallory perdiera sus prácticas por mi culpa. De camino a casa, llamé a mi hermana y pedí reunirme con ella y Jonas. Anoche, durante la cena, les conté todo. Todos los detalles que les había estado ocultando salieron de mí. Desde nuestro primer beso hasta la pelea sobre San Diego y la noche que habíamos pasado juntos. A pesar de la aprensión que sentía por compartirlo todo con Jonas, sabía que tenía que hacerlo. También me sentí bien al desahogarme.

Le expliqué que había sido culpa mía. Que había sido yo quien la había perseguido. Aunque los sentimientos eran mutuos, no quería que le quitaran sus prácticas. Ella no debía cargar con la culpa.

Jonas no parecía muy contento conmigo, a pesar de que una vez dijo que a veces las reglas se torcían. Una cosa era para él y Mae, pero conmigo las líneas se volvían borrosas. Lo comprendí. Estaba en un aprieto. Claro que podía saltarse las normas por mí, pero ¿cómo se vería? Todo el

mundo pensaría que tenía privilegios especiales, y odiaría que mis compañeros de equipo lo interpretaran mal. Si me salía con la mía, podrían empezar a preguntarse qué más podría hacer siendo cuñado de Jonas.

Dijeron que hablarían de ello esa noche y me dijeron que me fuera a casa a descansar. Pero no pude descansar. Mi cerebro intentaba encontrar soluciones. Cualquier cosa para arreglar esto para Mallory. Casi no dormí. Cuando salió el sol esta mañana, me levanté temprano. Aunque ella no me lo había pedido, y Alan no me había invitado a estar en la reunión de esta mañana, fui porque quería apoyarla. Sólo esperaba que mi presencia no empeorara las cosas.

"Mallory", dijo Alan, saludándola.

Entonces me vio caminando detrás de ella. Se sorprendió, y no en el buen sentido.

"Nico", dijo, el tono de su voz ligeramente más bajo. "Por favor, sentaos los dos".

Nos sentamos en los sillones frente a él, mientras mi hermana y Jonas se ponían de pie contra la pared. Me sentí como si estuviera en el instituto recibiendo una reprimenda del director. Pero peor. Mucho peor.

Mallory se sentó rígida en su silla, esperando a oír lo que iba a salir de este lío. Apretaba las manos con fuerza. Yo quería más que nada acercarme y consolarla, pero no podía. Así que esperamos mientras Alan nos estudiaba a los dos durante un minuto que pareció una hora. Finalmente, habló.

"Supongo que conocen al señor Matthews y a su esposa, Mae", dijo Alan, señalándolos.

No me digas, pensé. Aunque me di cuenta de que se dirigía más bien a Mallory.

"Sí. Hola", dijo Mallory en voz baja, mirándolos a ambos.

"Quería reunirme con ellos esta mañana para hablar del asunto que nos ocupa. En lo que me metí ayer normalmente no sería asunto mío, pero aquí hay reglas. Reglas que te expliqué en tu primer día, Mallory. Reglas que el señor Klein conoce por sus muchos años en el equipo".

Me mordí el interior de la mejilla mientras escuchaba, tratando de obtener algún tipo de pista de qué dirección iba a tomar esto.

"Siento que te hayas enterado así", dijo Mallory. "Nunca quise traicionar tu confianza, Alan.

"Desafortunadamente, lo hiciste. Los dos lo hicisteis". Sus ojos se posaron en ella y luego en mí.

Tragué saliva. Pude ver cómo Mallory empezaba a desinflarse a mi lado. Esto no iba bien.

"Por suerte para ti, creo en las segundas oportunidades", continuó Alan. "Sin embargo, no será fácil. Tienes que trabajar de verdad para demostrar que te mereces una oportunidad".

Sentí alivio.

"Lo haré. Te prometo que, si me das otra oportunidad, me dejaré la piel para demostrarte que quiero estar aquí", dijo Mallory, con la voz esforzándose por encontrar confianza.

Alan la estudió un momento y vi que su determinación flaqueaba. Sabía que Mallory le caía bien. Formaban un buen equipo. Casi los veía como una pareja de padre e hija. Probablemente esto también era difícil para él.

"Hablé con el Sr. Matthews esta mañana", dijo Alan, mirando hacia Jonas. "Acordamos mantenerte como miembro del personal y dejarte terminar tus prácticas aquí con nosotros. De todas formas, sólo te quedan unas semanas".

Mallory se quedó boquiabierta. Estaba sorprendida. Se giró lentamente y miró a Jonas.

"Gracias, Sr. Matthews", dijo. Luego miró nerviosa a Mae rápidamente antes de volverse hacia Alan con incredulidad.

"En cuanto a lo que sea que esté pasando entre ustedes dos", dijo Alan, señalando entre los dos. "Se acaba en este momento. ¿Lo entendéis?".

Sabía lo que iba a pasar, pero oírlo fue como un puñetazo en el estómago. Miré a Jonas en busca de confirmación.

"Tengo que estar de acuerdo con Alan. Esto se ha vuelto demasiado complicado para continuar", dijo.

Miré a mi hermana. Ella pronunció la palabra "lo siento". Me di cuenta de que lo decía en serio.

Mallory asintió solemnemente antes de hablar. "Lo entiendo", dijo.

Sabía que habíamos terminado allí mismo, en el despacho donde nos habíamos besado no hacía mucho. Me parecía injusto que no pudiéramos despedirnos a nuestra manera. Me parecía injusto tener que verla todos los días, sabiendo que no podría estar con ella. Mi corazón se tensó ante la idea imposible de ello.

Pero tuve que dejar todo eso de lado y aceptar que yo era parte de este lío. Tenía que asumir la responsabilidad de mis actos. Conocía las reglas y no las escuché. Por mucho que no me gustara esta decisión, al menos Mallory consiguió mantener su trabajo. Al menos ella tenía que estar feliz por eso. La apoyaría desde lejos.

"Voy a necesitar que ambos firmen el papeleo en lo que respecta a esta reunión y en lo que respecta a su relación anterior a efectos de recursos humanos".

Relación. Nunca llegamos tan lejos.

"¿Es realmente necesario?". Pregunté. Era la primera vez que hablaba durante la reunión. Alan me lanzó una mirada que me hizo pensar que debería haberme quedado callado.

"Sí, señor Klein. Es necesario. Ha infringido la política de la empresa. Los dos tenéis que escribir por separado la naturaleza de vuestra relación. Aunque puedo ver que lo que sea que haya pasado entre ustedes dos era mutuo, no puedo tener otra cagada como la de Kev en mis manos", dijo Alan, entrecerrando los ojos hacia mí.

"Te aseguro que no fue nada de eso", dijo Mallory, saliendo en mi defensa.

"Te creo. Aun así, hay protocolos".

"Sí, señor".

"Haré que Recursos Humanos os envíe hoy mismo por correo electrónico el papeleo. Por favor, rellenadlo y devolverlo al final del día".

"Sí, señor", dijo.

"De acuerdo", dije.

Mientras Alan dirigía su atención a Jonas y Mae, pude ver cómo los ojos de Mallory se llenaban de lágrimas. Casi lo había perdido todo por mi culpa. No me miraba, sólo miraba al frente. Mallory era hermosa incluso cuando lloraba, pero eso me rompía en mil pedazos. Nunca quise lastimarla, y aún así, lo hice.

"Gracias por venir esta mañana, Sr. Matthews. Sé que es un hombre ocupado", dijo Alan, levantándose de su escritorio y estrechando la mano de Jonas. Luego a mi hermana.

"No hay problema", dijo Jonas con seguridad.

Mallory se levantó y volvió a dar las gracias a Jonas. Vi cómo Mae le ponía una mano en el hombro y le daba un apretón cariñoso. Me di cuenta de que nunca se habían conocido oficialmente hasta ese momento. Probablemente no ha sido la mejor presentación. Quería que mi hermana conociera eventualmente a Mallory como mi novia, pero no tendría esa oportunidad. Todas las cosas que quería estaban desapareciendo lentamente, como una especie de blip.

Cuando salieron de la habitación, Alan nos condujo a la puerta.

"Mallory, por hoy puedes irte a casa. Tómate el día libre. Mañana puedes empezar a demostrarme que te lo mereces", dijo Alan con severidad.

"Sí, señor", respondió ella.

"Nico, aunque no soy tu jefe, esperaba más de ti", dijo.

Nunca le había visto tan serio.

"Lo siento, Alan", dije.

Pero en el fondo, me preguntaba si lo sentía. Obviamente, lamentaba que nos hubieran pillado y que hubiera puesto en peligro su sueño, pero no lamentaba el resto. Los pocos momentos que había pasado con ella se habían grabado en mí, y me preguntaba si el tiempo lo curaría.

"De acuerdo, bien, sal de aquí antes de que alguien empiece a sacar conclusiones. Quiero que esto se mantenga en privado". Con eso, Alan cerró la puerta de su oficina, dejándonos solos a Mallory y a mí.

Ella inhaló un suspiro tembloroso antes de soltarlo lentamente. Salimos en silencio del gimnasio y caminamos por el pasillo. Tenía tanto que decirle, pero no sabía por dónde empezar. Sentía que mi tiempo con ella se acababa y sólo tenía este momento.

"Lo siento", solté mientras esperábamos los ascensores.

Por fin me miró. No estaba enfadada. No había tristeza. No podía leerla, aparte del hecho de que era la mujer más hermosa que había visto nunca.

"Por todo", continué. "Nunca quise meterte en este lío...".

Las puertas del ascensor se abrieron, pero ella no entró. Se quedó allí, sin apartar los ojos de los míos. Al cabo de un momento, las puertas se cerraron. Me estaba dando tiempo. Quizá ella también lo sabía. Nuestro tiempo se había acabado después de esta mañana.

"Pero no me arrepiento. Lo que dije esta mañana sobre que era un error... nunca podría ser eso. Lo que acaba de pasar ahí dentro nunca podrá quitar lo que pasó entre nosotros. Cualquier momento contigo valió la pena".

Seguía sin decir nada, pero me escuchaba. Me di cuenta de que mis palabras estaban llegando a ella por la forma en que parpadeó, las lágrimas que intentaba sujetar.

"Todavía me gustas de verdad. Sigo queriendo estar contigo, pero no voy a meterme a la fuerza en tu vida si eso arruina tu futuro. Así que me mantendré alejado. Me va a doler mucho, pero lo haré".

Pulsé el botón del ascensor. Las puertas se abrieron.

"Que tengas una buena vida, supongo". Entré y la vi quedarse con la boca abierta mientras se cerraban las puertas.

Lo había dejado todo ahí fuera. Ya no importaba, pero al menos ella lo sabía. Eso tenía que ser suficiente.

Capítulo 28

MALLORY

Me quedé en silencio, aturdida, con todas las palabras que quería decir, en la punta de la lengua, pero no pude. Las puertas del ascensor se cerraron con una finalidad que no me gustó, y vi a Nico desaparecer tras ellas. Era lo que había que hacer, aunque sus palabras seguían resonando en mis oídos.

Cualquier momento contigo valía la pena.

Sigo queriendo estar contigo.

Que tengas una buena vida.

Él sí que sabía decir exactamente lo que yo quería oír. En cuanto desapareció de mi vista, respiré hondo y temblorosa y me apoyé con las manos en la pared. No podía creer todo lo que acababa de pasar en una hora.

No tenía ni idea de qué iba a pasar en el despacho de Alan esta mañana, pero ver a la hermana de Nico y a Jonas no estaba en mis expectativas. No tuve tiempo de cuestionarlo, ya que era una bola de nervios y estaba decidida a escuchar la decisión de mi futuro. ¿Les había llamado Nico?

La idea me cabreaba y me hinchaba el corazón al mismo tiempo. No me gustaba la idea de que nadie viniera a rescatarme, por eso me sorprendió verlo esta mañana.

La idea era menos atractiva cuando significaba que era un desconocido el que venía a ayudarme. Jonas y Mae no me debían nada. Me sentí un poco rara porque me parecía un trato especial. No me lo merecía. Si hubiera sido cualquier otra persona, habrían sido despedidos, pero como Nico estaba involucrado, estábamos fuera de lo normal. Se me puso la piel de gallina.

Aun así, pude conservar las prácticas que tanto temía perder. No me gustó mucho el trato para conservarlo, pero tenía que superarlo.

Había muchas cosas que superar.

Sabía que la posibilidad de que Nico y yo estuviéramos juntos era mínima, pero aun así, las palabras de Alan me atravesaron como una cuchilla recién afilada. Sentí como si el aire saliera de la habitación. Pude verlo en la forma en que los hombros de Nico se hundieron. Fue un movimiento mínimo, pero lo noté.

Nos habían quitado la despedida. Estaba decidido, más que acordado. ¿Pero de qué nos estábamos despidiendo? En realidad nunca tuvimos un principio de algo de lo que despedirnos. Lógicamente, así sería más fácil marcharse. Sin embargo, aquí estaba yo, de luto por el tipo que estaba aquí hace unos minutos, derramando su corazón antes de dejarme en este pasillo vacío.

"Contrólate, Mallory", susurré.

Me separé de la pared y pulsé el botón del ascensor. No necesitaba que Alan me viera así, ni tampoco el resto del personal que seguramente entraría en cualquier momento. Me alegré de no tener que enfrentarme a nadie más hoy. Por mucho que quisiera demostrarle a Alan que quería esto, no me opuse a que me enviara a casa hoy. Necesitaba tiempo para llorar y, con suerte, sacarme la idea de lo que podría haber sido.

Las puertas del ascensor se abrieron. Todavía podía olerlo en los rincones. Lo respiré mientras bajaba al aparcamiento. Su coche no estaba. Sacudí la cabeza.

¿Qué esperaba? ¿Que me esperara?

Se había acabado. Tenía que acabarse.

En mi coche, debatí si debía irme a casa o no. Realmente no quería estar sola. Miré la hora en el tablero. Eran poco más de las 8. Puse el coche en marcha y me fui.

Sin pensármelo dos veces, aparqué en el edificio de Mads e Iván. No había mandado ningún mensaje ni llamado, sólo esperaba que estuvieran aquí. Necesitaba a mis amigos.

Llamé a la puerta y esperé arrastrando los pies. Volví a llamar y oí pasos que venían hacia mí.

"Ya voy, ya voy", dijo Iván, con la voz amortiguada por la puerta.

La puerta se abrió lentamente y él se asomó. Sus ojos se abrieron de par en par al verme. "Mallory. ¿Qué haces aquí?".

No dije nada. Las lágrimas empezaron a brotar. Iván abrió la puerta de par en par y me hizo

pasar, con una expresión de preocupación en su rostro.

"¡Mads! ¡Despierta! Mal está aquí", gritó Iván por el pasillo antes de llevarme al sofá. Me senté, hundiéndome en los asientos de felpa.

"¿Qué pasa?", preguntó. “¿Estás bien?”.

Me miró de arriba abajo frenéticamente, como si pudiera tener algún tipo de herida visible. Reprimí una carcajada entre sollozos silenciosos. Este dolor no se podía arreglar con una tirita o una escayola. No era visible, pero dolía muchísimo.

"¿Quieres dejar de hacer eso?", pregunté, con una pequeña sonrisa en los labios.

“¿Qué?”.

"Inspeccionándome como una maldita enfermera de la UCI".

Iván se rió. "Lo siento, la fuerza de la costumbre".

"Mal, ¿qué haces aquí?", preguntó Mads, bajando por el pasillo. Se estaba tapando la cabeza con una camiseta y parecía aturdido por el sueño.

Me di cuenta de que no les había contado todo lo que había pasado desde que estábamos todos juntos tomando pizza y cerveza. Lo último que sabían era que Nico y yo nos habíamos besado varias veces. No sabían que las cosas se habían vuelto mucho más íntimas. Y complicadas.

Respiré hondo y les conté todo. Cómo le había dicho que viniera aquella noche. Cómo lo había dejado plantado después. Cómo Alan nos había descubierto. Lo conté todo rápidamente. Era como si cuanto más rápido hablaba de ello, menos tenía que decir con las palabras. Escucharon atentamente, cada vez más sorprendidos.

"Jesús, Mallory", dijo Mads, frotándose las palmas de las manos.

"Bueno, ¿estás despedida?", preguntó Iván.

"Fui esta mañana a una reunión con Alan. Nico también estaba allí. Y el dueño del equipo y su mujer, que resulta ser la hermana de Nico".

"Hostia puta", dijo Iván.

"¿Y? ¿Qué pasó?".

"Decidieron dejarme conservar las prácticas", dije agradecida.

Iván y Mads soltaron un suspiro colectivo de alivio.

"¿Y qué pasa con...?", preguntó Mads.

"¿Nico?".

Dios. Me dolía incluso pronunciar su nombre.

"Se acabó", dije. "Dijeron que teníamos que terminar".

"Lo siento, Mal", dijo Iván, frotándome el brazo.

"No pasa nada", dije encogiéndome de hombros. "Es lógico. No puedo enfadarme por la decisión. Debería alegrarme de poder continuar con mis prácticas durante las próximas semanas".

"Me alegro por ti", dijo Mads. "Me refiero a que puedas seguir trabajando allí. Sabemos lo mucho que significa para ti. No te había visto tan animada por nada desde que nos hicimos amigos. Sé que la otra mierda apesta...".

"Nunca debí dejar que pasara", dije en voz baja.

"Todo el mundo comete errores", dijo Iván tranquilizadoramente.

"Sí, pero yo no soy esa clase de chica. Lo puse todo en peligro por un chico guapo". Sacudí la cabeza.

"No seas tan dura contigo misma", dijo Mads.

"¿Sabes qué te hará sentir mejor?", preguntó Iván.

"¿Qué?", pregunté con curiosidad.

"El desayuno", dijo, dándose una palmada en los muslos y levantándose del sofá.

Se volvió hacia mí y me tendió las manos. Me reí cuando me tiró del sofá y Mads hizo lo mismo. Los seguí hasta la cocina y me senté en un taburete. Observé cómo se movían por la cocina, y el olor a beicon y huevos pronto llenó el ambiente. Era justo lo que necesitaba después del desastre

de la mañana.

Al día siguiente, llegué al trabajo media hora antes. Era hora de empezar a demostrar mi valía. Llamé a la puerta de Alan.

"Adelante", me dijo.

Giré el pomo y abrí la puerta de un empujón.

"Buenos días", dije, intentando no ser demasiado obvia al buscar en su cara de qué humor estaba.

"Oh, buenos días, Mallory. Llegas temprano".

Parecía menos que impresionado mientras volvía a revolver los papeles de su escritorio.

"Uh, sí. Pensé que podría venir temprano y preparar las salas de terapia".

"Si eso es lo que crees que hay que hacer", dijo, sin levantar la vista.

Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba, pero no era de las que se rinden.

Las dos semanas siguientes llegué temprano y me fui tarde. Me concentré en mis sesiones de entrenamiento, no sólo para llevar a mis pacientes más allá de sus límites, sino también para fomentar la camaradería y la confianza. Rellené mis papeles con diligencia y los archivé ordenadamente. Mantenía el almacén del equipo ordenado, con los contenedores apilados y las etiquetas hacia fuera.

Sabía que Alan me observaba, pero fingí no darme cuenta. Esto no era todo para él. También era por mí. Me encantaba este trabajo y quería ser buena en él. Aun así, sentí la presión de los ojos vigilantes de Alan. No podía entenderle. ¿Seguía decepcionado conmigo? ¿O había algo más? Lo sentía especialmente cuando Nico estaba cerca.

Era inevitable verlo cerca. Por suerte, no había sido todos los días, pero la mayoría de los días nos cruzábamos en los pasillos o en el gimnasio. En lugar de los saludos habituales, no decía nada. Podía no haber estado allí. Ya ni siquiera me miraba. No sabía qué esperaba, pero sabía que no esperaba que me doliera tanto. Sabiendo que Alan me observaba, hice todo lo posible por actuar como si no me importara.

Actué como si nada hubiera pasado. Como si sus manos nunca hubieran cogido las mías. Como si sus labios nunca se hubieran encontrado con los míos. Como si sus palabras no las hubieran repetido cada noche antes de irme a dormir.

Mantuve la cabeza gacha y mi cara de póquer. No tardaría mucho en salir de aquí. Esperaba que todo lo que había hecho desde el lío con Nico fuera suficiente para demostrarle a Alan que merecía una excelente carta de recomendación.

Los últimos días de prácticas, Alan me llamó a su despacho. Cuando entré, estaba haciendo la maleta de mano. El equipo se marchaba hoy para jugar los últimos partidos de pretemporada fuera de casa. Alan me había dicho que esta vez no iría. Me pregunté si sería porque aún no confiaba plenamente en mí. Era difícil que me viera con el ajetreo de viajar con el equipo. ¿Podría culparle? Me acordé del ascensor del hotel en Colorado.

Alan levantó la vista y señaló la silla que tenía delante. "Toma asiento".

Me senté en la silla, erguida y expectante.

"Como sabes, hoy nos vamos a Nueva York", me dijo.

Asentí con la cabeza.

"Como no nos acompañas, necesitaré que hagas todo el papeleo mientras estemos fuera. Tendrás libre acceso a mi despacho. Asegúrate de tenerlo todo en orden, ya que tu periodo de prácticas llega a su fin".

"Sí, señor", dije.

Había empezado a usar "señor" en lugar de "Alan". Me parecía tan formal después de la amistad que habíamos forjado, pero lo había estropeado.

Me miró por un momento. El antiguo Alan. Sentí un pequeño destello de esperanza. Quizá aún había esperanza para nosotros.

"Será mejor que me vaya", dijo. El momento terminó abruptamente.

"Buen viaje", le dije.

Cuando salió de su despacho, me acerqué a la gran ventana que daba al aparcamiento. Un gran autobús esperaba, retumbando abajo mientras yo veía al equipo cargar sus maletas. Sentí una pequeña punzada de tristeza por no poder unirme a ellos por última vez.

Vi a Nico metiendo la maleta en los bajos. Se estiró y volvió hacia la puerta abierta del autobús, pero se detuvo un momento. Miró hacia el edificio. Juré que sentí que sus ojos me buscaban, pero yo estaba demasiado lejos para que me viera. Me alejé de la ventana, recuperando el aliento.

Capítulo 29

NICO

No estaba seguro de si mi mente me estaba jugando una mala pasada, pero habría jurado que vi a Mallory en lo alto a través de la ventana de la oficina. Fue más una sensación que el hecho de poder distinguirla. Probablemente fue una ilusión. Me colgué la mochila al hombro y subí al autobús, eche otro vistazo al edificio. No había nadie.

Encontré asiento en una fila vacía. Kenny me miró cuando me crucé con él, pero no estaba de humor para hablar. Dejé la mochila en el asiento vacío de al lado, me senté junto a la ventanilla y me puse los auriculares. No puse música. Tampoco estaba de humor para eso. Lo único que quería era que todos me dejaran en paz.

Alan subió al autobús y yo me senté un poco más erguido. Ocupó uno de los asientos delanteros junto al entrenador. No estaba Mallory. Tenía el presentimiento de que no vendría, pero el cierre de las puertas del autobús no fue más que una confirmación. Apoyé la cabeza contra el cristal de la ventanilla y me enfurruñé.

Probablemente era mejor así. No necesitaba que me recordaran que no podía estar con ella. Ya me lo habían recordado toda la semana. Tenía que hacer todo lo posible para no mirarla cuando me cruzaba con ella en los pasillos o cuando estaba haciendo una sesión de terapia en el gimnasio. Puede que haya entrenado mis ojos para no mirarla, pero mi mente era más difícil de entrenar. No podía dejar de pensar en ella.

Pronto, el autobús salió del aparcamiento. Estábamos de camino a Nueva York para un gran partido mañana contra nuestros mayores rivales. Nos habían eliminado de los playoffs el año pasado, pasando a ganar el campeonato. Este último partido de pretemporada sería un buen determinante de lo que estaba por venir. Todos harían sus apuestas y estarían atentos para ver quién saldría vencedor.

Podía sentir que todo el mundo estaba pensando en el partido, lo que hacía que mi actitud tranquila fuera normal. Sin embargo, mi cabeza estaba en otra parte.

Llegamos a Nueva York cinco horas más tarde. El autobús se detuvo frente al Grand Hotel. Chirrió cuando el conductor lo aparcó.

"Muy bien, chicos", dijo el entrenador, poniéndose de pie y volviéndose hacia la parte trasera del autobús. "Ya está. Hemos llegado a territorio enemigo. Ya sabéis lo que eso significa".

"Nada de alcohol. No romper el toque de queda. Nada de mujeres", recitó el equipo al unísono.

Puse los ojos en blanco ante esto último. No me interesaba ninguna mujer aparte de la que tenía en casa, y tampoco podía tenerla.

Cogí mi mochila y avancé rápidamente por el pasillo antes de que nadie se hubiera levantado de su asiento. El conductor abrió las puertas y bajé del autobús. Esperé impaciente a que el conductor desbloqueara los bajos. Finalmente, se acercó y me abrió la puerta. El resto del equipo ya estaba bajando del autobús. Revolví las maletas hasta que encontré la mía, la bajé y me dirigí hacia las puertas giratorias.

"Hola, Nico", oí decir a Kenny, pero lo ignoré.

En recepción, pedí otra habitación. Normalmente me alojaba con Kenny, pero no me apetecía estar cerca de nadie cuando no era necesario. Vi cómo la recepcionista tecleaba en el ordenador y escaneaba la pantalla.

"Te he encontrado una habitación. Pero está en otra planta", dijo.

"Mejor aún", le contesté mientras le pasaba mi tarjeta de crédito.

Enseguida me dio la llave de la habitación y me volví hacia los ascensores. Kenny estaba delante de mí, a punto de ponerse en la cola para facturar.

"Oye, ¿ya nos has registrado?", me preguntó, mirando la llave en mi mano.

"Esta vez estás solo, tío. Disfruta", le dije mientras hacía rodar mi maleta por el vestíbulo.

Le oí decir algo en voz baja, pero no me importó. La verdad era que sabía que había tenido una actitud de mierda las últimas semanas. Pero no conseguía salir de ella. Nadie se lo merecía, especialmente Kenny. No le había dicho lo que había pasado con Mallory. Nadie en el equipo sabía lo cerca que había estado de ser despedida, todo por mi culpa.

Me salté la cena del equipo y pedí servicio de habitaciones. Sabía que el entrenador se enfadaría, así que me inventé algo sobre el mareo. Parecía que se lo había tragado. Cuando me trajeron la

hamburguesa, cerré las cortinas que daban a la bulliciosa ciudad y puse una película que solía hacerme reír. No tuve suerte. Pinché mi hamburguesa, dándole unos mordiscos, y me acosté.

Al día siguiente, me levanté temprano. Salí a correr por la ciudad, comparándola con Boston. Cuando volví al hotel, era hora de hacer las maletas e ir al estadio. En el autobús, Kenny me movió la maleta y se sentó a mi lado, para mi disgusto.

"¿Qué te pasa, tío?", me preguntó.

“Nada”. Me encogí de hombros.

"Mira, no sé lo que pasa y si no quieres hablar de ello, vale. Pero hoy es un gran partido. No lo arruines para el resto de nosotros". Se levantó y caminó por el pasillo hacia otro asiento.

Dios mío. Odiaba cuando tenía razón.

Cuando llegamos al estadio, nos dirigimos a los vestuarios del equipo visitante. Me puse el uniforme y colgué la bolsa en la taquilla antes de reunirme con el resto del equipo en el centro de la sala.

"Hoy es el día, chicos. Tenemos mucho que demostrar, pero no quiero que esa presión os afecte. Al fin y al cabo, estamos aquí porque amamos el béisbol. Así es como ganamos. ¿Entendido?".

"¡Sí, señor!", dijimos al unísono.

"Boston, a la de tres", dijo el entrenador en voz alta.

Juntamos las manos en el centro.

"¡Uno, dos, tres-Boston!", gritamos.

En ese momento, supe que tenía que dar un paso adelante y dejar atrás cualquier tontería durante las próximas horas. Estos chicos me necesitaban. Además, una victoria me sentaría muy bien en ese instante.

Nos dirigimos al campo. Las gradas empezaban a llenarse. Las luces brillaban. El locutor hablaba por los altavoces. Había energía en el ambiente. De eso se trataba. Bloqueé todo, excepto mi amor por el juego.

Acabamos ganando en la undécima entrada. Estábamos agotados después de haber luchado tanto para estar empatados. En nuestro último turno al bate, estábamos empatados. Kenny bateó un

batazo de línea, llevando a uno de los nuestros a casa. Se había acabado. Corrimos hacia el campo como maníacos, lanzándolo sobre nuestros hombros. La sonrisa en su cara era más brillante que las luces del estadio. Tras un inicio de pretemporada titubeante, acababa de redimirse. Me permití ser feliz en ese momento.

Cuando Mae llamó esa noche, rechacé su llamada. Hablábamos después de cada partido. Era nuestra tradición, y yo la estaba rompiendo. Sabía que ella no tenía la culpa de lo que había pasado con Mallory, pero seguía cabreado.

Al día siguiente, todo el mundo estaba de buen humor en el autobús de vuelta a casa. Yo estaba listo para volver a Boston. Teníamos unos días antes de que empezara la temporada regular y estaba deseando que llegara el descanso.

Al cabo de un día ya me sentía aburrido, pero sobre todo solo. Me preguntaba por qué había comprado ese enorme apartamento, no había sido una buena idea. Todas las habitaciones vacías dejaban dolorosamente claro que no tenía a nadie con quien compartirlo.

Kenny me invitó a salir a celebrar la victoria en Murphy 's. Le dije que sí, pero sólo para compensarle por haberle abandonado en el hotel. Prácticamente me vi obligado a salir de mi apartamento y me presenté en pantalones cortos de gimnasia y una camiseta raída, mientras que el equipo vestía sus mejores galas del fin de semana.

"Vaya, no tenías que disfrazarte para mí", dijo Kenny cuando me acerqué a la cabina donde estaban sentados todos.

“Cállate”. Puse los ojos en blanco.

Bridget se acercó y nos tomó nota de las bebidas. Pedí un whisky con hielo y me lo bebí en dos segundos.

"Que sigan viniendo", le dije.

Pensé que tal vez adormecerlo todo me haría sentir mejor, pero cuando me desperté a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza y el estómago revuelto, me sentía peor que nunca. Había cogido un Uber para volver a casa mientras el resto de los chicos se dirigían a la inauguración de un nuevo club. No llevaba el atuendo adecuado y no estaba de humor para eso.

Después de zamparme un burrito grasiento del restaurante mexicano de la calle, me di una larga ducha y me sentí mejor. Me miré en el espejo del baño y me dirigí una mirada severa. Había dejado de ser ese tipo. Era mejor ser el antiguo yo. Divirtiéndome y acostándome con cualquiera sin ataduras. Había aprendido la lección.

Sí, estaba mejor solo, pero una mascota podría ayudarme. Busqué un refugio local y puse la dirección en mi teléfono. Llegué veinte minutos más tarde. Me acerqué a la recepción y esperé a que la chica que trabajaba allí terminara su llamada.

Cuando colgó el teléfono, levantó la vista y sus ojos se abrieron de par en par.

"Tú eres... Tú eres Nico Klein", tartamudeó sorprendida.

"Sí". Reí nerviosamente.

Me apoyé en el mostrador despreocupadamente. Podía sacar provecho de la situación. Quizá accediera a saltarme la evaluación y me dejara llevarme una mascota a casa hoy.

"Quería echar un vistazo. Necesito un compañero". Le guiñé un ojo.

"Por supuesto", dijo levantándose rápidamente.

Se dirigió a otra puerta y me hizo un gesto para que la siguiera.

Entramos en una gran sala llena de jaulas de cristal. Estaban llenas de gatos. No podía creer cuántos de ellos necesitaban un hogar.

"Te dejaré echar un vistazo. Grita si necesitas algo", me dijo.

Pasé los siguientes veinte minutos mirando a cada gato, intentando llamar su atención. Casi todos se mostraron desinteresados. Excepto uno. Un pequeño gato atigrado naranja. Se acercó a la ventana cuando me acerqué y frotó la nariz contra el cristal. Le moví el dedo y me dio un zarpazo a través del cristal. Me reí suavemente.

"Se llama Amarilla", dijo la chica de recepción. No la había oído volver a entrar.

"¿Está disponible?", pregunté.

“Sí”.

"¿Hoy?".

"Um, es una exageración, pero... puedo hacer que suceda. Deja que reúna algunos papeles".

Unas horas más tarde, estaba de vuelta en mi apartamento y presentando a Amarilla su nuevo

hogar. Después del refugio, habíamos pasado por la tienda de animales y compré todo lo que me sugirieron. Lo monté todo y miré a mi alrededor. Maldita sea, esta gata estaba mimada.

Le hice una foto mientras exploraba su nueva torre y se la envié a Mae. Me pareció una bandera blanca.

Mae: *¡OMG! ¡Nico! ¿Es tuyo?*

Yo: *Sip. Acabo de traerla a casa.*

Mae: *Voy para allá.*

Sonreí mientras deslizaba mi teléfono en el bolsillo. Me arrodillé en el suelo y jugué con Amarilla. Pronto oí que llamaban a mi puerta. Mae no bromeaba. Abrí la puerta y ella entró empujando.

"¿Dónde está?".

Me reí. Me alegré de que estuviera aquí.

Capítulo 30

MALLORY

El día de la inauguración el ambiente en el estadio era totalmente distinto al de pretemporada. Las gradas estaban abarrotadas de aficionados ataviados con sus camisetas y niños pequeños con la cara pintada. Parecía que el estadio vibraba de emoción. Miré a mi alrededor con asombro mientras me dirigía al banquillo con Alan.

"Es otra cosa, ¿verdad?", me preguntó Alan, mirándome con complicidad.

"Pensaba que los entrenamientos de primavera eran una locura. Esto es irreal".

"No hay nada como el día de la inauguración en Boston".

Tomamos asiento en el banco. Estábamos los dos solos. El equipo aún no había salido al campo.

"Esperemos que no haya lesiones hoy para que podamos disfrutar del partido", dijo Alan.

"O cámaras cayendo sobre cabezas...", añadí.

Se rió.

El público no tardó en levantarse de sus asientos y animar al equipo mientras entraban en el campo para calentar. Si antes pensaba que el lugar vibraba, en ese momento parecía un terremoto. Aplaudí con ellos un rato antes de sacar el móvil. Había un mensaje de Mads: ¡Buena suerte en tu último día! Te estaré viendo por la tele.

Yo: ¡Gracias!

"Deberías hacer algunas fotos para tener recuerdos", sugirió Alan, señalando mi teléfono con la cabeza.

"Es una buena idea", dije.

Hice unas cuantas del campo. No pude evitar que Nico saliera en las fotos. Estaba en primer plano, lanzando el balón a Kenny.

"¿Y yo qué?", preguntó Alan con una sonrisa. "Podemos hacernos una selfie".

Me reí. "¿Quieres decir un selfie?".

"Tomate, tomahto". Se desentendió de su metedura de pata verbal.

Qué gracioso es, pensé.

Me acerqué y levanté el teléfono con la pantalla hacia nosotros. Nos colocamos en el pequeño rectángulo.

"Cheese", dije.

Hice la foto.

"Esa de ahí es buena", dijo Alan, señalando la pantalla.

"Sin duda".

Sonreí mientras volvía a guardar el teléfono en la riñonera. Sentía que estábamos en un buen momento. Las dos últimas semanas habían sido duras, pero hoy me sentía diferente. Quizá porque era mi último día. Sentía que alguien me estrujaba el corazón al pensarlo.

No podía creer que mi tiempo aquí había terminado. Había llegado a amarlo tanto. Las instalaciones. El estadio. El personal. El equipo. Alan. El jugador guapo que solía guiñarme el ojo. Una parte de mí deseaba poder quedarme, pero era hora de seguir adelante.

En más de un sentido.

El locutor sonó por los altavoces y empezó a anunciar la alineación inicial. El público aplaudió al ver las caras de sus jugadores favoritos en la gran pantalla.

"¡Número 33! Nico Klein".

Sentí que se me ponía la piel de gallina al escuchar los gritos de la grada y ver su cara parpadear

sobre el campo. Me pregunté si alguna vez superaría la sensación de simplemente oír su nombre. No pasaría mucho tiempo y ya no lo oiría, y mucho menos lo vería, a menos que pusiera la ESPN.

Hice una nota mental: mantente alejada de ESPN. Al menos por un tiempo.

El partido fue bueno. Creo que los partidos más entretenidos son aquellos en los que no hay una goleada, sino una lucha rápida y constante hasta el final. Este partido fue precisamente eso. Cuando los aficionados no estaban animando o gritando obscenidades a los árbitros, estaban conteniendo la respiración. Yo estaba allí con ellos.

No creía que ninguno de los partidos a los que había asistido en pretemporada hubiera sido cerrado. Era lo que más admiraba de este equipo. Daban mucha guerra. Probablemente por eso Boston los quería tanto.

Estaban dando esa misma pelea en la novena entrada. El equipo contrario ganaba por uno. Kenny acababa de robar la segunda base, deslizándose unos segundos antes de que la pelota golpeara el guante del base. Mitch estaba bateando. Podía ver sus nervios tensando todo su cuerpo mientras agarraba el bate con fuerza.

"Ese chico tiene que relajarse", dijo Alan, inclinándose hacia delante con las manos en puños nerviosos. Noté que se le ponían blancos los nudillos.

Los lanzamientos se sucedieron con rapidez. Uno tras otro. Mitch se ponchó.

"Mierda", murmuró Alan.

Sentí que se me hundía el corazón.

Derrotado, Mitch pateó la tierra mientras caminaba hacia el banquillo, lanzando su bate sobre el cemento para que repiqueteara ruidosamente. Podía sentir mi ansiedad mezclándose con el desayuno de esta mañana en mi estómago. No quería que perdieran el día de la inauguración. Tenían que ganar, pero con dos outs ya, la cosa no pintaba bien.

"En el bate, Nico Klein", se oyó por los altavoces.

Vi cómo salía con calma y confianza. O la presión no le afectaba o sabía disimularla muy bien. Era inquietantemente sexy. Intenté bajar mis sentimientos a un lugar al que había empujado a todos los demás.

La primera bola llegó rápido. Strike. Fue la decisión correcta, pero el público siguió abucheando.

La segunda bola entró más lenta, curvándose a la derecha. Strike. Esto no pintaba bien.

A pesar de estar tan cerca del strike, volvió a batear con calma. Puso los pies, levantando bolas de polvo rojo. Se acercó el bate a la oreja y esperó para lanzar. La bola entró rápido. Cerré los ojos. Se oyó un fuerte crujido y vítores. Mis ojos se abrieron de golpe para ver a Kenny rodeando la tercera y llegando a casa. Me puse en pie con Alan. Miramos con la respiración contenida para ver si la pelota llegaría lo suficientemente lejos como para ganarlo todo.

Pareció que caía eternamente, y de repente cayó en la primera fila de gradas del jardín izquierdo. Home run. El público enloqueció. Alan y yo saltamos y gritamos con todas nuestras fuerzas. Me iban a pitar los oídos durante días, pero merecía la pena. Esta sensación lo era todo. Habíamos ganado. El equipo salió al campo antes de que Nico llegara a la base.

"¡Vamos!", dijo Alan con entusiasmo.

Le miré dubitativa, pero me cogió de la mano y tiró de mí hacia las escaleras del banquillo. Corrimos hacia el equipo que había subido a Nico a hombros. En aquel caos, todos estaban demasiado distraídos, así que aproveché la oportunidad para mirarle. Probablemente por última vez. Parecía tan feliz. Sus ojos se posaron en sus compañeros, luego en las gradas y después en mí. Por un segundo, el ruido y las luces se ahogaron. Sólo estábamos él y yo. Y entonces se acabó.

Después del partido, se llevaron al equipo a una rueda de prensa. Alan y yo caminamos por el estadio hasta su despacho. Se sentó en su escritorio y me hizo un gesto para que me sentara frente a él. Sacó una carpeta del cajón y la puso delante de él.

"Vaya despedida", me dijo.

"Ya lo creo. Creo que nunca había estado tan nerviosa".

"Nos mantuvieron alerta. Siempre lo hacen. Será una temporada increíble".

Asentí y me miré las manos. Una temporada de la que no formaré parte.

Alan se quedó callado un momento, como si acabara de darse cuenta de que yo ya no estaría allí. Esperaba que hubiera disfrutado tanto conmigo como yo con él. A pesar de que las cosas se complicaron hacia el final, seguía admirándolo mucho. Seguía viéndolo como una figura paterna, por eso fue tan duro para mí decepcionarlo.

Se aclaró la garganta y abrió el expediente que tenía delante.

"Así que he dado el visto bueno a todas tus horas y requisitos necesarios". Deslizó una pila de

papeles. Les eché un vistazo.

"Todo parece en orden", le dije.

Me acercó otro papel.

"Y esta es tu carta de recomendación", dijo con una pequeña sonrisa.

La cogí y la leí por encima, incrédula ante las palabras impresas en la página. Había escrito una crítica elogiosa de mi estancia aquí. Profesional. Dedicada. Puntual. Apasionada. Pude ver cómo las palabras empezaban a volverse borrosas detrás de mis ojos llorosos. No me lo esperaba. No después de todo lo que había pasado con Nico.

Me recompuse y coloqué la carta sobre el escritorio.

"Vaya, no sé qué decir", dije.

"Fue un placer trabajar contigo, Mallory", dijo. "Cualquiera tendrá suerte de tenerte".

"Gracias, Alan. Por todo. Has sido un mentor maravilloso. He aprendido mucho de ti. Y gracias por dejar que me quedara después de... mi indiscreción".

Me sonrió cálidamente y dejó escapar un suspiro cómplice.

"No eres la primera que se enamora de un jugador, y desde luego no serás la última. Intentamos cortarlo de raíz, pero no siempre funciona".

Esto me sorprendió, pero tampoco. Como alguien que decía que nunca se enamoraría de un atleta, podía ver lo fácil que era para otra chica. Este mundo era demasiado excitante como para no dejarse envolver por él, y cuando un chico guapo que podía tener a cualquiera te miraba como si fueras especial. No podías evitar esperar que la siguiente mirada fuera un intento masculino. La idea de que Nico mirara a otra chica de la misma forma que lo hacía conmigo era nauseabunda.

Sonreí débilmente a Alan y me levanté de la silla. Recogió mis papeles y los colocó ordenadamente en una carpeta antes de entregármela.

"Gracias, Alan", le tendí la mano y él la estrechó con firmeza.

“Buena suerte, Mallory”.

Salí de su despacho, deteniéndome brevemente en la esquina en la que Nico y yo nos habíamos besado. Fuimos bastante imprudentes, pero también había sido excitante. Sonreí ante el recuerdo, antes de continuar hacia la puerta.

Sería la última vez que estuviera. Quería despedirme como es debido .Allí encontré mi vocación y había aprendido mucho. Le debía mucho a este lugar. Además, tenía recuerdos por todas partes. Con Alan. Con el equipo. Con Nico.

Me abrí paso lentamente por el gimnasio vacío. Luego atravesé las salas de terapia y me asomé al almacén del equipo. Dejé escapar una suave carcajada pensando en aquel maldito pastel de chocolate. Estaba bueno, lo reconozco. Pero el beso fue mejor.

A continuación salí al pasillo y tomé el ascensor para bajar a los vestuarios. Llamé con fuerza antes de abrir la puerta. No había nadie. Me alegré por ello. No se me daban bien las despedidas. Me asomé brevemente al interior. Aquí fue donde conocí al equipo y al chico de ojos marrones que estaba agarrado a una toalla. Cerré la puerta.

Bajé en el ascensor hasta el aparcamiento. Atravesé las puertas y me dirigí a mi coche. Antes de entrar, me di la vuelta y miré hacia el estadio. El sol empezaba a ponerse, el cielo se ponía anaranjado. Me pareció una tontería, pero me despedí con la mano antes de entrar en el coche y marcharme.

Capítulo 39

Nico

Llegamos a Murphy 's en una fila de Ubers XL. El equipo se amontonó en la acera. Incluso el entrenador estaba con nosotros para celebrar la victoria esta noche. No había nada como ganarlo todo para tu equipo. Era la primera vez en las últimas semanas que me sentía yo mismo. Al menos por un momento.

Aunque estaba triste porque era el último día de Mallory, y no tuve la oportunidad de despedirme, no podía evitar sentirme esperanzado. Para mí, este sentimiento hacia ella estaba lejos de terminar. En todo caso, éramos un juego limpio. Ya no había reglas de trabajo ni de relaciones personales que se nos aplicaran. Creo que eso influyó en mi buen humor.

"Me alegro de tenerte de vuelta, tío", dijo Kenny, dándome una palmada en la espalda mientras me alisaba la camiseta después de estar hacinado en el coche con mis compañeros.

Sabía que había sido un amigo de mierda durante las últimas semanas. No sólo eso, sino un compañero de equipo y un hermano de mierda. Las cosas con Mae parecían ir mejor desde que vino a conocer a Amarilla.

"Es bueno estar de vuelta", dije. Kenny aún no sabía todo lo que había pasado con Alan. Ya encontraría tiempo esta noche para explicárselo, si conseguíamos un momento a solas.

Abrí de un tirón la puerta del bar y me encontré con vítores y los cánticos de nuestro equipo. Las voces de todos rebotaban en las paredes en un rugido atronador mientras se ponían en pie. La gente me daba palmaditas en la espalda mientras me adentraba en el bar y mis compañeros me seguían. Las noches de partido siempre eran una locura, sobre todo si ganábamos.

"¡Chicos! Gracias por enorgullecer a Boston", dijo Bridget, acercándose.

"¡Bridget!", dijimos todos al unísono.

Aunque era de nuestra edad, incluso más joven que algunos, era como nuestra orgullosa matriarca. Su barriga de embarazada la hacía aún más orgullosa.

"Seguidme", dijo, abriéndose paso entre la multitud para llevarnos a nuestro puesto habitual de la esquina.

Me reí al ver lo rápido que la gente se apartaba para dejar paso a una embarazada. Nos metimos en la cabina y en la de al lado. Casi todo el equipo estaba fuera esta noche, lo que brindaba a los aficionados que acababan de ver el partido una excelente oportunidad para observar a la gente. A mí no me importaba. Esta vida venía con el juego, y esta noche la vida parecía bastante buena.

"¡Cleo!", llamó Kenny, saludándola cuando entró por la puerta.

Levanté la vista y la vi sonriendo mientras se acercaba corriendo. Kenny se levantó de su asiento al final de la cabina y la abrazó.

"Puse el partido en la panadería", dijo ella, besándolo. "¡Fue una final del demonio!".

"Todo gracias a nuestro Nico", dijo Kenny, señalándome mientras Cleo colgaba de su cuello con orgullo. Luego volvió a besarla. Puse los ojos en blanco. No tenían ningún reparo a la hora de besarse. Esta noche no me importaba. Estaba de buen humor.

"¿Qué os traigo?", preguntó Bridget.

Todos le dimos nuestras órdenes. Chad, por supuesto, pidió una ronda de chupitos para toda la mesa. Me sorprendió que el entrenador pidiera un whisky doble con hielo. Casi nunca celebraba con nosotros. Vi cómo la mente de Bridget trabajaba mientras tomaba notas mentales de nuestros pedidos de bebidas. Me parecía impresionante cómo podía memorizar un pedido y no equivocarse nunca. Por eso llevaba el local.

Primero salieron los chupitos. Whisky. Y luego otra bandeja de ellos. Supongo que un fan nos había invitado a una ronda. Nos bebimos el primero y levantamos los segundos como agradecimiento al tipo de la barra que los había pagado. Iba a ser una noche divertida. Lo único que la haría perfecta era que Mallory estuviera aquí. Con el equipo y el entrenador sin saber nada entre nosotros, era mejor así. Ni siquiera sabía si ella quería tener algo que ver conmigo, pero planeaba averiguarlo.

Los chupitos pasaron rápido y ya me sentía bastante bien. A continuación nos sirvieron las bebidas.

Kenny se levantó y alzó su copa. "Por Nico", gritó.

"Por Nico", repitieron el equipo y el resto del bar.

Le hice un gesto con la mano. "¡Por todos nosotros!", dije.

Todos chocamos nuestras copas. Se apagaron las repeticiones de ESPN y sonó rock clásico. El bar se convirtió en una fiesta. Antes de que la cosa se desmadrara, pedí a Kenny y Cleo que me acompañaran a la barra. Encontramos una fila de asientos vacía y nos sentamos.

"Oye, quería pedirte perdón por haber sido tan capullo últimamente", le dije a Kenny.

"Sí, ¿qué te pasaba?", preguntó.

"Tuve que romper con Mallory", dije.

"¿Por qué?", preguntó Cleo con los ojos muy abiertos.

"Nos pilló Alan".

"Oh, mierda. No pudiste guardártelo en el trabajo", rió Kenny, llevándose el puño a la boca y conteniendo una sonrisa.

Le di un golpe en el brazo.

"Así no", dije negando con la cabeza. "Alan nos pilló hablando acaloradamente. Sólo necesitaba saber a qué atenernos después de...".

"¿Después de qué?", preguntó Kenny.

"Nos acostamos. Luego me dejó plantado".

"Oh, mierda", dijo Kenny.

Cleo permaneció en silencio. En realidad la había llamado para pedirle consejo, y porque había estado en la cita doble con Mallory. Parecían congeniar muy bien.

"Entonces, ¿qué pasó?", preguntó Kenny.

"Tuvimos una reunión con Alan. Llamó a Mae y a Jonas como refuerzos porque no quería que perdiera las prácticas. Dijeron que podía conservar el trabajo, pero que teníamos que poner fin a la relación".

"Suena bastante bien", dijo Kenny. "Lo siento, tío".

"Siento haber sido tan imbécil. He estado ocupado con mis pensamientos y cabreado con el mundo".

"Ahh, está bien, Nico". Kenny me dio una palmada en la espalda.

"¿Qué te parece?". Le pregunté a Cleo. "¿Por qué se espantó?".

"Parece que se asustó".

"¿Asustada? ¿Por qué?".

"Mallory parece una chica dura que ha cuidado de sí misma. No de una manera egoísta, sino de una manera que no deja entrar a mucha gente".

Asentí. Podía verlo, pero no sabía por qué. Pensando en ello, nunca tuve la oportunidad de profundizar ni de obtener respuestas a las preguntas que se salían del tema. Me pregunté si tendría que ver con la cicatriz de su cadera.

"Pero le gustas, Nico. Me di cuenta en nuestra cita doble".

"Ja, apenas me habló y se aseguró de mantener al menos cinco centímetros entre nosotros en todo momento".

"Aún así, pude ver cómo te miraba. Había algo ahí".

Asentí con la cabeza y miré mi bebida. Sus palabras me hicieron sentir mejor, como si no lo hubiera inventado todo mi cabeza.

Volvimos a la cabina. Había unas cuantas chicas de pie hablando con Chad. Por supuesto. Esperaba que el tipo encontrara a alguien algún día. Era del tipo de persona que sólo buscaba amor. Era como un cachorro perdido buscando a su dueña en forma femenina.

Las chicas eran monas, pero no tenían nada que envidiar a Mallory. Sonreí al pensarlo. Kenny, Cleo y yo volvimos a la cabina para unirnos a la fiesta. Pasamos la noche hablando de la próxima temporada y de recuerdos divertidos. Las copas no paraban de fluir y me encontré sumido en un agradable y feliz subidón.

Al cabo de unas horas, algunos miembros del equipo quisieron ir a una discoteca. Yo me negué. Kenny y Cleo también. Estábamos listos para volver a casa. Ya no podíamos seguir el ritmo de

los novatos. O Chad, un novato de corazón. Compartimos un Uber de vuelta a nuestros apartamentos.

Cuando abrí la puerta y entré, Amarilla estaba inmediatamente a mis pies, frotando su suave pelaje contra mis piernas. Me arrodillé y le rasqué un poco detrás de las orejas. Ronroneó feliz antes de seguirme al baño mientras me lavaba para ir a la cama. Me dormí profundamente, pero antes pensé en Mallory. Tenía que volver a verla.

Pasé el día siguiente luchando contra la inevitable resaca. Tomé electrolitos. Pedí pizza en Ray 's. Vi películas en el sofá todo el día, entre episodios de sueño. El entrenador nos había dado el día libre. Gracias a Dios.

Al día siguiente, volvimos a entrenar. Me sentía estúpido buscando a alguien que sabía que no estaba allí. Era sólo un hábito que había desarrollado en los últimos meses. No había ni rastro de la chica del pelo negro recogido en una trenza. Sin embargo, me encontré con Alan en el gimnasio. Lo había estado evitando cuidadosamente desde nuestro encuentro. Me pareció extraño no verla a su lado.

"¿Cómo estás, Nico?", me preguntó.

Estaba sorprendentemente animado. Supongo que lo había superado. Exhalé un suspiro interno de alivio.

"Uh, bien. ¿Cómo estás tú?". Le pregunté.

"Trabajando, como siempre. Es más difícil sin mi ayudante aquí".

Asentí.

"Realmente me había acostumbrado a tenerla".

Lo mismo, pensé.

"Ah, bueno. Consiguió un trabajo de fisioterapeuta en un hospital. Me mandó un correo ayer con la noticia".

"Eso es genial", dije. Y lo era. Me alegré por ella.

"Era buena", dijo, asintiendo con la cabeza.

¿Qué intentaba decir entre líneas? ¿Me estaba sugiriendo algo? No tuve tiempo de averiguarlo

porque entró en su despacho y cerró la puerta.

Terminé mis estiramientos de enfriamiento, con las palabras de Alan aún en mi cabeza. Tenía que hablar con ella.

Recogí mis cosas y me dirigí a casa, donde me recibió de nuevo Amarilla. Era agradable tener a alguien con quien volver a casa, aunque fuera una gata me hacía feliz. Le di algo de cenar antes de sentarme en la encimera de la cocina. Saqué el móvil del bolsillo y lo dejé sobre la encimera de granito.

Lo miré, debatiéndome entre llamar o enviar un mensaje a Mallory. ¿Qué le diría? ¿Y si no quería saber nada de mí? Ya se lo había contado todo. Todavía quería estar con ella. En este momento podíamos estarlo. Sentía tanta presión por hacerlo bien.

Tenía que hacerlo. Arrancar la tirita. Decidí mandarle un mensaje. Nunca habíamos hablado por teléfono. No quería asustarla.

Le envié un simple mensaje: Hola.

Miré la pantalla en busca de alguna señal de vida, pero no había puntos rebotando. Miré hasta que la pantalla se oscureció por la inactividad. Quizá estaba trabajando, o quizá no quería hablar conmigo después de que casi lo estropeara todo.

Entonces Amarilla saltó a la encimera y se sentó, mirándome con los ojos muy abiertos. Inclinó la cabeza como si me hiciera una pregunta. Entonces me surgió una idea.

Cogí el móvil, le hice una foto a la gata y se la envié a Mallory. Nadie puede resistirse a una gata tan bella. Y tenía razón. Mi teléfono sonó.

Mallory: *¿Quién es?*

Tenía una entrada. Le conté todo sobre el refugio y cómo adopté a Amarilla. Entonces hice algo por capricho, y con las mayores esperanzas. Le envié un mensaje de texto invitándola a conocer al nuevo miembro peludo de mi familia. Aguanté la respiración mientras esperaba su respuesta.

Capítulo 32

MALLORY

¿Por qué Nico tenía que enviarme la foto de un lindo gatito? gruñí mientras miraba mi teléfono y leía el mensaje de texto que seguía a la foto.

Nico: ¿Quieres venir a conocerla?

Estaba usando a la gatita para llegar a mí.

Esperé unos minutos antes de responder, pensando en todas las razones para no hacerlo. Pero había algo que las superaba a todas: lo echaba de menos. Odiaba admitirlo, pero lo hacía. Pensaba que al no verle todos los días en el trabajo me resultaría más fácil olvidarle, pero fue todo lo contrario. Le echaba de menos.

Suspiré y escribí una respuesta.

Yo: ¿Cuál es tu dirección?

Todo esto me resultaba vagamente familiar. Mi teléfono sonó y su dirección apareció en mi pantalla. Me di cuenta de que nunca había estado en su casa. De repente, me puse nerviosa. Me miré el uniforme. Tenía que quitármelo y quitarme el olor a hospital.

Había sido mi primer día de formación. Me sorprendió que me contrataran tan rápido. Después de solicitar trabajo por Internet, la noche después del partido, me llamaron para una entrevista al día siguiente. Me contrataron en el acto, gracias a la carta de recomendación de Alan. Le debía una. Empecé a la mañana siguiente. Todo fue muy rápido. No me lo podía creer.

Me estaba formando como ayudante de fisioterapeuta en un hospital cercano. De momento, me gustaba mucho el trabajo. Para ser mi primer día, mi jefe parecía bien informado y el personal del hospital era amable. Incluso hice algunos amigos nuevos en la cafetería durante la hora del almuerzo.

Tenía pensado abrir una botella de vino para celebrar mi primer día, pero entonces Nico me envió un mensaje de texto. Era la última persona de la que esperaba tener noticias. Aunque sabía lo que sentía por mí, pensé que mi último día sería la última vez que lo vería. Eso era lo que creía que quería. Dejar atrás lo que teníamos mientras empezaba un nuevo capítulo. Sin embargo, aquí estaba, quitándome la bata y abriendo la ducha, preparándome para ir a su casa.

No quería parecer demasiado ansiosa. Me tomé mi tiempo para lavarme el pelo y depilarme las piernas. Una vez fuera, limpié el vapor del espejo y me pasé un cepillo por el pelo. Me puse un poco de lápiz de labios y dejé las cosas como estaban. En el armario encontré unos vaqueros holgados y una camiseta blanca recortada. Me miré en el espejo y me encogí de hombros. Bastante informal, pero mona al mismo tiempo.

Cogí el móvil y el bolso antes de salir y bajar al aparcamiento. En el coche, introduje la dirección de Nico en el buscador. Estaba a unos quince minutos en un complejo de apartamentos con un nombre que sonaba fuera de mi rango de precios.

Durante el trayecto, repasé todo lo que no debía hacer. No besarle. No acostarme con él. No te enamores de él. Corrección, no te enamores más de él. Me dije que seríamos amigos. Sólo íbamos a pasar el rato y jugar con su lindo gato.

Llegué a los apartamentos de cristal que él llamaba su casa. Mi única opción era aparcar con aparcacoches o en la calle, pero todas las plazas estaban ocupadas. Cuando me acerqué al aparcacoches, resoplé mientras buscaba en mi bolso dinero en efectivo como propina para más tarde. ¿Qué clase de complejo de apartamentos tiene servicio de aparcacoches? Encontré unos dólares y accedí a que el empleado aparcara mi coche. Me dio el ticket y entré.

El vestíbulo era tan grandioso, si no más, que algunos de los hoteles más bonitos en los que había estado. No había muchos, pero aun así, decía algo de la gente que vivía aquí. Me acerqué a la recepción. Una mujer vestida con un traje azul marino me sonrió amablemente.

"¿Puedo ayudarle?", me preguntó.

"Sí. Vengo a ver a Nico Klein".

"¿Nombre?".

"Mallory. Um, Mallory Greengrass".

La miré teclear en su ordenador.

"Ah, sí. Aquí tiene su tarjeta, Sra. Greengrass. Puede acceder a los ascensores con ella. El Sr. Klein está en el piso 11. Apartamento 1110. Está al final del pasillo".

Le cogí la tarjeta y me dirigí al ascensor. Aquí no dejaban entrar a cualquiera. Acerqué la tarjeta a la caja negra que había junto al ascensor y las puertas se abrieron. Entré y pulsé el botón de la undécima planta.

Cuando salí del ascensor, caminé hasta el final del pasillo. Al llegar a su puerta, respiré hondo antes de llamar suavemente. Unos instantes después, la puerta se abrió y allí estaba él, apoyado en el marco. Llevaba el pelo mojado por la ducha, una camiseta negra y un pantalón corto gris. Rápidamente recorro su cuerpo con la mirada y veo que me sonríe.

Todos mis "no debería" del viaje se desvanecían poco a poco.

"Hola", me dijo.

“Hola”.

Dio un paso atrás, permitiéndome entrar en su apartamento. Mis ojos se abrieron de par en par. No era un apartamento. Era una mini mansión. La entrada era más grande que mi apartamento. Di unos pasos con cuidado y oí cómo se cerraba la puerta. Giré en redondo, asimilándolo todo.

"No me extraña que necesitarás una mascota", dije. "¿Eres el dueño de todo el piso o algo así?".

"Sí". Se rió nerviosamente, frotándose la nuca.

Estaba bromeando cuando pregunté.

Algo suave me rozó los tobillos. Miré hacia abajo y vi a la gatita naranja más mona. Me arrodillé en el suelo y ella saltó a mi regazo.

"Le gustas", dijo Nico mientras se apoyaba en la pared y me miraba.

“¿Cómo se llama?”.

"Amarilla".

"Es muy mona".

"¿Tienes hambre?", preguntó.

No pensaba quedarme mucho tiempo, o al menos eso me dije a mí misma.

"Claro", dije vacilante.

Me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. Pasamos por delante del gran salón con ventanales que daban a la ciudad. Las luces parpadeantes eran preciosas a esas horas. Me condujo a la cocina, que no tenía nada que envidiar a la mía. Los armarios eran de color negro mate con herrajes negros, sobre una encimera de mármol gris marengo.

Observé cómo Nico rebuscaba en el armario y la nevera, sacando diferentes ingredientes. ¿De verdad iba a prepararme la cena en ese instante? Le vi moverse por la cocina con facilidad. Era bastante sexy. No hablamos mucho. Me limité a jugar con Amarilla, que se había subido a la encimera.

Veinte minutos después, me puso un bol de pasta delante. Los fideos desprendían vapor. Olía delicioso.

"¿Vino?", preguntó, sacando una botella de tinto del botellero.

"Claro. Gracias. Por cierto, tiene una pinta estupenda".

Se limitó a sonreír mientras descorchaba la botella y servía dos copas. Se sentó a mi lado en la encimera de la cocina y me pasó mi copa de vino. Ambos bebimos un sorbo antes de empezar a comer. La pasta estaba deliciosa. La devoré sin darme cuenta del hambre que tenía.

"Eres un buen cocinero", dije, reclinándome en la silla y observando ¿Qué otras sorpresas se guardaba en la manga?.

"En realidad es lo único que sé hacer. Era la receta de mi madre", dijo.

Me di cuenta de que parecía triste por un momento. Sentí que tal vez era un tema prohibido. Cuando le llamé la atención, me sostuvo la mirada. Sentí que el corazón me daba un vuelco en el pecho.

"Yo lavaré los platos", dije, levantándome de repente y llevando los platos al fregadero.

"Por favor, no hace falta que lo hagas", me dijo.

Pero lo hice. Estar tan cerca de él era demasiado. Necesitaba recuperar el aliento.

Puse los platos en el fregadero y me agarré a la encimera, intentando ordenar mis pensamientos. Le oí levantarse y sus pasos se dirigieron suavemente hacia mí. Puso sus manos a ambos lados de las mías sobre la encimera. Tragué saliva al sentir su aliento en mi cuello.

Lo sentía tan cerca que no lo pude resistir, me giré lentamente hacia él. Sus ojos estudiaron mi rostro como pidiendo permiso. Lo tenía. Lo tenía todo de mí.

Me mordí el labio inferior y esa fue su señal. Llevó sus manos a mi cara y acercó sus labios a los míos. Su lengua se encontró inmediatamente con la mía, chocando desesperadamente mientras se apretaba contra mí, mi espalda contra la encimera. Mis manos subieron por su espalda, aferrándose a su camisa para acercarlo a mí. Se la subí por la cabeza y la tiré al suelo antes de volver a acercar mi boca a la suya.

Sus manos se deslizaron por mi camiseta recortada con facilidad y tiraron de las copas de mi sujetador hacia abajo, liberando mis pechos a las palmas de sus manos. Los masajeó mientras separaba su boca de la mía y la colocaba contra mi mandíbula. Me besó hasta la oreja y luego bajó hasta el cuello.

Sus dedos desabrocharon el botón de mis vaqueros y los bajaron rápidamente antes de deslizarlos por mis piernas. Luego volvió a ponerse de pie y me desabrochó el sujetador con las manos antes de tirarme de la camisa por encima de la cabeza. Ambos cayeron al suelo.

Dio un paso atrás y me miró, observándome mientras me apoyaba en la encimera sin más ropa que un tanga de rejilla. Lo que antes eran brasas en sus ojos, en ese momento eran llamas. Mis ojos se posaron en su creciente erección, que le oprimía los calzoncillos. Di un paso hacia él y le puse las manos en las caderas. Le di la vuelta y le puse de espaldas al mostrador, luego tiré de la cintura de sus calzoncillos. Se los quité con facilidad, dejándole al descubierto. Rodeé con la mano la base de su polla y la subí y bajé lentamente.

Sin apartar los ojos de los suyos, me arrodillé y acerqué la boca a su palpitante erección. Separé los labios y lo engullí lentamente, lamiendo su piel con la lengua. Vi cómo se le cerraban los ojos y se le ponían blancos los nudillos al agarrar el borde de la encimera. Moví la boca arriba y abajo, chupando y besándo. Se retorció contra la encimera y, de repente, sus manos estaban a ambos lados de mi cabeza, tirando desesperadamente de mí para que me levantara.

Lo miré expectante mientras me agarraba de las caderas y me giraba para ponerme de cara a la encimera. Empujó mi espalda hacia abajo hasta que mis pechos quedaron sobre la fría encimera, la sensación hizo que se me hincharan los pezones. Mantuvo una mano en mi espalda mientras sentía que la otra subía por la parte posterior de mi muslo hasta que sus dedos se encontraron con la malla de mi tanga. Me frotó con los dedos lentamente mientras yo me humedecía contra ellos. Gimió al sentir cómo me filtraba a través de la malla.

Metió un dedo por debajo y las apartó. Sentí su punta contra mí, su mano sujetando su pene mientras se masajeaba contra mí. Era un placer tortuoso. Moví las caderas hacia atrás, rogándole que entrara, pero me empujó firmemente contra la encimera.

"Todavía no", susurró acercando su boca a mi oído.

Joder, qué calor.

Se arremolinó lentamente alrededor de mi abertura, deslizándose fácilmente contra mis pliegues. Solté un gemido silencioso. Me penetró despacio y sólo lo suficiente para que le suplicara más antes de separarse de mí.

"Nico", gemí sin aliento. Suplicante.

"¿Qué?", susurró.

"Fóllame".

Sentí que se colocaba detrás de mí. Me preparé antes de que me penetrara lentamente, centímetro a centímetro, llenándome de placer. Se apartó antes de volver a empujarme. En este ángulo, me golpeaba en el punto exacto, llevándome al límite. Gemí fuerte y su respiración se hizo más agitada, sus movimientos más rápidos. Más fuerte. Dejé escapar un grito mientras me tensaba y soltaba a su alrededor. Lo sentí estremecerse contra mí antes de tirarme al suelo de la cocina en un montón enredado y sin aliento.

Capítulo 33

NICO

Sentí que Mallory se acurrucaba a mi lado en la oscuridad. Me di la vuelta y la abracé, solo para descubrir que no era Mallory. Era Amarilla. Tanteé la cama grande, pero estaba vacía excepto por mi gato. Mallory no estaba allí. Parpadeé varias veces mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad de mi dormitorio. Me di la vuelta y cogí el teléfono. Apenas eran las cinco de la mañana.

Bostecé y me levanté de la cama, todavía desnudo. Cogí mis pantalones cortos y me los puse mientras caminaba por el pasillo. Tal vez estaba haciendo café antes del trabajo o en el baño. Era imposible que se hubiera ido tan temprano sin despedirse. La puerta del baño estaba abierta y la habitación vacía. Asomé la cabeza por la esquina de la cocina. Las luces estaban apagadas y también estaba vacía. El apartamento estaba en silencio.

Entonces me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta. Debía de haber salido sola. Me acerqué a la puerta, rascándome la cabeza, y giré la cerradura. Puse la mano contra la puerta y me apoyé en ella mientras bajaba la cabeza. ¿De verdad estábamos haciendo esto otra vez?

Era otro rollo de una noche, y volví a sentirme utilizado. Antes era yo el que se escabullía de las chicas sin que se dieran cuenta, pero en ese momento era yo el que se quedaba atrás. Ella había sido la que lo había hecho dos veces. Parecía un mal sueño que se repetía.

Volví a mi habitación y me metí en la cama. Era demasiado temprano. Me sentía como si tuviera una resaca emocional. Amarilla seguía allí, tumbada junto a mi almohada. La acerqué a mí y miré al techo. Aún podía oler a Mallory entre las sábanas. El familiar aroma a vainilla que había echado de menos estas últimas semanas, pero esta vez mezclado con la salinidad de su sudor. Aún podía sentirla a mi alrededor. Me acerqué al lugar vacío de la cama donde se había quedado dormida a mi lado la noche anterior. Estaba fría al tacto.

La noche anterior había sido diferente. Sí, fue sexo. Sexo alucinante que empezó en la cocina y luego se trasladó a mi cama. Pero nunca me había sentido tan conectado a ella. Aparte de estar dentro de ella, en los momentos intermedios sentí que estábamos más sincronizados que nunca.

Era como si nos estuviéramos dando una oportunidad ya que no teníamos que pedir permiso.

Anoche nos tumbamos en la cama, con nuestros cuerpos uno frente al otro, las sábanas envolviéndonos y nuestras manos apretadas una contra la otra. Sus suaves manos eran pequeñas junto a las mías. Nuestros ojos estaban fijos y nuestras bocas cerradas. Era el silencio más confortable y yo quería vivir en ese momento toda la noche.

Pero ella estaba desnuda, hermosa y justo delante de mí, así que al final mis manos no pudieron evitarlo. Encontraron el camino hacia su cuerpo y las yemas de mis dedos recorrieron suavemente su cuerpo, desde el muslo hasta la cadera. Sentí los suaves surcos de su cicatriz. Entonces quise preguntarle por ella, pero algo en sus ojos me dijo que no lo hiciera. En lugar de eso, me atrajo hacia sí para darme un beso antes de que yo la pusiera encima de mí. Fue el segundo asalto.

Nos quedamos dormidos con ella tumbada sobre mi pecho y su pierna colgando perezosamente sobre mí. Estábamos agotados. Entonces me desperté y me di cuenta de que se había ido. De nuevo.

Me pregunté qué la retenía. No había reglas que nos separaran. No había opiniones de las que tuviéramos que cuidarnos. No teníamos que esconder nada ni andar a escondidas. Podíamos estar juntos.

Entonces se me ocurrió una idea. Tal vez no había nada que la retuviera. Tal vez, ella simplemente no quería nada serio. No sabía si mi corazón podría soportar ser sólo sexo para ella. Pero ella no parecía ese tipo de chica.

Pensé que anoche había sido un comienzo, no otro final. Mi corazón se sentía como un saco de boxeo que hubiera absorbido su último golpe. Mis emociones se me escaparon en un suspiro tembloroso. Tal vez era hora de renunciar a Mallory. Tal vez lo de anoche fue su extraña forma de despedirse, ya que nunca tuvimos una despedida como es debido.

Amarilla acercó su nariz a mi mejilla. Era cálida y suave. Le rasqué detrás de la oreja, su lugar favorito. Al menos la tenía a ella. Tal vez no necesitaba otra mujer en mi vida. Sólo sería el solitario hombre gato. La idea me deprimió.

"¿Qué piensas, Amarilla?". Le pregunté.

Me miró pensativa.

"¿Me rindo con ella?".

Me maulló y yo intenté traducir si quería decir sí o no. Me reí de mí mismo. Probablemente sólo

pedía comida y yo intentaba hablar como un gato.

"Es demasiado pronto para desayunar", dije. "Volvamos a la cama".

Me tapé con las sábanas y me tumbé boca abajo. Ella se dio cuenta de que aún no había desayunado y se acurrucó en mi almohada. Cerré los ojos y me dormí pensando en la noche anterior.

Mi despertador sonó tres horas más tarde. Apreté el botón de apagado del teléfono y bostecé. Medio esperaba que lo de esta mañana hubiera sido un sueño y que Mallory estuviera allí durmiendo a mi lado, pero no. La cama seguía vacía.

Cogí el mando a distancia de la mesilla y pulsé el botón de las persianas. Anoche, cuando las cerré, Mallory me había llamado gordo. Le encantaba echarme la bronca. Pero tenía razón.

Las persianas se levantaron lentamente, dejando entrar la cálida luz de la mañana. Amarilla se levantó y se estiró antes de saltar de la cama. Era hora de desayunar. Me senté en la cama y estiré los brazos por encima de la cabeza. Deslicé las palmas de las manos por la cara, intentando quitarme el sueño, antes de levantarme.

Encontré a Amarilla en la cocina dando vueltas y maullando.

"Vale, vale, chica. Ya te atiendo".

Abrí un armario bajo y saqué una lata de comida para gatos. Abrí la tapa, la quité y vertí el contenido en un cuenco. Lo dejé en el suelo y empezó a comer. Me levanté y tiré la lata a la basura antes de acercarme a la cafetera. Fue entonces cuando me di cuenta de algo.

Había una sudadera gris sobre el taburete de la cocina: era de Mallory. Me acerqué y la cogí. La miré por encima. Tenía un pequeño balón de fútbol blanco bordado en la parte derecha del pecho, y en la espalda el mismo balón, pero más grande. Aspiré su aroma a vainilla y no pude evitar sonreír. Se me pasó por la cabeza la idea de que posiblemente lo hubiera dejado a propósito. Quizá aún no era el momento de rendirse. Esto no había terminado.

Se me ocurrió una idea.

Saqué mi teléfono del bolsillo. Abrí la cámara y la puse en modo selfie. Levanté la sudadera a mi lado y puse una sonrisa cursi. Tomé una foto y se la envié a Mallory. Escribí un texto a continuación:

La tengo secuestrada hasta que te vuelva a ver.

Le di a enviar y me metí el teléfono en el bolsillo. Sonreí para mis adentros. La pelota estaba en su tejado. Dependía de ella lo que hiciera a continuación.

Me preparé un café y encendí la televisión para ver la ESPN. Llevé una taza humeante de café negro al sofá y me senté. Los locutores hablaban del partido de esta noche. Jugábamos contra Cleveland. Casi lo había olvidado, y yo jugaba en él.

El resto de la mañana, hice mis rituales habituales de los días de partido en casa. Vi las predicciones del día del partido, preparé un desayuno ligero y salí a correr por el parque. Cuando terminé de correr, encontré un banco y me senté a recuperar el aliento.

Revisé mi teléfono. Nada de Mallory. Decidí enviarle un mensaje a Kenny:

Oye, ¿quieres almorzar antes del partido de hoy?

Kenny: Claro. ¿En The Green House?

Sí. Estaré allí en treinta minutos.

Kenny: Hasta pronto.

Después de trotar de vuelta a casa, recogí mi bolsa de deporte y me dirigí al restaurante. Era un local de comida sana. El tipo de sitio en el que querrías comer el día del partido. Aparqué en una plaza con parquímetro y entré.

Del techo colgaban plantas en macetas y en una esquina había un pequeño puesto de mercado con productos frescos para comprar. Kenny ya estaba en la cola para pedir comida. Me vio y me hizo señas para que me acercara. Pedimos lo de siempre. Un tazón de pollo griego para mí. Para él, un bol de gambas del suroeste. Cogí nuestro número de mesa y nos sentamos junto a la ventana.

"¿Qué pasa, tío?", preguntó Kenny, mirándome con curiosidad.

"Nada. Tenía hambre". Me encogí de hombros.

"Sí, pero ¿qué te pasa en la cara? Llevas sonriendo de oreja a oreja desde que entraste".

No me había dado cuenta. Me reí y bebí un sorbo de agua, evitando su pregunta. Los ojos de Kenny se abrieron de par en par.

"La has visto, ¿verdad? A Mallory".

Sabía que no podía aguantarme y se lo conté todo. Cómo la invité y cómo una cosa llevó a la otra antes de que se escapara. Se recostó en su silla y se cruzó de brazos.

"Usaste a tu gato para conseguir una chica", dijo negando con la cabeza.

Yo me reí. "Funcionó, ¿verdad?".

"Eres otra cosa, tío", dijo. "Oye, quizá Chad debería comprarse un gato".

Nos reímos. Un camarero nos trajo la comida. Dimos las gracias y empezamos a comer.

"¿Y ahora qué?", preguntó Kenny entre bocado y bocado.

"No lo sé. Después de que volviera a irse, no sé a qué atenerme", admití en voz baja.

"Ella hace eso, ¿no?", preguntó con una ceja levantada.

Suspiré, sintiendo que mi subidón empezaba a disminuir.

"No sé qué hacer. Necesito la opinión de Cleo", dije.

Kenny se rió. "La necesitas. Es como una gurú de las relaciones".

"Se dejó la sudadera en mi casa".

"¿Crees que lo hizo a propósito?".

"No lo sé. Puede ser. Eso espero".

"Bueno, eso es buena señal, ¿no?".

Di un mordisco a la comida, intentando no volver a pensar más. Podría haber sido un accidente. Estaba oscuro en el apartamento cuando ella se fue. Tal vez ella no lo vio. Pensé en el selfie que había enviado y empecé a arrepentirme.

"No hagas eso", dijo Kenny, moviendo un dedo hacia mi cara.

“¿Qué? pregunté”.

"Eso. La mirada pensativa, con el ceño fruncido, cuando tu mente está en otra parte. Hoy te necesito muy atento. El equipo también".

Asentí. Tenía razón.

"Vale, vale", dije, levantando las manos en señal de derrota.

Kenny y yo terminamos nuestra comida y dejamos una propina en la mesa antes de dirigirnos a nuestros coches.

"Nos vemos en el estadio", dijo Kenny mientras se dirigía a su coche.

“Nos vemos”.

En el coche, saqué el móvil. No había nada. Aún no había mensajes de Mallory. Me mordí el interior de la mejilla antes de tirar el teléfono en el asiento. Tenía que olvidarme de lo de anoche y concentrarme en el partido de hoy. Había pasado demasiado tiempo pensando en Mallory y tratando de diseccionar cada pequeña cosa. Sólo tenía que dejarlo en el hecho de cuál era su siguiente movimiento.

Capítulo 34

MALLORY

Estaba en medio de una sesión de entrenamiento físico en el hospital cuando mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo ignoré. Tendría que esperar hasta la hora de comer. Estaba decidida a causar una buena impresión a mi nueva jefa, y mirar el móvil no estaba en mi lista de cosas por hacer.

Observé cómo terminaba de guiar a los pacientes a través de una serie de ejercicios y tomé notas. Aunque el entrenamiento físico era similar en muchos aspectos al del trabajo con el equipo, eran diferentes en muchos más. En el hospital, las lesiones variaban mucho.

Solo era mi segundo día, pero ya había trabajado con un adolescente que había sufrido un choque frontal, una paciente de cáncer que estaba recobrando fuerzas y un niño que se había roto una pierna al caerse de un árbol. Había tantas partes móviles y protocolos diferentes, que mi cabeza nadaba. Pero me encantaba.

Había encontrado mi pasión y estaba decidida a aprenderlo todo y ayudar a quienes lo necesitaran. Vi a mi antiguo yo en muchos de los pacientes. Enfadada. Deprimida. Triste. Sin esperanza. Era aún más motivador porque quería que salieran del pozo de la depresión.

Mi jefa despidió a los pacientes y les entregó sus formularios. Giró su taburete giratorio hacia mí.

"¿Y bien? A mitad de tu segundo día. ¿Qué te parece?", me preguntó, y sus ojos se clavaron en los míos con entusiasmo.

"Me encanta, Shannon. De verdad".

"Me alegra oír eso. Sé que es mucho para asimilar de inmediato, pero pronto conocerás la jerga y, con el tiempo, las mismas lesiones de nuevo. También empezarás a entablar relaciones con nuestros pacientes de larga duración".

Asentí. Sabía cómo era todo, pero desde la perspectiva de un paciente.

Una enfermera trajo al siguiente paciente y volvimos a empezar. Cuando se acercaba la hora de comer, empecé a sentirme somnolienta. Apenas había dormido la noche anterior, lo cual era culpa mía por presentarme en casa de Nico.

Fui una estúpida al pensar que podíamos ser sólo amigos. Por mucho que supiera que había utilizado al lindo gato como cebo, sabía que había caído en la trampa a propósito. Hoy no podía sacármelo de la cabeza. Me preguntaba si volvería a ser capaz de cocinar en una cocina sin pensar en él. O en una cama. Porque también tuvimos sexo allí.

"¿Mallory?". La voz de Shannon irrumpió en mis pensamientos.

"¿Hmm?". Respondí, levantando la vista rápidamente.

"¿Anotaste eso?".

"Oh... Um...".

Podía sentir como mi cara se ponía roja. Maldito seas, Nico, por interrumpir mis pensamientos. Ni siquiera era una interrupción, sino una constante.

"La flexión del paciente en su hombro derecho es de 130 grados".

"Por supuesto". Rápidamente cogí mi bolígrafo y anoté la información ordenadamente en la documentación del paciente.

Escuché y observé atentamente durante el resto de la sesión para compensar mis divagaciones mentales. Después, Shannon no mencionó nada ni pareció molesta. Se dio una palmada en los muslos y se levantó del taburete.

"Hora de comer", dijo mientras estiraba los brazos hacia atrás. "¿Vas a salir o te vas a quedar?".

"Creo que voy a bajar a la cafetería", dije, abriendo el armario que tenía al lado y cogiendo mi cartera.

"Vale, disfruta. Nos vemos en treinta minutos".

La saludé con la mano antes de caminar por el pasillo hacia los ascensores.

En la cafetería, cogí una bandeja y empecé a llenarla de comida. Ensalada. Un bocadillo. Patatas

fritas. Pasta. Una galleta. Me moría de hambre. No había tenido tiempo de desayunar esta mañana. Pagué en la caja y llevé la bandeja a una mesa vacía. La dejé en la mesa y le di un buen mordisco a mi bocadillo. Cuando sentí que mi estómago no se estaba comiendo a sí mismo, saqué el móvil.

Había una llamada de mi padre.

Y un mensaje de Nico.

Lo ignoré por el momento y escuché el buzón de voz de mi padre. Quería saber cómo había sido mi primer día en el hospital. Quería llamarle anoche, pero me entretuve con otras cosas. Como las sábanas de Nico. Me acordé de que tenía que llamarlo esta noche después del trabajo.

Pasé el pulgar por encima de la notificación de texto mientras respiraba hondo. Me di cuenta de que la hora era de poco después de las ocho de la mañana, probablemente cuando se despertó y me encontró fuera. Estaba segura de que no había quedado bien. Era la segunda vez que me iba a toda prisa después de acostarnos. La primera vez le dolió, cuando le eché de mi apartamento. Estaba segura de que esta vez tampoco estaba contento.

Me costó salir de su cama esta mañana. Podría haberme quedado para siempre en su cama, con sus persianas de lujo y su respiración constante a mi lado. Todavía podía olerlo. No tuve tiempo de ducharme antes de ir a trabajar, así que cada vez que respiraba me acordaba de él. Eso me hacía lamentar aún más haberlo dejado.

Sí, tenía que estar en el trabajo a las seis de la mañana, pero una parte de mí todavía tenía miedo de zambullirme de lleno con él. A pesar de que no teníamos ninguna razón para no hacerlo. Ya no trabajábamos juntos. No había reglas. Ni Alan. Debería haberme alegrado, pero algo me lo impedía.

Finalmente golpeé con el pulgar la pantalla del teléfono y abrí el mensaje. Me sorprendió ver una foto. No pude evitar sonreír al ver la cara de Nico sonriéndome, y entonces me di cuenta de que sujetaba mi sudadera. Mierda. ¿Me la había dejado allí?

Me desplacé hacia abajo.

La tengo secuestrada hasta que vuelva a verte.

Me reí suavemente mientras me desplazaba hasta su foto. Era como ver dos de mis cosas favoritas en una sola foto. Era mi sudadera favorita de la universidad. Me la ponía a todas horas. Era lo único que conservaba de aquella época de mi vida.

"¿Qué te hace sonreír así, chica?", preguntó Iván.

Levanté la vista y le vi acercarse a la mesa con una bandeja de comida. Aparté la silla que tenía delante para que se sentara. Podría acostumbrarme a estas pausas para comer con mi amigo. Dejó la bandeja y me miró con curiosidad.

Giré mi teléfono hacia él y sus ojos se abrieron de par en par.

"¿El campocorto?", dijo en voz alta, haciendo que algunas personas giraran la cabeza en nuestra dirección.

"Shhh". solté una risita. A veces era un poco niña.

Se acercó y usó los dedos para ampliar la foto.

“¿Es tu sudadera?”.

Asentí con la cabeza antes de enterrar la cara entre las manos, avergonzada, mientras Iván sumaba dos más dos.

"Tú no...", empezó.

"Lo hice", dije a través de mis manos.

Iván se sentó en su silla con una sonrisa burlona. "Parece que no podéis alejaros el uno del otro".

"Lo sé", gemí.

“Bueno, ¿qué vas a hacer?”.

"No lo sé. Necesito que me devuelva esa sudadera".

"La dejaste a propósito".

"No lo hice".

Aunque una parte de mí se preguntaba si inconscientemente lo había hecho.

Cogí una patata frita y me la metí en la boca mientras observaba a Iván dar un mordisco a su bocadillo pensativo.

"En realidad no hay nada que te detenga en este momento...".

Sólo yo, pensé.

"De conseguir abonos de temporada", terminó su pensamiento.

"¡Dios mío, Iván!". Le di una patada por debajo de la mesa.

"¡Ay!" Se rió a medias, gritó mientras se agachaba y se frotaba la espinilla.

La pausa para comer pasó rápido y aún no había respondido al mensaje de Nico. Tendría que hacerlo más tarde. Me reuní con Shannon de nuevo en la sala de entrenamiento físico y empezamos la siguiente sesión juntas.

Al final de mi turno estaba agotada. Me hice una nota: no te quedes despierta toda la noche teniendo sexo increíble cuando al día siguiente tienes un turno de doce horas. Incluso Shannon pareció darse cuenta de mi falta de energía.

"Gran trabajo el de hoy. Vete a casa y descansa", me dijo.

Le di las gracias y fiché antes de hacer el corto trayecto hasta casa. Me di una larga ducha caliente y me puse una camiseta grande del equipo. Había acumulado tanto material de Alan que gran parte de él se había convertido en mi pijama. Me hacía sentir que aún formaba parte de aquel mundo, cosa que en cierto modo echaba de menos.

Me dirigí a la cocina y saqué una caja de macarrones con queso del armario. Estaba demasiado cansada para no hacer una cena rápida . Mientras los fideos hervían en la olla, recordé que no le había contestado a Nico. Cogí el móvil y abrí su mensaje. Me mordí nerviosamente el interior de la mejilla mientras pensaba qué decir.

Yo: Podría hacer que te arrestaran por eso.

Añadí un emoticono guiñando un ojo y envié el mensaje. Esperé unos minutos, pero no vi ninguna actividad en la pantalla.

Decidí volver a llamar a mi padre mientras terminaba de preparar mi cena. Hablamos durante media hora sobre mi nuevo trabajo. Fue bueno oír su voz. Dijo que estaba orgulloso de mí antes de pasarle el teléfono a mi madre, que dijo más de lo mismo. Prometí que iría a verles pronto antes de colgar.

Miré el teléfono. Nico seguía sin responder. Esperaba que no estuviera enfadado conmigo por haber tardado tanto en contestarle. Llevé el bol de macarrones con queso al salón, lo dejé en la mesita y encendí la televisión. Un bostezo me dijo que dudaba que pudiera cenar y ver un programa antes de dormirme.

Desplacé los canales y me detuve bruscamente en uno. Nico estaba en mi pantalla. Me eché a reír. Por eso no me había contestado. No era porque estuviera enfadado conmigo, sino porque estaba jugando. Me acomodé en el sofá con mi cena y observé cómo se colocaba en el home en posición preparada.

La pelota llegó rápido y casi le golpea. Me incorporé rápidamente, sintiendo un nudo de preocupación en la garganta. El árbitro dijo que era strike. Mi preocupación se convirtió en rabia. Qué mala decisión. Vi a Nico intentando mantener la calma mientras se acercaba de nuevo a la base.

Dios, qué bien le quedaba el uniforme. Pensé que nunca lo superaría.

La pelota llegó rápido, pero hacia el exterior del plato. Nico cambió el agarre del bate y la bateó, lo que le permitió llegar a primera base. Me levanté del sofá y vitoreé. Me sentía ridícula. Estaba de pie con la camiseta del equipo, fingiendo que estaba en el partido. Me había metido de lleno en el mundo del béisbol. En el mundo de Nico.

Me senté en el sofá y seguí comiendo y viendo el partido. Casi parecía mi pequeño secreto. No sabía que lo estaba viendo.

Por desgracia, acabaron perdiendo en la novena entrada. Fue sólo por un punto, pero una derrota era una derrota. Hubo muchas decisiones erróneas de los árbitros y pude ver la derrota en las caras del equipo. No pude evitar querer abrazarlos a todos, pero sobre todo a Nico. No se tomaron bien la derrota. No era una buena sensación. Yo misma lo recuerdo bien.

Cogí el móvil del sofá y escribí un mensaje. Me encogí un poco por el doble texto, pero quería tratar de hacerlo sentir un poco mejor.

Capítulo 35

Nico

Perder en nuestro campo siempre hacía que la derrota se sintiera más aguda de alguna manera. Creo que era peor perder delante de la gente que te quería más, que delante de la gente que estaba en tu contra. Sentí que les estábamos defraudando. A pesar de las malas decisiones de los árbitros, sabíamos que podíamos haber jugado mejor. Ha sido una mala noche en general.

En el banquillo, recogí mis pertenencias con el resto del equipo, desconfiando del humor del entrenador y de la expresión de su cara. La reunión del equipo no iba a ser divertida. Sólo quería irme a casa y no oír hablar de todas las cosas que podríamos haber hecho mejor. Bajamos a los vestuarios mientras la multitud de aficionados decepcionados abandonaba el estadio.

Me senté en uno de los bancos junto a Kenny mientras el entrenador esperaba en silencio en el centro de la sala. La mayoría del equipo hablaba de cómo el árbitro se había decantado hacia el otro equipo. Se callaron cuando el entrenador levantó la mano.

"Nuestra primera derrota en casa", dijo.

"No fue culpa nuestra, entrenador", dijo Chad.

"Sí, esas decisiones fueron una mierda", dijo Kenny.

El resto del equipo estuvo de acuerdo.

"Basta", dijo el entrenador en voz alta.

La sala se calmó.

"A pesar de algunas malas decisiones esta noche, no estábamos jugando a nuestro máximo potencial. No puedes culpar a los árbitros por tu falta de esfuerzo. Deberíamos haberles ganado

en las primeras entradas. Parece que en cada partido luchamos con uñas y dientes para sobrevivir. Algo tiene que cambiar. Necesito ver que sois el equipo que merece representar a Boston".

Si me había sentido mal antes, en este momento me sentía peor. Sabía que podría haber jugado mejor. Por mucho que intenté sacarme de la cabeza mi noche con Mallory, no pude. El agotamiento físico que sentía por la falta de sueño era sólo otro recordatorio de lo que había sucedido. No me lo había inventado.

Ella aún no me había contestado cuando salí al campo para el partido. El agotamiento mental era otra cosa. Me sentía como si estuviera jugando a otro juego además del béisbol. ¿Por qué las cosas no podían ser sencillas? Me gusta. Yo le gusto a ella. Eso es todo.

"Los quiero aquí temprano para el entrenamiento de mañana. Id a casa y dormid un poco", dijo el entrenador antes de darse la vuelta y entrar en su despacho".Bueno, mierda,me vendría bien un trago después de este revolcón", dijo Kenny, volviéndose hacia mí.

"No estoy seguro de que eso sea lo que el entrenador quiso decir con 'vete a casa y duerme un poco'", dije.

"Que se joda el entrenador", dijo Chad, manteniendo la voz baja para que no se oyera. "Sabe que el partido de esta noche estaba amañado. No podemos cargar con la culpa".

Me levanté del banquillo y me dirigí a mi taquilla para coger mis cosas. Me ducharía en casa. Lo último que quería era meterme con el equipo cuando estaban acalorados. Los quería como a hermanos, pero sabía lo rápido que podían estallar las cosas.

Cogí mi mochila y me la colgué del hombro. Me despedí del equipo, que seguía quejándose del partido. Mientras caminaba por el pasillo, abrí la cremallera del bolsillo delantero de mi bolso y busqué mi teléfono. Lo saqué y vi que tenía unas cuantas notificaciones. Una llamada de Mae. Algunos titulares deportivos. Y dos mensajes de texto de Mallory.

Ignoré todo lo demás y abrí los mensajes.

Podría hacer que te arrestaran por eso.

Me reí antes de leer el siguiente:

Siento lo del partido. Pero has jugado muy bien.

Me detuve en seco. ¿Había visto el partido? Una gran sonrisa se dibujó en mis labios. Me resultaba extrañamente íntimo saber que había visto el partido. Extrañamente, no me sentí

avergonzado de que presenciara nuestra derrota. Ya había presenciado otras peores cuando estábamos de viaje. No sabía si lo había visto más por el equipo o por mí. En cualquier caso, me alegré de que le importara.

Escribí un mensaje:

Nos echas de menos, ¿verdad?

Pulsé enviar antes de salir por las puertas hacia el aparcamiento. Dejé la mochila en el asiento trasero y me senté en el del conductor. Mi teléfono sonó.

Mallory: Tal vez

Fui a responder, pero entonces sonó mi teléfono. Era Mae. Después de todo, era noche de partido. Hablábamos por teléfono después de cada partido. Se había convertido en nuestra tradición desde que tuvo a Ella. Desde que se convirtió en madre, ya no podía asistir a mis partidos tan a menudo como antes. Por supuesto, lo entendí. No esperaba que estuviera en todos mis partidos incluso antes de ser madre.

Pero para Mae, creo que era su forma de llenar un vacío. Quería estar allí porque nuestros padres no podían verme jugar. Ya que me había hecho mayor, me sentía mal por que ella sintiera esa presión de asumir tantas cosas desde tan joven. A los diecinueve años había asumido el papel de madre, y yo no siempre se lo había puesto fácil.

Pulsé el botón verde de mi teléfono.

"Hola, Mae", dije mientras ponía el contacto de mi coche.

"Hola. Creía que te habías olvidado".

"No, el entrenador nos hizo quedarnos para una reunión de culpabilidad más larga de lo normal".

"Oh, Nico, lo siento. Yo miraba con Ella y seguía teniendo que contenerme la lengua, para no maldecir delante de ella. Esas llamadas eran una mierda".

"Ahh, es lo que hay".

"¡Ese lanzamiento casi te pega! Y lo llamaron "strike".

Podía oírla alterarse en la otra línea.

"Está bien, Mae. Ya sabes cómo es. Llevamos toda la vida jugando a este deporte. Siempre habrá decisiones injustas".

Mae suspiró. *"Lo sé, lo sé. ¿Pero en nuestro campo?".*

Giré el cuello. Había evitado al equipo por esta razón. Me lo decía mi hermana. Sólo quería olvidar el partido y hablar con Mallory.

"Estás más molesta que yo, hermanita".

Ella rió ligeramente. *"Sabes que me pongo nerviosa. Creo que Jonas acaba de llegar a casa".*

"No te preocupes, estoy a punto de conducir a casa de todos modos. Te quiero, Mae".

"Yo también te quiero".

Dejé el teléfono en el asiento de al lado y puse el coche en marcha antes de salir del aparcamiento. De vuelta en mi apartamento, me di una ducha caliente hasta que el agua se volvió transparente al caer por el desagüe. Cogí una toalla y me sequé antes de ponerme una sudadera gris con el logotipo del equipo. Podría haberme ido a la cama en ese momento, pero me moría de hambre y esperaba poder hablar con Mallory.

Llamé a Ray 's y pedí una pizza mediana para llevar. Pepperoni, aceitunas negras y jalapeños. Mi pedido favorito. Me hundí en el sofá y Amarilla saltó a mi lado. Le pasé la mano por la espalda. Serotonina instantánea. No sabía por qué no había tenido una mascota antes.

Vi la sudadera de Mallory sobre la silla de la encimera de la cocina. Saqué el teléfono del bolsillo y le envié un mensaje:

¿Te has dejado la sudadera para tener una excusa para volver a verme?

Mallory: ¡Ya te gustaría!

Yo: Puede que sí.

Mallory: Voy a necesitar que me la devuelvas.

Yo: Ya sabes dónde encontrarme.

Mallory: ¿Qué está haciendo Amarilla?

Yo: Acurrucada a mi lado esperando a que llegue la pizza. ¿Celosa?

Mallory: Un poco. La pizza suena bien.

Me reí. Su humor seco era una de las cosas que más me gustaban de ella.

Entonces llamaron a la puerta. Había llegado mi pizza. Le di las gracias y la propina al repartidor antes de coger un plato y servilletas de la cocina. Me senté en el suelo del salón, cené tarde y le mandé un mensaje a Mallory.

No hablamos del partido, cosa que agradecí. Me preguntaba si ella sabía que yo no quería. Nos enviamos nuestros habituales memes y mantuvimos una conversación ligera.

Empezaba a tener sueño, así que recogí la mesita y metí los restos de pizza en la nevera. Amarilla me siguió al baño y se subió a la encimera mientras me lavaba los dientes. Le sonreí. Era mi pequeña sombra.

Cansado, me metí en la cama y noté el ligero olor a vainilla que aún quedaba en las sábanas y la almohada de al lado. Me tapé con las sábanas y me hundí en la nube donde Mallory había estado hacía menos de veinticuatro horas. Le envié un mensaje:

Puedo olerte.

Mallory: ¿Cómo dices?

Yo: En mis sábanas.

Mallory: Oh. Jaja. Mis mejillas están como rojo vivo.

Yo: Me gustan tus mejillas.

Mallory: ¿Cuáles?

Yo: Las dos.

Mallory: Jajaja. Las tuyas tampoco están mal.

Dudé antes de enviar mi siguiente mensaje.

Yo: ¿Puedo llamarte?

Nunca habíamos hablado por teléfono, pero sentía un deseo especial de oír su voz. Quería sentirme más cerca de ella, aunque podía sentirla a mi alrededor.

Vi cómo los tres puntos rebotaban mientras su vacilación se reproducía en la pantalla.

Mallory: Vale.

Exhalé un suspiro de alivio y pulsé el botón de llamada.

"Hola", dijo en voz baja. Se le notaba la timidez. Los mensajes de texto eran una cosa, pero escuchar su voz era mucho más íntimo.

"Hola", dije yo.

Se hizo el silencio entre nosotros. ¿Por qué estaba tan nervioso? Amarilla maulló junto a mí sobre la almohada, llenando el vacío.

"Hola, Amarilla", dijo Mallory con tono persuasivo.

Amarilla manoseó suavemente el teléfono como si supiera que era Mallory la que estaba al otro lado de la línea.

"Le gustas", dije.

"Es muy guapa. Me engañaste con la foto de anoche".

"¿Quién yo?". Pregunté inocentemente.

"Sabías exactamente lo que estabas haciendo".

"No sé de qué me estás hablando".

"Mhmm".

"¿Tuviste alguna mascota?".

"Un perro llamado Frankie. Era un chucho. Mi padre lo recogió de la perrera una mañana. Eso cabreó a mi madre. Jaja. Pero acabó cogiéndole más cariño que ninguno de nosotros".

"Te gustan las mascotas".

"Definitivamente. ¿Y tú? ¿Alguna mascota de la infancia?".

"Tuve un hámster llamado Queso. Mi madre era alérgica a perros y gatos. Así que me regalaron lo siguiente mejor. Solía verlo correr en su rueda durante horas".

Oí reír a Mallory en la otra línea. Me encantaba su risa. Era ligera como el aire, pero de alguna manera era tan genuina. Seguimos hablando y pronto era la una de la madrugada. Sentía que los ojos me pesaban por el sueño.

"Ya es la una", susurré.

"¿De verdad?", preguntó sorprendida.

"Mhmm".

"Tengo que estar en el hospital como en cinco horas", gimió. *"Usted, señor, es una mala influencia".*

Me reí. *"Oye, mañana tengo entrenamiento temprano. Quizá tú seas la mala influencia".*

"¡Oh! ¿Qué? ¿A las ocho de la mañana? Eso es temprano", dijo sarcástica.

"Oye, no soy una persona madrugadora, a diferencia de algunas personas que se despiertan y se escabullen antes de que salga el sol".

Oí silencio en la otra línea. No habíamos hablado de anoche ni de esta mañana. Quería hacerlo, pero no sabía cómo, seguía pendiente. Tenía que saber a qué atenerme. Por mucho que me pareciera normal estar hablando por teléfono, sabía que ella podía volver a escaparse. No sabía cuánto más podría soportar mi corazón.

"Lo siento", dijo suavemente después de un momento.

"Sólo necesito saber si esto es un nuevo comienzo para nosotros".

No dijo nada, pero pude oír su respiración en la otra línea.

"No necesitas decírmelo en este momento, pero por favor piénsalo".

Más silencio.

"Buenas noches, Mallory", dije antes de colgar y quedarme dormido.

Capítulo 36

MALLORY

El despertador sonó a las cinco de la mañana, despertándome de un sueño profundo. Con un gemido, me di la vuelta y lo apagué, con los ojos aún cerrados y poco acogedores a la luz de la mañana. Estuve boca abajo, apoyada en la almohada, durante unos minutos antes de convencerme de que era hora de levantarme. Me di la vuelta y me senté, estiré los brazos por encima de la cabeza y vi mi teléfono apoyado en la almohada a mi lado.

Me dormí rápidamente después de hablar con Nico por teléfono. Sus palabras flotaban en mi cabeza mientras soñaba con él.

¿Es este un nuevo comienzo para nosotros?

No tenía una respuesta para él, por eso no dije nada. Era complicado que la mente y el corazón estuvieran enfrentados. Mi mente tenía la guardia alta, pero mi corazón estaba en caída libre.

Suspiré mientras cogía el móvil y lo enchufaba al cargador. Estaba casi muerto. Al menos podría cargarlo al 50% antes de irme a trabajar. Iba a ser un día largo. Un turno de doce horas con sólo cuatro horas de sueño. Inteligente, Mallory. Realmente inteligente.

Para no perder más tiempo, me di una ducha fría para despertarme y me vestí rápidamente con el uniforme. Me hice una larga trenza con el pelo mojado y me pasé una capa de Chapstick por los labios. Comprobé la hora, me preparé un café bien cargado y lo serví en un vaso grande para llevármelo en el coche. Sin nata. Sin azúcar. Sólo cafeína pura esta mañana. Cogí el teléfono del cargador y lo metí en el bolso antes de salir por la puerta.

Llegué al trabajo quince minutos antes de que empezara mi turno. Para matar el tiempo antes de fichar, decidí mandarle un mensaje a Nico. Seguro que estaría durmiendo, cosa que me daba mucha envidia en ese momento. Me lo imaginé en su enorme cama durmiendo a pierna suelta en la oscuridad total de su dormitorio. Deseé estar allí.

Mis pulgares revoloteaban sobre las teclas del teléfono mientras pensaba qué decirle. Anoche lo dejé colgado. Sabía que probablemente estaba jugando o haciéndome la dura, pero eso estaba muy lejos de la realidad. Yo no era ese tipo de chica. Odiaba esas cosas, no podía ordenar mis pensamientos, aunque mis sentimientos estaban claros. Él me gustaba.

En ese momento, quería que él lo supiera. Me hice un rápido selfie sonriente, aunque probablemente me viera demacrada, y escribí un rápido mensaje:

Buenos días ☺ ¿Te apuntas a otra cita telefónica esta noche?

Le di a enviar antes de coger el bolso.

Me resultaba extraño estar en un lugar en el que había pasado tanto tiempo después de la lesión. Tenía muchos recuerdos, la mayoría malos, pero también algunos buenos. Aquí fue donde me dijeron que nunca volvería a jugar al fútbol. Pero también fue aquí donde conocí a Mads y a Iván. Esperaba no volver nunca aquí, pero trabajaba aquí. Era curioso cómo funcionaba la vida.

A pesar de mi falta de sueño, la primera mitad de mi turno pasó volando. Me di cuenta de lo mucho que me gustaba este trabajo. A la hora de comer, sin embargo, estaba desesperada por tomar otra taza de café. Pedí el café helado más grande de la cafetería y un sándwich de croissant. No vi a Iván por ninguna parte. Nuestros turnos y descansos no siempre coincidían. Encontré una mesa vacía en un rincón y me senté.

Encendí el móvil y vi que Nico me había contestado:

Wow. Estás guapísima.

Me sonrojé.

Nico: Y sí a esa cita. Me muero de ganas.

Me sentí estúpidamente mareada. Guardé el teléfono y me tomé rápidamente el café y el sándwich. Estaba ansiosa por volver al trabajo, sabiendo que Nico me esperaba después de mi turno.

Seis horas más tarde, fiché y salí hacia mi coche. El cielo era una acuarela de colores rosa, naranja, amarillo y morado. Era precioso. Hice una foto con el móvil. Tenía ganas de compartirla con Nico. Le envié la foto.

Yo: Voy de camino a casa.

Nico: Vaya. Ya salgo. Llámame cuando llegues a casa.

Sonreí. Sentía como si estuviéramos compartiendo este momento juntos, aunque estuviéramos separados.

De vuelta en casa, me di una ducha caliente y me puse el pijama. Calenté unas sobras y me las comí rápidamente, ansiosa por llamar a Nico. Me senté en el sofá y recogí las piernas. Busqué su nombre en mis contactos y pulsé el botón verde de llamada. Sentí que mi corazón empezaba a latir más deprisa. Es sólo una llamada, me recordé.

"Hola", dijo. Le oí sonreír a través del teléfono.

“Hola. ¿Qué tal el día?”. Le pregunté.

"Largo. El entrenador nos ha hecho polvo hoy. Aunque ya estoy mejor. ¿Qué tal el trabajo?".

"Muy bien. Me encanta".

"Eso es impresionante. Me alegro mucho por ti. Aunque echo de menos verte".

Dudé un momento mientras asimilaba sus palabras.

"Yo también te echo de menos", dije en voz baja.

Era verdad. Le echaba de menos, pero sabía que era mejor así. Verle todos los días había sido duro. Deseaba constantemente algo que no podía tener, hasta que la tentación se hizo demasiado fuerte. Y mira a dónde nos llevó eso.

"¿Cómo está Amarilla?". Le pregunté.

"Está bien. Acurrucada a mi lado. Como siempre".

"Nunca pensé que sentiría celos de un gato". Me reí.

Le oí reír en la otra línea.

"Entonces, ¿de qué quieres hablar?", le pregunté.

Hizo una pausa.

"¿Me vas a hablar alguna vez de tu cicatriz?", preguntó.

Respiré hondo. Había sido una pregunta prohibida en nuestro juego de las veinte preguntas, pero me sentía preparada para abrirme. Sólo un poco. Me sentía segura con él.

"Solía jugar al fútbol", le dije. *"Me enamoré de él de niña. Mis padres lo practicaban. Sobre todo mi padre. Me apuntó a todos los equipos de la ciudad, fue a todos los partidos, me compró la mejor equipación. Era un padre futbolero total"*.

"Parece un padre muy bueno", dijo Nico.

"Lo es".

"Jugué en las ligas de clubes antes de entrar en el equipo universitario en el instituto. Era la jugadora más joven del equipo. Creo que ni siquiera estaba permitido, pero el entrenador hizo una excepción conmigo. Los cazatalentos empezaron a venir a verme jugar. Salí en los periódicos como una especie de niña prodigio".

"Vaya", dijo Nico. *"Eso es bastante impresionante, Mal"*.

Me encantaba que me llamara así. También me encantaba la atención con la que me escuchaba.

"Acabé consiguiendo una beca completa para la Universidad de Boston. En ese momento supe lo que quería hacer el resto de mi vida. Mis años universitarios los pasé prácticamente respirando el juego. Yo, por supuesto, iba a mis clases. Mantenía mis notas altas. Pero todo era para seguir jugando. Elegí una carrera por capricho. No me importaba, porque estaba decidida a jugar en el equipo de Estados Unidos".

"Entonces, ¿qué pasó?", preguntó Nico suavemente. Con paciencia.

"Lo perdí todo en mi penúltimo año. Era el último partido de la temporada. Los ojeadores estaban allí. Había presión. Yo estaba en la defensa. Hice un movimiento agresivo, probablemente intentando lucirme, pero juzgué mal a mi oponente. Todo se vuelve borroso después de eso. Creo que el dolor me hizo perder el conocimiento. En una especie de extraño accidente, me había destrozado la cadera".

"Jesús...".

"Sentí como si mi vida hubiera terminado ese día. Todo por lo que había trabajado. Todo lo que había amado. Se había ido. Así".

Sentí como si acabara de soltar algo a lo que me había aferrado durante tanto tiempo. Decir esas palabras y sentir ese dolor en un momento compartido con alguien que me importaba fue lo más íntimo que había hecho nunca. Y habíamos intimado. Pero esto era diferente.

Oí silencio en la otra línea, como si estuviera procesándolo todo. Cerré los ojos y respiré hondo.

"Eres la persona más fuerte que conozco", dijo Nico. *"De verdad"*.

"Eso no lo sé...".

"Mentira", argumentó. *"Te volviste a levantar después de perder una vida en la que pusiste todo. La mayoría de la gente se rendiría. Pero tú no. Encontraste un camino diferente. Diablos, prácticamente te has lanzado de nuevo a uno de los momentos más duros de tu vida para ayudar a los demás. No sé cómo lo haces. Nunca pienses que no eres fuerte"*.

Su voz era tan fuerte. Tan inflexible. Quería atravesar el teléfono y rodearlo con mis brazos.

"Vaya", susurré. *"Gracias"*.

"No, gracias a ti. Sé que no ha sido fácil compartirlo. Me siento muy privilegiado por conocer esa parte de ti".

De repente quise que conociera cada parte de mí. Y yo conocer cada parte de él. Mi corazón le había ganado la batalla a mi mente, al menos por esta noche.

Después de esa noche, pasamos todas las noches hablando por teléfono. Era como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito que habíamos anotado en nuestras agendas. Algunas noches eran más tarde que otras si él tenía un partido que jugar. Yo siempre lo veía desde casa. Animándole. Era emocionante verlo en la tele, jugando con todo su corazón.

En el pasado, podría haber sentido envidia al ver el sueño de otro jugar delante de mí. Pero con él, me alegré de verdad por él. Quería que consiguiera todo lo que quería en la vida, y yo quería ser quien le animara desde la barrera.

Empecé a darme cuenta de que mis sentimientos por él eran reales y crecían a un ritmo que apenas podía seguir. Sabía que quería verlo. No sólo a través de la pantalla del televisor, sino verlo de verdad.

Sentada en el sofá, viendo el último partido, consulté mi agenda de trabajo. Tenía el fin de semana libre. Comprobé el calendario del equipo. Este fin de semana jugaban en casa. Me pregunté si sería una buena oportunidad para verlo. Podría ir a verlo jugar y ver a dónde me llevaba. Además, aún tenía que recuperar mi sudadera con capucha.

Cogí mi teléfono y escribí un mensaje:

Te estoy animando desde mi sofá. Me preguntaba si habría alguna posibilidad de que te sobrara una entrada para el partido del viernes por la noche.

Le di a enviar, sabiendo que tardaría un poco en recibir respuesta. Me sentía mal pidiéndole el favor cuando podía haberme comprado una entrada. Pero también quería que supiera que quería estar a su lado. Además, tenía un número determinado de entradas familiares por partido. No creo que le importe.

Terminé de ver el partido. Era su primera victoria de la temporada. Sabía cuánto lo necesitaban y lo mucho que había trabajado. Me puse de pie en el sofá y aplaudí. Era oficialmente una fan del béisbol. O quizá sólo fan de Nico.

Treinta minutos más tarde, mi teléfono sonó mientras me lavaba los dientes para ir a la cama. Lo cogí. Era un mensaje de Nico:

Pensé que nunca me lo pedirías. Estoy deseando verte, cariño.

El corazón me dio un vuelco.

Capítulo 37

Nico

No podía creer que me pidiera venir al próximo partido. Me dieron ganas de dar volteretas por el vestuario después de leer su mensaje. Sentí que era el siguiente paso para nosotros. Casi como si lo hiciéramos público. Por supuesto, había una pequeña duda en el fondo de mi mente de que ella sólo quería venir a un partido. Ver al equipo. Ver a Alan. Tal vez no tenía nada que ver conmigo. Pero aparté ese pensamiento y me permití creer que era algo más.

"Pareces contento", dijo Kenny, mirándome desde su taquilla mientras se colgaba la mochila al hombro.

"Lo estoy. Oye, ¿quieres ir a celebrarlo a Murphy 's?", le pregunté.

Sus ojos se abrieron de sorpresa. "¿En serio?".

"Sí. ¿Por qué esa cara de asombro?".

"Eh, porque has estado recluido".

No se equivocaba. Había pasado casi todas las noches hablando con Mallory por teléfono. Realmente nos estábamos abriendo el uno al otro. Aunque yo no había compartido mi doloroso pasado con la muerte prematura de mis padres, ella me habló de su carrera futbolística y de cómo se la arrebataron dolorosamente. Sentí que había compartido conmigo una parte de su vida que muchos desconocían. Me sentí muy protegido por la forma en que finalmente se había abierto a mí. Nuestras llamadas nocturnas se habían convertido en mi religión nocturna.

Pero esta noche, después de la victoria y después de este posible siguiente paso en nuestra relación, si es que podía llamarlo así, me apetecía celebrarlo.

"Lo sé, lo siento. Déjame compensarte esta noche en Murphy 's. Yo invito".

Kenny sonrió y se volvió hacia el resto del vestuario.

"¡Eh, chicos! ¡Esta noche en Murphy 's! Nico invita!", gritó.

Todos levantaron los puños y vinieron a darme palmaditas en la espalda.

"Eres un gilipollas", dije, golpeando a Kenny en el brazo.

"Nos lo debes". Me guiñó un ojo.

Escribí un mensaje rápido a Mallory:

¡Oye! ¡Saldré a celebrar la victoria esta noche! ¿Lo dejamos para otro día?

Mallory: ¡Por supuesto!

Yo: Además, creo que estamos como en la pregunta 1.001.

Mallory: Cierto ☺

Mallory: ¡Tómate algo por mí! Tengo un turno temprano en el hospital.

Yo: Que duermas bien.

Sentí que debería haberla invitado a salir, pero creí que aún no habíamos llegado a ese punto. Además, tenía que trabajar temprano. De todos modos, la vería en el partido dentro de unos días y ya veríamos qué pasaba.

Murphy 's estaba en su estado habitual de desenfreno después de una victoria. Nos recibieron con cervezas alzadas y vítores emocionados. Me di cuenta de que Bridget no estaba, en su lugar estaba su camarero jefe, Andy. Él vio la expresión de confusión en mi cara.

"¡Bridget está de parto!", dijo.

"¡Mierda!". Sabía que el día iba a llegar pronto, pero seguía siendo emocionante.

"¿Hablas en serio?", preguntó Kenny. "¡Cleo no ha dicho nada!".

"Todo ha pasado muy rápido. Justin me envía mensajes de texto. El bebé debería nacer esta noche".

"Le estoy mandando un mensaje a Cleo", dijo Kenny.

"¿Nos mantendrás informados?". Le pregunté a Andy.

"Por supuesto. Hizo un gesto con la cabeza para que le siguiéramos a nuestra cabina habitual.

Los chicos del equipo aprovecharon al máximo que yo pagaba las bebidas. Sólo pedían licor de primera, y mucho. A mí me daba igual. Estaba de buen humor. Habíamos ganado, y no cualquier victoria. Una blanqueada. Nuestra primera temporada. Y Mallory vendría al próximo partido. La vida era buena.

Alrededor de la medianoche, Andy trajo una bandeja de chupitos.

"¿Para qué son?", pregunté con curiosidad.

"Para celebrar la llegada de Liam. Acaba de llegar con la friolera de nueve libras y cinco onzas", anunció Andy con una gran sonrisa.

Todos aplaudimos y tomamos un chupito, levantando las manos y chocando los vasos.

"Por Liam", dijo Kenny en voz alta.

"Por Liam", dijimos todos al unísono.

Andy hizo una foto con su teléfono para enviársela a Bridget. Hice una nota mental para enviarle flores al hospital.

Al día siguiente, tenía el día libre de entrenamiento, lo cual era bueno porque tenía un poco de resaca. Nos habíamos quedado en Murphy 's hasta el cierre. Dormí hasta las once y me desperté con un mensaje de Mallory:

Espero que te hayas divertido esta noche.

Sonreí a mi teléfono. Me había enviado un mensaje temprano, probablemente cuando se despertó. Al fin y al cabo, era una persona madrugadora. Me alegraba saber que pensaba en mí al empezar el día. Escribí un mensaje y le di a enviar.

Así fue. Pero la había echado de menos.

Quería que lo supiera y asegurarle que sólo tenía ojos para ella. Nunca me lo había pedido, pero después de lo de San Diego, quería que supiera que podía confiar en mí.

Sabía que la reputación de los jugadores de béisbol no era muy buena. Creo que estadísticamente éramos apodados como la división deportiva más infiel porque teníamos muchos partidos fuera de casa. Algo así. Me pregunté si eso era parte de la razón por la que Mallory se contenía, o si era algo más.

Había unas cuantas chicas que se habían unido a nuestro stand la noche anterior, pero yo tenía cero interés. Apenas las miré o hablé con ellas. Principalmente hablé con Kenny, que era el único que estaba realmente casado. O casi.

Esperé una respuesta, mientras intentaba despertarme más. Supuse que estaba trabajando, así que me levanté de la cama y preparé una cafetera. Llamé al hospital y encargué a Bridget un ramo de flores azules y un osito de peluche para su bebé. A continuación, me puse en contacto con Mae para asegurarme de que la cena de esa noche seguía en pie. Así era.

Hacía tiempo que no teníamos una de nuestras cenas semanales. Después de todo lo sucedido con Mallory y de que casi perdiera sus prácticas, había sido incómodo entre mi hermana y yo. Necesitaba un poco de tiempo para calmarme. Luego Mallory y yo empezamos a tener nuestras citas nocturnas por teléfono, así que había dejado plantada a Mae unas cuantas veces. Me tocaba una cena. Me la perdí de todos modos.

Aquella noche, durante la cena, hice rebotar a Ella en mi regazo mientras Mae se afanaba en la cocina y Jonas nos preparaba las bebidas. Me sirvió un whisky con hielo antes de sentarse conmigo en la mesa del comedor. Cuando Mae se acercó para poner la mesa, él tiró de ella hacia su regazo de repente. Mae soltó un gritito y Ella se rió encantada. Les sonreí. Estaban muy contentas.

"Así que tenemos noticias", dijo Mae tímidamente.

"¿No me digáis que vais a tener otro bebé?". Miré a Ella, que me miró como si la hubiera ofendido personalmente.

"Dios, no". Mae se rió. "Todavía no, al menos. Tengo las manos ocupadas con éste".

Se acercó y apretó suavemente la mejilla de Ella.

"Bueno, entonces, ¿qué es?", pregunté.

"Nos mudamos", dijo Jonas.

Sentí que se me caía el estómago.

"No muy lejos", me tranquilizó mi hermana. "Nos mudamos a las afueras. Jonas me sorprendió

con la casa de mis sueños. Oh, ¡espera a verla, Nico! Está en el vecindario más perfecto, con un porche envolvente y un jardín".

"Pensamos que sería mejor que Ella tuviera una casa para crecer y no un condominio", dijo Jonas con un encogimiento de hombros pensativo.

"Es una buena idea. ¿Cuándo os mudáis?".

"En unas semanas", dijo Mae.

"Bueno, avísame, así puedo ayudar".

"Gracias, Nico".

Levanté mi copa. "¡Felicidades a los tres! Salud por los nuevos comienzos".

Chocamos nuestras copas. Ella incluso levantó su vasito de plástico. Me reí y le acaricié el pelo con la nariz.

Quería compartir mi nuevo comienzo con ellos. El de Mallory. Pero aún no sabía si era eso. Después de todo lo que había pasado entre nosotros y del encuentro con Alan, quería estar seguro antes de decírselo. Quería poder llamarla mi novia y demostrar que iba en serio lo de sentar la cabeza. Aún no habíamos tenido esa charla. Sin embargo, cada día sentía que estábamos más cerca.

Todavía había más cosas que tenía que compartir con Mallory. Ella se había abierto de una manera que yo aún no lo había hecho. No estaba seguro de si tenía miedo o si quería darle tiempo antes de abrir mis viejas heridas tan pronto después de que ella abriera las suyas. La muerte de mis padres había sido una parte importante de mi vida y había formado gran parte de lo que es hoy. Quería compartirlo con ella. Sabía que nos seguiría acercando.

"Entonces, ¿hay algo nuevo contigo?", preguntó Mae esperanzada.

"Todavía no", respondí.

Me miró como si quisiera saber más, pero no dijo nada más.

Esa noche, cuando llegué a casa, llamé a Mallory. Hablamos de nuestro día y del partido del día siguiente. Le dije dónde recoger su entrada y que estaría a su nombre.

"Estoy deseando verte", le dije.

Habían pasado casi dos semanas desde que pasamos la noche juntos en mi casa. Todavía no podía entrar en mi cocina sin pensar en ella. O dormir en mi cama. Demonios, la mayoría de las cosas me la recordaban.

"Yo también", dijo. "Será un cambio agradable de verte en la televisión".

Me encantaba que se hubiera vuelto fanática del béisbol.

"Bueno, tengo que irme a dormir temprano", dije con pesar.

"Vale, yo también debería. Alguien me ha tenido despierta casi todas las noches. Me vendría bien dormir un poco más".

"¿Cómo se atreven?", bromeé.

Ella se rió. “Nos vemos mañana”.

“Me muero de ganas”.

A la mañana siguiente, me desperté antes de lo habitual. Por mis venas corría un nerviosismo que hacía imposible volver a dormirme. No había estado tan nervioso desde nuestra segunda temporada, cuando fuimos a las Series Mundiales. No tenía nada que ver con el juego, y todo que ver con Mallory.

Eso decía algo. Ella era tan emocionante para mí como ganar el campeonato.

Amarilla ronroneó a mi lado, acariciando mi hombro.

"Bueno, bueno", dije, rodando fuera de la cama. "Te daré de desayunar".

Esta gata sólo amaba dos cosas en el mundo: la comida y yo. Me siguió a la cocina y observó todos mis movimientos mientras preparaba su comida. Vi la sudadera de Mallory todavía colgada en el respaldo de la silla de la cocina. La cogí y la puse delante de mí. Me pregunté si debía llevarla al partido o dejarla aquí.

Me rondaban muchas preguntas por la cabeza. ¿Se iría a casa después del partido? ¿Se quedaría hasta el final? ¿Volvería aquí después? ¿Debería llevarla a cenar primero?

Me di cuenta de que nunca habíamos tenido una cita propiamente dicha. Habíamos tenido esa incómoda cita doble con Cleo y Kenny, pero eso era todo. El único tiempo que pasábamos juntos era en la cama o hablando por teléfono. Aunque eso me encantaba, quería más.

Doblé cuidadosamente su sudadera y la dejé en la encimera de la cocina. La dejaría aquí con la esperanza de que volviera esta noche. La idea me erizó la piel con anticipación.

Repasé rápidamente mi rutina matutina. Correr. Desayuno proteínico. Ducha fría. Hacer la bolsa. Era un partido por la tarde, lo que significaba que tenía que llegar pronto al estadio. Me alegré de que fuera un partido más temprano porque no estaba seguro de poder pasar un día entero con el estómago en la garganta, esperando ver a Mallory.

Capítulo 38

MALLORY

La energía que se respiraba fuera del estadio era una de las muchas cosas que echaba de menos de mis prácticas. El aire estaba lleno de expectación por el gran partido. No había sensación igual. O al menos, no había experimentado esa misma sensación en el estadio de fútbol.

Era diferente llegar al partido de hoy como aficionada y no como empleada. Nunca había ido a un partido de béisbol fuera de tener que ir por trabajo. Tenía ganas de disfrutarlo como cualquier otro bostoniano de la ciudad.

Aunque ya lo estaba haciendo bastante mal. Todo el mundo iba ataviado con gorras y camisetas. Miré mi vestido deportivo negro y me di cuenta de que había elegido la ropa equivocada. De toda la ropa del equipo que tenía colgada en el armario por trabajar aquí, había elegido esto. Pero bueno. Demasiado tarde.

Me acerqué al mostrador y les di mi nombre. La mujer volvió con un billete y una bolsa de papel blanco.

"¿Qué es esto?". La miré, confusa.

"Lo dejaron para usted, junto con el billete". Se encogió de hombros.

Cogí el billete y la bolsa y le di las gracias antes de marcharme. Curiosa, abrí la bolsa y encontré una camiseta. La saqué y la sostuve delante de mí. Me había dejado un maillot. Se me ocurrió una idea y le di la vuelta con entusiasmo. Era su número. Me había dejado su camiseta para que la usara hoy. Sonreí tanto que me dolían las mejillas.

Me la puse en la cabeza y miré mi reflejo en una ventana cercana. Ya estaba lista para el partido. Hice cola para pasar el control de seguridad y entré en el estadio. El olor familiar de las palomitas y la cerveza llenaba el ambiente. Sin duda, hoy iba a tomar ambas cosas. Quizá también un perrito caliente. Necesitaba una experiencia completa.

Mire mi entrada y busque por el interior del estadio, intentando encontrar mi sección. Me sentía un poco perdida, ya que normalmente me limitaba a seguir a Alan. Él había sido mi guía en este laberinto circular. Finalmente, localicé mi sector y le enseñé mi entrada al empleado. Asintió y me indicó mi fila y mi asiento. Bajé los escalones hasta llegar a mi fila. Pasé entre la gente que ya estaba sentada y encontré mi asiento.

Estaba justo detrás del home. El mejor asiento del estadio. sonreí mientras me sentaba. El equipo estaba en el campo calentando. Vi a Nico jugando a la pelota con Kenny. Aún no me había visto. El locutor anunciaba la alineación inicial por los altavoces. Cuando dijeron el nombre de Nico, grité a pleno pulmón. Levantó la vista de repente y me vio. Sonrió y me saludó con la mano antes de devolverle la pelota a Kenny.

Vi a un empleado que se acercaba por el pasillo con palomitas y cerveza. Le saludé y pedí una cerveza grande y un bote pequeño de palomitas. Le di un billete de veinte y volví a acomodarme en mi asiento.

Esto era divertido. Hacía tiempo que había olvidado lo que era la diversión. Toda mi vida había girado en torno al fútbol, hasta que me lo quitaron. Entonces mi vida giraba en torno a echar de menos el fútbol. Entonces todo se trataba de encontrar algo para distraerme de echarlo de menos, lanzándome al trabajo. No había vivido mucho en los últimos años, pero eso había cambiado. Mientras veía a Nico trotar hacia el banquillo, no podía evitar sentir que él había tenido algo que ver.

Sin saberlo, me había animado a arriesgarme de nuevo, a salir de mi zona de confort. Claro que enrollarme con él en el despacho de mi jefe o escabullirme en los ascensores probablemente fue una estupidez, pero no me arrepentí. Era lo más viva que me había sentido en mucho tiempo. estaba aquí, a punto de disfrutar de un partido de béisbol sólo por diversión. Y también para ver jugar al chico que me gustaba.

Me entraron ganas de abrazarle. Aunque no me salían las palabras con Nico, esperaba que todo lo que sentía se entendiera. Lo vi bajar al banquillo, podía verlo directamente. Se me hinchó el corazón al ver al equipo. Echaba de menos a esos hombres-niños. Y aún más al número 33.

Alan inspeccionaba su portapapeles, con las cejas fruncidas mientras intentaba concentrarse. Le encantaba lo que hacía. Echaba de menos trabajar para él y aprender de él. Me encantaba mi trabajo en el hospital, pero aún no me sentía como en casa. Estaba segura de que pronto lo sería. Tener a Iván allí ayudaba. Si no fuera por Alan, ni siquiera tendría el trabajo. Esperaba verle después del partido.

Sentí que me miraban y vi a Nico apoyado en la pared del banquillo sonriéndome. Me levanté y le di la espalda, haciendo un pequeño baile para mostrar su camiseta. Me di la vuelta y se estaba riendo. Levanté la cerveza en señal de agradecimiento y volví a sentarme antes de seguir haciendo el ridículo.

Tomé un sorbo de cerveza y comí un puñado de palomitas mientras el equipo salía al campo. El público estalló en abucheos cuando el equipo visitante salió a batear. Abucheé con ellos. Nico estaba preparado entre la segunda y la tercera base. Su mirada era atenta y podía sentir sus instintos vibrando desde mi asiento, mientras esperaba lo que venía a continuación. Era una persona totalmente diferente en el campo. Concentrado. Serio. Me encantaba verle en su elemento.

El sonido del bate chasqueando contra la pelota resonó en el estadio, interrumpiendo mi mirada. Era un pop fly. Kenny la atrapó con facilidad en el outfield. El siguiente bate se ponchó. El tercer bate envió una línea. Contuve la respiración mientras volaba directo hacia Nico. Se lanzó y cayó al suelo con un ruido sordo. Otro out. Me levanté y aplaudí con el resto de los aficionados.

El equipo funcionaba hoy como una máquina bien engrasada, y sólo era la primera entrada. No pude evitar sentirme orgullosa de ellos. Sabía lo mucho que habían trabajado. Claro que les gustaba divertirse fuera del estadio, pero aquí dentro vivían y respiraban. Conocía muy bien esa sensación.

Cuando íbamos a batear, animaba a todos los jugadores, pero cuando anunciaron a Nico por los altavoces, puse el grito en el cielo. No tenía ningún tipo de reservas ni miedo a que nadie me viera. No me podían despedir de un trabajo en el que ya no trabajaba. Me sentí libre.

Cuando se levantó para batear, clavó los pies en la tierra roja y me miró. El corazón se me subió a la garganta. Me estaba mirando directamente y no le importaba quién lo viera. Sentí que mis mejillas se volvían de un tono carmesí oscuro. Sentía como si estuvieran ardiendo. Entonces hizo algo que me hizo estallar de risa.

Me guiñó un ojo.

Negué con la cabeza y él sonrió antes de darse la vuelta para practicar un par de golpes. Vi cómo sus brazos se tensaban mientras agarraba el bate, listo para lanzar. Tragué saliva. Era una sensación totalmente nueva verlo de cerca, con ese aspecto, con todos los ojos puestos en él. Comprendía el atractivo de los jugadores de béisbol y me sentía extrañamente bien estando con uno. También me daba miedo.

No sabía si podía decir eso. No sabía lo que éramos. Aún no sabía lo que quería que fuéramos. Todavía tenía algo de miedo en mí. No dejaba de pensar en lo que decían mi padre y mis amigos. Pensé en mi propia predisposición hacia los atletas. El mensaje resonante era "mantén la guardia alta". Aparté ese pensamiento y me permití disfrutar del momento.

Nico tenía un strike. Dos bolas. El siguiente lanzamiento llegó rápido a la izquierda de la base. Nico levantó el bate más alto antes de entrar en el lanzamiento, y balancear el bate rápidamente. Oí el crujido de su bate. Era un line drive. El parador en corto no pudo alcanzarlo lo bastante rápido. Le pasó volando y rebotó en el campo. El público estalló en vítores cuando Nico tomó la

primera base.

Durante el resto del partido, estuve al borde de mi asiento. Estaba convencida de que tenía que comprar un abono. Era demasiado divertido. Aunque estaba sola, no me importaba. Todo el mundo era familia en aquel estadio.

El partido no fue una goleada, pero ganamos por varios puntos en la novena entrada. Me levanté y animé como el resto del público mientras el equipo corría hacia el banquillo. Estaban muy motivados, y era contagioso.

Mis ojos estaban fijos en Nico. Me preguntaba qué hacer a continuación. Vi que Nico se acercaba a uno de los guardias de seguridad y me señalaba, diciendo unas palabras. Intenté entender lo que decía. El guardia me miró y asintió. Nico le dio una palmada en la espalda antes de bajar al túnel para reunirse con el resto del equipo.

El guardia de seguridad se acercó a mí y me hizo señas para que me acercara.

"Mallory, ¿verdad? Me acuerdo de ti. Nico quiere que vengas conmigo".

"Vale. Claro". Sabía que tenía problemas, pero no podía evitar sentirme nerviosa. A pesar de que la multitud estaba saliendo arrastrando los pies, sus ojos estaban puestos en mí mientras él abría una puerta en la pared de la barrera y me dejaba pasar. Me escabullí y le seguí hacia la entrada del túnel.

"Pasa. Quiere que le esperes". El guardia de seguridad señaló el túnel con la cabeza.

"De acuerdo. Gracias", dije.

Había hecho este recorrido docenas de veces cuando trabajaba aquí, pero esto era totalmente distinto. Mi interior se agitaba mientras caminaba sola por el túnel.

"¿Mallory?". Oí una voz detrás de mí.

Me giré y vi a Alan, unos pasos por detrás de mí, agarrado a su portapapeles.

"Creía que eras tú la que estaba detrás del home", dijo al verme.

"Alan", dije con una sonrisa.

No sabía qué me había pasado, pero me acerqué corriendo y le di un abrazo, apretándole con fuerza. Me separé y le miré. Su cara reflejaba sorpresa.

"¿Me echas de menos o algo? Se rió.

"¿Se nota?". Me reí con él.

"Me alegro de verte. No sabía que vendrías hoy".

"Ha sido algo de última hora", le dije, lo cual era bastante cierto. Hace sólo dos días que pedí una entrada.

"Mhmm", dijo, mirándome con complicidad.

Me miré los pies nerviosamente, sabiendo que él sabía exactamente cómo había conseguido una entrada detrás del home.

"Me alegro de que estés aquí", dijo.

Había mucho detrás de esas cuatro palabras, como si me estuviera concediendo un permiso que no podía darme hacía tan sólo unas semanas. No sabía por qué, pero su opinión me importaba tanto. Probablemente porque lo veía como un segundo padre.

"Gracias, Alan", dije.

"Bueno, será mejor que entre", dijo. "Le haré saber que estás aquí esperando".

Ni siquiera tuvo que decir Nico. Los dos lo sabíamos. Asentí y le saludé con la mano mientras entraba en los vestuarios. Me apoyé en la pared y esperé, con mis sentimientos bullendo en mi interior.

Capítulo 39

NICO

Me sentía eufórico por haber ganado el partido, y saber que Mallory estaba sentada para presenciar la victoria lo hacía mucho mejor. Me costaba un poco concentrarme en el partido cuando sabía que ella estaba allí. Tenía un aspecto increíble y llevaba la camiseta que le había dejado. Le quedaba muy bien. Me moría de ganas de verla de cerca.

A pesar de estar un poco distraído, también quería jugar bien para impresionarla. Me lancé a por pelotas que podría haber dejado para que las recogiera el compañero y golpeé el bate con un vigor que incluso me sorprendió a mí mismo. Sentía sus ojos clavados en mí, que me daban una oleada de energía. Podría acostumbrarme a esto.

En el vestuario, el entrenador estaba de buen humor. Tuvimos nuestra habitual reunión de equipo. Repasó el partido y todas las cosas que habíamos hecho bien como equipo, además de las pocas que podíamos mejorar. Lo que probablemente fue breve, pareció alargarse. Apenas podía prestar atención sabiendo que Mallory estaba afuera esperando. Yo sólo quería entrar en las duchas y llegar a ella rápidamente.

Me senté en el banco, sacudiendo las piernas con anticipación.

"¿Estás bien, tío?", preguntó Kenny, mirándome.

"Sí. Emocionado por la victoria".

Asintió y volvió a prestar atención al entrenador. Vi a Alan colarse por la puerta y sonreírme. Debía de haber visto a Mallory. Sentí que mi cara se sonrojaba, pero entonces recordé que no había hecho nada malo. Todavía me estaba acostumbrando a la idea de que podíamos estar a la vista de la gente. Le saludé con la mano antes de volverme hacia el entrenador.

"El próximo partido es la redención", dijo el entrenador. "No podemos volver a perder contra Nueva York. Si jugamos como hoy, no lo haremos".

Si Mallory fuera a ese partido, seguro que no perderíamos. Sentí que podía jugar como todo un equipo con ella en las gradas. La había apodado extraoficialmente mi amuleto de la buena suerte.

"Vayan a las duchas. Vayan a celebrarlo si quieren, pero les espero aquí mañana. Pasaré el entrenamiento a la tarde, pero deben estar sobrios y concentrados. ¿Entendido?".

"¡Sí, entrenador!", dijimos al unísono.

Me levanté del banquillo, ansioso por ir a las duchas. Noté que Alan se acercaba, así que me quedé atrás.

"Seguro que ya lo sabes, pero Mallory está fuera esperando", dijo, señalando la puerta.

"Gracias", respondí, buscando en su rostro sus pensamientos.

"No lo eches a perder", dijo.

Me pareció muy tierno lo protector que era con ella. Tenía todo el derecho a serlo. Sabía que era especial. Le puse la mano en el hombro y le miré fijamente. “No lo haré”.

Alan asintió antes de darse la vuelta para reunirse con el entrenador en su despacho.

Me duché rápidamente y salí antes de que el agua se calentara. Había metido en la bolsa unos vaqueros y una camiseta blanca. Había estado debatiendo durante un rato esta mañana si debía meter en la bolsa mi sudadera habitual o si debía meter algo más adecuado para una cita. Opté por lo segundo con la esperanza de que Mallory aceptara cenar conmigo.

Me puse los vaqueros y me subí la camiseta por la cabeza, con el cuerpo aún ligeramente húmedo. Me pasé los dedos por el pelo y busqué el frasco de colonia en el bolsillo lateral del bolso. Me lo eché.

"Vaya", dijo Chad. “Mírate”.

Sonreí mientras me echaba la bolsa al hombro.

"¿Tienes una cita o algo así?", preguntó Chad.

"Algo así", respondí antes de girarme hacia la puerta.

Kenny me miró con curiosidad mientras rebuscaba en su taquilla. Le dije "Mallory", señalando la puerta con la cabeza. Sonrió y me levantó el pulgar. Sabía que habíamos vuelto a hablar. Se

alegró por mí.

Empujé la puerta que daba al pasillo y la vi apoyada en la pared esperando. Levantó la vista al oír el ruido de la puerta y sonrió. De cerca estaba aún más guapa. Llevaba el pelo largo y negro ondulado sobre un hombro. Llevaba un vestido negro con mi jersey desabrochado por encima. Nunca había visto algo tan sexy.

Di tres pasos rápidos hacia ella antes de atraerla hacia mí. Chilló cuando la levanté y la giré. Aspiré su olor familiar y la abracé aún más fuerte. Apretó los labios contra mi mejilla, dejando tras de sí su suave calidez. La dejé en el suelo y la miré, con los brazos aún alrededor de su cintura.

"Me alegro mucho de que hayas venido", le dije.

“Yo también”. Me sonrió, sus ojos verdes me miraban a través de sus largas pestañas.

Echaba de menos mirarla a los ojos.

Oí que la puerta se abría detrás de mí.

"Uhhhh...".

Me di la vuelta y vi a Chad, mirándonos estupefacto. Habíamos hecho un buen trabajo guardando el secreto, aparentemente. Miró entre nosotros con curiosidad durante unos segundos, atando cabos. Luego desapareció por el pasillo.

Mallory soltó una carcajada. "Bueno, eso fue... incómodo".

"Eso realmente lo desconcertó". Me reí.

La cogí de la mano y tiré de ella por el pasillo. Chilló de nuevo mientras intentaba mantener el ritmo.

"¿Adónde vamos?", preguntó sin aliento.

"A cenar. Te debo una cita de verdad", le dije.

Se detuvo de repente y tiró de mí.

"Eh, más despacio. En realidad sólo he venido a por mi sudadera", dijo.

Me quedé con la boca abierta por la sorpresa. ¿Hablaba en serio? La miré a la cara, esperando que no hubiera venido sólo por eso. Entonces esbozó una sonrisa.

"Eres imbécil", le dije.

"Lo sé. Se rió antes de ponerse de puntillas y darme un rápido beso en los labios. Volví a cogerle la mano y ella entrelazó sus dedos con los míos mientras caminábamos por el pasillo hacia el aparcamiento.

Fuera, el aire era fresco y el cielo de un intenso tono púrpura. La conduje hasta mi coche y le abrí la puerta del pasajero. Se deslizó dentro y me dio las gracias en voz baja antes de que cerrara la puerta con cuidado. Parecía una cita de verdad. Los nervios empezaron a invadirme de nuevo, pero me los tragué mientras me dirigía al asiento del conductor y me deslizaba junto a ella.

Conduje en un cómodo silencio los quince minutos que nos separaban de uno de mis restaurantes favoritos. Tenía unas vistas estupendas del puerto y la comida era aún mejor. Encontré aparcamiento con parquímetro y la llevé escaleras arriba. Abrí la puerta y le indiqué que pasara a mi lado.

La camarera sonrió cálidamente cuando nos acercamos al mostrador.

"Sr. Klein. Qué agradable sorpresa", dijo. "Déjeme ver si su mesa de siempre está libre".

Asentí mientras se alejaba. Sentí que Mallory me miraba. Me pregunté qué estaría pensando. La camarera volvió rápidamente y cogió dos menús.

"Buenas noticias. Su mesa está lista. Por favor, síganme", dijo.

Nos condujo al patio con vistas al puerto y nos sentó en una pequeña mesa en el centro. Mi mesa. Pude ver los ojos de Mallory abrirse de par en par mientras disfrutaba de la vista. El agua estaba en calma, excepto por algunas olas suaves que golpeaban contra los barcos. Las luces de la ciudad centelleaban, reflejándose en el agua. Era la noche perfecta.

"Vaya", suspiró. "Nunca había estado aquí".

Sonreí, sabiendo que era la primera vez para ella.

"¿Traes aquí a todas tus citas?", preguntó, enarcando una ceja.

Me lo pensé un momento. Sólo había estado aquí solo, y hoy lo compartía con ella. Ni siquiera lo había pensado. Fue instintivo traerla aquí.

"No. Eres la primera persona que traigo aquí", dije pensativo, mirando hacia el agua.

Se quedó callada un momento. Sentí sus ojos clavados en mí, así que los miré con los míos. Inspiró bruscamente antes de coger el menú y estudiarlo con atención. Me reí para mis adentros porque parecía muy concentrada.

"¿Qué?", preguntó, lanzándome una mirada juguetona.

" Nunca había visto a nadie mirar un menú así. Parece que estés estudiando para la selectividad".

"Intento no mirarte demasiado tiempo porque me estás dando ganas de saltarme la cena, y la verdad es que tengo hambre".

Sus palabras aterrizaron en mis oídos y recorrieron mi espina dorsal como si fueran líquido. Tragué con fuerza antes de mirar mi menú. Lo estaba estudiando con curiosidad, intentando concentrarme en algo que no fuera lo que ella acababa de decir.

Llegó la camarera y, por suerte, rompió la espesa tensión del ambiente.

"¿Qué le sirvo de beber?", preguntó.

"Un margarita, por favor", dijo Mallory.

"Tomaré lo mismo", asentí.

Unos minutos después, la camarera nos trajo las bebidas y nos pidió la cena. Los dos pedimos la hamburguesa con bacon y patatas fritas.

Mallory levantó su vaso. "Por tu victoria".

"Por que seas mi amuleto de la buena suerte", dije chocando mi copa con la suya.

Dio un sorbo a su bebida y me miró pensativa.

"¿Qué te llevó a jugar al béisbol? "Veo cómo juegas. Para ti no es sólo un trabajo. Conozco la mirada cuando el juego realmente significa algo para alguien".

Tomé un sorbo de mi bebida y miré hacia el puerto antes de volverme hacia ella.

"Crecí en ese estadio. Mis padres habían trabajado allí. Mi padre era comentarista deportivo y mi

madre... bueno, era fisioterapeuta. Como tú".

No me había dado cuenta de la conexión hasta ese momento. Me dejó sin aliento.

"Así que lo llevabas en la sangre", dijo.

"Más o menos. Me enamoré del juego. Era mi primer recuerdo. Recuerdo que veía a los jugadores y pensaba que eran superhéroes. Quería ser uno más de ellos".

Mallory ladeó la cabeza y me sonrió, como si me imaginara de pequeño.

"Mis padres me apuntaron al T-ball en cuanto pudieron. A pesar de sus apretadas agendas, venían a todos los partidos".

"Parecen buenos padres".

"Eran...".

Vi que la expresión de su cara vacilaba.

"Murieron cuando yo estaba en el instituto. Tenía catorce años".

"Oh, Nico". Buscó mi mano y la agarró con fuerza.

"Fue un accidente de coche. Después de eso, casi dejé el béisbol. Era demasiado doloroso. Pero al final, quise mantener vivo su recuerdo. Mi hermana se aseguró de que no me rindiera. Me llevaba a todos los partidos y entrenamientos. Le debo tanto".

"Y tú crees que soy fuerte...", dijo ella, sacudiendo la cabeza. "Has pasado por tantas cosas. Ni siquiera sé cómo puedes pisar ese campo".

Me encogí de hombros. No quería su compasión. Sólo quería que supiera quién era y por qué.

"Sé que te están vigilando", dijo Mallory suavemente.

Me llevó la mano a la boca y me la besó. Volví mi mano y sostuve su mejilla suavemente. Poco a poco, nos habíamos ido abriendo a momentos como éste. Momentos que nos acercaban innegablemente.

Terminamos de cenar, hablando más de la vida. De las cosas serias. De las pequeñas cosas. Fue

la mejor cita de mi vida. No quería que terminara. Cuando llegó la cuenta, Mallory buscó su bolso, pero le hice un gesto con la mano y la miré como si fuera ridícula. Le di mi tarjeta a la camarera.

"Gracias por la cena", dijo.

"Cuando quiera", respondí con sinceridad.

Tomó el último sorbo de su cóctel, evitando mi mirada. No sabía lo que vendría a continuación, pero podía esperar.

"¿Tal vez quieras volver a mi casa?", pregunté, tratando de mantener la calma.

Ella levantó la vista y me miró.

"Para recoger tu sudadera, por supuesto", continué con una sonrisa burlona.

Se mordió el labio y negó con la cabeza, pero yo sabía que eso significaba que sí.

Capítulo 40

MALLORY

Observé cómo un barco se abría paso lentamente en el puerto mientras Nico firmaba la cuenta. Era tan hermoso. Necesitaba salir más. Esta había sido la mejor cita en la que había estado, sin lugar a dudas, y había sido simplemente hamburguesas y patatas fritas. Aún así, la vista era increíble. La compañía también.

Después de la conversación, sentí que la guardia de ambos se derrumbaba poco a poco. Me sentí más cerca de él que nunca después de que me contara lo que les había pasado a sus padres. No tenía ni idea. Sabía que era una de las preguntas que había evitado cuando empezamos a jugar a las veinte preguntas. Los dos ocultamos cosas entonces.

Se me partió el corazón cuando me dijo que habían fallecido, y él con una edad tan temprana. No podía imaginar perder a uno de mis padres, y mucho menos a los dos al mismo tiempo. Podía sentir cómo mis entrañas lo envolvían con sus brazos, y no parecía que fueran a soltarlo pronto.

No era para nada lo que yo pensaba. No jugaba al béisbol por la fama, el dinero o las mujeres. Al menos ya no. Jugaba porque le acercaba a sus padres y eso me rompía el corazón y me lo volvía a unir al mismo tiempo.

Por eso, cuando hace unos minutos me pidió que volviera a su casa, supe que todo había terminado para mí. Mentalmente le grité que sí. Necesitaba más tiempo con él. Verle jugar. Abrazarlo en el túnel bajo el estadio. Cenar en el puerto. Pero seguía sin ser suficiente. Me preguntaba si alguna vez sería suficiente, o si siempre querría más de él.

Nico dejó la cuenta firmada sobre la mesa y se levantó. Se acercó a mí y me retiró la silla. Estaba siendo todo un caballero. Todo esto era tan extraño para mí. Pero estaba disfrutando de cada momento. Me levanté de la silla y me di cuenta de que sus manos seguían agarrando los reposabrazos. Sentí su aliento en la nuca y, de repente, me di cuenta de lo cerca que estaba.

Levantó una mano y me apartó el pelo hacia un lado, dejando mi cuello al descubierto. Incliné

ligeramente la cabeza hacia un lado y sus labios se encontraron con mi cuello.

"Gracias por venir a cenar conmigo". Su susurro bailó sobre mi piel, provocándome un escalofrío.

Apoyé la cabeza en su pecho y él me rodeó la cintura con los brazos.

"Gracias", murmuré.

Nos quedamos así un momento, observando las luces y escuchando los sonidos del puerto. Sí. La mejor cita de mi vida.

Me acompañó escaleras abajo hasta el aparcamiento. Una vez más, me abrió la puerta del coche antes de ir al otro lado. Cuando nos alejamos, bajó las ventanillas para que entrara el aire fresco de la noche. Subió un poco el volumen de la radio y puso una canción de rock clásico. Apoyé la cabeza en el asiento y le miré conducir.

Tenía los labios carnosos apretados mientras tarareaba la canción y su pelo castaño oscuro ondeaba al viento. Era un tipo guapo sin esfuerzo. Uno que te hacía preguntarte si alguna vez había tenido que intentarlo, y uno del que no podías apartar la mirada.

Se dio cuenta de que le miraba.

"¿Qué?", preguntó, tratando de bajar el volumen del estéreo.

"Sólo tú". Sonreí y volví a subir el volumen de la radio.

Me cogió la mano y me la apretó antes de llevársela a su regazo, con los dedos entrelazados. Miré por la ventanilla y vi pasar la ciudad. Todo parecía tan vivo cuando estaba con él. Podía hacer que algo que había visto miles de veces pareciera nuevo.

Podría haberme quedado en el asiento del copiloto para siempre, pero pronto llegamos a su casa. Entró fácilmente en el aparcamiento y mostró su tarjeta al empleado, que nos hizo pasar. La oscuridad del coche nos envolvió y, me di cuenta de que íbamos a volver a estar solos.

Apagó el motor, pero no se bajó. Apoyó la cabeza en el asiento y me miró fijamente. Me pregunté si a él también se le pasarían por la cabeza los mismos pensamientos. Acercó la mano y me pasó suavemente el pulgar por la mandíbula. Cerré los ojos ante su contacto y me incliné hacia él.

Le rogaba que me besara, pero no creía que pudiéramos salir del coche si lo hacía. Él también

debía de saberlo, porque salió del coche de mala gana y se acercó para ayudarme. Cogí la mano que me ofrecía y no la solté mientras caminábamos por el aparcamiento hacia el ascensor. Había mucho silencio. Estaba segura de que, de algún modo, podía oír los latidos de mi corazón.

Una vez dentro, me llevó a la cocina. Vi mi sudadera sobre la encimera. Estaba perfectamente doblada, como si fuera un regalo envuelto esperándome. La cogí y la estreché contra mí.

"Gracias por guardármela", dije.

Levanté la vista y me encontré a Nico apoyado en la pared mirándome fijamente. No dijo nada. Tenía los brazos cruzados, los músculos bronceados tensos contra el blanco de la camisa. De nuevo, ni siquiera tuvo que intentarlo. Sus ojos eran oscuros y tormentosos. Me pregunté qué estaría pensando. Se me ocurrieron algunas ideas.

Debería irme, me dije. Tenía mi sudadera. Ya podía irme a casa. Pero mis pies permanecieron plantados en los suelos de madera debajo de mí. Agradecí en secreto su traición.

Se apartó de la pared y caminó hacia mí. Sus ojos se clavaron en los míos y me perdí en su tormenta antes de que sus labios chocaran lentamente contra los míos. Lo respiré, dejando que el beso me bañara. Dejé caer la sudadera al suelo y le rodeé el cuello con los brazos. En ese momento supe que no iría a ninguna parte.

Nuestros labios no se separaron mientras caminábamos sin rumbo por el largo pasillo hasta su dormitorio. Mis manos se perdieron en su pelo. Sus manos estaban por todas partes. Por fin llegamos a la puerta de su habitación y salimos a tomar aire. Me quedé de pie justo dentro de su habitación, mirándole sin aliento. Tenía los brazos extendidos y las manos agarradas al marco de la puerta. Tenía los nudillos blancos y carnosos mientras miraba al suelo. Era como si se impidiera a sí mismo acercarse.

No sabía por qué. ¿Tenía tanto miedo como yo? Sabía que la última vez que estuve aquí las cosas no acabaron bien. No sabía cómo terminarían después de esta noche, pero lo necesitaba desesperadamente. Tal vez era egoísta de mi parte. Sabía que quería respuestas que aún no podía darle. Pero en ese momento, cada parte de mí necesitaba que él me tocara.

"Nico", susurré, sacándolo de sus pensamientos.

Sus ojos subieron por mi cuerpo y se encontraron con los míos. Di unos pasos hacia atrás hasta que la parte posterior de mis piernas se encontraron con la cama y bajé sobre ella. Mis ojos no se apartaron de los suyos mientras me acercaba al cabecero. Con las rodillas flexionadas, separé lentamente las piernas, dejando al descubierto mis bragas rojas de encaje bajo el vestido. Sus ojos se separaron de los míos y se posaron exactamente donde yo quería.

Dejó escapar una bocanada de aire y entró lentamente en la habitación hacia mí. Se me dibujó

una sonrisa en la comisura de los labios al verlo subir hacia mí por la cama. Se dio cuenta de mi sonrisa.

"Eres increíble, ¿lo sabías?", susurró.

Sus manos se deslizaron por la parte exterior de mis muslos, engancharon sus dedos bajo la cintura y tiraron del material de encaje por mis piernas. Me separó más las rodillas antes de levantarme el dobladillo del vestido. Lo vi desaparecer bajo él. Contuve la respiración y entonces su boca estaba contra mí.

La lengua de Nico me acarició, haciendo que mi espalda se estremeciera. Sus dedos recorrieron suavemente el interior de mis muslos, como si me estuviera besando con ellos. Entonces sus manos se encontraron con mis caderas y las agarró con fuerza, acercándome a su cálida boca.

Su boca me rodeó, succionando, antes de apartarse para encontrarme de nuevo con su lengua. Me acarició con la lengua antes de saborearme por completo. Mis manos se dirigieron instintivamente a su cabeza. Mis dedos se perdieron en su pelo mientras intentaban desesperadamente sujetarme cuando estaba al borde del orgasmo.

Aparté las caderas de su boca suplicante, sin querer perder aún el control. Me miró interrogante. Con hambre. Quería ir más despacio. Saborearlo. Me quité el jersey y los tirantes del vestido, que me colgaban de los hombros. Subió por mi cuerpo y me bajó los tirantes del vestido, de modo que mis pechos se desparramaron ante él. Se llevó los pezones a la boca y chupó antes de bajarme el vestido y quitármelo.

Se arrodilló al final de la cama y me miró desnuda.

"Eres perfecta", susurró.

Me incorporé y me arrastré hacia él, metiendo las manos bajo su camisa y sintiendo cómo sus músculos se contraían al contacto. Le quité la camisa por encima de la cabeza y posé mis labios en su pecho. Mis manos encontraron el botón de sus vaqueros y se los desabroché. Se los quité de las caderas y me lamí la palma de la mano antes de alcanzar su creciente erección. Aspiró cuando le agarré por la base, moví la mano hacia la punta y volví a bajarla con facilidad.

Bajé la boca hacia él, deslizando su circunferencia entre mis labios y en el calor de mi boca. Gimió y vi cómo echaba la cabeza hacia atrás de placer. Moví la cabeza hacia delante y hacia atrás, absorbiéndolo aún más con cada movimiento de succión, hasta que pude sentirlo en el fondo de mi garganta.

"Joder", susurró mientras me agarraba la cabeza, intentando estabilizarse en la cama. Se soltó de mi boca y rodó sobre su espalda, tirando de mí hacia él. Me coloqué a horcajadas sobre él, deslizándome contra su polla, pero sin penetrarme. Observé cómo miraba nuestros cuerpos en

movimiento. Había un fuego torturador en sus ojos mientras yo lo provocaba contra mí. Podría haberme corrido en ese mismo instante por la lenta y húmeda fricción.

No pudiendo aguantar más, me agarró de las caderas y me levantó ligeramente para que su punta quedara justo contra mí. Sus ojos se encontraron con los míos mientras me empujaba hacia él. Dejé escapar un gemido al sentir cómo cada centímetro de él se abría paso dentro de mí. Sin levantarme, empecé a girar las caderas y a rechinar contra él cuando llegó al punto exacto. Se llevó el pecho a la boca. Empecé a moverme más deprisa, con las manos agarrando las sábanas junto a su cabeza. Sentía la vibración de sus gemidos contra mis pezones, que me hacían perder el control sobre su polla palpitante.

Estuve varios minutos tumbada encima de él, cansada, hasta que me quité de encima. Me agarró la mano de repente.

"No te vayas", susurró.

Lo miré a los ojos. Eran suplicantes. Me besó el hombro. "Por favor, quédate conmigo".

Dudé un momento antes de asentir y hundirme en su pecho. Deja de huir, me dije. Al menos por esta noche.

Capítulo 49

Nico

Me desperté con un sobresalto silencioso, tanteando la cama para asegurarme de que lo de anoche no había sido un sueño, pero también para ver si Mallory se había vuelto a escabullir sin decir nada. Respiré aliviado cuando me di cuenta de que esta vez no era Amarilla la que estaba acurrucada en mis brazos. Mi respiración se acompasó con las constantes inhalaciones y exhalaciones de Mallory. Se había quedado. Todo iba bien.

Hundí la cabeza en la almohada y sonreí en la oscuridad. Ayer fue increíble. De ganar el partido con ella en las gradas, a estar al aire libre en un lugar donde una vez fuimos un secreto silencioso, a llevarla a una cita en el agua en mi lugar favorito, a terminar en esta cama. Lo calificaría como el día perfecto.

De hecho, no recordaba la última vez que había tenido una cita, y mucho menos una que durara prácticamente todo el día y la noche. No podía evitar sentir que este era nuestro nuevo comienzo. Había una ligereza en mi corazón. Una esperanza.

Recorrí su brazo con los dedos, sintiendo su piel suave contra mis yemas. Lo último que quería era salir de esta cama. Ni siquiera sabía qué hora era, pero oía maullar a Amarilla a los pies de la cama. Debía de ser la hora del desayuno. Ella nunca me dejaría olvidarlo.

Con cuidado, me incliné hacia la mesilla de noche y miré la hora en el móvil. Eran las once de la mañana. Ya había pasado la hora del desayuno de Amarilla.

Sólo unos minutos más. Volví a meterme bajo las sábanas y apoyé la cabeza contra la de Mallory. Ella estaba bien acurrucada en mi pecho. Todavía estábamos desnudos de la noche anterior. Era difícil no sentir algo. Si no estuviera durmiendo tan profundamente, la habría tomado de nuevo en ese mismo momento.

Estar con ella era como tomar aire. Una liberación. Una necesidad. Un deseo desesperado. Podía sentir que ella sentía lo mismo en la forma en que se aferraba a mí a veces, las yemas de sus

dedos presionando mi piel, dejando sus impresiones mucho después de haberse liberado. Su tacto era como un moratón que no dolía. Entonces tuve que recordarme que a veces sí dolía. Alejé ese pensamiento.

Soltó un suspiro apacible mientras dormía y me pregunté qué estaría soñando. Me gustaría entrar en su cabeza para saberlo. Sus sueños. Sus pensamientos. Sus sentimientos. Cerré los ojos durante un minuto para disfrutar del momento. Un momento en el que ella se quedaba quieta a mi lado en lugar de intentar marcharse.

Amarilla maulló de nuevo, acercándose a mí en el colchón. Esta vez insistió más. Puse los ojos en blanco.

"Vale, vale, chica", susurré.

Solté con cuidado el brazo de Mallory y me quité de debajo de ella. No quería despertarla. Sabía lo mucho que había estado trabajando y lo mucho que yo la había mantenido despierta por la noche con nuestras llamadas telefónicas. No me arrepentía de nuestras conversaciones, pero ella necesitaba descansar. Le di un beso en el hombro antes de levantarme de la cama.

Encontré mi armario en la oscuridad y rebusqué en los cajones a ciegas hasta que encontré una sudadera. Me la puse y salí de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Amarilla me siguió por el pasillo hasta la cocina.

"¿Estás contenta? le pregunté riendo.

Juraría que sonrió.

Después de servirle la comida para gatos, puse una cafetera. Más grande de lo normal, así que también había suficiente para Mallory. Mientras esperaba a que la cafetera estuviera lista, Amarilla se subió a la encimera y se frotó contra mí. Le rasqué detrás de la oreja y me miró con sus grandes ojos amarillos.

“No te acostumbras a tener a otra chica aquí, ¿verdad?”, le pregunté riendo.

Ella ronroneó.

“Bueno, creo que vamos a verla más. ¿Te parece bien?”.

Bostezó antes de saltar de la encimera.

Pequeña celosa. Negué con la cabeza mientras la veía entrar en el salón y acomodarse en el sofá.

Abrí la nevera y rebusqué en su contenido, intentando ver qué podía preparar para desayunar. O para el almuerzo. O para comer. No sabía cuánto tiempo se quedaría. Me alegré de no tener que estar en ningún sitio hasta el entrenamiento de esta tarde. Gracias, entrenador.

"Buenos días, Amarilla", oí decir a Mallory desde el pasillo.

De repente, me sentí nervioso. Cada mañana después de estar con ella siempre había terminado mal. O incómodas, o confusas, o dolorosas. Agarré la encimera y me apoyé en ella, preparándome para lo que venía a continuación.

Entró silenciosamente en la cocina y mis ojos la contemplaron. Ni siquiera necesitaba café. Estaba completamente despierta. Sólo llevaba mi jersey, el que yo le había regalado. Tragué saliva, como si estuviera reprimiendo mis sentimientos y deseos. Sus ojos tardaron un momento en llegar a los míos. Debió de ver mi mirada porque sus mejillas se sonrojaron.

"No encontraba el resto de mi ropa. Está muy oscuro", dijo señalando el pasillo.

Le hice un gesto con la mano como si no pasara nada. No lo era. En absoluto. Sería un gran problema si alguna vez se pusiera otra cosa.

"Por favor. Ponte eso todo el tiempo", le dije, señalando el jersey.

No podía alejarme de ella con ese aspecto. Di unos pasos hacia ella y le rodeé la cintura con las manos, atrayéndola hacia mí. Se rió nerviosa, intentando bajar el dobladillo del maillot para taparse. Me pregunté por qué. No era nada que no hubiera visto antes.

Me incliné para besarla, pero se contuvo. Rechazado, me aparté y la miré a la cara.

"Aliento matutino", dijo tapándose la boca.

La solté y di un paso atrás, sintiéndome derrotado. ¿Qué estaba pasando?

"Sabes que no me importa", murmuré.

Se encogió de hombros y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

"He hecho café". Cambié de tema. Abrí un armario y saqué una taza antes de que pudiera protestar. Le serví el café.

"¿Con leche? ¿Azúcar?", pregunté.

"Un poco de azúcar, por favor. Gracias", dijo apoyándose en la encimera frente a mí.

Era como si intentara poner cada vez más espacio entre nosotros.

Eché un poco de azúcar y lo removí antes de acercárselo. Maldita sea, yo y mi cocina demasiado grande.

"Gracias", dijo sin mirarme a los ojos.

Dio un largo sorbo y miró al suelo.

“¿Has dormido bien?”, le pregunté mientras me ocupaba de mi propia taza de café.

"Bien, gracias", respondió.

Nos quedamos en los extremos opuestos de la cocina, sorbiendo el café en silencio. Tampoco era nuestro silencio habitual. Estaba lleno de palabras mudas desesperadas por salir y ser escuchadas. Todos los sentimientos que había tenido esta mañana se disolvían poco a poco. ¿Por qué creía que esta vez iba a ser diferente? Por muy buen día que hubiera sido ayer, era como si alguien se hubiera quitado un par de gafas y todo volviera a estar borroso.

Lo único que quería era cogerla de la mano y llevármela a la cama. Empezar todo de nuevo. Comunicarnos con nuestras bocas y nuestras manos. Sentirla rodearme y asegurarme con una sola caricia que todo esto no estaba sólo en mi cabeza.

Pero las cosas no funcionaban así. No era así como yo quería que funcionaran. Necesitaba más de ella. Por primera vez, necesitaba algo más que sexo. Necesitaba sentimientos. Sentimientos reales. Quería que esto fuera algo. Pensé que lo había dejado claro.

Pensé que tal vez debería mandarle un mensaje o llamarla. Estábamos cómodos haciendo eso. No hubo pausas. Sin pausas incómodas. Era un territorio con el que estábamos familiarizados, aunque la conversación de anoche en la cena fluyó con facilidad. Abiertamente. Yo había compartido una parte de mí que no había compartido con nadie, y ella había abierto su corazón, capturando las piezas tristes de mi vida y manteniéndolas a salvo.

Entonces, ¿por qué era así en ese momento? No podía encontrar mi equilibrio. Odiaba esto.

Lo intenté de nuevo, poniendo una sonrisa que no engañaba a nadie.

"¿Puedo preparar el desayuno?". Me ofrecí, caminando hacia la nevera. "Hago unos huevos revueltos buenísimos".

"Está bien", dijo.

"¿Estás segura?". Enarqué una ceja.

"Sí, en realidad debería irme".

"Oh...".

Empezó a decir algo, pero pareció pensárselo mejor. Dejó la taza de café en la encimera con un suave tintineo, el único sonido que llenaba el silencio.

Sentía que nuestro tiempo llegaba a su fin, y eso me asustaba muchísimo. Además de tener miedo de perderla de nuevo, sentí que algo más se agitaba en mi interior. Un lento calor de ira. Contra mí mismo. Contra ella. Contra nosotros. Me lo tragué antes de volver a intentarlo.

"¿Cuándo puedo volver a verte?". Le pregunté.

Me sentí ridículo, casi como si estuviera suplicando, cuando en realidad, sólo estaba haciendo una pregunta normal a la chica que me gustaba. Alguien que creía que yo también le gustaba. Este era un territorio completamente extraño para mí, y lo odiaba. No me gustaba estar en este lado. No me gustaba ser este tipo. No me gustaba ser el único que lo intentaba.

La miré, deseando que me mirara. Lo hizo, pero sólo para negar con la cabeza. ¿Esa fue mi respuesta?

El lento calor de la ira subió a mi pecho y salió a borbotones.

"¿Por qué sigo intentándolo?", pregunté, alzando la voz mientras me levantaba del mostrador.

Ella me miró entonces. Sus ojos estaban llenos de algo que no podía leer. ¿Arrepentimiento? ¿Tristeza?

“¿Por qué?”, volví a preguntar, apenas un susurro.

No dijo nada y salió de la cocina por el pasillo hacia mi habitación.

Respiré hondo antes de seguirla. La encontré de rodillas en la oscuridad, buscando el resto de su ropa. Habría sido casi risible si no estuviera tan alterada.

"No veo nada", murmuró.

Me acerqué y cogí el mando a distancia de la mesilla de noche. Pulsé el botón y las persianas se abrieron lentamente, revelando la dura luz de casi mediodía. Era muy parecido a nuestra relación, o a lo que fuera que hubiera entre nosotros. Las cosas siempre parecían ir bien, hasta que llegaba la mañana y arrojaba luz sobre la realidad.

Buscó el resto de su ropa y pasó a mi lado. Oí cerrarse la puerta del baño. Mientras se cambiaba, me dirigí al salón y me senté en el sofá junto a Amarilla. La puerta del baño se abrió un momento después y ella reapareció con el mismo vestido de anoche, pero sin jersey.

La observé mientras recogía la sudadera con capucha que aún estaba en el suelo. Se la puso sobre el brazo y se dirigió hacia la puerta. Cogió su bolso de la mesita de la entrada. La observé mientras se detenía en la puerta. Lo que más deseaba era que se diera la vuelta.

Pero debería haberlo sabido. Eso fue lo que hizo. Se marchaba. A menudo sin palabras, dejándome intentando llenar los espacios en blanco, intentando recoger los pedazos. ¿Por qué seguía haciéndome esto? Abriéndome, sólo para que ella siguiera cerrándome la puerta.

Mallory tomó aire y abrió la puerta, deslizándose a través de ella sin mirar atrás. Se había ido.

Capítulo 42

MALLORY

Cerré la puerta y caminé sin rumbo por el pasillo alejándome del apartamento de Nico, con las lágrimas nublando la vista. Una pequeña parte de mí quería que me siguiera y me sacudiera para sacarme de mi maldita cabeza, pero la parte más grande de mí quería distancia entre nosotros. No podíamos estar juntos sin que se convirtiera en algo más. Lo sabía.

Entonces, ¿por qué pedí una entrada para el partido? ¿Por qué acepté la cita? ¿Por qué acabé aquí? ¿Dejé mi sudadera la primera vez porque inconscientemente sabía que volvería?

Todas estas preguntas me rondaban por la cabeza mientras caminaba hacia el ascensor. Pulsé rápidamente el botón y me agarré a la sudadera mientras esperaba a que subiera de la primera planta. Mi sudadera ya olía más a él que a mí. Respiré y se me saltaron las lágrimas. La doblé rápidamente sobre el brazo y la sostuve rígida a mi lado, como si me hubiera traicionado.

Las puertas del ascensor se abrieron y me debatí un segundo sobre si debía entrar, sabiendo muy bien que sería nuestro fin si lo dejaba así. Quizá me perdonaría si me daba la vuelta y se lo explicaba. Me disculpaba. Tal vez.

Ya le había hecho mucho daño a este tipo, no necesitaba infligirle más. Por eso entré en el ascensor y me despedí en silencio antes de pulsar el botón del vestíbulo.

Cuando se abrieron las puertas, me di cuenta de que no tenía coche para volver a casa. Estaba en el estadio, ya que Nico me había llevado a cenar anoche. Me pasé los dedos por el pelo con una silenciosa desesperación. Tenía que salir de aquí. Miré por los grandes ventanales y vi pasar taxis amarillos. Caminé deprisa y empujé las puertas para que parara uno. Por suerte, uno se detuvo en la acera al cabo de unos instantes.

Abrí la puerta trasera y entré.

"¿Adónde?", preguntó el conductor, inclinando el retrovisor para ver mejor.

"A los apartamentos Burbank, por favor", respondí sin pensar.

Asintió mientras se alejaba de la acera. Le había dado la dirección de Iván y Mads sin pensarlo. Fue casi como un reflejo. Necesitaba a mis amigos. Esperaba que estuvieran en casa.

En el camino, pensé en la noche anterior y en lo perfecta que había sido. Las luces en el agua. Las hamburguesas grasientas. La conversación fácil, incluso cuando el tema era difícil. El beso que pedía algo más y consiguió lo que quería. Lo que yo había querido.

Nico era como una especie de liberación para mí. No sabía por qué estaba atrapada, pero él me sacaba de ello cada vez que hablaba con él. Lo veía. Lo tocaba. La idea de necesitarle de esa manera me asustaba muchísimo, por eso las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta esta mañana.

La expresión de su cara cuando me aparté de su beso en la cocina casi me rompe el corazón, pero cuando le oí susurrar la simple pregunta de “¿por qué?”. No podía darle una respuesta porque no la tenía. Mi silencio acababa de joderlo todo.

Cerré los ojos con fuerza, dejando de ver los edificios de la ciudad que pasaban borrosos junto a las ventanas. Sentí una lágrima caer por mi mejilla. Estaba caliente y llena de rabia hacia mí misma, y tristeza por Nico. Por nosotros.

"Ya hemos llegado, señorita", dijo el conductor, sacándome de mis pensamientos. O al menos de los pensamientos de los que intentaba escapar.

Me sequé rápidamente la lágrima y me incorporé. Esbocé una sonrisa falsa.

"Muchas gracias".

Miré el taxímetro para ver cuánto le debía antes de rebuscar algo de dinero en el bolso. Le entregué diecisiete dólares antes de abrir la puerta y salir del coche. Miré hacia el edificio de apartamentos mientras cerraba la puerta tras de mí.

Por favor, que esté en casa, pensé. Me di cuenta de que no era la primera vez que me presentaba sin avisar. Esperaba que mi suerte no se acabara hoy. Realmente necesitaba a mis amigos.

Subí las escaleras y fuí por el pasillo hasta su apartamento del segundo piso, llamé a la puerta. Apreté el oído contra ella, desesperada por oír vida al otro lado. Pronto oí pasos e inhalé profundamente por la nariz. Gracias a Dios. La puerta se abrió e Iván estaba de pie, mirándome.

"¿Mal? No sabía que ibas a venir", dijo, empujando la puerta para que entrara.

"Sorpresa", dije, intentando sonar alegre.

Cuando Iván cerró la puerta del apartamento, me miró detenidamente. "¿Estás bien?", preguntó preocupado.

Debía de estar hecha una piltrafa, o él sabía ver a través de mí.

"Sí, estoy bien. Sólo quería veros". Me encogí de hombros y apreté los labios con una sonrisa tensa.

Me miró con duda, pero no insistió.

"¿Te apetece un té?", preguntó.

Iván era como una vieja británica, pensando que el té lo solucionaba todo. Todo un tipo de abuela. Reprimí una carcajada, temiendo ponerme a llorar. Me limité a asentir.

"¿Mal?", preguntó Mads, claramente confuso.

"Hola, Mads", dije, dedicándole una débil sonrisa.

Vi que Iván lanzaba una mirada a su hermano antes de ir hacia el sofá. Mads le dirigió una mirada de silenciosa comprensión y me condujo al sofá. Me senté a su lado. Permanecimos sentados en un cómodo silencio durante un minuto, como si estuviera esperando a que me explicara. Los sonidos de Iván afanándose en la cocina con la tetera eran los únicos que llenaban el aire.

La tetera silbó e Iván la sacó del fuego. Lo sirvió en tres tazas, con cuidado de no derramarlo.

"¿Manzanilla o Earl Gray?", preguntó desde la cocina.

"Manzanilla, por favor", respondí en voz baja.

Sentí que Mads me miraba con cautela antes de hablar.

"Entonces, ¿tengo que matar a un jugador de béisbol millonario?", preguntó, levantando una ceja.

Mi corazón ya estaba roto, pero se había abierto de par en par y empezaba a salir a borbotones.

"Probablemente sea multimillonario", dije, con la voz entrecortada, antes de derrumbarme.

Mis hombros se desplomaron y se me escaparon unos sollozos silenciosos. Tenía un déjà vu de la última vez que estuve aquí. Seguro que mis amigos ya estaban acostumbrados. O se habían cansado. Yo apareciendo como un desastre lloriqueando. Con cualquier otra persona, me sentiría como una completa idiota.

"Oh, Mal", susurró, tirando de mí con sus brazos.

"¿A quién tengo que patearle el culo?", preguntó Iván, de pie junto a nosotros con una bandeja de té.

Era todo tan ridículo. No pude evitar reírme un poco, antes de romper a sollozar de nuevo. Eso me pasaba por tener a dos tíos como mejores amigos.

Iván dejó la bandeja de té sobre la mesa y me dio una taza. Mads me frotó la espalda mientras bebía un sorbo, intentando que mi llanto no derramara el té caliente sobre mí. El dulce líquido se deslizó por mi garganta y lo sentí como un cálido abrazo.

"¿Qué ha hecho?", preguntó Iván.

"Nada. De verdad. Fui yo quien la fastidió", dije.

"Oh, vamos", dijo Mads.

"No, en serio, fui yo. No es la primera vez, pero puede que sea la última. Me ha dado muchas oportunidades y las he desaprovechado todas, las he destrozado".

"Entonces, ¿qué pasó?".

Pasé los siguientes minutos intentando contar la historia entre lágrimas. Se lo conté todo. Desde que dejé mi sudadera en su casa, pasando por ir a su partido, nuestra noche en el puerto y la incomodidad de esta mañana. Omití la parte del sexo increíble porque pensé que estaba implícita. Además, pensé que sería incómodo contárselo.

Me escucharon atentamente, lo cual agradecí. La mayoría de los tíos intentarían dar una solución antes de dejarme terminar.

"¿Qué te retiene?", preguntó Mads, mirándome pensativo.

Me encogí de hombros.

"Vamos, Mal", dijo Iván.

Respiré hondo. "No me sentía tan viva desde que estaba en el campo. No sé si fue por las prácticas y por encontrar la pasión, por el trabajo de fisioterapeuta, o por Nico. Las cosas sucedieron a la vez. Tal vez sea ambas cosas".

"¿Y eso es malo?", preguntó Mads con curiosidad.

"Es aterrador", susurré.

"¿Por qué?", preguntó Iván.

"Porque esta sensación te la pueden quitar así", dije, chasqueando los dedos.

"Eso no lo sabes".

"Es un atleta profesional", dije, poniendo los ojos en blanco.

"¿Y qué?".

"Se cansará de mí y pasará a la siguiente, y este sentimiento desaparecerá. No puedo pasar por eso".

"Esto no es fútbol, Mal", dijo Mads.

Sabía que no lo era. Sabía que lo que estaba diciendo probablemente no tenía sentido. Comparar una relación con el fútbol sonaba estúpido, pero en mi cabeza tenía sentido.

"Lo sé. Sólo tengo miedo de volver a perder algo", admití.

"No puedes dejar que lo que pasó te frene", dijo Iván.

"¿No crees que estoy aterrorizado?", preguntó Mads en voz baja.

Le miré y examiné su rostro. Parecía triste, pero sobre todo aterrorizado.

"Tengo miedo cada día de que vuelva el cáncer".

"Oh, Mads...". Susurré mientras negaba con la cabeza para mis adentros.

"Puedo dejar que me impida experimentar la vida, o puedo dejar que me impulse a experimentar todo lo que pueda".

Iván me rodeó y apretó el hombro de su hermano. Me sentí como una imbécil insensible hablando de mis miedos cuando Mads había pasado por todo eso. Me hizo llorar aún más.

"Eh, eh", dijo Mads tranquilizadoramente. "No intento comparar qué dolor es peor. La vida es una mierda para todos".

"Lo siento mucho", dije.

"Tus sentimientos son válidos, Mal. Completamente válidos. Simplemente no quiero que te reprimas porque tengas miedo. La vida es demasiado corta".

Asentí, secándome las lágrimas con el dorso del brazo.

Tenía razón. Era corta, y estaba harta de apartar cosas que me hacían sentir bien. Si nunca lo hubiera intentado en el fútbol, nunca habría experimentado la pasión que sentía por este deporte. Claro que me la arrebataron rápida y dolorosamente, pero al menos pude vivirla durante un tiempo. A pesar de lo duro que fue perder mi sueño, me condujo a otro.

No pude evitar pensar en Nico. Le arrebataron a sus padres en un instante. Podría haberlo tirado todo por la borda y ahogarse en su tristeza. Probablemente lo habría hecho. Pero en lugar de eso, siguió adelante y persiguió su sueño. Sabía mejor que nadie que la vida era corta.

Mi corazón se tensó por lo mucho que le había herido a causa de mis propios miedos. No debería haberme ido esta mañana, pero el daño ya estaba hecho. Dudaba que volviera a hablarme. No le culparía.

Iván y Mads me rodearon con sus brazos y me abrazaron. Sentí que mi corazón se recomponía un poco. No pude evitar reírme. Esos dos grandullones preparándome té y hablando de relaciones. Era divertido. Se apartaron y me miraron a la cara.

"Os quiero, chicos", dije, antes de tirar de ellos y apretarlos fuerte.

Capítulo 43

Nico

Si antes pensaba que estaba de mal humor, he vuelto con más ganas de venganza. Justo cuando creía que esta vez las cosas habían cambiado, Mallory tiró de la manta. Otra vez. Este no era el nuevo comienzo que pensé que era. Era otro final. Estaba cansado de ver los créditos finales de la película que pensé que podríamos ser.

Cuando se marchó, paseé por mi apartamento, preguntándome en qué había fallado la noche. A mí me había parecido perfecta. Era perfecta. Ella también lo sabía. No era tan buena actriz. Amarilla me seguía a los pies, zigzagueando entre mis piernas con pericia. Me maulló, percibiendo mi mal humor.

"Lo siento, chica", dije, deteniéndome en medio del salón. "Olvida lo que dije antes. Sigues siendo la única chica de mi vida".

Maulló y me manoseó la pierna con cariño. Me agaché y la rasqué detrás de las orejas.

"Será mejor que empiece el día", le dije.

Se acercaba la hora del entrenamiento vespertino. Me dirigí a mi habitación y miré a mi alrededor. La camiseta que Mallory había llevado el día anterior estaba doblada sobre la cama. Me acerqué rápidamente y la cogí, la metí en el armario y la perdí de vista. Todavía podía olerla por todas partes. Tiré de mi edredón, haciendo un montón en el suelo, seguido de las sábanas. Llevé la ropa de cama por el pasillo y la metí en la lavadora. Añadí detergente y pulsé el botón del ciclo. No necesitaba acordarme de ella.

Me di una ducha rápida para eliminar cualquier rastro suyo de mi cuerpo. Aunque sus besos parecían estar tatuados en mí con tinta invisible. Mientras cerraba los ojos bajo el chorro de agua, los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi mente. Hice todo lo posible por alejarlos. A estas alturas, me resultaban dolorosos. Era curioso que alguien pudiera manchar así tus recuerdos felices, como si hubieran cogido un spray de pintura y hubieran pintado grafitis en los

momentos más queridos.

Después de ducharme, me vestí rápidamente con la ropa de entrenamiento antes de salir por la puerta. Me alegraba tener algo que hacer. Mi rabia me arañaba por dentro, intentando escapar y descargar la ira contra quien fuera. Cualquier cosa. Podía desquitarme en el campo.

Llegué unos minutos más tarde, lo que no gustó nada al entrenador. Me lo hizo saber.

"Qué bien que hayas aparecido, Nico", dijo, cruzándose de brazos.

"Dame un respiro. Llego tres minutos tarde", respondí.

"Bueno, eso son cinco vueltas extra alrededor del campo para ti".

"Impresionante", murmuré.

"¿Estás bien?", susurró Kenny mientras caminaba a mi lado.

"De maravilla". Le hice un gesto para que se fuera. Sabía que no era justo volver a descargar mi mal humor en mis compañeros de equipo, especialmente en uno de mis mejores amigos, pero no pude evitarlo. De alguna manera, Mallory afectaba mi humor como un maldito pronóstico del tiempo. Un día hacía sol y al siguiente había tormenta. Me separé del equipo y empecé a correr. Prefería hacerlo solo.

El entrenamiento pasó demasiado rápido. Saber que iba a volver a un apartamento vacío sólo empeoraba mi humor. Al menos tenía a Amarilla. Aun así, me había acostumbrado a llamar a Mallory todas las noches. Sentía como si ya me faltara algo.

Apenas me despedí de mis compañeros y salí del aparcamiento. Paré en la licorería de camino a casa y compré una botella de whisky caro. Sólo quería adormecer esta sensación, desmayarme y dormir hasta el partido de mañana. Era un equipo contra el que ya habíamos jugado antes y que se preveía que ganaríamos. No me preocupaba si tenía un poco de resaca. No me importaba tanto.

En casa, preparé una cena fácil de pollo y arroz, y me serví una generosa ración de whisky en un vaso. Kenny me llamó varias veces, pero ignoré sus llamadas. Sabía que sólo intentaba ser mi amigo. No era culpa suya. Apagué el teléfono y me senté a ver un reality sin sentido con la botella de whisky a mi lado. ¿Para qué necesitaba una copa?

Debí de dormirme en el sofá porque me despertó la dura luz de la mañana. No tenía persianas en el salón. Hice una nota mental para comprarlas. Encendí el móvil y miré la hora. Eran las seis de la mañana. Me quejé al sentir el dolor de cabeza, que me hacía sentir como si alguien me

estuviera apretando el cerebro con el puño. Me incorporé demasiado rápido y me froté la sien, deseando que el dolor de cabeza desapareciera. Necesitaba dormir más.

Fui dando tumbos hasta mi dormitorio. Joder. Las sábanas del día anterior seguían en la lavadora. Da igual, pensé mientras cogía el mando a distancia y cerraba las persianas, la mañana se convertía de repente en noche en mi habitación. Me tumbé en el colchón desnudo y me desmayé de nuevo con Amarilla acurrucada a mis pies.

A mediodía, me desperté, bebí medio litro de agua helada y me tomé unos cuantos Advil antes de prepararme una taza de café. Solo. Sin nata ni azúcar. Necesitaba la cafeína para despertarme y alejar la resaca que me corroía.

Le di su desayuno/almuerzo a Amarilla, que estaba muy hambrienta, y preparé mi comida habitual antes del partido. Huevos, bacon de pavo y tostadas integrales. Me lo comí todo antes de ir al estadio. Era temprano, pero planeaba estirarme bien en el gimnasio.

Acababa de ponerme los auriculares y de extender una esterilla cuando vi que Alan se acercaba. Le di la espalda y puse los ojos en blanco. ¿Qué quería?

"¿Nico?", le oí preguntar. Mi música aún no estaba encendida.

¿Hmm?". Me di la vuelta.

"¿Sólo quería saber cómo te fue la otra noche?", preguntó con una amplia sonrisa.

"No creo que eso sea asunto tuyo", espeté.

Me arrepentí de haberlo dicho en el momento en que las palabras salieron de mi boca. Sabía que él se preocupaba por Mallory, pero también era parte de la razón por la que las cosas se habían complicado tanto. En el fondo, sabía que eso no era del todo cierto. Fue mi culpa. Culpa de ambos. Él sólo estaba haciendo su trabajo. Pero era más fácil echarle la culpa a él.

Levantó las manos en señal de defensa. "Whoa, lo siento. Sólo pensé...".

"Bueno, pensaste mal".

Le di la espalda y puse mi música, haciéndole saber que la conversación había terminado. Dios, estaba siendo un imbécil.

Esa noche en el partido, ganamos como predije. Prácticamente no hubo problemas, y el público era ensordecedor. Me sentí bien, aliviando un poco mi ira. El entrenador estaba contento. El

equipo estaba contento. El entrenador convocó nuestra reunión habitual después del partido en el vestuario. Noté que Kenny me miraba desde el otro lado de la habitación, pero lo ignoré.

Después de repasar el partido, el entrenador se dirigió a su despacho y Kenny se acercó a mí.

"Intenté llamarte anoche", me dijo.

"Sí, estaba ocupado", mentí.

"Claro", dijo, poco convencido. "¿Quieres hablar de lo que sea que esté pasando?".

"No, la verdad es que no".

"Bueno, ¿hay algo que pueda hacer?".

Me vino una idea a la cabeza.

"Sí, de hecho. Quiero que me emborraches esta noche".

"Hecho", dijo, sonriendo, aunque había preocupación.

"Fiesta en mi casa", anuncié en voz alta al equipo.

Levantaron los puños y gritaron entusiasmados.

Una hora más tarde, mi apartamento estaba lleno. La mayoría del equipo estaba allí, además de algunas chicas que habían invitado. Una rubia menuda me llamó la atención porque era exactamente lo contrario de Mallory. Llevaba el pelo platino cortado a lo largo de los hombros y tenía una piel clara que se veía en sus pantalones cortos y su camiseta de tirantes. Me pregunté con quién había venido. No me importó. La dejé coquetear y yo le devolví el coqueteo.

Unas copas más y estábamos sentados en mi sofá. La rodeaba con el brazo mientras me besaba el cuello. Todo parecía un poco confuso, pero me sentía bien teniendo su atención. Era como una tirita para la angustia que Mallory me había causado ayer por la mañana.

"¿Dónde está tu habitación?", susurró.

Asentí con la cabeza hacia el pasillo. No me parecía una buena idea, pero ¿qué podía perder a esas alturas? Al menos había vuelto a ponerme las sábanas y no olían a otra mujer.

"Oye, tío, vamos a rellenar el vaso", dijo Kenny, acercándose y mirando a la chica. Sarah era su nombre. Creo que Sarah.

Molesto, aun así accedí y lo seguí hasta la zona del bar, en un rincón de mi salón. Sacó una botella de whisky y rellenó mi vaso antes de llenar el suyo.

"Ya que estás borracho, ¿puedes decirme qué pasa?", me preguntó antes de beber un sorbo.

"¿Para esto me has traído aquí?", balbuceé. "¿Para tener una charla íntima?". Me reí amenazadoramente antes de tragarme la mitad de la bebida.

"Sólo estoy preocupado por ti. Estás cabreado con el mundo y estás encima de una chica cualquiera. ¿Qué le ha pasado a Mallory?".

"No lo hagas", le advertí, señalándole con el dedo a la cara.

No quería ni oír su nombre. Le di la espalda y me balanceé hacia la mesa de billar. Rara vez jugaba en ella, pero esta noche sonaba divertido. Pensé que podría añadir algo extra al juego.

"¿Quién se apunta al billar al desnudo?" pregunté en voz alta, cogiendo un palo de billar.

Sarah estaba a mi lado de nuevo, metiéndose bajo mi brazo y mirándome con una sonrisa traviesa.

"Me apunto", dijo.

Los amigos con los que había venido asintieron al unísono.

"¿Me traes otra copa, cariño?". le pregunté, tragándome el resto de la bebida y señalando la barra con la cabeza.

"Claro", respondió. Pude notar un poco de fastidio en su voz, pero no me importó.

El juego fue rápido. Estaba en calzoncillos y mi apartamento aparecía y desaparecía. Estaba claro que no había ganado la partida. Sarah estaba en sujetador junto a mí. Nuestros oponentes, Chad y su compañero, estaban casi completamente vestidos.

"¿Quién es el siguiente?" Pregunté, desafiando a la habitación.

"Creo que vamos bien de strip poker esta noche, colega", dijo Kenny. "No queda mucho por desnudar. Salvo los ojos".

Me reí y me subí a la mesa. Lo que vino después fue un poco borroso. Estaba agitando el vaso en el aire y cantando desafinadamente una canción pop de ruptura que sonaba por los altavoces. Empecé a cambiar la letra para incluir el nombre de Mallory. La habitación giraba a mi alrededor.

"¿Por qué no bajas?", sugirió Kenny.

Miré hacia abajo y vi que alzaba la mano para ayudarme, pero la aparté. Me acerqué al otro extremo de la mesa y continué con mi vergonzosa perorata sobre que me habían roto el corazón.

Kenny se colocó al otro lado de la mesa y volvió a intentarlo, tendiendome la mano, pero yo giré sobre mí mismo y esquivé su mano extendida. Me reí a carcajadas por haber sido más hábil que él, pero entonces sentí que una bola rodaba bajo mi pie. Resbalé y vi cómo el techo se desprendía de mí al caer al suelo, golpeándome el brazo contra la esquina de la mesa al caer.

Me tumbé boca arriba y vi las caras de mis compañeros de equipo rodeándome en círculo. Se me saltaron las lágrimas antes de desmayarme.

Capítulo 44

MALLORY

Los días siguientes a mi salida del apartamento de Nico, me sentí como si tuviera resaca. Una resaca de Nico. Me dolía la cabeza por los pensamientos que seguían rebotando como un partido de tenis dentro de mi cerebro. Mi estómago estaba enfermo por cómo acababa de dejarlo en su sala de estar. Y si un corazón podía tener resaca, el mío definitivamente la tenía.

Ver a mis amigos me había ayudado. Un poco. Eran una pequeña tirita en algo que parecía una gran cicatriz. Mads me había hecho ver las cosas de otra manera. Sin embargo, seguía curándome las heridas.

El domingo estuve pensando en mandarle un mensaje a Nico, aunque Iván y Mads me habían dicho que no lo hiciera. Probablemente ya era demasiado tarde. Había perdido mi oportunidad en el momento en que cerré la puerta de su apartamento detrás de mí.

Mientras paseaba por mi apartamento y pensaba en lo que podía decirle, decidí no volverme loca y salí de allí. Conduje por la ciudad y acabé en casa de mis padres sin avisar. Se alegraron de verme, por supuesto, pero creo que mi padre se dio cuenta de que pasaba algo en cuanto salí del coche.

Pero no me hizo preguntas, cosa que agradecí. Se limitó a mirarme con complicidad antes de darme uno de sus famosos abrazos de oso. Me habría derrumbado allí mismo, pero me lo tragué. No quería decirle que estaba enfadada por un chico, sobre todo por el tipo de atleta del que siempre me había advertido. Me educó para ser más fuerte que eso.

Entramos juntos en casa, con el brazo de mi padre rodeándome.

"¡Mira quién ha venido!", anunció alegremente.

Mi madre levantó la vista de su revista y me vio. "¡Mallory!", dejó la revista a un lado y se levantó para darme un fuerte abrazo.

"Hola, mamá", dije, respirando su champú familiar.

Era bueno estar en casa.

"No sabía que vendrías hoy", dijo, mirando a mi padre.

"¡A mí también me sorprendió!", aceptó encogiéndose de hombros.

"¡Bueno, ven! Siéntate! Quiero que me cuentes todo sobre tu nuevo trabajo".

Mi madre se sentó y palmeó el asiento que había a su lado en el sofá.

Les conté más cosas sobre mi trabajo en el hospital y lo mucho que me gustaba. Me miraron con orgullo. Sabía que habían pasado por su propio infierno durante y después de mi lesión. No sabían si alguna vez saldría de mi depresión, a pesar de sus esfuerzos. Todavía me avergonzaba de cómo había tratado a mis padres, o a cualquiera que intentara hacerme ver el lado bueno de un túnel oscuro. Me sentí bien al sentarme aquí y asegurarles que había superado esa dolorosa etapa de mi vida.

"¿Echas de menos las prácticas?", me preguntó mi madre.

"A veces", respondí, encogiéndome de hombros.

"Aun así, nunca nos has invitado a un partido", dijo mi padre con cara de enfado.

Me reí y negué con la cabeza. Era un niño tan pequeño, sentado en su gastado sillón con los brazos cruzados.

"Yo solo he ido a un partido", dije. "Como aficionada, no como empleada".

"¿En serio?", preguntó, arqueando una ceja.

"Mhmm. Cerveza. Palomitas. Un asiento detrás del home".

"Vale, me lo estás restregando", bromeó mi madre, dándome un codazo con una sonrisa juguetona.

“El home, ¿eh?”.

"Sí", contesté, actuando de repente como si no fuera para tanto.

Seguramente estaba mal de la cabeza, pero mi padre me miró con complicidad. La entrada me la podría haber dado cualquiera. Alan. El personal de PT. Entrenador. Entonces, ¿por qué sentía como si supiera que era alguien de interés romántico?

"Le pedí entradas a Alan", dije rápidamente. "Te llevaré la próxima vez".

"Eso sería genial", respondió mi padre alegremente.

Pero no nos sentaríamos detrás del home plate. Ni siquiera sabía si podría aguantar un partido de verdad. Al menos, no pronto. Tendría que hacernos sangrar por la nariz. Así Nico sólo se vería como una mancha en el campo. Podía pedirle entradas a Alan, pero no quería que Nico se enterara. Sería incómodo.

Pasé el resto del día en su casa, y mi angustia del día anterior pareció calmarse un poco. Mi madre se desvivió por hacer una barbacoa en el patio trasero, aunque le dije que no lo hiciera. Yo me habría conformado con ir a por comida para llevar, pero ella nunca lo habría permitido. Le encantaba dar de comer a sus seres queridos.

Observamos la puesta de sol en el patio trasero, llenos de pollo, ensalada de patata y patatas fritas con boniato. Me di unas palmaditas en el estómago y observé las luciérnagas que salían de la larga hierba que bordeaba el patio. Había paz. Tranquila. La ciudad parecía lejana. Nico también.

Me hubiera gustado quedarme en aquel momento. Sentada en un cómodo silencio con las dos personas que me amaban incondicionalmente, viendo cómo el cielo pasaba del rosa al morado y al azul marino. Echaba de menos ser una niña cuando todo era sencillo. Eras prácticamente indestructible. Me sentía todo lo contrario.

Después de cenar, mi padre propuso ir al cine, pero yo sabía que no lo conseguiría. Hice una apuesta interna a que se quedaría dormido en los primeros diez minutos. Y acerté. Le oí roncar quedamente y miré a mi madre. Ni siquiera estaba viendo la película. Miraba a mi padre con una pequeña sonrisa en los labios. Yo quería lo mismo que ellos.

Después de la película, le di a mi padre un beso en la frente y a mi madre un abrazo de despedida. Volví a mi apartamento, donde me sentía más sola que nunca. Tal vez necesitaba una mascota. Nico tenía razón. Me duché rápidamente y me metí en la cama. Estaba ansiosa por recuperar el sueño antes de volver al trabajo mañana después de mi fin de semana libre.

El comienzo de mi jornada laboral estuvo repleto de pacientes, desde jóvenes hasta ancianos. Todos tenían lesiones diferentes. Eso hacía que mi trabajo fuera interesante. Podía ver a los pacientes por mi cuenta, pero seguía trabajando con Shannon para las lesiones más extremas.

Acabábamos de ver a una joven que había sido arrojada de su caballo y pisoteada unos meses

antes. Había sufrido graves fracturas en ambas piernas y le habían dicho que nunca volvería a montar. Había sido amazona. Era su vida. Parecía decidida a demostrar que su médico estaba equivocado. Cuando salió de la sala después de la sesión, me pregunté qué habría sido de mí si hubiera tenido su empuje y determinación.

"Tenemos un pequeño descanso entre paciente y paciente. ¿Por qué no te tomas tus quince minutos?". sugirió Shannon mientras giraba su taburete y me dedicaba una cálida sonrisa.

"Gracias. "¿Quieres que te traiga algo de la sala de descanso?".

"No, está bien. Gracias".

Asentí y abrí el armario de abajo para coger mi bolso. Una bolsa de patatas fritas de la máquina expendedora me estaba llamando. Salí al pasillo y bajé a la sala de descanso. Otros dos fisioterapeutas estaban sentados a una mesa, sumidos en una conversación.

Eché un vistazo a la selección de patatas de la máquina expendedora antes de poner mi dólar en ella. Eran patatas fritas. Me senté en una mesa de la esquina y apoyé los pies en la silla de enfrente.

Miré la televisión. Ponían ESPN. Por supuesto, pensé. Busqué en la habitación el mando a distancia, pero no lo vi. Suspiré lentamente y me recosté en la silla, comiendo las patatas sin pensar y mirando la pantalla. Al menos no era un documental sobre béisbol. En realidad estaban hablando de la liga de fútbol femenino, lo que despertó mi interés por primera vez en mucho tiempo.

El televisor estaba en silencio, así que leí los subtítulos. De repente, algo me llamó la atención en los titulares inferiores. Tuve que volver a comprobar que estaba leyendo bien.

Nico Klein estará de baja toda la semana. El defensa se lesionó este fin de semana. Se desconocen las circunstancias y su estado.

Se me subió el estómago a la garganta. Me senté en la silla y volví a leer el titular, deseando que me diera más información. Pero desapareció y pasó al siguiente titular.

Me quedé con la boca abierta, tratando de procesar lo que acababa de leer y barajando hipótesis aterradoras, intentando recomponer un rompecabezas que no merecía resolver. No habían tenido partido este fin de semana, así que no era una lesión de partido. Tal vez se había lesionado durante los entrenamientos. Tal vez había tenido un accidente de coche.

Tenía tantas preguntas. Quería ir a verle inmediatamente, bienvenida o no, pero no podía dejar mi turno. Todavía me quedaban otras cuatro horas de trabajo. Me sentía impotente.

Entonces me vino otro pensamiento. ¿Está en este hospital? ¿Cuáles serían las probabilidades? Saber que podía estar tan cerca hacía que lo sintiera aún más lejano.

Saqué el móvil del bolso y busqué su nombre en Google, pero no había más información que la que me había dado el titular. Apoyé la frente en la mano, llena de frustración. Necesitaba respuestas.

Me desplacé por el teléfono hasta el nombre de Nico y le envié un mensaje antes de pensármelo mejor:

Hola, ¿estás bien?

Miré rápidamente alrededor de la sala de descanso para asegurarme de que nadie me veía. Sabía que Iván y Mads me echarían la bronca por enviarle un mensaje. Habían estado comprobando cada día que me mantenía fuerte y alejada del único chico con el que me resultaba imposible. No estaba segura de si era para proteger mi corazón o el de Nico, como ellos señalaban. No podía formular ninguna palabra con sentido cuando estaba cerca de él. Probablemente era por el corazón de ambos.

Sin embargo, tenían razón. Nico no se merecía los juegos involuntarios que yo estaba jugando. Estaba segura de que eso era lo que él pensaba que era. Yo era sólo una chica jugando con él por diversión, que no podía estar más lejos de la verdad. Yo era sólo una chica que estaba aterrorizada de salir lastimada. Otra vez.

Mi teléfono zumbó en mi mano, sobresaltándome.

Qué rápido.

Abrí el mensaje de Nico:

Soy Kenny. ¿No le has hecho suficiente daño?

Se me hizo un nudo en la garganta al releer el mensaje. Me lo merecía, pero no por eso me dolía menos. Su amigo salió en su defensa, y con razón. Probablemente lo sabía todo. Se me revolvió el estómago al pensarlo.

No me había dado cuenta de cuánto daño le había hecho a Nico hasta ese momento. Todo este tiempo, pensé que tal vez sólo éramos una aventura y mis acciones no importaban. Estaba segura de que no era nada que Nico no le hubiera hecho a otra chica en el pasado.

En el fondo, sabía que no era así. Pensaba que me estaba convenciendo de que no era nada serio porque eso significaba que nadie podía salir herido. Pero cada vez que profundizábamos el uno

en el otro, mis temores crecían. Cuando le hablé de mi lesión. Cuando me hablaba de sus padres. Cada conversación y cada roce se convertían en algo más. No éramos sólo una aventura, y yo lo había arruinado.

Cerré el teléfono y lo volví a guardar en el bolso. No me importaba si no quería verme o si su amigo estaba vigilando la puerta, iba a verlo en cuanto terminara mi turno.

Capítulo 45

Nico

Abrí los ojos y parpadeé un par de veces mientras intentaba adaptarlos a las duras luces de la habitación del hospital. Gemí al recordar dónde estaba. Finalmente, me incorporé lentamente. Todo parecía deformarse en los ángulos de mis ojos. Lo único que pude distinguir fue a Kenny sentado en una silla al otro lado de la habitación. De repente me sentí mareado. Tan mareado que podría haber vomitado. Miré a mi alrededor en busca de una papelera y la cogí rápidamente, inclinándome y vomitando lo que parecía todo mi interior.

"Whoa, whoa, whoa. ¿Necesitas que llame a una enfermera?", gritó Kenny, levantándose de repente y viniendo a mi lado.

Negué con la cabeza mientras escupía en la papelera, intentando quitarme el mal sabor de boca. Me ayudó a incorporarme y me empujó suavemente para que me tumbara en la cama. Cerré los ojos con fuerza.

"¿Puedes apagar las luces o algo?". pregunté, agitando la mano hacia el techo.

"Ya lo hago", dijo.

Oí sus pasos moverse rápidamente por la habitación y el clic del interruptor de la luz. Abrí un ojo para asegurarme. La habitación estaba en penumbra. Abrí los dos ojos y miré a Kenny, que había acercado su silla a la cama.

"Menuda fiesta, ¿eh?", le pregunté.

"Me has dado un susto de muerte, ¿lo sabías?", preguntó negando con la cabeza.

"¿Qué ha pasado?".

"Te bebiste suficiente whisky para todo el equipo y pensaste que era buena idea subirse a la mesa de billar. Intenté bajarte, pero resbalaste con una bola y te caíste. Estuviste inconsciente hasta que llegó la ambulancia. Creí que habías muerto, pero sólo estabas borracho y conmocionado".

La cabeza me palpitaba como si recordara lo que había pasado. Intenté levantarla y frotarla, pero no pude. Tenía el brazo derecho en cabestrillo. Kenny me miró con cautela.

"Ah, y también te fracturaste la muñeca al caer", murmuró mansamente.

"Por Dios", dije.

"Sí...".

"¿Cuánto tiempo estaré de baja?".

"Por suerte, la fractura no fue demasiado grave. El médico dice que por lo menos tres semanas, e incluso eso es suficiente".

Tres semanas. Ni siquiera podía recordar un momento en el que no tocara la pelota durante más de una semana. Esto iba a ser horrible. La idea de perderme los entrenamientos y los partidos era casi peor que el dolor de cabeza y de muñeca juntos.

Suspiré y cerré los ojos, sin querer saber la respuesta a mi siguiente pregunta. "¿Está enfadado el entrenador?".

Kenny dudó. "Bueno, no está precisamente encantado".

"Greaaaat", solté sarcástico.

"Tengo algo que te animará", dijo.

Abrí los ojos y le vi caminar hacia el banco que había bajo el ventanal. Estaba oscuro y las luces de la ciudad se reflejaban en la ventana. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba aquí. Podría haber sido una hora, pero a juzgar por las flores que había en una mesa cercana, probablemente hacía al menos un día.

Kenny cogió una caja rosa y la acercó. La colocó en la cama frente a mí. Utilicé la mano izquierda para desatar la cinta blanca antes de retirar la tapa. Dentro había cuatro magdalenas extra grandes. Se me hizo la boca agua con solo mirarlas. Esto es un regalo de Cleo.

"Hizo terciopelo rojo, fresa, chocolate negro y mantequilla de cacahuete", dijo Kenny con

orgullo.

"No tenía porqué hacerlo", murmuré.

"Claro que sí. Todos están preocupados por ti".

"¿Cuánto tiempo llevo aquí?", pregunté, mirando alrededor de la habitación.

"Realmente me desmayé, ¿eh?", pregunté, con preocupación en el rostro. "Te trajeron anoche, así que poco menos de veinticuatro horas".

"Siento mucho haberte hecho pasar por todo esto", dije.

Cogí una magdalena y quise darle un mordisco, pero no estaba seguro de que mi estómago pudiera soportarlo. Debí hacer una mueca porque Kenny cerró la caja y la cogió de la cama. Me hizo un gesto como si no pasara nada.

"Todos hemos pasado por eso...", dijo.

"¿Hemos pasado?". Levanté el brazo derecho e hice una mueca de dolor.

"Bueno, quizá no hasta ese extremo. Pero todos hemos sido idiotas borrachos antes, tratando de superar a una chica".

Definitivamente me sentía como un idiota en ese momento. Aún más ya que recordaba que todo había sido por Mallory. Estaba tan desesperado por olvidarla que me perdí. Me había olvidado de ella hasta ese momento, y sólo sentía dolor añadido.

"Ella te envió un mensaje de texto, para que lo sepas". Kenny me miró con cautela.

Dejé escapar una carcajada por la nariz y miré por la ventana, con una mezcla de esperanza y rabia inundando mi corazón a la vez.

“¿Qué quería?”. pregunté con un ligero tono de nerviosismo.

"Quería saber si estabas bien. Debió de ver las noticias. ESPN anunció que estarías fuera por un tiempo".

"Genial", dije en voz baja. "Simplemente genial".

"Nadie sabe lo que pasó. Jonas intervino rápidamente e hizo que los invitados a la fiesta firmaran un acuerdo de confidencialidad. Por lo que nadie sabe, podrías haberte hecho daño en el entrenamiento", me tranquilizó Kenny.

"¿Jonas lo hizo? Mierda. Mae".

Intenté incorporarme, pero caí de espaldas sobre la cama, mareado. Lo último que quería era preocupar a mi hermana. Ella ya había pasado por un infierno.

"Cálmate. Ha estado aquí casi toda la mañana. Estaba destrozada, pero el médico le aseguró que te pondrías bien. Tenía que volver a casa con Ella, pero dijo que te llamaría esta noche".

Asentí, sintiendo un pequeño alivio.

"Pero sí, um, sobre Mallory", dijo Kenny vacilante.

"¿Qué pasa con ella?".

"Tengo la sensación de que va a venir a verte pronto".

"¿Qué? ¿Por qué?".

"No le di ninguna información. De hecho, prácticamente le dije que te dejara en paz. Pero ella trabaja en este hospital...".

"Claro que sí", murmuré.

De todos los hospitales de Boston, tenía que acabar en éste.

"No tienes por qué dejarla entrar si no quieres", se ofreció Kenny, hinchando un poco el pecho.

No pude evitar reírme. "¿Qué? ¿Eres mi guardaespaldas?".

"Podría serlo".

Negué con la cabeza. Era ridículo, pero también un gran amigo. Me pregunté cuánto tiempo llevaba aquí.

"Deberías irte a casa", dije. "Estaré bien".

"¿Qué? No", respondió rápidamente.

"¿Cuánto tiempo llevas aquí, Kenny?".

"Desde que te trajeron. No es para tanto". Se encogió de hombros.

"Vete a casa con Cleo", le ordené.

"¿Estás seguro? ¿Y Mallory?", preguntó vacilante.

"Puedo ocuparme de ella. Vete. Dale las gracias a Cleo por las magdalenas. Me comeré una cuando no tenga ganas de vomitar".

Kenny asintió y se levantó de la silla. Saludó con la mano antes de abrir la puerta, pero se detuvo en seco. Mallory estaba a punto de atravesarla. Los vi compartir un incómodo intercambio de palabras antes de que Kenny se escabullera y cerrara la puerta tras de sí. La miré brevemente antes de girar la cabeza hacia la ventana.

Llevaba un uniforme rosa pálido y el pelo recogido en su trenza habitual. Kenny tenía razón. Debía de estar trabajando y acababa de salir de su turno.

"Nico", dijo en voz baja.

Oí sus pasos caminar lentamente hacia mi cama, pero seguí mirando por la ventana, con los ojos fijos en un avión que pasaba volando.

"¿Quieres mirarme, por favor?", me preguntó con la voz entrecortada.

Yo no quería, pero había algo en su voz que me lo suplicaba. Giré lentamente la cabeza e intenté concentrarme en su rostro, mientras todo se movía borrosamente a su alrededor. De alguna manera, su belleza era aún más nítida.. Sentí que se me revolvía el estómago, pero me lo tragué. Mantén la calma, pensé.

“¿Qué haces aquí?”, pregunté, sin mirarla a los ojos.

"Vi que te habías hecho daño. Salió en ESPN. Quería venir a verte antes, pero estaba trabajando".

"No tenías que venir". Me encogí de hombros.

"¿Me estás tomando el pelo? He estado muy preocupada las dos últimas horas. Me enteré de que

estabas aquí por las enfermeras".

Estudié su rostro por un momento. Tenía los ojos enrojecidos y llorosos, como si acabara de llorar. Tenía los labios tensos y las cejas juntas. Parecía destrozada.

Sacudí la cabeza y miré al techo. Para ser alguien a quien le gustaba tanto hacerme daño, parecía preocupada. No tenía sentido. Nunca se había quedado lo suficiente como para sentir algo por mí, pero era innegable lo que había en su cara en la habitación del hospital. De nuevo, sentí los efectos de su latigazo cervical, haciendo que me palpitara la cabeza y se me revolviera el estómago. Oh no, no era un latigazo. Una oleada de náuseas me golpeó de nuevo. Me incliné y vomité en la papelera que había junto a la cama. Sentí su mano frotándome suavemente la espalda mientras vomitaba.

Intenté incorporarme lentamente, pero me sentía débil. Sentí que sus manos se deslizaban bajo mis axilas tirando de mí hacia la cama. Me sirvió un vaso de agua y lo tomé.

"No tienes que hacer eso", dije mientras volvía a apoyarme en la almohada.

"Sólo quiero ayudar", admitió en voz baja.

Se quedó mirándome, balanceándose nerviosa sobre los talones. Bueno, esto era incómodo. Sorbí el agua y me sentí bien al quitarme el sabor a vómito. Se dio la vuelta y se dirigió a lo que yo creía que era la puerta, pero en lugar de eso cogió la silla en la que se había sentado Kenny. La acercó a la cama y se sentó antes de acercarse y agarrarme la mano izquierda. Debería haberme apartado, pero deseaba desesperadamente que me tocara.

En la habitación reinaba el silencio. Sólo se oían las conversaciones de las enfermeras y los carros que empujaban en el pasillo. Podría haberme quedado dormido allí mismo.

Oí abrirse una puerta y una enfermera entró en la habitación.

"Siento interrumpir, pero la hora de visita casi ha terminado", dijo mirando a Mallory.

"Yo trabajo aquí". Mallory levantó su placa y quitó su mano de la mía.

"De acuerdo". La enfermera parecía insegura.

Debió decidir que estaba bien porque se volvió hacia mí.

"¿Necesita algo en este momento, Sr. Klein? ¿Cómo está su nivel de dolor?".

"De mierda", murmuré.

Miró el portapapeles y asintió con la cabeza.

"Pronto le darán los analgésicos. Se los traeré enseguida", dijo antes de salir de la habitación.

Mallory esperó un momento para hablar. "¿Cuánto tiempo estarás de baja?", preguntó, mirando mi cabestrillo.

"Un par de semanas, si tengo suerte".

"¿Está roto?".

"Fracturado".

"Bien, eso es bueno", dijo, tratando de sonar esperanzada.

"Sí. Es increíble", murmuré.

"¿El médico tiene un plan de recuperación?", intentó de nuevo.

"No lo sé. Prácticamente me acabo de despertar y entonces entraste tú". Podía oír la dureza en mi voz, pero no podía evitarlo. Mi ira estaba superando todo en este momento.

Ella asintió y miró hacia la puerta, probablemente debatiendo si debía irse.

"¿Qué ha pasado, Nico?", preguntó en voz baja.

Esperé un minuto para responder, pero decidí decirle la verdad. Por dura que fuera.

"Una chica me jodió y me rompió el corazón, así que me emborraché y luego estúpidamente me subí encima de mi mesa de billar. Eso es lo que pasó", confesé.

Vi cómo le cambiaba el color de la cara y sentí la satisfacción de que mis palabras le habían llegado. Qué bien. Se lo merece, pensé.

Capítulo 46

MALLORY

Vi cómo Nico volvía a apartar la cara de mí. Me estaba cansando de verle la nuca y solo llevaba aquí unos diez minutos. Pero lo entendí. Estaba enfadado.

Me pregunté si me había equivocado al venir aquí después de mi turno. Me costó convencer a la enfermería para encontrar su planta y su número de habitación. Ayudó que trabajara aquí, pero si hubiera sido cualquier otra persona, la habrían despedido.

Miré por la misma ventana oscura por la que él miraba y respiré hondo mientras dejaba que lo que había dicho me afectara de verdad.

Me rompió el corazón.

Aquellas palabras resonaban en mis oídos y se repetían una y otra vez como un eco cruel. Todo ese tiempo tuve mucho miedo de que me hicieran daño o me rompieran el corazón, pero fui yo la que le hice daño a él. Era difícil de creer.

Pensé que sólo había sido un capricho para él. Yo era algo que él no podía tener, al menos al principio. Tal vez le gustaba que yo estuviera fuera de los límites, y que estuviéramos rompiendo las reglas. Tal vez eran cosas que me había inventado para protegerme. Después de todo, seguíamos viéndonos después de terminar mis prácticas.

"¿Te rompí el corazón?", le pregunté casi susurrando.

Todavía de espaldas, se rió cruelmente. Nunca le había oído así. Se dio la vuelta de repente y me lanzó una mirada gélida que me caló hasta los huesos.

"Creías que estaba jugando contigo, ¿eh? Quería enamorarme. Te lo dije. Tú sólo querías acostarte conmigo. Eso está muy bien. Ya puedes irte".

Si sus primeras palabras no eran suficientemente ensordecedoras, éstas me gritaron.

Tragué saliva y le miré fijamente, como si intentara encontrar la mentira. Pero no había ninguna. Tenía razón. Nunca me había dado una razón para dudar de él, aparte de San Diego, e incluso eso había sido exagerado. Siempre había sido abierto y honesto sobre sus sentimientos, pero yo era la que se contenía.

Probablemente parecía una chica que sólo quería pasar un buen rato con un jugador de béisbol. Parecía la clase de persona sobre la que me advirtió mi padre y eso hizo que se me hundiera el corazón en la boca del estómago.

Me miró a la cara mientras procesaba lo que había dicho antes de apartarse rápidamente. De nuevo. Pero esta vez, hizo un gesto de dolor cuando su muñeca golpeó la almohada.

"Mierda", murmuró.

"¿Estás bien?", pregunté, levantándome rápidamente de la silla y caminando hacia el otro lado de la cama del hospital.

"Estoy bien", dijo, molesto porque yo estaba de pie frente a él. "Sólo quiero que la enfermera me traiga algo para el dolor. ¿Dónde demonios está?".

"Cálmate, Nico. La llamaré, ¿vale?".

Puso los ojos en blanco, pero no me dijo que no lo hiciera. Me acerqué y pulsé el botón de la cama que llamó a la enfermera.

Dos minutos después, entró otra enfermera con una bandeja.

"Siento el retraso, señor Klein. Hemos cambiado los turnos esta noche y hemos tenido que acomodarnos. Aquí tiene sus analgésicos, galletas y gelatina. Debería tener algo en el estómago".

Nico asintió y empezó a incorporarse. El cabestrillo se le enganchó en el reposabrazos. Le ayudé a desenredarlo y a sentarse bien, mientras la enfermera le acomodaba la cama. Le puso la bandeja en el regazo y empezó a darle las pastillas. Di un paso atrás y me apoyé en la pared. Era duro verlo tan indefenso.

No podía dejarlo así. No esta noche. No me importaba lo enfadado que estuviera conmigo, o que yo tuviera que lidiar con mis propios sentimientos. Tendría que lidiar con todo eso más tarde. Sólo quería cuidar de él.

"Eso debería ser todo por esta noche. Asegúrate de descansar, ¿vale?", dijo la enfermera antes de dirigirme una mirada inquisitiva.

"Soy Mallory. Trabajo aquí". Enseñé mi placa.

Esperaba que volviera a funcionar con esta nueva enfermera. Hoy sí que estaba abusando de mi poder.

"Ya se iba", dijo Nico.

"No, no me iba", dije con firmeza.

La enfermera nos miró con una expresión confusa pero intrigada. Nico soltó un pequeño resoplido. La enfermera salió lentamente de la habitación. La tensión era densa y probablemente quería salir de allí.

"No me voy. Te estoy cuidando", murmuré.

Nico no dijo nada. Me lo tomé como una victoria.

Me senté en la silla junto a su cama.

"¿Quieres que ponga la tele?", le pregunté.

"ESPN no", dijo.

Cogí el mando a distancia de la mesilla y encendí la televisión. Recorrí los canales, observando su cara en busca de alguna pista sobre lo que quería ver. Se incorporó un poco para ver Jeopardy. Subí un poco el volumen y dejé el mando. Era un concurso.

Lo vimos juntos, sin hablarnos, pero respondiendo a las preguntas del presentador. Nos equivocamos en casi todas. No pude evitar soltar una risita.

"¿Qué?", preguntó Nico, lanzándome una mirada.

Esto me hizo reír más por alguna razón. Estaba tan serio y tan enfadado. O al menos lo intentaba. Pero me dejó quedarme, así que no podía estar tan enfadado.

"Es que no somos muy buenos en esto", dije, conteniendo la risa.

"Bueno, yo soy jugador de béisbol. No un científico. ¿Qué demonios son estas preguntas?".

Volví a reírme. Estaba realmente cabreado por no estar haciendo un buen trabajo en un concurso en el que ni siquiera estaba, ni entre el público.

"He estado en la escuela durante los últimos seis años. ¿Cuál es mi excusa?".

Eso le hizo sonreír. Un poco.

Cuando terminó el programa y nos dimos cuenta de que nunca seríamos campeones de Jeopardy, apagué el televisor. Me levanté de la silla y pulsé los botones de la cama del hospital para bajarla de nuevo. Me miró interrogante.

"Deberías descansar un poco", le dije, acomodándome de nuevo en mi silla.

Se dio cuenta de que no me iba.

"¿Y tú?".

"Yo estaré aquí".

"No dormirás aquí", dijo negando con la cabeza.

“Sí que duermo”.

"¿En esa pequeña silla?".

"Estoy bien".me hizo un gesto para que me fuera.

Parecía estar teniendo un debate interno, pero no iba a ganarlo conmigo.

"Duerme", le ordené, señalándole.

Parecía sorprendido.

"Eres una mandona", dijo antes de darse la vuelta.

Sonreí. Ver su nuca ya no era tan irritante. No tardó en respirar con un sueño tranquilo.

Oí un ligero golpe en la puerta y me volví hacia ella, molesta. Pensé que las enfermeras iban a dejarle dormir. Me levanté rápidamente y me dirigí a la puerta para abrirla. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi a Iván allí de pie. Mierda. Bajó la mirada y enarcó una ceja. Salí al pasillo y cerré la puerta en silencio.

"Um, hola", dije mansamente.

"¿Qué haces?", preguntó con una sonrisa burlona.

"¿Cómo sabías que estaba aquí? pregunté, suspirando.

No me iba a librar de ésta, Iván lo estaba disfrutando.

"Trabajo aquí. En esta planta. Lo sé todo".

"Está herido, Iván. No podía simplemente no venir a verlo", solté. Me temblaba la voz. Todas las emociones que intentaba contener con Nico se escapaban en ese momento.

"Eh, eh, eh", dijo Iván suavemente, tirando de mí para abrazarme.

Empecé a llorar.

"Sólo te lo estoy haciendo pasar mal, Mal".

Estuvimos así un minuto antes de separarme y secarme los ojos. "¿Soy tonta?".

"No", respondió Iván, sacudiendo la cabeza. "Creo que estás enamorada, pero aún no lo sabes".

"Eso es una locura".

Iván se encogió de hombros. "Sabes, Mads y yo teníamos una apuesta sobre cuánto tiempo podrías mantenerte alejada del campocorto ahí dentro".

"Sois gilipollas", murmuré.

"Yo gané", dijo con suficiencia.

"Adiós", dije, conteniendo una sonrisa.

"Manténme informado", dijo Iván antes de darse la vuelta para caminar por el pasillo.

Entré en la habitación de Nico y cerré la puerta en silencio. Me acerqué con cuidado a su cama y lo miré. Parecía tan tranquilo. Me alegré de que estuviera descansando. Le puse la mano en la cara. Se removió un poco antes de volver a dormirse.

Le había echado de menos. Sólo habían pasado tres días, pero cuando salí de su apartamento, estaba segura de que no volvería a verlo. Y aquí estaba. Iván y Mads tenían razón. No podía alejarme.

A la mañana siguiente, me desperté con un pequeño sobresalto. Había olvidado dónde estaba. Moví el cuerpo con incomodidad y recordé que estaba en el hospital. Me quejé.

"Buenos días", dijo Nico, sobresaltándome.

Mis ojos se desviaron hacia él. Estaba sentado en la cama y comiendo una bandeja de desayuno.

"Buenos días", dije, incorporándome rápidamente y limpiándome la baba que pudiera tener en la cara.

Me miró divertido mientras le daba un bocado a la tostada.

"Me alegra verte comer algo", dije.

"¿Quieres un poco?", preguntó.

Negué con la cabeza, pero mi estómago refunfuñó ruidosamente. No cene anoche.

"Toma". Me tendió una tostada.

Se la cogí y le di un pequeño mordisco.

"Gracias", dije.

Nos comimos las tostadas en silencio.

"El médico debería llegar pronto", dijo. "Espero salir de aquí hoy".

Casi deseé que pudiéramos quedarnos en esta habitación del hospital y resolverlo todo.

"Entonces, puedes irte. Si quieres...", añadió.

Negué con la cabeza. “Me quedo”.

Sus labios se unieron en una línea apretada antes de exhalar un suspiro. "Creía que eras testaruda...", dijo en voz baja.

Le sonreí. Puso los ojos en blanco.

Oímos que llamaban a la puerta y entró un médico. Nos saludó a los dos antes de caminar hasta los pies de la cama de Nico.

"¿Cómo se siente esta mañana, señor Klein?".

"Con ganas de salir de aquí".

El médico soltó una pequeña carcajada. "Bueno, puede que se cumpla su deseo".

El doctor me miró como preguntándose cómo proceder.

"Está conmigo, doctor", dijo Nico.

Exhalé un suspiro de alivio. Por fin había renunciado a apartarme.

"Bueno. Tus constantes vitales parecen buenas. Necesitarás un control, ya que has sufrido una conmoción cerebral bastante grave, pero eso se puede hacer en la comodidad de tu casa. Si tienes a alguien que se quede contigo".

"Puedo encontrar a alguien. Mi mejor amigo Kenny no vive lejos de mí...".

"Me quedo con él", dije, interponiéndome en la conversación.

El médico me miró y volvió a mirar a Nico. Estábamos en un punto muerto.

"Mientras sea alguien de confianza, me da igual quién", dijo el médico, levantando las manos como si no quisiera saber nada de esto. "La enfermera vendrá enseguida con los papeles del alta y los de la receta".

"Gracias, doctor", dijo Nico.

Cuando volvimos a quedarnos solos en la habitación, Nico se volvió hacia mí.

"¿Por qué haces esto?", preguntó sin mirarme a los ojos.

"Dije que iba a cuidar de ti. Vas a tener que aceptarlo". Me encogí de hombros.

Capítulo 47

Nico

Oí a Amarilla ronronear tranquilamente a mis pies mientras me incorporaba grogui. Debía de haberme quedado dormido en mi sofá, que aunque no era una cama, seguía estando en una nube. Y mucho mejor que una cama de hospital. Una manta me envolvía. Me froté los ojos y miré a mi alrededor. Las luces eran tenues y el cielo fuera de mi ventana era de un naranja apagado. No podía decir si era de mañana o de noche.

"Qué bien. Te has levantado", dijo una voz familiar.

Miré a mi alrededor y vi a Mallory sentada en la encimera de la cocina, levantando la vista de los papeles que tenía en las manos.

"Hola", dije, sentándome más erguido.

¿Qué hacía ella aquí?

"Pasé por la farmacia por tus medicamentos. Los estoy ordenando. Compré uno de esos organizadores de pastillas. Así es más fácil de usar". Agitó un largo pastillero de plástico delante de ella.

"Gracias. No tenías por qué hacerlo".

"De nada. Acabo de llamar para cenar. Debería estar aquí en una hora".

Ah, así que era de noche. ¿Había estado aquí todo el día? Tiré de la manta con el brazo izquierdo, pero estaba atrapada bajo mi cuerpo.

"Déjame ayudarte con eso", dijo Mallory, levantándose del taburete.

"Yo me encargo".

No lo hice. Era difícil hacer algo cuando mi brazo derecho estaba fuera de servicio.

Mallory me observó durante un segundo con las manos en las caderas. Parecía en parte divertida y en parte empática. Finalmente me di por vencido y me desplomé contra la almohada que tenía detrás con un suspiro de fastidio.

"¿Puedo?", preguntó.

Puse los ojos en blanco, pero asentí con la cabeza.

Se inclinó hacia mí y me quitó la manta de encima, liberándome de sus poderes mágicos. Llevaba unos leggings grises y una sudadera con capucha del equipo. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de ducharse. Me senté allí y la asimilé, todavía procesando que estuviera aquí en mi apartamento.

Me sonrió cálidamente y dio un paso atrás, dándome espacio para levantarme.

"Hombre listo".

Me levanté del sofá y me sentí un poco mareado. Me balanceé en un punto y Mallory me sostuvo.

"¿Quieres sentarte?", me preguntó.

Negué con la cabeza. Quería moverme. No estaba acostumbrado a estar así en la cama. Mi cuerpo ansiaba correr por el campo. Lanzarse a por una pelota. Agarrar el bate con las manos. Pero entonces recordé que no podía hacer la mayoría de las cosas a las que estaba acostumbrado. Al menos, no durante un tiempo. ¿Cómo pude ser tan estúpido la otra noche?

"En realidad, me vendría bien dar un paseo", dije.

"Vale", dijo Mallory vacilante. "Claro. Te traeré una sudadera. Puede que haga un poco de frío".

La vi caminar por el pasillo hacia mi dormitorio. Parecía conocer el terreno. Sabía que había estado aquí unas cuantas veces, pero caminaba con confianza. Unos instantes después, salió del pasillo con una sudadera extragrande.

"¿Puedo?", me preguntó, sosteniéndola en alto.

Asentí con la cabeza. Ni siquiera podía quitarme una manta de encima. Era imposible que pudiera vestirme solo. Me la puso con cuidado por la cabeza y me pasó el brazo izquierdo por dentro, dejando el derecho envuelto en la tela.

Me sacó por la puerta y cerró detrás de nosotros. Caminamos en silencio por el pasillo hacia los ascensores. En el vestíbulo, el portero me hizo un gesto de simpatía. Olvidé que todos sabían que estaba herido. Al menos no sabían cómo fue, según Kenny.

Fuera, el aire de la noche me refrescaba la cara. Parecía fresco. Lo aspiré con gratitud. No era aire de hospital.

"Bonita noche", dijo Mallory suavemente.

"Mhmm".

Caminamos a un ritmo sincronizado por la acera, rodeados por los sonidos de la ciudad mientras el tráfico de la noche empezaba a disminuir. De vez en cuando, mi mano rozaba la suya, enviando esa misma sensación eléctrica a través de mi cuerpo. A pesar de que estaba herido y drogado con analgésicos, no podía escapar de mis sentimientos.

No dijimos ni una palabra en los treinta minutos que duró el paseo. Podía sentir todas las palabras no dichas flotando en el aire entre nosotros, pero ninguno de los dos intentó pronunciarlas. Me alegré. Sólo quería estar a su lado en ese momento sin complicarlo.

De vuelta en mi apartamento, lo único que quería era ducharme. Quería quitarme el olor al hospital. No sabía cómo hacerlo con el cabestrillo y la escayola. Lo último que quería era que Mallory me ayudara a desvestirme, aunque ya lo había hecho antes. Pero la necesitaba.

"Necesito ducharme", dije, encogiéndome de hombros.

Esperaba que entendiera lo que le pedía con esa afirmación.

"Vale", dijo, con un deje de nerviosismo en la voz. "¿Tienes bolsas de plástico?".

"¿Eh?".

"Necesitamos envolver tu yeso. No puede mojarse".

"Ah, claro. Mira junto a las bolsas de basura, debajo del fregadero".

Rebuscó en la cocina durante un minuto y se reunió conmigo en el baño con una bolsa de la

compra. Me ayudó a quitarme la sudadera de la cabeza y luego la camiseta. No apartó la vista de mi escayola. Reprimí una sonrisa.

Me quitó el cabestrillo y envolvió cuidadosamente la escayola con la bolsa de plástico. Dio un paso atrás y evitó mi mirada. Tenía la cara sonrosada.

"Yo puedo hacer el resto", dije divertido.

Asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y salir por la puerta, cerrándola tras de sí. Aún puedo con ella, pensé.

Me di una larga ducha caliente, intentando aprender a sacar el jabón de la bomba y a lavarme el pelo con una sola mano. Hacer las cosas cotidianas con la mano izquierda no iba a ser fácil. Salí de la ducha y cogí una toalla del gancho. Me sequé y oí a Mallory llamar desde la cocina.

"¡Llegó la cena!".

"¡Ya salgo!". Respondí a través de la puerta.

Me dirigí al armario y encontré unos pantalones cortos y una camiseta. Tardé un rato en ponerme los dos, pero estaba decidido. No podía permitir que Mallory me vistiera el resto de mi vida. Desvestirme era otra historia, pero me quité esa idea de la cabeza antes de dirigirme a la cocina.

Dos pizzas extra grandes de Ray 's estaban en la encimera. Mallory estaba sacando platos de un armario. Los puso en la encimera, junto con algunas servilletas.

"Espero que esto esté bien", dijo.

"Sabes que me encanta Ray 's".

Sonrió antes de ponerme dos porciones de pizza en el plato, seguidas de las suyas. Me senté en el mostrador y empecé a comer. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento. Apenas había comido en el hospital. Lo que comía lo devolvía enseguida. Me observó un momento, satisfecha, antes de sentarse a mi lado. Comimos en el mismo silencio de nuestro paseo.

Después de cenar, Mallory me dio mi cóctel de pastillas y un gran vaso de agua. Pusimos una repetición de Jeopardy, que de alguna manera se había convertido en nuestro programa desde el hospital. Dimos respuestas ridículamente erróneas y nos reímos de nosotros mismos.

Pronto me entró sueño. En el baño, me ayudó con la tapa de la pasta de dientes y me metió en la

cama. Me envolvió en las mantas con una expresión de concentración que me hizo sonreír. Se estaba tomando muy en serio lo de cuidar de mí. Jugueteó con el mando a distancia de las persianas. Me reí mientras ella fruncía las cejas tratando de descifrarlo. Al final lo hizo y respiró aliviada.

"Bueno, que duermas bien. Te veré por la mañana", dijo antes de salir de la habitación.

¿Lo haría? ¿Iba a dormir aquí? Sabía que el médico había dicho que había que vigilarme, pero no creía que se quedara a pasar la noche. Podía llamar a Kenny, pero había algo en el hecho de que ella estuviera aquí que me hacía sentir mejor en este lío. Me dormí profundamente, sabiendo que ella estaba cerca.

Los siguientes tres días fueron más de lo mismo. Mallory estaba allí mañana y noche, y sólo se iba los días que tenía que trabajar. Alimentaba a Amarilla por la mañana y por la noche. Cocinaba o pedía comida para la cena, e incluso pedía comida para llevar para el almuerzo cuando no estaba allí. Me ayudaba con las tareas cotidianas y aliviaba mi frustración cuando no podía hacerlo yo mismo.

Le estaba agradecido, pero era demasiado. Ella no tenía porqué hacer nada de esto, sobre todo después de mis duras palabras en el hospital. Yo iba y venía del dolor y las pastillas, pero sabía que le había hecho daño. En aquel momento, me sentí satisfecho al ver la expresión de su cara cuando pronuncié aquellas palabras, pero me sentía culpable.

No habíamos hablado de ello. De nada. Pasamos la mayor parte del tiempo juntos en un cómodo silencio. Creo que aún no estábamos preparados para hablar de ello. Estaba demasiado crudo. Así que jugábamos a las casitas y fingíamos que nada había pasado.

Pero no pude fingir mucho tiempo, porque apareció Kenny. Había estado llamando todos los días para ver cómo estaba, pero el entrenador los había estado llevando a todos al galope por el estrés de mi lesión. Me sentí mal por mi equipo. Los había dejado tirados por culpa de mis acciones.

"Hola, tío", dijo cuando abrí la puerta. "Siento no haber llegado antes".

"No te preocupes". Le hice un gesto con la mano izquierda.

"Cleo te manda recuerdos". Levantó una caja de pasteles rosa atada con un lazo blanco.

"¿Qué ha enviado esta vez?", pregunté, con la boca hecha agua.

"Chispas de chocolate. Mantequilla de cacahuete. Snickerdoodle. Chocolate blanco con macadamia".

"No sé cómo no pesas quinientos kilos". Me reí, acompañandole al salón.

"Soy como la octava maravilla del mundo", dijo, dándose palmaditas en el estómago con orgullo.

Nos sentamos en el sofá. Por suerte, Mallory estaba en el trabajo. No sabría cómo explicarle que había estado prácticamente viviendo conmigo los últimos tres días.

A pesar de que ella no estaba allí, parecía que todavía tendría que dar algunas explicaciones. Había señales de ella por todas partes. Su bata estaba doblada en el sofá y su sudadera con capucha en un taburete de la cocina. La habitación olía a ella.

Pude ver los ojos de Kenny escanear la habitación. No tenía escapatoria. Mordí nerviosamente una galleta, el delicioso chocolate derritiéndose en mi boca. Después de asimilarlo todo, Kenny levantó una ceja interrogante.

"¡No tengo ni idea!", solté, más alto de lo que pretendía. "Vino a casa conmigo del hospital y decidió jugar a las enfermeras. No tengo ni idea de lo que está pasando".

Kenny soltó una carcajada y sacudió la cabeza. "Sois ridículos".

"Sí", murmuré. Realmente lo éramos.

"Sabes, siempre puedes pedirle que se vaya", sugirió, cogiendo una galleta de la caja y dándole un mordisco.

Me encogí de hombros. Podía, pero la cuestión era que no quería que lo hiciera. La quería aquí conmigo, pero no sólo porque me cuidara. La quería aquí para siempre.

Capítulo 48

MALLORY

Mis turnos en el hospital parecían más lentos ya que me quedaba en casa de Nico. Tenía unas ganas tremendas de volver a casa con él al final de cada jornada laboral. Algo en mí había cambiado. En lugar de querer evitarlo por completo, quería lo contrario.

Cada día, mis sentimientos eran más fuertes, aunque no había pasado nada entre nosotros desde que lo había estropeado todo con mi silencio. Era algo totalmente nuevo para nosotros pasar tiempo juntos y no desvariar por completo el uno del otro. Las cosas iban despacio y con calma, y tuve la oportunidad de recuperar el aliento.

Miré el reloj en la pared mientras Shannon terminaba el papeleo para nuestro último cliente del día. Era el mismo chico que habíamos estado viendo las últimas semanas. El que se había roto una pierna al caerse de un árbol. A su edad, estaba prácticamente curado y podía correr alrededor de este lugar. Le choque los cinco al salir, lo que le hizo sonreír mientras se dirigía a su madre, que le esperaba fuera.

"¿Una cita caliente o algo así?", preguntó Shannon, cerrando la puerta tras el pequeño.

“¿Cómo dices?”, pregunté, confusa.

"No dejas de mirar el reloj. Pensé que sacudirías a todo el hospital por cómo golpeabas el suelo con el pie".

Me pillaron. Sentí que se me calentaba la cara. No me había dado cuenta de que había sido tan evidente y me sentía fatal.

"Lo siento mucho, Shannon. YO... YO...", tartamudeé.

"No pasa nada", dijo Shannon, cortándome. "Recuerdo cuando tenía tu edad. Joven y enamorada".

Me dedicó una sonrisa tranquilizadora que me hizo sentir un poco mejor. Dejé escapar una risa ahogada y me limpié el sudor fingido de la frente.

"De todas formas, aquí ya estamos todos acabando. Puedes irte. Disfruta de tu día libre mañana".

"Gracias, Shannon. Buenas noches".

Me bajé del taburete y cogí mi bolso del armario. Fiché mi salida en la sala de descanso. Era como si no pudiera salir de allí lo suficientemente rápido. Al salir de la sala de descanso, me encontré con alguien.

"Lo siento mucho", dije y levanté la vista para ver a Iván.

"Hola, forastera", dijo.

"Iván. Hola".

"Venía a verte antes de que empezara mi turno. No me has devuelto el mensaje".

Me sentí mal. No había sido la amiga más atenta los últimos días. Mi vida giraba en torno al trabajo, Nico y ser la madre de Amarilla.

"Lo siento. La vida es una locura".

"¿Cómo está el paciente?", preguntó con una sonrisa socarrona.

"Está mejor", respondí.

"¿Vives allí?".

Me encogí de hombros. "No. El médico dijo que necesitaba vigilancia".

Me sentía cada vez más incómoda con sus preguntas. Sabía que sólo estaba siendo mi amigo, pero ni yo misma tenía las respuestas.

"Estoy bastante seguro de que eso es sólo para las primeras veinticuatro a cuarenta y ocho horas después de una conmoción cerebral...".

"Vale, lo entiendo, Iván", espeté.

"Oye, sólo te estoy haciendo pasar un mal rato. Lo siento", dijo, poniéndome la mano en el hombro.

Le sonreí dócilmente. "Lo siento. Aún no lo he entendido todo. No sé lo que somos, ni si somos algo. Sólo sé que no quiero volver a meter la pata".

"No lo harás. Acuérdate de hablar", me dijo guiñandome un ojo.

Le di un empujón juguetón antes de girarme hacia los ascensores.

"Hasta luego, imbécil", le dije.

Me dedicó una sonrisa cursi antes de desaparecer tras las puertas del ascensor.

De vuelta a casa de Nico, me detuve en su restaurante de sushi favorito. Lo había mencionado durante nuestro juego de las veinte preguntas, así que pensé en sorprenderle con él para cenar. También compré una botella de vino en la tienda de la esquina.

Tenía ganas de hacer de esta noche algo especial. Algo fuera de nuestra norma de comida para llevar en el sofá con Jeopardy. Aunque me encantaba ser terrible en los programas de juegos con él, echaba de menos lo que solíamos ser. Su mano en la mía. Sus labios. Su mirada cuando sabía que me deseaba de verdad.

Me preguntaba si él también lo quería. Probablemente debería aclarar mis sentimientos antes de volver a zambullirnos. Si es que me daba otra oportunidad.

En la puerta de su apartamento, dejé la bolsa de comida para llevar y el vino en el suelo. De repente me sentí nerviosa. Esta noche era diferente, y aún no había entrado. Me alise el pelo y me recogí los mechones sueltos en las trenzas. Encontré las llaves que me había prestado y abrí la puerta.

Cuando entré, oí una voz de mujer. Confundida, dejé las llaves en silencio sobre la mesa de la entrada y llevé el sushi y el vino al comedor, de donde procedían las voces. Nico se sentó en una silla frente a mí, y una mujer de pelo largo y castaño se sentó de espaldas a mí. De repente tuve miedo de estar interrumpiendo algo. El estómago me dio un vuelco incómodo.

Nico me llamó la atención y la mujer se dio la vuelta. Era su hermana, Mae. Mi interior dio un suspiro de alivio, hasta que me di cuenta de que podría no gustarle basándome en lo que su hermano le había dicho. Yo tampoco le caería bien.

"Mallory", dijo, poniéndose de pie.

"Um, hola Mae", dije torpemente.

Me dio un pequeño abrazo, lo cual era extraño porque nunca nos habíamos conocido oficialmente fuera de la reunión en la oficina de Alan. Vaya manera de empezar con buen pie. Mientras me abrazaba, miré por encima de su hombro a Nico, que tenía una sonrisa despreocupada en la cara. Lo fulminé con la mirada rápidamente antes de que Mae me soltara.

"Buena elección. Kasai es nuestro restaurante de sushi favorito", dijo, mirando la bolsa que tenía en la mano.

Sonreí. Hasta aquí todo bien.

"Voy a por unos platos", dije, dejando la bolsa sobre la mesa. "Mae, ¿quieres sushi? Hay mucho".

"Está bien, de todas formas tengo que llegar pronto a casa para relevar a la niñera", contestó mientras volvía a sentarse.

Me dirigí a la cocina y dejé la botella de vino sobre la encimera. Podríamos disfrutarlo otra noche. Abrí el armario y cogí algunos platos. La noche que tenía en mente seguro que dio un giro, pero me alegré de que su hermana estuviera aquí. Sabía lo unidos que estaban. Tendría que tragarme los nervios e intentar causar otra primera impresión.

Respiré hondo y volví al comedor. Puse un plato delante de Nico y el otro enfrente de él. Abrí la bolsa de comida para llevar y empecé a colocar los diferentes rollos de sushi sobre la mesa. Le serví algo de comida y le abrí los palillos.

Sentía los ojos de Mae clavados en mí, observándome. No sabía qué pensar.

"¿Ya te has tomado la medicación para el dolor?". Le pregunté.

"Lo hice esta mañana, pero en realidad ya no los necesito", dijo.

"¿Estás seguro?".

"Sí, el médico dijo que estaba bien. Hablé con él esta mañana".

"Mallory, lo estás malcriando. Ven a sentarte", dijo Mae, palmeando la silla junto a ella.

Me reí. Probablemente lo estaba malcriando, pero no me importaba.

Serví mi plato de comida mientras Mae charlaba como si nada se saliera de lo normal. Me pregunté si le parecería extraño que yo estuviera allí. Si lo hacía, no se le escapaba nada.

"Ella está caminando. Camina completamente. ¿Te lo puedes creer?". Mae le comentó a Nico emocionada.

"Lo sé. Mandaste como diez vídeos de ella", se rió Nico, sacudiendo la cabeza mientras le daba un mordisco a un California Roll.

"Oh, vamos, te encanta", dijo Mae con cara de puchero.

"Me pasaré pronto y lo veré por mí mismo".

"Podrías haberlo visto por ti mismo si no hubieras abandonado nuestra cena y hubieras ido a matarte casi".

"Vale, eso es una exageración", dijo Nico poniendo los ojos en blanco. "Me caí de una mesa de billar, hermanita".

Mae se cruzó de brazos y se sentó de nuevo en su silla, lanzándole una mirada de decepción. "No digas eso".

"¿Qué?".

"Te pareces a mamá cuando estaba enfadada".

dibuje una sonrisa en mi rostro viendo a los dos. Era divertido verlos interactuar como hermanos. Me senté y disfruté del espectáculo durante mi cena.

"Bien. Necesitas una mamá cuando te comportas como un hombre-niño".

"Amén", dije riendo.

Nico me lanzó una mirada y yo me encogí de hombros inocentemente.

Mae me abrazó y me dio un apretón. "¿Ves? Está de acuerdo conmigo".

Me soltó tan rápido como me había cogido y pasó al siguiente tema. Me pareció divertida y enérgica. Habló de Jonas y de los viajes con el equipo, y de su propio trabajo en la línea de ropa deportiva. Nico apenas podía articular palabra.

"Dios mío, Mae", dijo por fin.

"¿Qué?", preguntó ella, enarcando las cejas interrogante.

"Respira hondo", dijo él.

Mae rió suavemente y se sentó en su silla. "Lo siento, siento que hace tiempo que no hablamos. Jonas ha estado de viaje. Yo estoy en el trabajo o hablando con Ella. Es agradable charlar con gente de mi edad".

Le sonreí animándola.

Entonces se volvió hacia mí. "Nico me dijo que trabajas en el hospital. ¿Te gusta?".

"Me gusta mucho. Siento que he encontrado lo mío". le contesté.

"Eso es maravilloso. Seguro que te contó que nuestra madre era fisioterapeuta".

"Me lo dijo".

"Creo que le gustarías", dijo,cogiendome desprevenida.

Pude sentir los ojos de Nico sobre mí después de que ella lo dijo. Era uno de los mayores piropos que se podían hacer en una situación como la suya. No me atreví a mirarle porque temía que la expresión de su cara me hiciera derretirme en un charco allí mismo.

"Gracias", dije en voz baja.

El teléfono de Mae vibró sobre la mesa. Lo cogió rápidamente y se levantó de la silla.

"Dios mío. ¿Cómo es que ya son las ocho? Me tengo que ir".

Nico y yo nos levantamos. Ella le dio un abrazo a él y luego a mí.

"Ha sido genial veros a los dos. Siento tener que irme".

"Encantada de verte a ti también", dije, pero ella ya estaba prácticamente fuera de la puerta.

Los dos nos quedamos mirando la puerta por la que acababa de salir el torbellino de su hermana y nos echamos a reír.

"Se ha vuelto loca desde que es madre", dijo, pasándose un dedo por la oreja.

"Oye, el cerebro de madre existe de verdad", le dije.

Se puso serio de repente y dio un paso hacia mí. De repente, la habitación parecía pequeña, lo que hacía evidente que estábamos solos. Quizá ésta sería la noche que yo esperaba.

"Gracias", dijo, con sus ojos clavados en los míos.

"¿Por qué? pregunté.

"Por todo".

Puso las manos en mis caderas y mi cuerpo recibió su contacto como un cálido abrazo. Me empujó hacia él y le rodeé el cuello con los brazos. Me sentí bien de nuevo entre sus brazos. Ni siquiera intenté ocultar mi sonrisa. Esperaba que fuera suficiente confirmación de que eso era lo que quería. Todo lo que quería.

Me prometí que le contaría mis sentimientos pronto, cuando llegara el momento. Sólo quería disfrutar de este momento.

"¿Te he visto traer una botella de vino?", preguntó.

Asentí con la cabeza.

"Pues vamos a por ella".

Capítulo 49

Nico

Sentí como un déjà vu al despertarme con Mallory en mis brazos otra vez. Miré alrededor de la habitación y mis ojos se adaptaron al sol que entraba por los ventanales. Nos habíamos quedado dormidos en el sofá después de una noche de vino y Jeopardy. Desde el hospital, eso parecía ser lo único que veíamos.

Era un cambio agradable con respecto a ESPN. No estaba dispuesto a leer titulares sobre mí ni a ver lo que hacía el equipo. Kenny me ponía al día, por supuesto, pero no podía aguantar más, ya que no podía estar con ellos.

Echaba mucho de menos el campo y estaba deseando volver, pero aún me quedaba mucho por curar. Pronto empezaría la fisioterapia y menos mal que tenía una terapeuta a mi lado.

Así que, en lugar de pensar en todo lo que me estaba perdiendo, me centré en lo que tenía delante de mí. La vida no estaba tan mal en ese momento.

Abracé más fuerte a Mallory y le besé la coronilla. Era temprano y aún dormía. Dejé que mi respiración se acompasara a la suya. Amarilla estaba tumbada a nuestros pies, ronroneando plácidamente mientras dormía. Podría despertarme así todas las mañanas, pensé, pero me vendría bien dormir un poco más.

Cerré los ojos e intenté dormirme, pero no pude. Me invadió una oleada de ansiedad al pensar en lo que pasaría cuando Mallory se despertara. ¿Huiría de nuevo? No lo sabía. Las cosas parecían tan diferentes esta vez, pero también me lo habían parecido antes.

Salvo que esta vez no huvo sexo la noche anterior, aparte de beber una botella de vino y competir mal entre nosotros durante dos horas viendo programas de juegos. Pensé en hacer algo. Incluso un simple apretón de manos o un beso. Pero luego lo pensé mejor. Realmente quería que esto fuera un nuevo comienzo. De nuevo. Y eso significaba tomarse las cosas con calma. Ni siquiera sabía cómo nos habíamos dormido en el sofá o cómo acabó en mis brazos, pero

aceptaría lo que fuera.

Soltó un suspiro y se acurrucó más en mi pecho, metiendo la cabeza bajo mi barbilla. Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras apoyaba suavemente la barbilla en su cabeza, con su pelo suave sobre mi cara. Respiré y deseé poder hacer una foto de ese momento, para tenerla como prueba de que era real. Que éramos reales. Quizá así se asustaría menos.

Si se despertaba dispuesta a huir, al menos era algo por lo que yo ya había pasado antes. Puede que no pudiera retenerla, pero al menos estaba aquí. Puede que tenga que aceptar que esto puede ser todo lo que tengo.

Mae y yo hablamos de ello ayer cuando apareció sin avisar. Estaba preocupada porque no sabía mucho de mí y quería asegurarse de que me cuidaban. No sabía que prácticamente tenía una enfermera interna.

Había recorrido la habitación igual que Kenny, echándome miradas curiosas.

"Parece que no me has dicho nada", dijo con una sonrisa tímida.

"¿Ah, sí?", pregunté inocentemente mientras servía un vaso de agua.

Ella cogió la sudadera con capucha de Mallory, que había tomado residencia permanente en la cocina sobre uno de los taburetes de la barra.

"Me parece un poco pequeña. ¿Y cuándo te aficionaste tanto al fútbol?".

"Ja, ja", dije sarcásticamente.

"Entonces, ¿las cosas han vuelto a su cauce?", preguntó.

"No lo sé". Me encogí de hombros. "Sólo estoy viviendo el día a día".

Mae asintió antes de seguirme a la mesa del comedor. "Está claro que aquí hay algo. No estaría aquí si no lo hubiera".

"Eso espero".

"Es que no quiero que te vuelvan a hacer daño. Tal vez es bueno que te lo tomes poco a poco, y simplemente ver a dónde va".

"No mentía cuando dije que quería sentar la cabeza".

"Lo entiendo", dijo Mae, cogiéndome la mano. "Si ella es la elegida, todo saldrá bien".

"Gracias, hermana".

Miraba a Mallory y estaba convencido de que era la indicada, pero sólo necesitaba que lo viese por sí misma. Sabía por nuestro pasado que confrontarla con mis sentimientos no funcionaba. Nunca había sido tan directo en mi vida, y lo había hecho, se volvió contra mí. Tal vez fue la presión de todo. Así que decidí no presionarla.

Se removió en sueños y la vi abrir los ojos, parpadeando un par de veces.

"Buenos días", le susurré.

Parecía tan confusa como yo cuando me di cuenta de que nos habíamos quedado dormidos en el sofá. Echó un vistazo a la habitación y luego volvió a mirarme.

Me sonrió. "Supongo que Jeopardy nos agotó". Se rió suavemente.

"¿Tenemos cien años o algo así?". le pregunté.

“Aparentemente”.

"¿Qué contenía el vino que compraste?". Enarqué una ceja.

"No tengo ni idea, pero sin duda volveré a comprarlo".

"Si eso significa despertarte a mi lado, entonces compra más en la tienda".

Sonrió y volvió a acurrucarse bajo mi barbilla. Nos quedamos tumbados en silencio, con el cálido sol en la cara. Amarilla trepó por nuestros cuerpos con cuidado y se hizo un ovillo sobre el estómago de Mallory. Mallory le rascó detrás de las orejas, haciéndola ronronear de felicidad.

"Le gustas", dije.

"A mí también me gusta".

Apreté los labios contra la cabeza de Mallory y la besé suavemente mientras recorría su brazo con mi mano buena. Me pregunté si debía levantarme y cepillarme los dientes o preparar una taza de café, pero decidí quedarme con ella. No había prisa.

Hasta que la hubo. La alarma de su teléfono empezó a sonar sobre la mesita. Se quejó mientras se acercaba con cuidado a mí, lo cogió y lo apagó.

"No quiero irme", me dijo al oído.

Era la primera vez. Intenté ocultar la sonrisa que se me dibujó en la cara. No estaba huyendo. De hecho, quería hacer lo contrario de huir. Quería quedarse.

"Yo también quiero que te quedes", le dije.

Una parte de mí quería decirle que dijera que estaba enferma y que hiciera novillos conmigo, pero sabía que no lo haría. Era muy trabajadora y este trabajo significaba mucho para ella. Admiraba eso de ella. Se apasionaba por sus sueños y eso me parecía increíblemente sexy.

"Voy a prepararme", dijo, dándome un beso en la mejilla.

Se incorporó y se estiró a lo largo del sofá, con cuidado de no rozarme el brazo ni a Amarilla. La vi caminar por el pasillo hasta la habitación de invitados, donde había estado durmiendo, salvo la noche anterior. Apreté los dedos contra el lugar de la cara donde me había besado. Definitivamente, esta vez las cosas eran diferentes.

Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina. Preparé café y puse una sartén en el fuego. Pensé que podría hacerle el desayuno mientras se preparaba para ir a trabajar. Era lo menos que podía hacer después de la semana que había pasado cuidando de mí.

Luché un poco con el agua de la cafetera, y romper huevos con una mano era algo que aún no dominaba, pero lo intenté. Cuando llegó por el pasillo, tenía un plato de huevos y tostadas esperándola junto a un bote de café para llevar.

Llevaba un uniforme lila y el pelo recogido en dos trenzas francesas. Tenía la cara fresca, con un toque de rímel y brillo de labios. Me encantó su aspecto desenfadado. Ni siquiera tenía que esforzarse.

Me miró desde el plato y me miró preocupada. "No tenías por qué hacer esto, Nico".

"No pasa nada. Quería hacerlo".

"Gracias", dijo, tomando asiento en la encimera de la cocina.

"Puede que haya algunas cáscaras de huevo ahí, así que espero que te guste un poco crujiente".

Se rió y le dio un buen bocado. “Está delicioso”.

"Los huevos crujientes son mi especialidad", dije mientras abría un armario y cogía la comida de Amarilla. Le serví en su cuenco y le llené el agua, mientras ella se movía entre mis piernas.

Cogí mi plato y me senté junto a Mallory, desayunando los dos juntos. Habíamos cenado juntos y algunos almuerzos, pero la mayoría de las mañanas ella ya estaba en el trabajo antes de que yo me despertara. Desayunar con ella me motivaba a madrugar. Quería aprovechar cada momento que pudiera.

“¿Qué planes tienes para hoy?”.

Me encogí de hombros, masticando la comida.

"Quizá deberías ir al estadio. A ver entrenar al equipo. Estaría bien", sugirió.

Era lo último que me apetecía hacer porque no podía estar allí con ellos. Tomé un sorbo de café en silencio y fingí pensar lo que me decía. Me pilló el farol y me cogió la mano, dándome un apretón.

"Sé que no quieres. Sé que no será fácil, sabiendo que no puedes estar en el campo y haciendo lo que hacías antes".

No dije nada.

"Nico...".

Levanté la mirada hacia ella.

"No dejes que esto te deprima. La oscuridad es un lugar del que es difícil salir. Al menos, para ti, no es para siempre. Volverás a salir".

Sus ojos verdes buscaron los míos. Hoy parecían de color esmeralda, y era difícil no perderse en ellos en ese momento. Me miró esperanzada.

Tenía razón. Estuve deprimido en mi apartamento cuando ella no estaba. Tal vez había llegado el momento de volver al estadio, aunque sólo fuera para ver el partido desde el banquillo. Podría ser bueno para mí.

Acerqué la mano a su cara y le pasé el pulgar por la mejilla. Cerró los ojos y se inclinó hacia mí.

"Tienes razón", dije. "Quizá me pase hoy".

"Bien", me tranquilizó, giró la cara y me besó la palma de la mano.

No se daba cuenta de cuánto la necesitaba. Sacaba lo mejor de mí.

"Bueno, será mejor que me vaya", dijo, levantándose y llevando su plato al fregadero.

Una parte de mí quería preguntarle si volvería. Sabía que lo haría, pero había una vocecita dentro de mi cabeza que susurraba: "Se marcha otra vez". Me guardé mi pensamiento y la seguí hasta el fregadero con mi plato.

"Yo lavaré los platos", dije.

"¿Estás seguro?", preguntó ella.

"Sí, algún día tengo que aprender a hacerlo". Le guiñé un ojo.

Ella puso los ojos en blanco. "Ese guiño...".

Le sonreí.

Tenía tantas ganas de inclinarme y besarla. Me pregunté si ella quería que lo hiciera mientras me miraba a través de sus oscuras pestañas. Mantuve mis ojos en los suyos mientras luchaba por no dejar que se desviaran hacia sus labios mullidos. Pero pensé en lo que dijo Mae. Un paso a paso.

"¿Otra vez sushi? ¿O hamburguesas?", preguntó.

Era una simple pregunta sobre comida, pero me dieron ganas de arrancarme la escayola,abrazarla y elevarla hacia el techo.si, volvería..

"Hamburguesas".

"Hamburguesas entonces".

Vi cómo se daba la vuelta y salía por la puerta de mi apartamento, sabiendo que iba a volver.

Capítulo 50

MALLORY

Salí del apartamento de Nico, y por primera vez no sentí que estaba dejando atrás un pedazo de mi corazón que no podía reclamar de nuevo. Me sentía muy diferente de las veces anteriores. Aunque me daba un poco de miedo, mis sentimientos superaban mis temores. Al despertar en sus brazos esta mañana, no sentí pánico ni la necesidad de huir. Podría haberme quedado en ese sofá con él todo el día si no tuviera que trabajar.

Mientras esperaba el ascensor, tarareé el tema musical de Jeopardy y me reí de mí misma. Realmente éramos como una pareja de ancianos, pero me encantaba. Pareja quizá no fuera la palabra adecuada, pero estábamos cerca de serlo. Al menos, eso creía yo.

Anoche no fue exactamente una noche de pasión, como lo habían sido las anteriores. Y aunque no diría que anoche fue mejor que el sexo, estuvo cerca. Fue juguetón, divertido y cómodo. Fue todo lo que debería ser entre dos personas que se gustan.

Mantuvo las distancias la mayor parte de la noche. Yo miraba su mano, preguntándome si se acercaría para tocarme la pierna o entrelazar sus dedos con los míos. Pero no lo hizo. Mentiría si no dijera que estaba decepcionada, pero probablemente necesitaba tiempo. No podía quejarme tanto. Acabé en sus brazos.

Pensé que me besaría en la cocina cuando me despidiera. Tenía una mirada que era una mezcla de deseo, pero también de preocupación. Odiaba haber convertido esas dos cosas en una norma en su mente. Estaba decidida a recuperar su confianza.

Bajé en ascensor hasta el aparcamiento donde Nico había solicitado una plaza temporal junto a la suya. Mi coche destartalado junto a su lujoso deportivo era una yuxtaposición graciosa. Subí al coche, puse el contacto y encendí la radio antes de salir del garaje. Era una mañana que merecía tener las ventanillas bajadas y cantar a todo volumen.

En el hospital, fiché en la sala de descanso y me dije que mi mente también necesitaba fichar.

Ayer estaba demasiado ansiosa por volver con Nico al final de mi turno. No quería que Shannon pensara que prefería estar en otro sitio. Puse mi cara de juego y me reuní con ella en la sala de terapia.

"¿Qué tal tu cita?", me preguntó, levantando la vista cuando entré.

Nunca le había confirmado si era una cita o no. Simplemente lo supuso. Pero le seguí la corriente con gusto, porque anoche sí me pareció una cita.

"Genial. Sonreí alegremente. "Aunque hoy estoy mentalmente motivada. No te preocupes".

Asintió y me dio una lista de los pacientes que veríamos hoy. La mayoría eran pacientes habituales a los que me había asignado la otra sala de terapia. Había algunos nuevos ingresos que veríamos a primera hora de la mañana.

Un hombre mayor que se había lesionado el hombro jugando al pickleball. Una chica joven que se torció el tobillo en tacones altos en una boda. Una mujer que chocó por detrás. Había tantas maneras de lesionarse que era un milagro que yo no tuviera miedo de hacer nada en la vida.

La primera mitad de mi turno pasó rápido. Durante la pausa para comer, le envié un mensaje a Nico y me alegró saber que había acabado yendo al estadio a ver entrenar al equipo. Esperaba no haber sido demasiado insistente o entrometida esta mañana, pero me importaba demasiado como para dejarle caer en la misma depresión que yo. Le envié un selfie sonriente para mostrarle lo feliz que estaba.

Shannon estaba a punto de repasar el horario de nuestra segunda parte del día cuando la puerta se abrió de golpe. Shannon saltó ligeramente de su silla.

"Disculpe", dijo bruscamente.

Levanté la vista y vi a Iván de pie en la puerta, con la cara húmeda por las lágrimas. Inmediatamente se me cayó el corazón al suelo. Mads. ¿Qué le había pasado a Mads?

"Siento interrumpir", balbuceó a Shannon antes de mirarme a mí.

"Iván, ¿qué pasa?", pregunté lentamente, sin saber si quería oír las palabras.

"¿Puede... puede...? Realmente necesito a Mallory en ese momento ", tartamudeó Iván. Le costaba sacar las palabras entre lágrimas.

"Siento mucho todo esto, Shannon, pero yo...".

"No pasa nada. Vete. Puedo hacer que el personal de PT te cubra". Ella me despidió rápidamente.

"Gracias", dije, levantándome de la silla y siguiendo rápidamente a Iván por la puerta.

Ya iba diez pasos por delante de mí. Por fin lo alcancé en la escalera. Empezamos a subir las escaleras. Iván parecía murmurar algo para sí mismo y se saltaba dos escalones cada vez. Me quedé sin aliento tratando de seguirle el ritmo.

Llegamos a la sexta planta. El pabellón oncológico. Sentí que una nube oscura se cernía sobre mí al entrar en el pasillo que me resultaba familiar. Había estado aquí muchas veces en el pasado para visitar a Mads. Nunca pensé que volvería. Pensé que estaba sano. Me dijo que estaba mejor, que incluso había conseguido un trabajo. Yo no lo entendía. Necesitaba respuestas.

Agarré el brazo de Iván y lo detuve.

"¿Podrías decirme qué está pasando?", le exigí.

Abrió la puerta de al lado y me indicó con la cabeza que entrara. Respiré entrecortadamente y entré en la habitación. Vi a Mads en la cama del hospital, conectado a varias máquinas. Estaba dormido o inconsciente. No sabía cuál. Estaba muy pálido. Tan indefenso.

Inmediatamente estallé en sollozos silenciosos. Iván me rodeó con el brazo y tiró de mí, apoyando la barbilla en mi cabeza mientras yo temblaba sin consuelo.

"Acabo de traerlo", dijo Iván en voz baja.

"¿Qué ha pasado?", pregunté, intentando recuperar el aliento.

"No lo sé. Acabo de encontrarlo en la ducha desmayado. Lo metí en el coche y lo traje corriendo. El médico llegará pronto".

"Pensé que estaba en remisión. Pensé que esto había terminado".

"Yo también, Mal. Yo también".

"Lo siento mucho, Iván". Empecé a sollozar de nuevo.

Un médico entró detrás de nosotros y nos apartamos para dejarle pasar.

"Hola, tú debes de ser Iván", dijo tendiendole la mano.

Iván la estrechó con firmeza.

"¿Y tú eres?".

"Mallory. Es de la familia", respondió Iván por mí.

Se me partió un poco el corazón al oír sus palabras. Éramos una familia. Iván y Mads eran como mis hermanos. No podía imaginarme perder a ninguno de los dos. Estar en esta habitación de hospital era un cruel recordatorio de que podría hacerlo.

El médico asintió, pareciendo permisivo con mi presencia.

"Vamos a empezar a hacerle pruebas a su hermano para ver qué puede haber causado esto. Sepa que está en las mejores manos".

"Por favor, ayúdele, doctor", suplicó Iván.

"Haremos todo lo posible", le tranquilizó el médico. "Si no le importa pasar a la sala de espera. Le llamaré cuando tengamos los resultados".

Iván parecía reacio a marcharse, pero acabó asintiendo y me siguió fuera de la habitación. Caminamos en silencio hasta la sala de espera, con los recuerdos del pasado inundando mi mente a medida que avanzábamos. Aquí había conocido a Mads. Este no podía ser el lugar donde me despidiera de él.

Me senté en una silla y apoyé la cabeza en las manos. Este día dio un giro completo. Iván me acarició la espalda un momento antes de excusarse en el mostrador de la enfermera. Me quedé allí sentada un rato, intentando calmar mi estómago que estaba hecho un nudo y mi mente que estaba llena de mis peores temores.

Saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje a Nico:

Hola. No puedo ir esta noche. Surgió algo.

Nico: ¿Va todo bien?

Yo: Han ingresado a mi amigo Mads en el hospital.

Le habría explicado más, pero Iván se acercó en ese momento. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo de la bata. Quería estar aquí con él para lo que necesitara. Para lo que Mads necesitara.

"¿Qué han dicho las enfermeras?". Pregunté.

"Saben tanto como tú o yo".

"Va a salir de esta, Iván", dije, tratando de sonar confiada.

Asintió con la cabeza, pero me di cuenta de lo inseguro que estaba.

"No sé qué vamos a hacer, Mal".

"Se va a poner bien". Le apreté la mano.

"Sí...".

"¿Qué pasa, Iván?".

"No podemos permitirnos otra estancia en el hospital como esta. Ya estoy ahogado en facturas. Debo mucho dinero. Si mis padres tratan de intervenir para ayudar, perderán su casa. Les dije que lo tenía bajo control, pero no es así. Para nada".

"Oh, Iván. Te ayudaré. En lo que necesites. No tengo mucho, pero cualquier cosa ayuda".

Sacudió la cabeza. "No, no te estoy pidiendo que hagas eso".

"Bueno, no puedes volver a hacer la mierda que hacías antes, Iván", dije con severidad.

"Puede que no tenga elección...".

Pensé en la época en que robaba drogas, acumulando poco a poco un alijo en el hospital y dándose la vuelta para venderlas en la calle con ánimo de lucro. Podría haber perdido su trabajo y su licencia si le hubieran pillado. Habría ido a la cárcel. Además de esos riesgos, se había metido en un montón de situaciones peligrosas con gente sospechosa. Mads le suplicó que no lo hiciera, pero Iván no le hizo caso. Era su hermano. Hizo lo que tenía que hacer para mantenerlo con vida.

Pasamos la hora siguiente sentados en silencio o paseando, esperando noticias del médico. No llegaba nada. Cada vez que se abría una puerta, levantaba la vista esperanzada, pero no era para nosotros. Hasta que llegó. Las puertas se abrieron y me senté erguida, dispuesta a oír una noticia, pero no era el médico. Era Nico.

Me quedé boquiabierta mientras él buscaba frenéticamente en la sala de visitas, hasta que sus

ojos encontraron los míos. Me levanté temblorosa y me acerqué a él. Llevaba bolsas de comida para llevar, pero las soltó cuando me acerqué y me rodeó con su único brazo bueno. Rompí a llorar y me agarré a su camisa.

"Shh, shh. Estoy aquí", me dijo suavemente en el pelo.

“¿Qué haces aquí?”, le pregunté, mirándole con los ojos llorosos.

"Vine en cuanto me mandaste el mensaje. Lo siento, he tardado un poco. Estaba en el estadio y paré a comer. Supuse que tendrías hambre".

No pude decir nada. Había aparecido en el momento en que más lo necesitaba. Ni siquiera sería capaz de expresar con palabras lo que eso significaba para mí. Lo rodeé con mis brazos y lo abracé con fuerza.

Oí que alguien se aclaraba la garganta detrás de mí. Me separé de Nico y me giré para ver a Iván de pie. Tenía los brazos cruzados, como si quisiera hacerse el duro, pero los ojos inyectados en sangre por las lágrimas. Si no estuviéramos en la situación en la que estábamos, me habría reído por el marcado contraste.

"Tú debes de ser Nico", dijo Iván con una voz más grave de lo normal.

"Nico, este es Iván".

"Encantado de conocerte, tío", dijo Nico, tendiéndole la mano.

Pasó un rato incómodo antes de que Iván finalmente estrechara la mano de Nico. Era como si estuvieran en una especie de empate. En lugar de soltar la mano de Nico, Iván tiró de él y le susurró algo. No pude entenderlo bien, pero sonaba como una especie de amenaza. Sentí que se me sonrojaba la cara de vergüenza. No era exactamente como me había imaginado que se conocerían, pero Nico parecía tomárselo bien. En todo caso, parecía ligeramente divertido.

Capítulo 59

Nico

Me quedé allí torpemente, asimilando la visión del amigo de Mallory. Lo último que esperaba cuando mencionó que tenía dos amigos que eran chicos enormes y tatuados. Parecía una pareja muy extraña, pero ¿quién era yo para juzgar? Mientras fuera bueno con Mallory, eso era todo lo que me importaba.

Claramente, lo era con la amenaza que me susurró al oído hace un minuto.

"Si le haces daño, te romperé los huesos".

Su acento aún era fuerte en mis oídos, pero su amenaza no me asustó tanto.

No tenía intención de hacerle daño a Mallory. En todo caso, había sido ella la que me había hecho daño en el pasado, pero no tenía sentido discutir ese punto. Me mordí la lengua y le hice un gesto serio con la cabeza, como si lo entendiera. Eso pareció apaciguarlo porque finalmente me soltó la mano y fue a sentarse.

Mallory se rió nerviosamente antes de entrelazar sus dedos con los míos y guiarme hasta una mesa cercana. Nos sentamos en un sofá y dejé la comida sobre la mesa.

"Lo siento", susurró. "Puede ser un poco protector".

"¿Tú crees?", pregunté riendo. "No pasa nada. De verdad. Entiendo por qué eres protector. Yo soy igual".

Me dedicó una suave sonrisa antes de que más lágrimas brotaran de sus ojos.

"Dios, lo siento. Soy un desastre", dijo, secándose.

"Para. No lo eres. Esto es mucho para ti".

Se inclinó hacia mí y la rodeé con el brazo. No me gustaba verla sufrir tanto. Cuando me envió un mensaje diciéndome que no podría volver esta noche, una parte de mí sintió miedo de haberla perdido de nuevo, pero luego leí el resto de su mensaje. Sabía que tenía que ir.

Estaba en el estadio cuando me envió el mensaje. Estaba viendo el entrenamiento del equipo y me di cuenta de que era la decisión correcta. Me alegré de que me animara a ir. Que no pudiera jugar no significaba que no pudiera apoyar a mis compañeros. Me senté en el banquillo con el entrenador, que me había dado la espalda cuando llegué. Me dio un sermón sobre ser responsable y tomarme en serio mi trabajo, dentro y fuera del campo. Era la reprimenda que esperaba y merecía, pero me alegré de haber acabado con ella.

"¿Tienes hambre?". Le pregunté a Mallory.

"Siempre puedo comer", respondió.

Abrí la bolsa de comida para llevar que había sobre la mesa y empecé a colocar la comida. Había más que suficiente para los dos, así que decidí hacer una ofrenda de paz al ruso.

"Hola, Iván", le llamé.

Se dio la vuelta y me miró con curiosidad.

“¿Tienes hambre?”, le pregunté, tendiéndole una hamburguesa.

Miró de mí a la hamburguesa como si estuviera debatiendo si debía aceptar mi bandera blanca, pero al final cedió. Nadie podía resistirse a las Hal's Famous Burgers.

Se acercó y tomó asiento frente a Mallory y a mí. Le acerqué un recipiente de comida para llevar.

"Gracias", dijo, tomando un solo bocado que era más de la mitad de la hamburguesa.

"Impresionante", dije.

Me sonrió y se limpió la boca con una servilleta antes de terminarse la otra mitad. Vale, quizá estaba asustado. Este tipo podría comerme vivo.

Di un mordisco normal, de tamaño humano, mientras Mallory mordisqueaba las patatas fritas a mi lado.

"Entonces, ¿qué pasó?". Pregunté vacilante.

"No lo sabemos", respondió Mallory, sacudiendo la cabeza con derrota.

"Mads, mi hermano, lleva un año en remisión del cáncer. Creíamos que estaba a salvo, pero ya no estamos tan seguros", dijo Iván, con la voz ligeramente quebrada.

Cáncer. No me lo esperaba. Mallory nunca me había hablado mucho de sus dos amigos misteriosos, pero estaba echando algo más que un vistazo a su vida. Toda la cortina se estaba corriendo.

"Mierda, lo siento, tío", dije solemnemente.

Iván se encogió de hombros. "Uno pensaría que ya estoy acostumbrado a esto, pero nunca se hace más fácil. A mi hermano le diagnosticaron cáncer cuando estaba en secundaria. El pobre chico nunca tuvo una verdadera oportunidad en la vida".

Pude ver lágrimas formándose en los ojos de Iván.

"Debió de ser duro crecer así".

"Lo fue. Mads fue el que peor lo pasó, obviamente, pero nuestros padres lo perdieron todo".

"Hablando de eso, ¿dónde están?", preguntó Mallory.

"En un crucero. No puedo localizarlos. Lo he intentado".

"Oh, Dios. Qué desastre".

"Creo que pensaron que ya que Mads estaba en tan buena forma podrían finalmente empezar a vivir por sí mismos un poco. Mads quería eso para ellos". Su voz se quebró por la emoción.

"¿Sabías que aquí es donde conocí a Mads? ¿En este hospital?", preguntó Mallory, intentando cambiar de tema y dar un respiro a Iván.

"¿En serio?", pregunté.

Ella asintió. "Estuve aquí un tiempo después de mi lesión. Después de la operación, estuve prácticamente postrada en la cama. Me aburría mucho. En cuanto pude salir de la habitación, me paseé en silla de ruedas por las plantas del hospital. Ese día me tropecé con Mads, en una planta en la que no debería estar".

Iván resopló. "Típico de Mads. Siempre metido en lo que no debe".

Mallory rió suavemente. "Nos hicimos amigos al instante. Tenía una visión de la vida extrañamente positiva, dadas sus circunstancias. Y era divertidísimo. Juro que sus chistes me ayudaron a salir de mi depresión". Mallory tenía una expresión de cariño en su rostro.

Podía ver lo mucho que su amigo significaba para ella. No podía imaginar lo que estaba pasando en ese momento. Si Kenny estuviera en el hospital por algo que no fuera haber sido noqueado por una cámara de televisión, yo sería un desastre.

Era extraño cómo funcionaba la vida. Por qué a una persona le tocó una mano de cartas de mierda, pero otra tuvo una escalera real. Todos teníamos nuestros propios problemas, pero algunos lo tenían más difícil que otros. Ni siquiera conocía a Mads, pero me alegraba de que tuviera un hermano y un amigo que estuvieran a su lado.

"Cuando salía del hospital y volvía para mis sesiones de fisioterapia, siempre me paraba a visitarlo. Fue entonces cuando conocí a Iván".

"Trabajo aquí", me dijo. "Soy enfermero".

Instintivamente enarqué una ceja, sorprendido, pero rápidamente traté de disimularlo. No era el trabajo que esperaba de él.

Iván soltó una carcajada y me hizo un gesto para que me fuera. "Sé lo que estás pensando. ¿Este ruso grande y tatuado es enfermero?".

Me reí nerviosamente.

"En realidad es un gran oso de peluche", dijo Mallory, dándome un codazo.

"Oye, no le digas eso. Quiero que me tenga miedo".

Sacudí la cabeza. Estos dos eran divertidos. Podía ver por qué le gustaba a Mallory.

"Parece que se crearon muchos recuerdos en este hospital", dije, mirando las paredes a mi alrededor.

"Los hubo". Mallory se puso solemne. "Aunque éste es un recuerdo que me gustaría olvidar".

"Se recuperará", dije, cogiéndole la mano y apretándosela.

Ella no dijo nada. Me di cuenta de que estaba conteniendo un sollozo. Le pasé el pulgar por la mano y le besé la cabeza. Sentí que Iván nos observaba atentamente, como si intentara averiguar si éramos de verdad o algo así.

"Voy a ver a las enfermeras otra vez", dijo, poniéndose de pie y alejándose.

"Pobre tipo". Mallory sacudió la cabeza. "Ha estado en la enfermería cada cinco minutos para que le pusieran al día, pero no ha habido novedades. Me siento tan impotente esperando aquí".

"Seguro que pronto tendrán algo. Buenas noticias", la tranquilicé.

"Eso espero. Pero no es lo único que me preocupa".

"¿Qué es lo que va mal? Además de lo obvio".

Mallory dejó escapar un largo suspiro. "Estas visitas al hospital no son baratas. Apenas se las arreglan, viviendo del único ingreso de Iván. Mads me dijo que había conseguido un trabajo, pero entonces pasó esto".

Esperé a que continuara. Parecía estar pensando qué decir a continuación. Me preguntaba qué podía ser. Parecía nerviosa mientras miraba a nuestro alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca.

"Iván tuvo que hacer cosas muy turbias para ayudar a sus padres a pagar todo esto. Traficó con drogas durante un tiempo. Drogas robadas. Sus padres no tenían idea. Pagaba parte de las facturas sin que ellos lo supieran para aliviar su carga financiera".

"Vaya", me sorprendí en silencio.

"No es un mal tipo. No quiero que pienses eso. Sólo hacía lo que tenía que hacer".

Le puse la mano en el hombro y la miré fijamente. "No juzgo a nadie".

Ella asintió con un silencioso gesto de agradecimiento. "No quiero que vuelva a meterse en esa vida. Ya que ha ocurrido esto, no estoy segura de que tenga muchas opciones. Me ofrecí a ayudar, pero no puedo dar mucho. Además, él se negó. Tengo miedo por él. Por los dos".

Entonces se inclinó y enterró la cara entre las manos.

Le froté la espalda y pensé en lo que había compartido conmigo. Hacía tiempo que yo no tenía que preocuparme por cosas así. Desde que me uní al equipo, nunca tuve que preocuparme por

una visita al hospital ni cómo pagarla. Ni siquiera miré los papeles del alta. Tenía dinero suficiente para permitirme ese lujo, pero esto me recordó que la mayoría de la gente no lo tenía tan fácil.

Pensé en los sucesos que nos tocan en la vida. Una vez me tocó un suceso de mierda cuando perdí a mis padres, pero no me rendí. Seguí adelante con la ayuda de Mae y la vida me llevó a donde estoy en este momento. A veces podía darlo por sentado, pero eran hechos como estos los que me recordaban lo bien que lo tenía.

Sentía lástima por Iván en su situación de desamparo. Este hombre sólo intentaba salir adelante y cuidar de su hermano y de sus padres. Era una gran carga que asumir. No importaba lo grande que fuera, no era lo suficientemente fuerte para asumir todo eso.

Apenas conocía a Iván. Ni siquiera había conocido a Mads. Pero conocía a Mallory, y sabía que tenía que ayudar. Una idea me vino.

"¿Me disculpas un momento?", Le pregunté a Mallory.

Se incorporó y se limpió una lágrima de la mejilla. “Claro”.

Caminé hasta un pasillo cercano y saqué mi teléfono. Busqué el nombre de mi hermana y escribí un mensaje. No quería que Mallory lo supiera. No hasta que mi hermana me ayudara a facilitar mi idea. Esperé un momento a que respondiera, pero como no lo hizo enseguida, supuse que estaría trabajando y ocupada con Ella.

Volví junto a Mallory y me senté a su lado.

"¿Todo bien?", preguntó.

"Mhmm".

"¿Terminaste yendo al estadio hoy?", preguntó.

"Sí".

Eso le hizo sonreír. Una de verdad. La primera que había visto en todo el día.

“¿Cómo te fue?”.

"Bien. Muy bien. Me alegro de haber ido".

"Me alegro mucho".

Levantó su mano hacia mi mejilla y me apoyé en ella.

"Gracias por animarme".

"Y gracias a ti por venir".

Besé la palma de su mano antes de estrecharla entre las mías. La miré fijamente a los ojos. Sabía que me arriesgaba con mis siguientes palabras, pero estaba preparado para la caída libre.

"Una relación significa que a veces tú cuidas de mí y a veces yo cuido de ti".

Capítulo 52

MALLORY

Ni siquiera tuve la oportunidad de procesar lo que Nico acababa de decirme, y mucho menos de responder. Una relación. Eso era lo que nos había unido. Eso era lo que yo quería. Mis sentimientos estaban alineados con los suyos, e iba a decírselo. Por fin iba a abrir la boca, pero el médico entró por la puerta justo en ese momento.

Me levanté rápidamente y seguí a Iván para encontrarme con el médico a mitad de camino. Estábamos ansiosos de respuestas. Nico se colocó detrás de mí y me puso la mano en el hombro. Su calor me reconfortó mientras me preparaba para lo que estaba a punto de salir de la boca del doctor. Parecía tan solemne. Tan serio. Supuse lo peor.

"Tengo novedades sobre su hermano", dijo el médico, mirando a Iván y a mí.

No nos molestamos en corregir al médico. Nos quedamos con lo que habíamos dicho al principio. Éramos familia. Tal vez no de sangre, pero éramos igual de familia.

"Está consciente y estable".

Exhalé un suspiro de alivio. Iván hizo lo mismo, se desplomó y puso las manos sobre las rodillas. Le puse la mano en la espalda.

"¿Podemos verle?", pregunté esperanzada.

"Sí. Aunque sólo la familia", dijo, mirando a Nico, el recién llegado. "Puedo llevarte de vuelta".

Volví a mirar a Nico y me hizo un gesto con la cabeza.

"Anda. Tómate el tiempo que necesites. Ya sabes dónde encontrarme".

Me guiñó un ojo antes de inclinarse para darme un beso en la mejilla.

"Iván, ha sido un placer", dijo tendiéndole la mano.

Iván la cogió con fuerza, pero Nico tiró de él para abrazarlo. Al principio pareció sorprendido, pero luego vi que una sonrisa se dibujaba en sus labios. Fue breve, pero estaba ahí, y luego volvió a ser una versión más leve del Sr. Tipo Duro.

Se me hinchó el corazón. Dos de los hombres más importantes de mi vida abrazados, mientras otro estaba justo al otro lado de aquellas puertas, vivo y esperando para vernos. Apenas podía contener las emociones que me invadían.

Me despedí de Nico con un pequeño gesto de la mano,le vi salir por las puertas del hospital. Es bueno, pensé.

"Por aquí", dijo el médico.

Le seguimos a través de las puertas batientes y por el pasillo hasta la habitación de Mads. El médico abrió la puerta en silencio y nos hizo pasar.

"Todavía está un poco aturdido, pero es normal", dijo el médico. "Volveré en las próximas rondas para ver cómo sigue".

"Gracias, doctor", dijo Iván, cogiéndole la mano.

Pude ver cómo contenía las lágrimas.

Cuando el médico salió de la habitación, nos acercamos a la cama de Mads. Tenía los ojos cerrados. Me pregunté si se habría vuelto a dormir. Lo miré. Parecía tan frágil. Temía que se rompiera al menor contacto. Le puse suavemente la mano en el brazo. Lo sentía frío y húmedo.

Iván se colocó detrás de mí y me rodeó con el brazo.

"Oh, Mads", susurré.

De repente, Mads empezó a convulsionar. Se me paró el corazón y me entró el pánico.

"¡Mads! ¡Mads! Estás bien, colega", dijo Iván. Su voz era estridente.

"¡Llama a la enfermera!" Dije en voz alta, buscando frenéticamente a mi alrededor el botón de su cama.

"¡Eso tardará demasiado!" Iván se dio la vuelta y empezó a correr hacia la puerta.

"¡Te pillé!", dijo Mads, incorporándose y mirándonos con expresión divertida.

Estudió nuestros rostros, ambos sin color, y soltó una carcajada.

"¡Mads!". Prácticamente grité.

"¿Me estás tomando el pelo?". Iván se acercó y puso cara de querer darle un puñetazo a su hermano pequeño. Mads levantó las manos en señal de defensa, aún riéndose como un niño. Yo también quería darle un puñetazo, pero Iván y yo parecíamos pensar que era mejor no llegar a las manos con alguien que acababa de recuperar la consciencia.

"Lo siento. Tenía que hacerlo", dijo, tratando de recuperar el aliento.

"Me has dado un susto de muerte", dije bruscamente.

Me sonrió y no pude seguir enfadada. Era el típico Mads. Siempre causando problemas y gastando bromas. Me alegré mucho de que estuviera vivo. Me abalancé sobre él y le di un abrazo. Iván hizo lo mismo, aplastandonos bajo sus grandes brazos.

"Me estás asfixiando", dijo Mads.

"Acéptalo", dijo Iván.

Al cabo de un minuto, nos soltamos y acercamos sillas a su cabecera. Nos contó que recordaba a Iván cabreado porque no se había duchado antes, así que Mads decidió tomarse su tiempo. Pero no recordaba haberse desmayado en la ducha. Sólo recordaba haberse despertado en la cama del hospital.

"¿Ha vuelto el cáncer?", preguntó Iván en voz baja.

Mads se encogió de hombros. "No lo sé. Aún no he obtenido ninguna respuesta. Me acabo de despertar, idiota".

"El idiota eres tú".

Puse los ojos en blanco al ver a los dos discutiendo. Normalmente me molestaría, pero era música para mis oídos. Mads podía gastar todas las bromas que quisiera y discutir como un loco. Al menos estaba vivo.

Decidí pasar la noche en el hospital. Iván también. Queríamos estar allí para cualquier novedad. No sentíamos que estuviéramos fuera de peligro todavía. Mads podría estar despierto y estable, pero no sabíamos si el cáncer había vuelto. Aún tenían que hacerle pruebas.

Nico me envió varios mensajes para ver cómo estaba. Le aliviaba saber que Mads parecía estar bien. Le dije que seguíamos esperando respuestas, así que me iba a quedar en el hospital a esperar. Me envió un mensaje de buenas noches.

Nico: Te echo de menos, pero me alegro de que estés con tu amigo. Te necesita.

Yo: Yo también te echo de menos.

Sonreí a mi teléfono antes de dejarlo en la silla del hospital. Sentí como si estuviera teniendo un déjà vu de cuando me quedé con Nico hace sólo unos días. De nuevo en una habitación de hospital, comiendo comida de la cafetería y viendo la tele. Esta vez veíamos Cops. La favorita de Mads.

Antes de dormirme, pensé en lo que Nico había dicho sobre las relaciones. Cómo lo había descrito era exactamente lo que yo quería, y todo lo que no sabía que estaba buscando. Tuve el corazón cerrado a tantas cosas durante tanto tiempo, él había ido quitando las capas con paciencia. Había estado ahí incluso cuando yo no lo merecía.

La última semana cuidando de él y quedándome en su casa pude ver cómo sería una relación con él. Era como si hubiéramos retrocedido. Nuestra línea de tiempo invertida. Lo que empezó entre nosotros fue apasionado y rápido, como cuando se arrima una cerilla a la gasolina. Se apagó, pero volvimos a encender el fuego como si frotáramos dos palos. Una combustión lenta. Estábamos aprendiendo más el uno del otro. Exponiendo nuestros mundos el uno al otro de forma lenta, pero segura.

Quería estar con él y darle cada parte de mí. Quería decírselo ayer, pero el tiempo no estaba de mi lado. Se lo diría pronto. Una vez que Mads estuviera sano de nuevo.

A la mañana siguiente, me desperté y me estiré. Me sentí muy bien al desenredarme de la silla del hospital. Miré a Iván y solté una carcajada. Era un espectáculo. Metido en una silla del mismo tamaño que la mía. Y yo que pensaba que estaba incómoda.

Ese día tenía que trabajar, pero Shannon me dio permiso por motivos personales en cuanto se enteró de lo ocurrido. Le estaba agradecida, sobre todo porque acababa de empezar a trabajar allí.

Oí un suave golpe en la puerta y un nuevo médico entró en la habitación. Le di un codazo a Iván, que se despertó sobresaltado y miró a su alrededor frenéticamente, como si acabara de tener una pesadilla.

"Tranquilo. El médico está aquí", le dije con calma.

"Hola, doctor", dijo Mads.

No sabía que estaba despierto. Tenía mejor aspecto que ayer. Tenía más color en la cara. Me sentí esperanzada.

"Buenos días a todos. Tengo los resultados de vuestras pruebas. ¿Estás bien por tener a tu hermano y a tu hermana aquí?", preguntó el médico.

"Claro", dijo Mads, mirándome raro. No le habíamos contado todo el asunto de la familia.

"Bueno, tengo buenas noticias. Las células cancerosas han disminuido, lo que es una buena señal en tu proceso de remisión".

Iván soltó un sollozo silencioso. Uno feliz. Le cogí la mano y se la apreté. Eran mejores noticias de lo que esperaba.

"¿Qué ha pasado?", preguntó Mads.

"Parece que has tenido una reacción alérgica a un nuevo medicamento. Suele ocurrir. Por desgracia, a veces no somos conscientes de la alergia hasta que ocurre algo así. Ya que lo sabemos, podemos determinar qué medicamentos son seguros y seguirán siendo eficaces a medida que avancemos".

"Así que el cáncer está...", empezó Mads.

"Sigue ahí. Aún no estamos en la recta final, pero avanzamos en esa dirección. Los resultados de estas pruebas son optimistas", aclaró el médico.

"¡Pues muy bien!", dijo Mads, incorporándose. "¿Cuándo puedo salir de aquí?".

"No tan rápido, señor Pushkin. Necesitamos que pase la noche en observación. Lo más probable es que le den el alta mañana por la mañana".

Mads se sentó de nuevo en la cama, decepcionado, mientras el médico se excusaba. Pobre hombre. Había estado en el hospital casi toda su vida, no era de extrañar que quisiera largarse de allí.

"Eh, son buenas noticias", dije acercándome a él.

"Muy buenas noticias", dijo Iván.

Le envié un mensaje a Nico con las buenas noticias:

Mads va a estar bien. Solo tuvo una reacción alérgica. Pero el médico le ha hecho pruebas y parece que las células cancerosas están desapareciendo.

Nico: ¡Es una noticia increíble! Me alegro mucho de oírlo, cariño.

Yo: Me quedo a dormir otra vez. No quiero dejarle.

Nico: Por supuesto. Lo comprendo. Te echaré de menos. Amarilla también.

Yo: Yo también te echo de menos.

Decidí correr rápidamente a casa para dejar a Mads e Iván un rato a solas. Quería ducharme y coger ropa limpia. Cuando volví, Iván se fue a hacer lo mismo.

"Así que Iván conoció al campocorto", dijo Mads, mientras comía un pequeño bol de gelatina.

"Nico. Sí", respondí.

"¿Cuándo podré conocerlo?".

"Cuando no estés a punto de morir".

Mads me hizo un gesto. "Parece que le gusta a Iván. Y no le gusta nadie".

"¿Dijo eso?".

"No, pero gruñó. Y sonó a aprobación".

Dejé escapar una carcajada. "Pronto lo conocerás".

A la mañana siguiente, la enfermera trajo los papeles del alta y una nueva lista de medicamentos para Mads. Me escabullí de la habitación para que Iván pudiera revisarlo todo en privado y me senté en la sala de espera. Parecía que estaba tardando una eternidad. Golpeé el pie con impaciencia.

Estuve a punto de ir a ver a qué se debía el retraso, pero vi que Iván entraba por la puerta con un

montón de papeles en la mano. Caminó lentamente hacia mí, con cara de estupefacción. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Me levanté rápidamente y me acerqué a él.

"Iván, ¿qué pasa? ¿Está bien Mads?".

Asintió, pero no dijo nada.

"¿Qué pasa? Volví a preguntarle, sacudiéndole ligeramente.

Por fin habló. "Su estancia. Está cubierta. Y todas mis facturas están pagadas".

"¿Qué? ¿Cómo? No lo entiendo", dije.

"Dale las gracias a tu jugador de béisbol", dijo, entregándome los papeles antes de caminar hacia la habitación de Mads en un estado de ensoñación.

Confundida, le miré marcharse antes de echar un vistazo a los papeles. Los hojeé rápidamente en busca de respuestas y me quedé boquiabierta. Los papeles eran de una organización benéfica llamada Fundación Mads. Era una organización benéfica para pacientes que no podían pagar las facturas del hospital. Mads era el primer beneficiario.

Capítulo 53

NICO

Saqué la maleta del ascensor con la mano izquierda, luchando por pasarla por encima del borde del suelo. Le di un buen tirón y caminé por el vestíbulo de mi complejo de apartamentos, murmurando para mis adentros. Durante la última semana, Mallory me había mimado mucho al vivir conmigo. Tuve que acostumbrarme a hacer cosas básicas por mi cuenta.

Sin embargo, era bueno para mí. No podía apoyarme en ella para todo. La extrañé, sin embargo. Mucho. El apartamento parecía vacío sin ella. Gracias a Dios que tenía a Amarilla, aunque seguía paseándose junto a la puerta principal como si esperara a que alguien entrara por ella.

Sólo habían pasado dos días desde que el amigo de Mallory acabó en el hospital. Sabía lo importante que era para ella estar allí. Quise dejarle su espacio, sólo comprobando de vez en cuando. Supuse que seguía en observación, lo que significaba que aún no le habían dado el alta. Lo que significaba que Iván aún no sabía lo de la beneficencia.

Me sorprendió lo rápido que Mae y yo fuimos capaces de organizarlo. Fue prácticamente de un día para otro. Aún quedaba mucho papeleo por hacer, pero pudimos crear una cuenta para pagar la estancia de Mads en el hospital y cualquier otra factura impagada.

Estar sentado en ese hospital, viendo que la gente luchaba por saber si podrían permitirse estar allí cuando necesitaran atención, me había abierto los ojos duramente. Supe que quería hacer algo al respecto. Además, oír hablar de Iván y de cómo haría cualquier cosa por su hermano me recordó mucho a Mae y a mí. No se trataba sólo de hacerlo por Mallory, aunque sabía que haría cualquier cosa por ella. O la gente cercana a ella. Diablos, ni siquiera había conocido a Mads todavía.

Fuera de las puertas de cristal del vestíbulo, vi a Kenny esperando en su coche. Empujé la puerta para abrirla, mientras intentaba arrastrar mi maleta detrás de mí. Él me miraba con expresión divertida. Tenía muchas ganas de hacerle un gesto, pero no tenía una mano libre. Era difícil con una en cabestrillo.

"Déjeme ayudarle con eso, señor Klein", dijo el portero, acercándose a toda prisa.

"Ya lo tengo, ya lo tengo", dije, aunque no totalmente convencido de poder hacerlo.

De todos modos, me ayudó sujetando la puerta. Le di las gracias y rodé mi maleta hasta el maletero de Kenny.

Estaba impaciente por quitarme la escayola y volver a mi vida normal. Hoy era un paso más hacia eso, ya que viajaba con el equipo para la siguiente etapa de sus partidos fuera de casa. Kenny me había convencido para que me uniera a última hora de la noche. Dijo que sería bueno para salir de mi apartamento y volver a la carretera.

Acepté a regañadientes. Una parte de mí quería quedarme por Mallory, pero sabía que estaba en buenas manos. Además, tenía que volver a mi vida normal en algún momento. Pronto empezaría la fisioterapia, y ver los partidos me motivaría para poner todo mi empeño en ello.

"Déjame ayudarte con eso", dijo Kenny, caminando hacia la parte trasera del coche.

"Vaya, gracias", dije sarcásticamente.

"Venga, tío. Sabía que podías abrir esa puerta. Es sólo una fractura. Anímate".

Cogió mi maleta, la metió en el maletero y la cerró. Subimos al coche y Kenny lo puso en marcha. El sol acababa de salir por encima de los rascacielos, proyectando un pálido resplandor amarillo sobre el cristal. Apoyé la cabeza en el asiento y observé cómo cambiaba el cielo de color.

"¿Estás preparado?", preguntó Kenny.

"Sí. Me vendrá bien. Gracias, tío".

"¿Cómo está Mallory?", preguntó.

Anoche le había contado brevemente todo lo que había pasado con su amigo Mads.

"Bien. Lo último que oí fue que se iba a poner bien. Fue una especie de reacción alérgica a unos medicamentos, pero el cáncer sigue latente".

Kenny negó con la cabeza. "Algunas personas simplemente tienen la peor de las suertes. No lo entiendo".

"Lo sé. Nunca lo entenderé".

Llegamos al aeropuerto veinte minutos después. Facturamos y nos reunimos con el resto del equipo en la puerta de embarque. Me dieron cuidadosas palmadas en la espalda y me dijeron que se alegraban de que viniera. Volvíamos a California para una serie de partidos. Estaba deseando que llegara el buen tiempo.

Saqué el móvil del bolsillo y envié un mensaje a Mallory:

Hola, nena. Sólo quería saber cómo estabas. Pronto saldré en mi vuelo a California. Volveré en unos días. Espero que Mads esté bien.

Un anuncio llegó a través de los altavoces entonces.

"El Grupo de Embarque A ya puede formarse. Grupo de Embarque A. Por favor, pasen al frente".

"Hora de partir", dijo Kenny.

Entramos en el avión y nos acomodamos en nuestros asientos. Todavía no tenía respuesta de Mallory, pero supuse que seguiría durmiendo o cuidando de Mads.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos. Estaba agotado. No había dormido bien las últimas noches. No estaba seguro de si se debía a mi brazo y a que no podía ponerme cómodo, o si era porque podía sentir la ausencia de Mallory. En cualquier caso, pensaba dormir durante todo el vuelo.

Aterrizamos en LAX seis horas después.

"Amigo, pensé que estabas muerto", dijo Kenny. "Nunca he visto a alguien dormir tan bien en un avión".

Me froté el sueño de los ojos mientras la cabina empezaba a alinearse. Recordé mi mensaje a Mallory. Saqué mi teléfono del modo avión y esperé a que se cargaran mis notificaciones. Había un mensaje de Mae deseándome buen viaje, pero nada de Mallory. Qué raro, pensé. Sabía que no estaba trabajando. Su jefe le había dado tiempo libre por motivos personales.

Lo ignoré antes de bajar del avión, arrastrando la maleta detrás de mí. Los autobuses nos esperaban en la acera. Subí y vi a Alan en primera fila. Evitó mi mirada. Mierda. Había olvidado lo imbécil que había sido con él aquel día en el gimnasio. No se lo merecía. Me coloqué en la fila de al lado.

Cuando el transbordador se llenó, inició el trayecto hasta el hotel. Me incliné sobre el pasillo.

"Hola, Alan", dije.

"Nico". Asintió con la cabeza.

"Sólo quería disculparme por lo de aquel día en el gimnasio. Me pasé totalmente de la raya".

Me hizo un gesto para que me fuera. "No pasa nada".

"No lo está. Estaba en un mal momento. Me desquité contigo".

"Oye, el amor a veces te vuelve loco", dijo, con una sonrisa dibujándose en sus labios.

Me reí suavemente y me volví a sentar.

Después de registrarnos en el hotel, Kenny y yo nos instalamos en nuestra habitación.

"Me alegro de tenerte de vuelta, compañero", dijo, lanzándome una cerveza de la mini nevera.

Sorprendentemente, la cogí.

Parecía sorprendido. "Oye, a lo mejor eres de izquierdas".

Me reí y me senté en el sofá del pequeño salón. Abrí mi cerveza y bebí un sorbo antes de volver a comprobar mi teléfono. Todavía nada de Mallory. Sentí que la preocupación me invadía. Tamborileé con los dedos en la rodilla y me quedé mirando la pantalla del teléfono, deseando que me llegara un mensaje.

Además de estar tan lejos de ella, algo no encajaba. Me levanté y salí al balcón. Pulsé el botón de llamada. Sonó dos veces antes de saltar el buzón de voz. Había rechazado mi llamada. Esperé unos minutos a que me enviara un mensaje de texto, pero no llegó nada. ¿Qué estaba pasando?

Suspiré mientras miraba la ciudad. Intentaba no pensar en lo peor, pero era difícil. Supuse que tendría que esperar a que me contestara.

Pero nunca lo hizo. Por suerte, los días siguientes fueron una buena distracción. Había echado de menos la sensación de un estadio el día del partido. Aunque no pudiera jugar, seguía siendo emocionante estar allí. Me recordaba lo mucho que me gustaba. Me senté en el banquillo con el entrenador y Alan. El entrenador incluso me pidió que le ayudara en algunas jugadas. Me sentí bien.

Kenny tenía razón. Era justo lo que necesitaba. Me moría de ganas de volver y empezar a trabajar en mi fisioterapia, para poder salir al campo y unirme a ellos.

Además de los partidos, estaba la prensa. No me habían entrevistado públicamente desde antes de que se anunciara que estaba de baja por lesión. Por suerte, nadie indagó demasiado en la causa exacta de mi fractura de muñeca. Había pasado el tiempo suficiente para que pasaran a otra cosa.

Con todo esto, apenas tuve tiempo de pensar en por qué Mallory volvía a evitarme. Hice todo lo posible para que no afectara a mi estado de ánimo. Ya le había hecho bastante a mi equipo en las últimas semanas. No era justo para ellos. Y seguro que tampoco era justo para mí.

Por la noche, sin embargo, me costaba dormir. Mi mente le daba vueltas a todo y me preguntaba qué había pasado desde la última vez que la vi. Repasaba la mañana en que nos despertamos juntos y cómo no había huido como siempre. Repasé nuestra estancia en el hospital y el encuentro con su amigo. Pensé que había ido bien. Quizá no le había gustado. No podía entenderlo.

La mañana en que nos íbamos del hotel, mi teléfono sonó. Lo cogí rápidamente y abrí el mensaje. Era mi gatera. Me había enviado una foto de Amarilla posada en el sofá. Sonreí mirando el móvil. Estaba lista para volver a casa.

"¿Mallory?", preguntó Kenny, subiendo la cremallera de su maleta.

"No. Cuidadora de gatos".

Kenny asintió, sabiendo que no debía presionar más.

El vuelo a casa me pareció más largo de lo normal. No pude dormir, así que vi algunas películas durante el vuelo. Por fin aterrizamos pasadas las siete de la tarde. Miré el móvil, aunque en el fondo sabía que no sabría nada de Mallory. Pensé que volver a estar en la misma ciudad que ella me haría sentir más cerca de ella, pero me sentí aún más lejos.

Kenny me dejó en casa y Amarilla me recibió en la puerta. Me dio un maullido de bienvenida y me tocó los tobillos juguetonamente. Me agaché, la cogí en brazos y la acaricié en el hocico.

"Hola, chica", le dije. “¿Me has echado de menos?”.

Ella pareció maullar un sí. La llevé al sofá y me senté. Se acurrucó en mi regazo y se quedó dormida. El apartamento estaba en silencio. Saqué el teléfono del bolsillo e hice lo que dije que no haría. Llamé a Mallory.

Sonó varias veces antes de saltar el buzón de voz. Apoyé la cabeza en el sofá y miré al techo con

frustración. ¿Qué demonios estaba pasando? Sentía una rabia burbujeando en mi interior. No me lo merecía.

Me apresuré a escribir un mensaje:

Vale. Lo entiendo. Ya he terminado.

Le di a enviar y silencié el teléfono antes de tirarlo por el sofá. Tenía ganas de servirme un vaso de whisky y ahogar mis penas, pero la sola idea de volver a beber whisky me ponía físicamente enfermo. En lugar de eso, me tumbé en el sofá y me dormí con Amarilla.

Capítulo 54

MALLORY

Releí el texto de Nico tres veces. No era difícil de interpretar. Eran muy pocas palabras, pero calaban hondo.

Respiré entrecortadamente, pero era difícil llenar los pulmones cuando estaba a punto de llorar. Dejé escapar una especie de graznido mientras contenía las lágrimas que pugnaban por salir.

"¿Estás bien?", preguntó Iván, poniéndome la mano en el hombro.

Asentí con la cabeza.

Estábamos en su piso y en el de Mads. Hacía dos días que lo habíamos traído del hospital. Aún no sabía que le habían pagado toda la estancia, y algo más. No quería decírselo hasta que estuviera instalado en casa. Era demasiado para alguien que creía estar a punto de morir. Pensé que la noticia de lo que Nico había hecho le provocaría un ataque al corazón.

"¿Estás segura?", preguntó Mads, señalando mi cara. "Porque tienes la cara toda contorsionada. La verdad es que no es muy bonita".

Solté una carcajada que sonó como un grito y le lancé una almohada. "Eres un imbécil".

"Oye, alguien tiene que ser sincero contigo". Se encogió de hombros.

Sacudí la cabeza. Había vuelto a ser el de antes.

Volví a mirar el teléfono, con el pulgar sobre las teclas. No sabía qué decir. Dijo que había terminado. No le culpé. Esta vez sí que lo había conseguido. Llevaba un par de días haciéndole el fantasma, y no era la primera vez. ¿Cuántas oportunidades esperaba que me diera?

No había tenido intención de ignorarlo de esta manera, pero no sabía cómo actuar como si todo fuera normal desde que Mads fue dado de alta e Iván puso aquellos papeles en mis manos. Debí de releer los papeles veinte veces, palabra por palabra, intentando encontrar la parte en la que no era real. Pero lo era. El tipo acababa de soltar millones de dólares para ayudar a mi amigo, al que nunca había conocido.

Ese tipo de cosas no eran normales. Era un privilegio que no cualquiera podía permitirse. No sabía cómo sentirme al respecto. No quería que pensara que le estaba utilizando por su dinero. Debí sonar muy desesperada en el hospital hablando del pasado de Mads e Iván. Probablemente pensó que le estaba pidiendo limosna. Yo no era ese tipo de persona. Tenía demasiado orgullo.

Pero tenía que dejarlo ir. Lo hecho, hecho está. Había empezado toda una obra de caridad, y no sólo ayudaría a mis amigos. Ayudaría a muchos otros. Eso no era algo que simplemente se pudiera deshacer.

"Mal, ¿qué pasa?", preguntó Iván, levantando una ceja.

Suspiré y le entregué mi teléfono.

Leyó rápidamente la falta de mensajes y me miró confundido.

"¿Por qué le ignoras?", preguntó.

Me encogí de hombros.

"¿De qué estáis hablando? ¿Es sobre el campocorto?".

"Se llama Nico", dijimos Iván y yo al unísono.

"Suena más guay como campocorto".

Puse los ojos en blanco.

"¿Qué os pasa a vosotros dos?", preguntó Mads. "Pensé que ya lo conocería".

"Ella lo ignoró y está terminado", dijo Iván, usando comillas aéreas.

"Me parece que ya he oído esta canción antes...", dijo Mads, llevándose la mano a la barbilla y musitando sarcásticamente.

"Esta vez es diferente...", dije en voz baja.

"¿En qué sentido?".

"Díselo", dijo Iván, dándome un codazo.

"¿Decirme qué?", preguntó Mads, molesto.

Respiré hondo. "Pagó tu estancia en el hospital...".

"Y todas las anteriores. Todas las facturas que no pude pagar", añadió Iván.

Mads se dejó caer de espaldas en el sofá y nos lanzó una mirada de incredulidad.

"¿Qué demonios?", susurró, rascándose la cabeza.

"Lo sé...".

"¿Y lo has ignorado desde entonces?".

"Sí...". Dije titubeando.

"¿Qué demonios te pasa?", preguntó Mads, alzando la voz.

Tragué saliva.

"El tipo prácticamente me salvó la vida. La vida de Iván. Dos de las personas más importantes de tu vida, y lo apartas".

"Lo sé", dije, con la voz temblorosa.

"Tienes que superarlo, Mal".

Duro, pero cierto.

Nos quedamos un momento en silencio. Pude sentir una mezcla de alivio y tensión llenar la habitación mientras todos continuamos procesando lo que Nico hizo por ellos y su familia. Al final, Mads me miró con una ceja levantada.

"Vaya, debes de ser de hielo", dijo Mads.

"¡Dios mío, Mads!" chillé y le lancé otra almohada.

"No, pero en serio. ¿Por qué ha hecho eso?".

"Porque la quiere", dijo Iván con seguridad.

Le miré con la boca abierta, incapaz de encontrar las palabras. Le dirigí una mirada interrogante.

"¿Qué?". Se encogió de hombros. "Es verdad. Y creo que tú también sabes que le quieres".

Sentí que los ojos empezaban a llenárseme de lágrimas otra vez y enterré la cabeza entre las manos.

"Esto es un desastre", dije. "Soy un desastre. Lo he estropeado todo".

"Tal vez, pero puedes arreglarlo".

"¿Cómo?". Pregunté, mirando a Iván a través de mis dedos.

"Dile cómo te sientes".

"Los dos sabemos que Mal no es la mejor en eso", dijo Mads.

Ambos le lanzamos una mirada y él levantó las manos en señal de defensa.

Sabía que tenían razón. Tenía que decirle lo que sentía. Supe que le quería en el hospital. Probablemente antes de eso. Pero cuando apareció sin que yo se lo pidiera para estar allí conmigo y con mis amigos, no hizo más que reafirmarme dónde estaba mi corazón. Estaba con él.

¿Pero cómo podía decírselo? No me creería. Había desperdiciado tantas oportunidades con él porque estaba muy asustada, y probablemente no tendría otra oportunidad. Al menos tenía que intentarlo. Si realmente había terminado, entonces lo aceptaría. Me rompería el corazón en mil pedazos, pero lo haría.

No podía ser sólo un mensaje de texto o una llamada telefónica. Ni siquiera podía ser simplemente aparecer en su apartamento. Tenía que ser más que eso. Tenía que ser un gran gesto para demostrar que estaba en esto a largo plazo.

"¿Me ayudarás?", pregunté, secándome una lágrima de la mejilla.

Iván asintió.

"Me apunto", dijo Mads. "¿Qué tienes pensado?".

"Necesitaremos combustible para conspirar", dije.

"¿Ray 's y cerveza?", ofreció Iván.

"Sí".

Cuando llegó la comida, nos sentamos en torno a la mesa de café y dimos vueltas a las ideas entre bocados de pizza. Sabíamos que tenía que ser grande. Una especie de "gran sorpresa", de momento, pero esta vez iba a hacer las cosas bien. Nico se lo merecía.

"¿Cuándo es su primer partido de vuelta?", preguntó Iván.

"No estoy segura".

"Pues averígualo", dijo.

"¿Por qué?".

"Ese es tu gran gesto".

Lo pensé un segundo. Cómo se vería. Lo que podría hacer. Era una buena idea. Estaría de vuelta en el lugar que amaba, jugando el juego que amaba, y la chica que amaba estaría allí para arrastrarse. Si todavía la amaba.

"Iván, creo que has visto demasiadas comedias románticas, pero me encanta".

Lo abracé y le di un apretón.

Tenía que poner en marcha el plan, pero necesitaría ayuda.

Cogí el teléfono y llamé a Alan. Esperaba no interrumpir nada. Podía ser la hora de cenar o de acostarse, sobre todo después de un largo día de viaje.

Contestó al tercer timbrazo. "*¿Hola?"*, contestó sorprendido.

"Hola, Alan", dije.

"Mallory. ¿Cómo estás?".

"Estoy bien. ¿Qué tal el viaje?".

"Rápido, pero el equipo lo hizo bien".

"Lo vi".

"¿Lo viste?".

"Mhmm. Todavía os sigo a todos, sobre todo desde la comodidad de mi sofá o en la sala de descanso del trabajo. Lo que me recuerda que todavía tengo que darte las gracias. Eres la razón por la que conseguí ese trabajo".

"No, tú eres la razón por la que conseguiste ese trabajo. Eres una gran trabajadora. Sólo les dije la verdad para que lo descubrieran por sí mismos. Me alegró ayudar".

"Bueno, puede que necesite tu ayuda otra vez...".

"¿Oh?".

"¿Podemos tomar un café por la mañana?".

"Claro. Puedo quedar contigo antes de entrar".

"Estupendo. Nos vemos en Cleo a las 7 a.m.".

"Vale", dijo, con un deje de confusión en la voz.

"Gracias, Alan".

A la mañana siguiente, llegué a la panadería y cafetería de Cleo. Era tan pintoresca y mona como esperaba cuando la conocí. Me vio y se acercó al mostrador para darme un abrazo.

"¡Vaya, qué sorpresa!".

"Pensé que ya era hora de venir a ver este sitio".

"Bueno, ve a sentarte. Ponte cómoda. Yo cuidaré de ti". Me guiñó un ojo.

"Gracias, Cleo", dije. "Ah, ¿puedes mantener mi reunión de esta mañana en secreto?".

Me miró con curiosidad antes de asentir con la cabeza y fingir que se cerraba los labios con la punta de los dedos. Unos instantes después, me trajo un café con leche con la espuma más linda que jamás había visto, junto con una bandeja de diferentes pasteles que eran casi demasiado bonitos para comérselos.

"Cleo. Esto es... guau".

Puso las manos en las caderas y me sonrió. Me di cuenta de que quería que probara un bocado. Cogí un croissant de almendras y mordí las capas hojaldradas, cada una de las cuales se deshacía en mi boca con una cálida dulzura. Era el paraíso en mi lengua.

"Vale, eres una maga", dije.

Ella se rió y levantó la mano humildemente.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y vi a Alan entrando. Le hice señas para que se acercara y tomó asiento frente a mí.

"Hola, Mallory. Hola, Cleo. ¿Cómo estás?", preguntó, volviéndose hacia ella.

"Estoy bien, Alan". Una mirada curiosa bailó por su cara. Seguramente tenía muchas preguntas. "¿Quieres lo de siempre?".

“Sí, por favor”.

Se dio la vuelta y regresó al mostrador con un bollo de queso y un café solo. Alan le dio las gracias y bebió un sorbo antes de hablar.

“¿De qué se trata?”.

"Necesito saber cuándo vuelve a jugar Nico".

Alan pensó un momento. "Bueno, en realidad empieza PT hoy. Tendré una mejor idea después de hacer su evaluación".

Me sentí algo decepcionada por no tener una respuesta. Con su lesión, podría ser una semana o un mes. No sabía si podría esperar tanto, pero quizá tuviera que hacerlo. Obviamente, quería que estuviera sano y fuerte antes de saltar al campo. Tendría que ser paciente.

"¿Me mantendrás informada de sus progresos?".

"Claro. Pero, ¿por qué no se lo preguntas tú misma?".

Me mordí el labio y bajé la mirada hacia mi arte latte que había empezado a derretirse.

"He metido la pata, Alan. Y no es la primera vez".

"Ah", dijo con complicidad, reclinándose en su silla. "El amor te vuelve loco. Yo le dije lo mismo".

Lo miré, preguntándome a qué se refería. ¿Habría hablado de mí con Nico?

"El tipo parecía bastante desconsolado en este último tramo. Era bueno fingiendo, pero me di cuenta".

Tragué saliva. Odiaba haber vuelto a herir a Nico.

"¿Puedes ayudarme a arreglarlo?".

"Sí", dijo sin pausa y sin incertidumbre en su tono.

Se le había cruzado una mirada. Estaba algo excitado, algo taimado. No pude evitar reírme.

“¿Qué?”.

"Es que parece que ya tienes algo cocinándose ahí arriba", dije, señalándome la cabeza y fingiendo remover lo que fuera que hubiera dentro.

"Puede que sí", bromeó.

Capítulo 55

Nico

Entré en el hospital con la cabeza gacha. Quería ver a mi médico y salir cuanto antes. Lo último que quería era encontrarme con Mallory o sus amigos.

Tenía la esperanza de despertarme con algo de ella, pero mi teléfono no tenía notificaciones. Realmente habíamos terminado, tal como había dicho. Podría seguir dándole vueltas a todas las posibilidades de lo que podría haber pasado para hacerla cambiar de opinión, pero ya había hecho bastante en los últimos días.

Se me ocurrieron algunas cosas.

Una, que había estado jugando conmigo todo el tiempo. Debía ser muy buena actriz porque me lo creí todo. Lo devoré como un decadente pastel de chocolate. Era una experta en atraparme y luego volver a lanzarme, dejándome con ganas de más.

Pero ni siquiera eso tenía sentido. Cuido de mí sin que yo se lo pidiera. Prácticamente se mudó conmigo cuando me dieron el alta del hospital. Alguien que jugaba no hacía eso. No se desvivía por alguien que no le importaba.

Lo segundo que se me ocurrió fue la caridad. Ella obtuvo lo que necesitaba de mí y siguió adelante. Nunca la vi como una cazafortunas, pero la gente hacía cosas desesperadas por sus seres queridos.

No me arrepentí de haberlo hecho. Me sentía bien ayudando a la gente, y lo volvería a hacer por la siguiente persona que tuviera problemas. ¿Para qué servía todo ese dinero si me lo quedaba para mí?

Si algo real salió de mi tiempo con Mallory, fue esto. Había encontrado un proyecto que significaba algo para mí. Mae estaba dispuesta a ayudar, incluso con el poco tiempo que tenía entre trabajar y ser madre. Parecía orgullosa de mí. Diablos, yo también estaba orgulloso.

Me registré en la enfermería y esperé sentado, golpeando el suelo con el pie con impaciencia. Ni siquiera era la planta en la que se alojaba su amigo ni la planta en la que trabajaba, pero notaba cómo los nervios me palpitaban en las sienes.

"¿Nico Klein?", preguntó una enfermera con un portapapeles, de pie en la puerta del pasillo.

"Sí". Levanté la mano izquierda y me levanté del asiento.

"Ya estamos listos".

La seguí hasta una de las habitaciones y me hizo unos cuantos análisis vitales. Anotó algunas cosas en el portapapeles.

"El médico vendrá enseguida", dijo antes de cerrar la puerta.

Me recosté en la camilla y miré las luces fluorescentes. Odiaba los hospitales. El olor. La esterilidad. La frialdad. Últimamente había estado aquí con demasiada frecuencia. Esperaba que ésta fuera mi última vez durante un tiempo.

Llamaron a la puerta y me levanté para sentarme.

"Hola, señor Klein. ¿Cómo se encuentra hoy?", preguntó el médico.

"Bien, doctor. Espero quitármelo hoy". Levanté el cabestrillo y me sorprendió notar que no me había estremecido.

"Bueno, vamos a ver si eso es posible".

Me quitó el cabestrillo e hizo algunos ejercicios de movilidad con el brazo.

"¿Cuál es su nivel de dolor? Del uno al diez", me preguntó.

"Un uno. Tal vez un dos", dije mientras movía el brazo en varias posiciones.

"¿Y eso es con analgésicos?".

"No, señor. Dejé de tomarlos unos días después de la lesión. No sentía que los necesitara".

Asintió con la cabeza, tomando nota en su portapapeles. Parecía satisfecho con la respuesta.

"Bueno, Nico. Todo apunta a que hoy te quitarán la escayola".

Hice un gesto interno con el puño.

"Es una gran noticia".

Un minuto y una sierra en miniatura más tarde, pude ver mi brazo de nuevo. Me había acostumbrado a esa molesta escayola. Mirando mi brazo, parecía pálido y débil. Pero no por mucho tiempo, pensé. El médico me examinó el brazo y me hizo otros movimientos de movilidad, centrándose en la muñeca.

"Me impresiona lo rápido que se cura, señor Klein. Su muñeca ha avanzado mucho en las últimas semanas".

"Entonces, ¿puedo volver a jugar a la pelota?". pregunté esperanzado.

"Estoy seguro de que está ansioso por volver al campo. Sin embargo, te aconsejo que tengas precaución para no arriesgarte a sufrir otra lesión o empeorar ésta", dijo con seriedad.

"¿Puede darme una respuesta aproximada?". le pregunté. "Disculpe la analogía".

El médico se rió suavemente. "Yo diría que una semana como pronto, pero eso con fisioterapia diaria. Aunque lo digo con cautela".

"Puedo hacerlo", dije con seguridad. "He programado mi primera sesión para hoy, por si esta cita iba en la dirección que esperaba".

"Bien", dijo. "Bien, Sr. Klein. Ha terminado oficialmente. Esperemos no volver a verle en mucho tiempo. No se ofenda, pero lo necesitamos de vuelta a nuestro campocorto".

Le estreché la mano con la derecha y sonreí. "Lo tienes, doc".

Una hora más tarde, llegué al estadio. Había hecho una parada en casa para ponerme la ropa de gimnasia y me había comido un bol de proteínas por el camino. Incluso con las paradas, llegué pronto a mi sesión con Alan.

Estaba impaciente por empezar. Estaba listo para volver a mi antigua rutina, y eso significaba hacer todo lo posible para curar y fortalecer el brazo. Necesitaba dedicarme a algo, cualquier cosa, que me distrajera de la dura realidad de que Mallory ya no estaba en mi vida. Aunque estar en el lugar donde solía trabajar no ayudaba mucho.

Llamé suavemente a la puerta de Alan.

"Adelante", me dijo.

Giré el picaporte y empujé la puerta.

"Nico. Estás aquí y llegas temprano". Consultó su reloj.

"Ansioso por empezar, señor".

Asintió y me miró, notando que el cabestrillo y el yeso habían desaparecido.

"Veo que las cosas fueron bien con el médico".

“Sí, señor”.

"Por favor, llámame Alan".

Se levantó de la mesa y cogió su portapapeles antes de llevarme a una de las salas de terapia vacías. Me di cuenta entonces de que nunca había tenido una sesión de entrenamiento físico con Alan, aparte de los estiramientos en grupo antes del partido o en el gimnasio. Nunca había sufrido una lesión tan importante como ésta. Supuse que me lo merecía, dado el tiempo que llevaba jugando.

Pasamos la hora siguiente haciendo ejercicios básicos de movilidad. Quería ir más allá. Sentía que podía hacerlo, pero sabía que tenía que ser paciente. Por algo había que tomarse las cosas con calma. Tenía que confiar en el proceso.

"Sé que lo de hoy probablemente haya parecido inútil, pero todo importa, Nico", dijo Alan mientras caminábamos de vuelta hacia su despacho.

"Sí, lo entiendo".

"Si queremos verte de vuelta en el campo en una semana, tendremos que hacer sesiones diarias y te estoy asignando deberes para que los hagas cuando no estés conmigo".

"De acuerdo", dije con entusiasmo.

"Mañana saldré con el equipo, lo que significa que vendrás conmigo, para que podamos hacer los deberes por el camino".

“Entendido”.

El teléfono de Alan sonó en su escritorio e instintivamente miré. Lo cogió rápidamente y se lo metió en el bolsillo antes de dedicarme una sonrisa nerviosa. Juraría que vi el nombre de Mallory en la pantalla. Se me subió el corazón a la garganta. Al menos sabía que estaba viva.

De vuelta a casa, hice las maletas y me puse en contacto con mi vecina para ver si su hija podía volver a cuidar de mi gata. Solo sería una noche, pero aún así me sentía culpable. Lo único por lo que me sentía mal desde que me convertí en dueño de una mascota era por dejarla atrás, pero estaba en buenas manos.

A la mañana siguiente, cogimos el autobús a Nueva York para el partido de esa noche. Durante el trayecto, no dejaba de pensar en cómo Mallory tenía tiempo para hablar con otras personas, pero no podía darme la oportunidad de una despedida apropiada. Podía sentirme cada vez más molesto, pero traté de contener mis sentimientos y estar de buen humor con mis compañeros de equipo. El partido de esa noche era importante. Otro contra nuestros rivales, y el primero sin mí.

Cuando llegamos al estadio, el equipo salió al campo a calentar. Los abucheos llenaron mis oídos mientras Alan y yo teníamos una sesión improvisada en el banquillo. Me enseñó varios ejercicios para hacer los deberes. Parecían bastante sencillos y eran cosas que podía hacer en cualquier sitio. Me sentía decidido.

Cuando empezó el partido, mi atención se centró en el equipo. Estaban luchando mucho y yo deseaba poder ayudarles. Fue una lucha dura, pero lo conseguimos en la décima entrada. Un disgusto para el público, pero una celebración para nosotros. Observé desde el banquillo cómo mis compañeros corrían hacia el centro del campo y hacían sus habituales gritos de ánimo y aspavientos. Pronto estarás ahí fuera, me dije.

A la mañana siguiente, me desperté de mal humor. No estaba seguro de si era por estar de viaje y no poder jugar, o si era por todo lo que Mallory seguía arrastrando. Kenny debió notar la nube oscura sobre mi cabeza porque me miró cautelosamente desde su cama.

Después de un momento, se quitó las sábanas de encima. "Levántate", dijo.

“¿Qué?”, murmuré.

"Vamos a echar la pelota".

"No sé...".

"Vamos. Sabes que quieres".

Puse los ojos en blanco y me levanté de la cama. Sí que sonaba bien.

Cogimos nuestros guantes y una pelota antes de caminar por el pasillo hacia los ascensores. Aún era temprano. La mayoría de los chicos probablemente aún dormían o estaban con resaca, a pesar de que el entrenador los había amenazado para que no bebieran. Como siempre.

Salimos a la parte trasera del hotel. El aire fresco me humedecía la piel. Me puse el guante en la mano y al instante sentí que se me levantaba el ánimo. Hacía semanas que no me lo ponía. Sentí el suave cuero en las yemas de los dedos mientras respiraba su olor.

"Cara arriba", dijo Kenny mientras lanzaba la pelota al aire.

La atrapé con facilidad. Lo que me preocupaba no era atraparla. Respiré hondo mientras la cogía con la mano derecha. La agarré con fuerza antes de lanzarla hacia atrás. No me dolió nada. Sonreí mientras Kenny volvía a lanzarla. Entramos en un ritmo silencioso de lanzamientos y recepciones.

"Gracias, tío. Lo necesitaba", dije después.

Me dio una palmada en la espalda. “Lo sé”.

Volvimos al hotel y nos detuvimos a desayunar en la cafetería. Vi a Alan sentado en una mesa cercana. Nos detuvimos para darnos los buenos días antes de pedir la comida.

"Tenías buen aspecto ahí fuera, Nico", me dijo con una sonrisa cómplice.

"¿Eh?".

Lo miré confuso. ¿Nos había visto jugar?

"Creo que estás listo para empezar a practicar con el equipo cuando volvamos".

"Vaya, gracias, Alan".

Asintió antes de dar un sorbo a su café y volver a su periódico matutino.

Kenny me dio una palmada en la espalda. "¿Has oído eso?"

"He vuelto, nene". Sonreí. "Casi".

Esa noche llegamos a Boston. Entré en mi apartamento y encontré a Amarilla durmiendo en el frutero vacío de la encimera. Era su sitio habitual y la razón por la que tuve que comprar un frutero. Qué gata más rara. La cogí y la llevé a mi habitación antes de desplomarme en la cama. Cuanto antes me durmiera, antes sería mañana. Mi primer entrenamiento de vuelta con el equipo.

Capítulo 56

MALLORY

Después de mi reunión con Alan, sentí que tenía un plan en marcha para recuperar a Nico, pero requeriría paciencia. Mucha paciencia. Pero valdría la pena. Al menos eso esperaba.

Le echaba tanto de menos que me dolía, sobre todo por la noche antes de irme a dormir. Durante el día, podía distraerme la mayor parte del tiempo, pero cuando caía la noche y el silencio se colaba por los rincones de mi apartamento, sólo podía pensar en él.

Una parte de mí quería simplemente decir "a la mierda" y presentarme en su casa para intentar recuperar su confianza, pero ya había hecho suficiente daño en el pasado como para que no fuera suficiente. No podía arriesgarme. Si iba a hacerlo, tenía que llegar hasta el final. Además, probablemente ya había cambiado las cerraduras.

Todavía tenía su llave de repuesto. No estaba segura de cómo devolverla. Algunas de mis cosas todavía estaban en su casa también, incluyendo mi sudadera favorita. Otra vez.

Después de aquel día en el trabajo en el que había pasado todo con Mads, no había vuelto a su casa y entonces todo se había liado tanto. No me atrevía a pedírsela de vuelta. No después de la última vez. Así fue como acabamos en su cama y luego le dejé por la mañana, haciéndole daño. No volvería a caer en esa jugada, aunque para empezar no era una jugada. Al menos no una jugada consciente.

Mads estaba en casa y recuperando lentamente sus fuerzas, volví al trabajo. Era una distracción bienvenida en el juego de espera en el que me encontraba. Habían pasado unos días desde mi reunión con Alan y seguía esperando a saber cuándo sería el primer partido de Nico. Sabía que podía llevar tiempo, dependiendo de la gravedad de la fractura. Quería que se curase bien, pero también tenía muchas ganas de verle.

En mi primer día de vuelta, fiché y me reuní con Shannon en su despacho.

"Mallory, es bueno tenerte de vuelta. ¿Cómo está tu amigo?".

“Está mucho mejor”. Siento haber tenido que tomarme unos días libres recién llegada a este puesto".

"No te disculpes. La vida puede ser imprevisible. Me alegro de que tu amigo esté bien".

"Gracias, Shannon".

"Bueno, ¿estás lista para volver al trabajo?", preguntó, levantándose de su escritorio.

"Por supuesto".

Me dio un portapapeles y me llevó a una de las salas de terapia. Me explicó el programa de la mañana y los pacientes que vería. Estaba deseando ver algunas caras conocidas y comprobar los progresos de algunos pacientes.

Mi primer paciente era un adolescente al que veía desde hacía unas semanas. Había tenido un accidente de coche y se había dislocado el hombro. Por suerte, llevaba puesto el cinturón de seguridad o habría sido mucho peor. Aun así, teníamos trabajo que hacer para que recuperara toda su movilidad.

Entró con la nariz en su teléfono. Típico. Sacudí la cabeza mientras tomaba asiento frente a mí. Llevaba una gorra de béisbol parecida a la que Nico llevaba siempre. Era una de sus favoritas. Mi corazón se rompió un poco ante los recuerdos que había estado guardando los últimos días, esperando tener pronto la oportunidad de volver a hacer más.

"Buenos días, Ryan", le dije.

"Buenos días", murmuró, con los ojos aún pegados al teléfono.

"¿Estás listo para empezar tu sesión o puede tu teléfono guiarte a través de los ejercicios?".

Me crucé de brazos y le sonreí. Levantó la vista y me dedicó una sonrisa tímida antes de meter el teléfono en el bolsillo de los vaqueros.

“Lo siento”.

Tenía las manos libres, le entregué una banda elástica. Le enseñé los primeros ejercicios, haciendo una demostración. Siguió mis movimientos y empezó a hacerlos por sí mismo.

"¿Qué tiene de interesante? pregunté, tomando notas en mi portapapeles mientras observaba sus momentos.

"ESPN".

"Tipo de deportes, ¿eh?".

"Tipo del béisbol".

"¿Ah?".

"Sí, acaban de anunciar que vuelve el campocorto".

Sentí que el estómago me daba un vuelco.

"¿El campocorto?" pregunté, tratando de hacerme la despistada mientras mi cerebro trabajaba a mil por hora. ¿Nico iba a volver? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo había dicho Alan? Tal vez lo había hecho, no había mirado el móvil desde que llegué. De repente estaba deseando que llegara mi descanso.

"Sí. ¿Sigues el béisbol?", preguntó Ryan, empujando la banda de resistencia delante de él.

"Un poco", mentí.

Había estado viendo ESPN todas las noches con la esperanza de ver sólo un atisbo de la cara de Nico.

"Bueno, ese tipo Nico. Nico Klein. Uno de los mejores jugadores del equipo, en mi opinión. Hoy ha vuelto a entrenar. ESPN acaba de anunciarlo".

Es el mejor jugador, pensé. Sentí que sonreía y no pude evitarlo.

"Eso... eso es genial", tartamudeé.

Ryan me miró extrañado antes de continuar.

"Sí, lo necesitaremos para el partido contra Colorado. La última vez nos dieron una paliza. Necesitamos redimirnos".

Recordé aquel partido. Había sido una derrota para todos. Había sido uno de los peores partidos

de la temporada. Pero ese viaje también había sido el que nos unió aún más a Nico y a mí.

"Lo conseguirán. Ganarán", dije con certeza.

"Más les vale".

Mi hora con Ryan pasó sorprendentemente rápida. Habló de béisbol casi todo el tiempo. No me había dado cuenta de lo fanático que era. Tal vez podría conseguirle algo del equipo a través de Alan o algo así. Estaba segura de que eso le levantaría el ánimo.

Las siguientes sesiones se alargaron. Intenté concentrarme, pero no dejaba de pensar en mi teléfono encerrado en el armario. Esperaba recibir noticias de Alan. Tendría más información que una breve reseña en ESPN.

Por fin llegó la hora de mi descanso de quince minutos. Cogí el teléfono del armario y me dirigí rápidamente a la sala de descanso. Me serví una taza de café y me acomodé en una mesa de la esquina.

Desbloqueé el teléfono. Había un mensaje de Alan. Lo abrí rápidamente.

Hoy ha vuelto al entrenamiento. Lo estoy siguiendo de cerca. Hasta ese momento se ve bien. Podría ser el día del partido antes de lo que pensamos.

Envié varios emojis de pulgares arriba.

Alan: Tendré más información en los próximos días.

Yo: Gracias, Alan. Te lo debo.

Se me dibujó una sonrisa en la cara. Saber que podría ver a Nico más pronto que tarde fue suficiente para ponerme en las nubes durante el resto del día. Todavía me rondaba por la cabeza el temor de que no volviera a aceptarme, pero hice todo lo posible por apartarlo. Teníamos algo especial y, aunque lo había tirado por la borda demasiadas veces, no había desaparecido. No podía ser.

Después del trabajo, me pasé por el piso de Mads e Iván, y de paso compré comida china para llevar. Había estado pasando la mayoría de las noches con ellos. En parte se debía a la soledad. Me había acostumbrado tanto a pasar las noches en casa de Nico que mi apartamento vacío no era más que otro recordatorio de lo que había perdido. Además, después de haber estado tan cerca de perder a Mads, no quería dar por sentado nuestro tiempo juntos.

Llamé a la puerta con las bolsas de comida colgadas del brazo.

Al cabo de un momento, Iván abrió la puerta.

"¿Ya estás harto de mí?", le pregunté.

"No cuando vienes cargada de comida". Sonrió.

Oí gritos procedentes del interior.

Miré a Iván con extrañeza, él puso los ojos en blanco antes de quitarme las bolsas. Le seguí al interior. Mads estaba sentado en el sofá jugando a videojuegos. Llevaba los auriculares puestos y estaba hablando con un desconocido por internet. El bueno de Mads.

"Parece que lo está llevando bien", dije.

"El chico es resistente", dijo Iván.

Iván cogió algunos platos de un armario superior mientras yo empezaba a sacar las cajas de las bolsas. El olor a chow mein y arroz frito con gambas llenó la cocina al instante y mi estómago gruñó en respuesta. Me moría de hambre.

"Tierra a Mads", dijo Iván en voz alta, agitando los brazos por encima de la cabeza.

Mads levantó la vista de su juego y por fin se dio cuenta de que yo estaba allí.

"¡Eh, Mal! Ya mismo voy. Sólo tengo que pasar este nivel".

"Mads", dijo Iván, severamente.

"Fiiiiine". Mads puso los ojos en blanco.

Se quitó los auriculares y tiró el mando al sofá. Me reí de lo ridículos que eran. Cualquiera diría que eran padre e hijo.

Cargamos los platos y nos sentamos en la pequeña mesa de la cocina. Me metí un wonton en la boca y sonreí con satisfacción. Esto daba en el clavo.

He oído que la operación "Recuperar al campocorto" va a empezar antes de lo que pensábamos", dijo Mads sorbiendo un fideo.

"¿Cómo...?".

"ESPN".

"Oh, cierto. Espero que Alan tenga otra actualización pronto".

Como si estuviera escuchando, mi teléfono sonó en ese momento.

"Hablando de..." Dije, cogiendo mi teléfono y saliendo rápidamente al balcón.

"¿Hola?". Contesté.

"Hola, Mallory. Parece que Nico volverá a pisar el campo la semana que viene".

"¿En serio?".

"Sí. Por su rendimiento en el entrenamiento de hoy, ni siquiera habrías sabido que el chico estaba lesionado".

"Eso es fantástico, Alan", dije con entusiasmo.

"Sí, pero Mallory...".

"¿Qué pasa?", pregunté preocupada.

"No puedes volver a hacerle daño, ¿vale?".

Tragué con fuerza.

"Él no puede soportarlo. El equipo no puede soportarlo. Demonios, yo no puedo soportarlo".

Me reí suavemente. *"No lo haré. Lo prometo".*

"Bien. Ya que las cosas se están moviendo rápidamente, voy a enviarte mi contacto para el equipo detrás del jumbotrón".

"¿Jumbotrón?". Pregunté con recelo.

"Querías un gran gesto. Es éste".

No habíamos discutido exactamente cuál sería mi gran gesto. Pensé que sorprenderle en el partido estaría bien, quizás en el túnel después del partido o quizás con un cartel detrás del home. La idea de la pantalla gigante era algo totalmente distinto, pero si iba a hacerlo, tenía que ser a lo grande. Tragué saliva con nerviosismo.

"Bien. De acuerdo".

"Está programado para jugar en el partido contra Colorado. Eso te da sólo siete días para prepararlo todo. Intentaré ayudar todo lo que pueda, pero no quiero que sospeche. Se dio cuenta de que llamaste el otro día...".

"¿Se dio cuenta?", pregunté, aguzando el oído. *"¿Qué hizo?".*

"Sólo parecía triste, pero no dijo nada".

Me quedé callada un momento. Realmente lo había hecho, ¿verdad? Mi corazón apenas podía soportarlo.

"Todo saldrá bien", dijo Alan con seguridad.

"Eso espero. Gracias, Alan. Hablamos pronto".

"Buena suerte", dijo antes de colgar.

Miré hacia la calle, asimilando todo lo que Alan me había dicho. Le estaba muy agradecida por haberme ayudado. No podría hacerlo sin él. Por muy seguro que pareciera de su gran plan, yo no lo estaba tanto, pero al menos tenía que intentarlo. Podría caerme de bruces y romperme el corazón delante de todo un estadio, pero al menos tenía que intentarlo.

A la mañana siguiente llamé al contacto de Alan en el estadio. Al principio parecían confusos por mi petición, pero al final accedieron. Creo que el hecho de saber que tenía a Alan como contacto les hizo desconfiar menos de mi extraña petición.

Todas las piezas estaban en su sitio. Sólo tenía que esperar.

Capítulo 57

Nico

Amarilla me maulló mientras caminaba hacia mí sobre la encimera. Estaba revisando mi bolsa para asegurarme de que tenía todo lo que necesitaba para hoy. Se metió dentro y se puso boca arriba, levantando las patas. Me reí suavemente antes de cogerla en brazos.

"No puedes venir conmigo, niña", le dije, rascándole detrás de la oreja.

Me miró con esos grandes ojos amarillos. Debió de notar mis nervios, porque hundió la cabeza en la palma de mi mano como si quisiera consolarme. Era demasiado buena para mí.

Volví a dejarla sobre la encimera y cerré la cremallera de mi bolsa antes de colgarmela en el hombro. Respiré hondo y salí con la cabeza bien alta, nadie importaba más que yo mismo. Hoy era el día. Mi primer partido de vuelta.

Apenas pude dormir la noche anterior sólo de pensarlo. Hacía semanas que no pisaba el campo delante de un público. Mis inseguridades se agolpaban en mi mente como una colmena de abejas en cuanto apagaba las luces. Me preguntaba si estaba preparado o si aún lo tenía dentro. Las semanas sin jugar al béisbol me parecían años y, a pesar de mi entrenamiento físico y de volver a practicar con el equipo, no podía sacudirme la vacilante confianza en mí mismo.

Eran sólo las tres de la tarde. Era demasiado pronto para ir al partido, pero no podía quedarme más tiempo en mi apartamento. Con tiempo por delante, saqué el móvil del bolsillo y envié un mensaje a Kenny:

¿Te apuntas a The Green House?

Kenny: Claro. ¿Cuándo?

Yo: ¿En este instante?

Kenny: Vale. Acabo de salir de la panadería. Puedo estar allí en quince minutos.

Me reuní con Kenny en el restaurante y pedimos nuestros cuencos de proteínas habituales antes de encontrar una mesa junto a la ventana.

"¿Cómo te sientes?", preguntó Kenny, dando un bocado a las gambas.

"Nervioso, no voy a mentir".

"Sí, me sentí así después de mi conmoción cerebral. Fue una mierda quedarme fuera y tenía tantas ganas de volver a salir, pero cuando tuve la oportunidad, pensé que me iba a ahogar. Y ni siquiera estuve fuera tanto tiempo como tú".

Asentí en silencio y mastiqué mi comida. No estaba seguro de sí eso haria que me sintiera mejor "Pero no te preocupes. Cuando vuelvas a salir, todo volverá a ser natural. Te he visto en los entrenamientos. Es como si nunca te hubieras ido. No te has saltado ni un latido, tío".

"Sí. Probablemente tengas razón. Gracias", dije.

"Disculpe", dijo una vocecita.

Miré a mi alrededor y mis ojos se posaron en un niño de unos cinco años. Su cabeza apenas rozaba la superficie de la mesa.

"Hola, chiquitín", dije. Miré a mi alrededor en busca de sus padres y me di cuenta de que su madre y su padre estaban sentados en una mesa cercana observando. Me saludaron con la mano antes de que volviera a mirar a su hijo.

"¿Eres Nico Klein?", preguntó.

"Sí, lo soy. ¿Y tú quién eres?".

"Soy Jackson".

"Encantado de conocerte, Jackson. ¿Qué puedo hacer por ti?".

"Sólo quería desearte buena suerte. Eres mi jugador favorito de todo el equipo. En el mundo entero".

"Bueno, gracias, hombrecito", dije.

Levanté la mano para chocar los cinco. Dudó un momento, le invadió la timidez, antes de darme una palmada en la mano y retroceder hacia sus padres.

"Qué niño más mono", dijo Kenny, deslizando su cuenco vacío hacia el centro de la mesa.

"¿Tienes fiebre de bebé?", reprendí.

"Hemos hablado de ello. De hecho, mucho. Puede que pronto seas tío honorario".

Su respuesta me sorprendió, pero también me había sorprendido todo lo que había pasado con Cleo. Se habían lanzado de cabeza y nunca habían mirado atrás. Me alegré por él. Por los dos.

"Es increíble, tío", le dije.

"Encontrarás a tu Cleo", dijo.

Tragué saliva. Creía que lo había hecho. A pesar de que hacía semanas que no veía ni hablaba con Mallory, seguía muy presente en mi mente, y aún más en mi corazón. Era difícil deshacerse de ella.

"Probablemente deberíamos irnos, pero tengo que hacer algo antes", dije, cambiando de tema. "Nos vemos en el coche".

Kenny asintió. Dejó dinero en la mesa como propina y se dirigió a la puerta. Puse mi propio dinero en la mesa y me acerqué al niño y a su familia.

"Hola, Jackson", dije, arrodillándome a su altura.

"Hola", dijo, acurrucándose contra su madre.

"No sé si tienes planes para hoy, pero me preguntaba si querrías venir al partido. Eso sí, a tus padres les parece bien".

Los ojos de Jackson se abrieron de par en par. Miré a sus padres y vi que ambos abrían la boca, sorprendidos. Compartieron una mirada antes de volverse hacia su hijo.

"Oh, ¿podemos ir? ¿Papá? ¿Papá? ¿Podemos? ¿Podemos?", preguntó, contoneándose con entusiasmo.

"¿Hablas en serio?", preguntó su padre.

"Sí, sólo tenéis que dirigiros a la taquilla y habrá entradas para vosotros. Sólo tienes que darles el nombre de Jackson".

"No tienes ni idea de lo que esto significa para él", dijo su madre, abrazando a su pequeño.

"No hay problema". Me levanté y tamborileé con los dedos sobre la mesa. "¡Diviértanse!".

Los dejé allí sentados sin palabras, sintiendo cómo se curaba un pedacito de mi corazón.

Seguí a Kenny de camino al estadio. En el trayecto, llamé a la taquilla para que reservaran las entradas. No pude conseguirlas detrás del home con tan poco tiempo de antelación, pero las conseguí bastante cerca.

Cuando Kenny y yo entramos, el vestuario bullía. Había una energía excitada pero nerviosa en el aire. Hoy no sólo era un gran día para mí, ya que era mi primer partido de vuelta, sino también para el equipo. Volvíamos a jugar contra el dream team de los novatos. La última vez prácticamente nos habían barrido. Teníamos que demostrarlo todo.

Colgué la mochila en el gancho de la taquilla y empecé a ponerme el uniforme. Hacía semanas que no me lo ponía. Al ponérmelo, se me subió el corazón a la garganta. Esto estaba ocurriendo de verdad. Después de ajustarme los calcetines y ceñirme el cinturón, me reuní con el equipo en el centro de la sala, donde me esperaba el entrenador.

"Hoy es un gran día, chicos. Después de nuestro partido de ida en la Costa Oeste, todo el mundo espera que hoy fracasemos. Pero tenemos dos cosas a nuestro favor. La ventaja de jugar en casa. Y el hambre de demostrar que todos se equivocan".

Gritamos, nos abrazamos y formamos un corro.

"Boston a las tres", grité, sintiendo la energía de mis compañeros de equipo pulsando a través de mí.

"3, 2, 1... ¡Boston!", gritamos al unísono antes de separarnos.

Salimos de los vestuarios y atravesamos el túnel. Podía oír a la multitud incluso antes de llegar a la entrada. Mi corazón empezó a acelerarse y entonces pisé el campo. El sonido era ensordecedor. La gente estaba en pie, sosteniendo pancartas, haciéndose fotos y lanzando puños al aire. Estaba en casa.

Hice algunos ejercicios de calentamiento con Alan en el césped. Parecía emocionado. Me di cuenta de que no dejaba de mirar a las gradas y de hablar con entusiasmo de mi primer partido de vuelta. Parecía tan nervioso como yo.

Después de calentar, me uní al equipo para lanzar el balón y estirar. Pasaron dos minutos y ya era hora de anunciar la alineación inicial. Si pensaba que el público había sido ensordecedor antes, no lo era en comparación con lo que sonó cuando dijeron mi nombre. Otro pedacito de mi corazón se curó en ese momento.

Día tras día, iba recomponiéndome poco a poco. Aún quedaba un hueco en mi corazón, pero tenía que centrarme en lo bueno. Al menos, eso era lo que me decía a mí mismo.

Miré hacia las gradas y vi a Jackson sentado sobre los hombros de su padre, ataviado con la ropa que había pedido a la taquilla. Le saludé con la mano antes de situarme en el campo.

Y llegó la hora del partido.

Colorado salió a por todas en la primera entrada. Fue difícil contenerlos con sus duros golpes y sus pies rápidos. Pero pudimos remontar y empatar al final de la primera entrada. Las siguientes entradas fueron más de lo mismo.

Estábamos jugando bien y notaba que teníamos ganas de ganar. Nos movíamos como una máquina bien engrasada, cada lanzamiento preciso y cada recepción fuerte. Aun así, apenas conseguíamos empatar en cada entrada. Teníamos que abrir brecha.

En la recta final de la séptima entrada, el entrenador nos dio una charla de ánimo. Fue una de las pocas veces que no nos ladró. Nos dijo que estaba orgulloso de nosotros.

"No importa cómo acabe esto, chicos, os estáis partiendo el culo. Volved ahí fuera", dijo.

No sabía si era una táctica para quitarnos presión, pero funcionó. Conseguimos ponernos por delante al final de la séptima entrada. Noté que el equipo visitante se cansaba. Habían gastado toda su energía en la primera mitad del partido. Al final de la octava, estaban perdiendo fuelle y nosotros seguíamos teniendo una ventaja de dos carreras. Salimos de nuevo al campo. Si podíamos aguantarles hasta la novena entrada, ganaríamos.

Con dos outs en la pizarra y dos en base, me puse en posición de preparado. Moví los dedos en mi guante con anticipación, esperando lo que vendría a continuación. El lanzamiento fue rápido. El bateador parecía a punto de batear, pero en lugar de eso ajustó su agarre rápidamente y lanzó la pelota. Los jugadores de base empezaron a correr. La pelota venía por el centro con rebotes incómodos. Me acerqué rápidamente, de puntillas, moviéndome con ella. La cogí con el guante y la lancé a home justo cuando el equipo contrario se deslizaba hacia dentro. Se levantó una nube de polvo y mis ojos se esforzaron por ver a través de ella. El público se quedó en silencio, esperando la señal.

El árbitro levantó el puño. "Fuera", gritó.

Suspiré y el público enloqueció. Mis compañeros se arremolinaron en torno a mí, levantándome por encima de sus cabezas. Lo habíamos conseguido. Habíamos ganado. Todo a mi alrededor se volvió borroso mientras intentaba asimilar el momento.

De repente, oí que la multitud se callaba y todo volvió a estar enfocado mientras me preguntaba qué estaba pasando. Los ojos de todos estaban puestos en la pantalla gigante y luego en mí. Levanté la vista hacia la pantalla y fue entonces cuando la vi. Al menos, eso me pareció. Esto no puede ser real.

Allí estaba Mallory, en la gran pantalla, con el sombrero que creí haber perdido y sosteniendo un cartel. Mi corazón se detuvo y volvió a latir al leer las palabras:

Nico, lo siento.

Perdóname.

Te quiero.

Mis compañeros me bajaron lentamente al suelo y abrieron un camino hacia ella, con sonrisas en sus caras. Me temblaban las piernas al moverme. Miré a mi alrededor, inseguro, tratando de encontrarla en las gradas. Entonces la vi. Estaba de pie justo al lado del banquillo, donde cedía la red. Me di cuenta de lo nerviosa que estaba por la forma en que agarraba su cartel hecho a mano. Caminé despacio hacia ella y luego empecé a trotar. No podía llegar lo bastante rápido.

Cuando llegué a la pared, me detuve y la miré, memorizando el momento. Me miró con el labio inferior entre los dientes, como siempre que estaba nerviosa. Negué con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa. La agarré por la cintura y la levanté por encima de la pared. Soltó una risita mientras yo la balanceaba en el aire antes de dejarla en el suelo, con los pies en la hierba. No la solté. No quería soltarla. La miré y no tuve que decir nada. En esa mirada estaba todo.

"Bésala", gritó alguien, y pronto se convirtió en un cántico que resonaba por todo el estadio.

Y así lo hice.

Capítulo 58

MALLORY

Sentir los labios de Nico sobre los míos hizo que el resto del mundo se ahogara. Los cánticos. Los aplausos. El propio campo. Era como si nada existiera en ese momento aparte de nosotros. La ansiedad que sentía desde hacía semanas y que hoy alcanzó su punto álgido se disipó como el aliento empañado en un día frío. Me sentía como en casa.

No sabía qué esperar de hoy. Había ido tachando días de mi calendario a medida que se acercaba el momento. La mayoría de los días avanzaban lentamente y las grietas de mi corazón suplicaban que Nico las recompusiera, pero había sido paciente.

Varias veces, Iván y Mads tuvieron que disuadirme de mis irrefrenables ganas de llamar o de presentarme en casa de Nico. Le había echado tanto de menos, y cada día dudaba de si él también me echaba de menos. Me preguntaba si mi gran gesto iba a fracasar.

Pero aquí estábamos. Aún no nos habíamos dirigido la palabra, pero sus manos me rodeaban con fuerza y la sensación familiar de sus labios contra los míos me hizo sentir calor por todo el cuerpo. ¿Me había perdonado? Sólo me quedaba esperar. Sólo tenía que disfrutar del momento.

El equipo trotó y se arremolinó a nuestro alrededor, acercándonos aún más. Le miré y me reí de lo ridícula que era la pila de jugadores que nos rodeaba. Me sonrió y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Había echado de menos todo esto, pero sobre todo a él. Siempre era él.

"Veo que has encontrado mi sombrero", dijo tocando el ala de mi gorra.

"Llevaba tiempo guardándolo", admití.

Levantó la mano, me levantó la barbilla y volvió a besarme. Luego se agachó y me cogió en brazos, abriéndose paso entre sus compañeros. El estadio seguía lleno de gente celebrando la victoria y esperando a ver qué pasaba. Mientras Nico me llevaba en brazos por el césped, yo me preguntaba qué pasaría. Vi que Alan aplaudía desde el banquillo. Le di las gracias antes de

desaparecer por el túnel.

Fuera de la vista de todos en las gradas, me retorcí en sus brazos y me dejó en el suelo. Tenía tantas cosas que decir. Se apoyó en la pared y tiró de mí. Respiré hondo.

"Lo siento mucho...". Empecé.

Me besó en los labios.

"Fui tan estúpida...".

Me besó en la frente.

"Me asusté tanto por la caridad....".

Me besó en la cabeza.

"No depende de mí cómo gastes tu dinero...".

Volvió a besarme en los labios.

Me reí y me aparté. “Nico, ¿me estás escuchando?”.

Me dio otro beso y no pude resistirme. Me incliné hacia su boca mientras su mano me cogía por la cabeza y me sujetaba como si tuviera miedo de soltarme. Temía que lo hiciera.

Por fin tomamos aire.

"¿Has oído algo de lo que he dicho?", le pregunté negando con la cabeza, divertida.

Inclinó la cabeza y apoyó la frente en la mía. Sus ojos se clavaron en los míos.

"¿Estás dentro?", susurró.

“¿Qué?”, pregunté, confusa.

"Podemos hablar de todo más tarde. Pero sólo necesito saber si estás dentro".

Pude ver la preocupación en sus ojos. El miedo a perderme estaba ahí y me rompió el corazón

haberle metido ese miedo. Esperaba que me creyera.

"Sí", susurré. "Acepto".

Sonrió mientras el alivio sustituía al miedo en sus profundos ojos marrones. Me besó de nuevo, atrayéndome contra él.

Fue entonces cuando el resto del equipo entró en el túnel, gritando a su paso.

"¡A una habitación!", gritó Kenny.

“Chad aulló”.

Sentía mis mejillas enrojecer.

"Será mejor que vaya a asearme", dijo Nico, asintiendo tras ellos.

"Vale", dije yo.

Arrastré los pies, preguntándome qué debía hacer a continuación. Preguntándome qué nos esperaba.

"¿Me esperas?".

Sentí un suspiro de alivio. Quería que me quedara. Era lo único que quería.

Asentí con la cabeza y me dejó marchar a regañadientes, siguiendo al equipo hasta los vestuarios. Le vi irse en un momento. Estábamos donde habíamos empezado. Éste era nuestro nuevo comienzo. El que él había querido. El que yo había querido, pero estaba demasiado asustada para darme cuenta entonces. Me apoyé en la pared y cerré los ojos, sonriendo para mis adentros.

"¿Y bien? Parece que ha funcionado", dijo Alan.

Abrí los ojos y lo vi mirándome con una gran sonrisa. Me separé de la pared y le di un fuerte abrazo. Hizo un sonido de sorpresa antes de devolverme el abrazo.

"Gracias, Alan", le dije antes de soltarlo.

"Cuando quieras. Me guiñó un ojo y se dirigió a los vestuarios.

Diez minutos más tarde, Nico se reunió conmigo fuera. Llevaba una sudadera con capucha y el pelo húmedo. Me acerqué y le pasé la mano por el pelo. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en mi mano.

"Ven a casa conmigo", susurró antes de abrir los ojos y mirarme.

"De acuerdo", le susurré.

De vuelta en su casa, abrió la puerta y me deslicé junto a él hacia el lugar que había convertido en mi hogar no hacía mucho tiempo. Lo había echado de menos. Sentí que algo me rozaba las piernas y miré hacia abajo para ver a la gata. Maulló con fuerza y sus grandes ojos amarillos se clavaron en los míos. Me arrodillé y ella saltó a mis brazos.

"Creo que te ha echado de menos", dijo Nico, dejando su bolsa en el suelo.

"Yo también la he echado de menos", dije, acariciándola.

"¿Quieres vino?".

"Claro", dije.

Un poco de valor líquido podría ayudarme a sacar las palabras que había estado ensayando una y otra vez. Todavía había mucho de qué hablar. Le seguí hasta la cocina, aún con Amarilla en la mano. Me di cuenta de que mi sudadera seguía colgada sobre una de las sillas de la cocina. No pude evitar sonreír.

Nico sirvió dos generosas raciones de vino y nos sentamos en el salón. Nos pusimos al día de las pequeñas cosas, como su recuperación, Mads y mi trabajo. Me sentí como en los viejos tiempos, pero sabía que aún quedaban muchas cosas por decir. Cuando terminamos nuestras copas de vino, me di cuenta de que no habíamos hablado de nosotros.

Los dedos de Nico rozaron la palma de mi mano mientras se hacía el silencio. Me removí en el asiento antes de empezar a hablar.

"Sabes... probablemente deberíamos...".

Sacudió la cabeza antes de inclinarse y besarme.

Me aparté y alcé las cejas.

"No puedes besarme cuando estoy intentando hablar de...".

Entonces sus labios se posaron en mi cuello y todos mis pensamientos salieron volando por la ventana. Cerré los ojos mientras él me recorría el cuello y la clavícula con ligeros besos. Sentí que se apartaba y se levantaba del sofá. Abrí los ojos y lo miré, preguntándome por qué se había detenido.

Me tendió la mano y yo puse la mía sobre la suya. Me tiró del sofá y caminó con paso decidido hacia su dormitorio. Me di cuenta de que esa noche no hablaríamos. Y podía vivir con ello.

Le seguí hasta su habitación y me condujo hasta la ventana. Estaba oscuro, excepto por las luces de la ciudad que brillaban a través de los grandes ventanales. Miré hacia la ciudad y sentí que se acercaba por detrás. Me quitó el sombrero, tirándolo a un lado, y me apartó el pelo de la nuca. Sentí su aliento mientras sus manos subían lentamente por debajo del dobladillo de mi camisa hasta llegar a mis pechos. Con un rápido movimiento, me bajó las copas del sujetador y me acarició los pechos desnudos. Respiré hondo. No perdía el tiempo.

Recosté la cabeza contra su pecho mientras me masajeaba los pechos y me acariciaba la nuca con los labios. Sentía cómo se endurecía contra mí.

Su respiración se hizo más agitada cuando sus manos abandonaron mis pechos y encontraron rápidamente el botón de mis vaqueros, lo desabrochó y bajó la cremallera. Metió la mano en mis vaqueros y sus dedos exploraron las bragas de encaje que llevaba debajo. Gemí suavemente cuando sus dedos empezaron a moverse en círculos rítmicos contra mí. Podía sentir cómo el encaje se humedecía contra las yemas de sus dedos, mientras todas las sensaciones me recorrían.

Con la otra mano, tiró de la cintura de mis vaqueros y me los bajó por las piernas. Me los quité de los tobillos y entonces sus dos manos tiraron del encaje de mis bragas, deslizándolas hacia abajo. Separé ligeramente las piernas a modo de invitación. Le oí inhalar un suspiro tembloroso antes de levantarme la camisa por encima de la cabeza. Me di cuenta de que estaba completamente desnuda para que cualquiera me viera, pero no me importó. Estábamos tan arriba y yo estaba demasiado perdida en él.

Me pasó las manos por los pechos y, de repente, me acercó a él. Tenía una mano en el bajo vientre y la otra la llevaba hacia abajo. Subí la mano por detrás y le rodeé el cuello con los brazos cuando sus dedos se encontraron con mis pliegues. Metió un dedo con facilidad y empezó a mover la palma de la mano contra mi punto de placer. Me sentí débil contra él, pero me mantuve firme.

Empezó a moverse más deprisa y mi humedad rodeó sus dedos cuando metió otro. Gemí con fuerza y le tiré del pelo. Su erección era sólida y me excitaba aún más.

Incliné la cabeza hacia él y juntó sus labios con los míos. Abrí la boca con avidez y él juntó mi lengua con la suya. Su sabor me puso al borde del abismo. Gemí en su boca antes de soltarme de su cuello. Apoyé las manos en la ventana y empujé las caderas hacia él, esperando que captara la

indirecta.

Me separó los dedos y oí cómo su sudadera caía suavemente al suelo. Le oí respirar hondo y busqué su reflejo en la ventana. A través de las sombras y los reflejos de luz, pude ver cómo me miraba con sus ojos. Separé aún más las piernas.

"Joder, Mal", susurró.

Sentí cómo se acercaba a mí y colocaba la punta de su polla contra mí. Inspiré cuando se introdujo en mí, llenándome lentamente antes de sacarla. Volvió a colocarse, esta vez agarrado a mis caderas. Me apoyé contra la ventana mientras me penetraba una y otra vez, moviéndose rítmicamente.

Su mano me rodeó y masajeó el clítoris mientras me penetraba más profundamente. Solté un grito de placer y me dejé llevar. Empezó a moverse más rápido, con más desesperación, dentro y fuera de mí hasta que se soltó. Nos doblamos contra la ventana, intentando recuperar el aliento, hasta que caímos al suelo.

Capítulo 59

Nico

Me puse de lado y sentí la cálida luz del sol en los párpados. Las persianas ya no me servían. Me había olvidado de bajarlas anoche, pero la única ventaja era ver a Mallory a mi lado. Abrió los ojos y me miró.

"Buenos días", susurró.

“Buenos días”.

Me incliné hacia ella y le besé la frente. Ella se acercó, apretando su cuerpo contra el mío. Todavía estábamos desnudos de la noche anterior y su piel estaba caliente contra la mía. La rodeé con los brazos y rocé su espalda con los dedos.

"¿Has dormido bien?", me preguntó, acurrucando la cabeza bajo mi barbilla.

"Mhmm. Lo mejor que he dormido en mucho tiempo".

"Yo también".

"Me has agotado", dije, ahogando un bostezo.

"¿Yo?". Se apartó y me miró con una ceja levantada. "¡Tú! Anoche sólo quería hablar, pero tú...".

"Tenía otras ideas". Sonreí satisfecho.

"Muchas otras ideas...".

Los dos nos reímos y volvimos a acomodarnos el uno en el otro.

Ella tenía razón. Anoche no quise arruinar el momento. Había un impulso que había ido creciendo desde que ganamos el partido, y no quería que se detuviera. No quería arruinar nada con palabras, aunque había tantas sin decir. Sólo quería estar con ella esta noche. Hablaríamos en algún momento. Probablemente más tarde.

Amarilla saltó a la cama y me miró a mí y a Mallory, como si estuviera eligiendo con quién acurrucarse. Se acercó a Mallory y se tumbó a su lado, rodando sobre su espalda y levantando las patas.

"Vaya, Amarilla. Ya veo cómo es", dije.

Mallory se rió y se acercó para arañarle la barriga a mi gata traidora.

"¿Seguro que no es un perro?", preguntó divertida.

"No sé lo que es...".

Amarilla maulló al oír eso.

Permanecimos en silencio durante unos minutos, observando cómo el sol se elevaba en el cielo. La luz se reflejaba en los edificios y proyectaba prismas de arco iris sobre las paredes blancas de mi habitación. Amarilla se levantó e intentó atrapar la luz antes de rendirse y venir a mi lado de la cama. Me dio un zarpazo. Era la hora del desayuno.

"Vale, chica. Vale". Me quité las sábanas de encima y me acerqué a la ventana para buscar mi ropa de la noche anterior. Me puse el chándal y me giré para ver a Mallory mirándome con una sonrisa en los labios.

“¿Qué?”. Le pregunté.

"Sólo miraba". Me guiñó un ojo.

"Oye, eso es lo mío".

Volví rápidamente a la cama y la abracé con suavidad. Chilló y trató de zafarse de mí, luego se quitó las sábanas de la cabeza y me miró. Era la cosa más mona del mundo. Y también la más sexy. Saber que no llevaba nada más que mis sábanas me hizo querer repetir lo de anoche. Estuve a punto de intentarlo, pero Amarilla maullaba a la puerta sin cesar. Suspiré con frustración.

Mallory me rodeó el cuello con los brazos y tiró de mí. Su boca encontró la mía y su lengua se deslizó contra mis labios lentamente, antes de apartarse. Santo cielo.

"Vete", susurró. "Tenemos todo el día".

Mis oídos se agudizaron. No iba a ir a ninguna parte.

Asentí con la cabeza y me bajé de la cama, siguiendo a mi linda, pero insistente gata, hasta la cocina.

"Realmente sabes cómo arruinar un momento, chica", dije, sacando su comida del armario.

Se sentó junto al cuenco y se lamió los labios, sabiendo perfectamente que me tenía en sus manos. Le puse la comida en el cuenco y le cambié el agua.

Unos instantes después, Mallory entró en la cocina con mi sudadera de anoche y nada más. Sus piernas largas y bronceadas dejaban a mi imaginación decidir qué había debajo. Podría despertarme con esto cada mañana.

"Espero que no te importe", dijo, tirando de ella.

“En absoluto”.

Miró la sudadera que colgaba de la silla de la cocina.

"Gracias por guardármela".

"Por supuesto. Sé que es tu favorita".

"No sé... esta me está gustando". Sonrió y pasó las manos por delante de mi sudadera.

"Te queda mejor a ti que a mí".

La acerqué y le di un beso en los labios.

“¿Café?”. Pregunté.

“Sí, por favor”.

La levanté y la dejé caer sobre la encimera con facilidad. Quería estar siempre cerca de ella,

incluso mientras ponía el café. Rebusque en los armarios y encontré dos tazas mientras el café se preparaba en la cafetera. El fuerte olor de los granos tostados se elevó con el vapor, llenando la cocina con su aroma.

Mientras esperábamos a que se hiciera, me subí a la encimera y me senté junto a Mallory. Apoyó la cabeza en mi hombro y nos quedamos sentados. Volvimos a nuestro cómodo silencio habitual, aunque las palabras que ambos queríamos decir estaban royendo los bordes de este momento. Pero nadie habló. Todavía no.

"¿Tienes hambre?". Pregunté.

"Un poco".

"Puedo hacer huevos y tostadas".

"Vale, pero asegúrate de que los huevos tengan ese crujiente que tanto me gusta".

Me reí mientras saltaba de la encimera. Ella se había aferrado a los mismos recuerdos que yo, grandes y pequeños. Mientras yo encendía los fogones y empezaba a cocer los huevos, ella vertía el café con cuidado en las tazas. Conocía bien la casa desde que vivió aquí mientras cuidaba de mí.

Me gustaba tenerla aquí. No quería que volviera a marcharse, pero no podía pensar en eso. Sabía que no debía adelantarme demasiado. Nunca había acabado bien en el pasado. Por muy esperanzado que estuviera con este nuevo comienzo, otro nuevo comienzo, seguía teniendo miedo de perderla.

"¿En qué estás pensando?", me preguntó, sacándome de mis pensamientos.

Levanté la vista y vi que me tendía la taza de café con una expresión curiosa en el rostro.

"En nada". Me encogí de hombros y le cogí la taza.

Ella dio un paso adelante y me puso la mano en la mejilla. Todavía estaba caliente por el café que llevaba en la mano.

“Nico, estoy aquí. No voy a ir a ninguna parte, ¿vale?”.

Era como si hubiera entrado en mi cabeza y viera todos mis pensamientos luchando entre sí.

Me incliné hacia su mano antes de girarme y besarle la palma.

"Probablemente deberíamos hablar, ¿eh?", le pregunté.

Ella asintió.

Llevamos los platos de comida y las tazas de café a la mesa de la cocina y nos sentamos. Comimos rápidamente. Me di cuenta de que no habíamos comido después del partido de anoche. Debía de estar hambrienta. Yo también.

"Podemos desayunar otra vez más tarde", sugerí, mirando nuestros platos vacíos.

"Buena idea", dijo ella.

Tomé un sorbo de café y la miré, preguntándome quién de los dos iba a empezar. Respiré hondo y abrí la boca antes de poder evitarlo.

"Nunca creí realmente en el amor a primera vista...", dije, mirando mi taza de café.

Ella esperó pacientemente a que terminara mi reflexión.

Volví a mirarla.

"Pero entonces te vi. Aquel día en los vestuarios, algo se encendió dentro de mí. Como un interruptor que había estado intacto la mayor parte de mi vida. Eras preciosa, pero no era sólo eso. Había un aire en ti que me atrajo".

Volví a mirar el café.

"No había sentido tanto desde que murieron mis padres. Creo que me había vuelto insensible a la vida. El béisbol ha sido lo único que me ha hecho sentir algo. Pero entonces llegaste tú".

"Oh, Nico", susurró.

"Te prometo que nunca fue un juego para mí, Mallory. Eras y eres todo lo que siempre he querido. Lo decía en serio cuando dije que quería sentar cabeza. Estoy listo para el próximo capítulo. Todo eso de novio-novia. Salir al cine. Comida para llevar a casa. Despertar junto a alguien. Pelear con alguien. Reconciliarse con alguien. Todo eso. Pero sólo lo quiero si es contigo".

Mallory se sentó y pareció asimilar lo que dije. Sus ojos me estudiaron, la cautela que una vez había estado en ellos desapareciendo lentamente.

"Ha sido un gran discurso", susurró.

Me reí suavemente. "Ahora te toca a ti...".

Asintió y respiró hondo. Me di cuenta de que hablar de sus sentimientos nunca había sido su fuerte. Demonios, nunca había sido el mío hasta que ella llegó a mi vida. Era una máquina de sentimientos.

Miró hacia las ventanas de mi apartamento, sumida en sus pensamientos. Cogí su mano y la apreté suavemente. No pretendía apresurarla, sino más bien reconfortarla.

Se volvió hacia mí. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, las lágrimas se acumulaban en las comisuras interiores, volviéndolos de un verde aún más intenso que de costumbre. Tenía tantas ganas de acercarme y secárselas antes de que cayeran, pero entonces habló.

"Nunca se me ha dado bien hablar de mis sentimientos. Yo, como tú, he estado insensible durante mucho tiempo. Pero entonces te conocí y algo cambió. Ya no estaba tan enfadada con el mundo. Todo parecía más ligero de alguna manera. Eso me asustó. Me había acostumbrado tanto a un mundo en el que podía estar enfadada, que un mundo en el que era feliz me parecía... incorrecto. Me daba miedo. Esperaba que algo saliera mal. Tal vez, incluso estaba buscando algo que saliera mal. Porque me habían arrebatado lo único que había amado. Supuse que sería así con todo".

"No tiene que ser...". Dije en voz baja.

Ella me dedicó una débil sonrisa. "Tampoco pensé que estuvieras realmente interesado en mí. Pensé que tal vez disfrutabas de la persecución, pero luego te aburrías y pasabas a la siguiente chica. Tenía prejuicios hacia los jugadores, pensaba que todos eran iguales. Así que traté de alejarte cada vez que podía para evitar lastimarte, pero no pude mantenerme alejada. Por mucho que empujé...".

"Tiré", dije.

Ella asintió.

"Eres como una atracción gravitatoria para mí, lo intentes o no".

Pensé en lo que había dicho. Era difícil creer que dudara de lo mucho que me importaba y lo mucho que quería estar con ella. Había hecho todo lo posible para demostrárselo, pero supongo que cuando uno se enfrenta a su propia mierda en la vida, puede estar ciego ante las cosas. Lo sabía muy bien. Por eso esperaba que mis siguientes palabras la hicieran ver.

"Te quiero", le dije intensamente.

Sus ojos se encontraron con los míos y se quedaron allí. Una lágrima cayó por el rabillo del ojo. Levanté la mano y la enjugué con el pulgar.

"Yo también te quiero", suspiró.

La estreché entre mis brazos y la abracé. Aún quedaba mucho por hablar. No todo podía arreglarse en un día. Teníamos que superar nuestras propias heridas, no sólo las del otro, sino las que la vida nos había causado a los dos. Pero sabía que podríamos superarlo. Juntos.

"¿Qué tal el segundo desayuno?" le pregunté.

Se rió suavemente antes de besarme. "Y todos los desayunos siguientes...".



Capítulo 60

Nico

Saqué una caja de cartón del camión de mudanzas y la coloqué en la acera. Kenny me siguió con otra caja grande. Gruñó al dejar la caja en el suelo. Me limpié las gotas de sudor de la frente y me senté en una de las cajas para recuperar el aliento.

"¿Cuántas cosas tiene tu novia?", preguntó Kenny, respirando con dificultad.

Me reí y miré dentro del camión. "Creo que sólo tenemos dos más".

Kenny asintió y tomó asiento a mi lado en una de las cajas.

"Gracias por ayudarnos con esto", dije.

"No te preocupes, tío. Me alegra ver que por fin lo habéis conseguido".

Sonreí. Había sido una montaña rusa con Mallory y nuestros amigos nos habían acompañado sin querer. Nuestros altibajos. Pero ya éramos estables.

Habían pasado varios meses desde que habíamos arreglado las cosas. Estábamos oficialmente juntos, y era incluso mejor de lo que podría haber imaginado. Ella era mi mayor apoyo. Venía a todos los partidos en casa y seguía mis partidos fuera. Todo el mundo la quería. Ya la querían de antes, cuando trabajaba allí, pero ya que la conocían como mi novia, el equipo la quería aún más.

La habían ascendido en el trabajo, y yo estaba muy orgulloso de ella. En mis días libres, quedaba con ella en el hospital para comer juntos. Por fin había conocido a Mads, que era una de las personas más divertidas que he conocido nunca. Iván y yo habíamos congeniado muy bien. Iván había dejado de actuar como un tipo duro en cuanto se dio cuenta de que yo estaba en esto a largo plazo. Incluso habíamos tenido algunas noches de chicos juntos.

Mallory me llevó a casa para conocer a sus padres el mes pasado, lo que fue una de las experiencias más angustiosas de mi vida. Nunca había conocido a los padres de nadie. Recuerdo que me sudaban las palmas de las manos cuando llegamos a la entrada. Sabía que su padre tenía ideas preconcebidas sobre los deportistas. Me había prevenido en los días anteriores.

Tras unos veinte minutos de interrogatorio, compartimos unas cervezas y pasamos un tiempo juntos. Entró en calor y vi al hombre que Mallory tanto había admirado. Era todo lo que ella había dicho de él. Su madre también. Al final de la noche, me sentí acogido en su familia con los brazos abiertos.

Sentí como si una pequeña parte del vacío de mi corazón se hubiera llenado. Nunca volvería a tener a mis padres, pero me sentía bien formando parte de la familia de otra persona, especialmente de la mujer a la que amaba.

Aquella noche, mientras volvíamos a mi casa, Mallory apoyó la cabeza en mi hombro. En ese momento me di cuenta de que quería pasar el resto de mi vida con ella. Todo encajaba en su sitio como un puzzle desplegado sobre una mesita.

"¿Alguien quiere agua?" preguntó Mallory, sacándome de mis pensamientos mientras empujaba las puertas de la entrada de mi edificio.

"Sí, por favor", dijo Kenny.

Ella le dio una botella de agua, y luego otra a mí.

"¿Alguien quiere galletas?", preguntó Cleo, que la seguía con una de sus características cajas rosas.

"Sí, por favor", dije.

Me dio una servilleta y colocó una galleta grande encima. La sentí caliente en mis manos.

"Las acabo de calentar en el horno. Galletas de chocolate con sal marina". Sonrió.

Le di un mordisco y el chocolate se me derritió en la boca. Mallory se inclinó y me miró con ojos de cachorrito. Me reí y le tendí la galleta.

Le dio un buen mordisco y los ojos se le pusieron en blanco. "¡Cleo! Puede que esta sea mi favorita".

Cleo sonrió orgullosa mientras Kenny la subía a su regazo. Mallory se sentó a mi lado en la caja

y entrelazó sus dedos con los míos.

"Hola, compañero", dijo.

"Hola, compañera". Besé la parte superior de su cabeza.

Sentía como si toda una nueva aventura estuviera delante de nosotros. Me moría de ganas de empezar.

Dos horas después, estábamos sentados en el salón, rodeados de cajas abiertas. Kenny y Cleo se habían ido a casa y sólo estábamos nosotros dos. Y Amarilla. Ella entraba y salía de las cajas y se metía en ellas para ver qué encontraba.

Mallory desenvolvía con cuidado unos cuantos marcos mientras yo sacaba sus libros de las cajas y los colocaba en la estantería junto a los míos. Sus cosas iban encontrando poco a poco su sitio en mi vida. En mi casa. Nuestro lugar.

Mientras colocaba un marco en la mesa de la entrada, noté que me miraba con cierta preocupación en los ojos.

"¿Qué pasa, cariño?". Le pregunté.

"Llevamos todo el día sin parar. Ni siquiera te he preguntado cómo te sientes después de lo de ayer".

Ayer habíamos perdido nuestra plaza para los playoffs ante nuestros rivales de Nueva York. Había sido una dura derrota y un disgusto para todo Boston. Por mucho que hubiéramos querido llegar hasta el final, simplemente no pudimos conseguirlo. Al final del día, algunos equipos simplemente jugaron mejor, y tuve que reconocerlo en Nueva York. Lo hicieron muy bien. Odio decir que se lo merecían, pero así fue.

El lado positivo era que estaba fuera de temporada, lo que significaba que Mallory podría mudarse conmigo antes de lo que pensaba. Habíamos estado hablando de ello desde la noche en que conocí a sus padres, pero nuestras agendas habían estado muy ocupadas.

Cuando se reunió conmigo en el túnel después del partido de anoche, me abrazó y le dije que se mudara conmigo. Aceptó entusiasmada y nos pusimos manos a la obra al día siguiente. Por eso convencí a Kenny y Cleo para que nos ayudaran. Era demasiado poco tiempo para una empresa de mudanzas y no quería esperar más.

La observaba mientras caminaba hacia mí y se arrodillaba a mi lado en el suelo de madera. La derrota de ayer no podía quitarme este momento.

"Estoy bien, cariño", le dije. "Fue un final de temporada duro, pero sólo significa que tengo más tiempo para estar contigo".

"No me puedo quejar de eso", dijo, inclinándose para darme un beso.

La metí en mi regazo y me rodeó con las piernas. La besé largo y tendido antes de levantarme y llevarla al dormitorio. Las cajas podían esperar.

A la mañana siguiente, me desperté enredado en Mallory, con Amarilla acurrucada alrededor de nuestras cabezas. Mallory seguía durmiendo plácidamente a mi lado. Le pasé suavemente un mechón de pelo por detrás de la oreja y la vi soñar tranquilamente.

Al cabo de un momento, la abracé con cuidado y me incliné hacia la mesilla de noche. Miré por encima del hombro para asegurarme de que seguía durmiendo antes de abrir el cajón. Estiré la mano hacia el fondo del cajón hasta que mis dedos rozaron la pequeña caja de terciopelo. La saqué y la abrí.

El anillo de mi madre descansaba sobre el forro afelpado y acolchado. Respiré entrecortadamente al verlo. Era un diamante solitario, ovalado, engarzado en oro. Aún podía imaginármela con él puesto. Pasé el pulgar por encima del diamante.

Cuando le dije a Mae que quería declararme a Mallory, casi me derriba con el abrazo de oso con el que me atacó. Tras varios minutos de chillidos y llantos histéricos, por fin se calmó y se excusó. Momentos después, salió de su dormitorio con una pequeña caja de terciopelo negro.

"Guardaba esto para ti. Nunca pensé que llegaría el día, pero aquí estamos".

Pocas veces había llorado en mi vida desde que murieron mis padres, pero aquello me hizo saltar las lágrimas. Ese día había llevado el anillo a casa y lo había guardado a buen recaudo en mi mesilla de noche. Era donde guardaba mis viejos documentos del equipo, así que no pensé que Mallory fuera a rebuscar en él. Tenía planes para llevarlos a cabo el siguiente fin de semana que tuviera libre, y entonces le haría la pregunta.

La oí moverse entre las sábanas detrás de mí, así que volví a guardar el anillo en el cajón y lo cubrí con mis papeles antes de cerrarlo. Me di la vuelta y me alivió ver que seguía medio dormida. Le di un suave beso en los labios. Amarilla me dio un zarpazo en la cabeza. Era la hora del desayuno.

Con cuidado, me quité las sábanas de encima y seguí a Amarilla de puntillas hasta la puerta de mi habitación. En la cocina, puse una cafetera y le eché comida en su cuenco. Una vez hecho el café, llevé dos tazas llenas al dormitorio. Mallory estaba sentada en la cama.

Todavía no podía creer lo hermosa que era. Su piel bronceada asomaba entre las sábanas blancas que envolvían su suave carne. Su pelo negro caía en cascada sobre sus hombros. Las comisuras de sus profundos ojos verdes se arrugaron al sonreír cuando me vio.

"Vaya", le dije.

"¿Qué?", preguntó con curiosidad.

"Sólo tú. Podría acostumbrarme a esto".

Sus mejillas se sonrojaron y se recogió el pelo detrás de las orejas.

“¿Café?”. Le pregunté.

“Sí, por favor”. Extendió las manos con impaciencia.

Puse la taza con cuidado en sus manos y volví a la cama. Cogí el mando a distancia y abrí las persianas. Una vez abiertas, las nubes grises nos rodeaban y una suave lluvia golpeaba las ventanas. Había mucha paz y tranquilidad.

"Vaya", dijo Mallory, disfrutando de la vista y acurrucándose junto a mí.

Tomé un sorbo de café y apoyé mi cabeza en la suya.

"Quedémonos aquí todo el día", susurré.

"Mmm. Vamos".

Después de desayunar cereales y leche, cogimos un libro de la estantería y nos metimos bajo las sábanas a leer. La lluvia golpeaba suavemente la ventana y Amarilla se había acurrucado en mi regazo para dormir. Mallory tenía la mano en la mía y sólo la soltaba para pasar las páginas de su libro. Ella leía una novela romántica y yo mi habitual novela de terror. No podía pensar en una mejor primera mañana juntos en nuestra casa.

Pasó el marcapáginas en la página en la que estaba y cerró suavemente el libro antes de mirarme. La miré con curiosidad antes de hacer lo mismo con mi libro y dejarlo sobre mi pecho.

"¿Qué pasa?", pregunté en voz baja.

Ella se encogió de hombros y miró por la ventana, con mirada soñadora, antes de volverse hacia mí.

"Sólo esto. Despertarme contigo. Este perfecto día de lluvia. Me siento tan afortunada", dijo en voz baja.

“Yo también, cariño”.

Se mordió el labio y me miró a los ojos.

"¿Quieres casarte conmigo?", soltó.

Me quedé con la boca abierta al asimilar sus palabras. Me incorporé, haciendo que Amarilla se despertara y saltara de mi regazo. ¿Acabas de pedirme matrimonio? Me miró expectante. Nerviosa.

"Sí, claro. Sí". Las palabras me salieron como un reflejo.

Una sonrisa de alivio se dibujó en sus labios antes de lanzarse sobre mí, con una risa alegre saliendo de su boca. La abracé y besé cada centímetro de su hermoso rostro. Al cabo de un momento, me acerqué a la mesilla de noche y abrí el cajón. Me miró con curiosidad mientras rebuscaba la caja.

La saqué y la abrí con cuidado, revelando el anillo que había dentro. Mallory jadeó y se llevó las manos a la boca cuando saqué el anillo de la caja. Le cogí la mano y se la coloqué con cuidado en el dedo.

"Sí, un millón de veces más", susurré.

Éste es el final de la historia de amor entre Malloy y Nico.

¿Conoces ya los otros libros de esta serie? Puedes encontrarlas aquí:

https://www.amazon.es/dp/B0CHNV8CG3

El boletín gratuito de Rebecca:

https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol